El paraíso no es un lugar, sino una elección.



El valor del paraíso

MariaL Pardos

El valor del paraíso

MariaL Pardos

Derechos de autor © 2025 MariaL Pardos

El valor del paraíso
©MariaL Pardos 2025 Todos los derechos reservados.
ASIN: B0FBW9HDMF
Sello: Independently published
Foto portada: Engin_Akyurt (Pixabay)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficti-cios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Los nombres, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en esta historia son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Esta novela es para Mari Ángeles García Soler y Paqui Noguera Jiménez, «datas» de Ensayos Clínicos de Oncología Médica del Hospital Virgen de la Arrixaca. Ellas saben por qué.

Y, por supuesto, para Aisha y Pepe.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo de Marga González Benavides
Primera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
Segunda parte
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
Tercera parte
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
Agradecimientos ¡Y muchos!
Acerca del autor
Libros de este autor
Si deseas ponerte en contacto conmigo:

Prólogo de Marga González Benavides

«Todas las verdades son fáciles de entender, una vez descubiertas. La cuestión es descubrirlas. Galileo Galilei»

Vivo en Asturias, paraíso natural por excelencia, y quizás por eso esta nueva novela de MariaL Pardos, aunque esté ubicada en África me ha llegado muy adentro. Aquí no tenemos elefantes, hipopótamos o tigres, pero hay vida salvaje, ciervos, lobos y jabalíes. Y por supuesto, al igual que allí hay furtivos que no piensan en el daño que dejan atrás por conseguir un trofeo.

Entre las ideas que vamos a descubrir a lo largo de esta historia, la más insistente es la necesidad de valorar la naturaleza, de dejar que, como en la película de Disney «El rey león», la vida siga su ciclo vital, sin intervenir. Los animales tienen su ritmo, y si son animales en libertad, salvajes y con conocimientos que pasan de generación en generación, el único favor que podemos hacerles es mantenernos al margen.

Sin embargo, debo destacar la conciencia de algunas personas, cuya vida está enfocada en defender los derechos de los animales, su independencia y sus hábitats, a pesar del sufrimiento emocional que supone enfrentarse a la crueldad cotidiana. En especial, sabiendo que todo su esfuerzo es solo un pequeño parche, incapaz de detener la hemorragia inmensa de ese paraíso, herido de muerte por los especuladores.

Con independencia de la parte amarga de las historias, que la hay, la autora nos ofrece evocadoras pinceladas del paisaje africano, el comportamiento de las manadas, ya sean elefantes, leones o rinocerontes, deteniéndose en amaneceres y atardeceres espectaculares, noches cuajadas de estrellas, olores, colores y gente que solo pueden habitar y encajar en este continente.

Y eso es algo a lo que no estamos acostumbrados en una lectura que mezcla thriller con crítica social y un pequeño espacio para el amor. Porque en verdad lo que siempre realza son las relaciones personales, en las que la lealtad es tan esencial, que nos desespera cuando nos habla de traición.

Si no has leído a MariaL pardos, es el momento. Igual que en su anterior novela «Un paso atrás», intenta darnos ese toque de atención hacia la importancia de conservar la Naturaleza y a los seres que habitamos el planeta.

Alguien tendrá que darse cuenta del valor de este paraíso y formar parte del intento de mantenerlo a salvo.

«El cielo, el infierno y el mundo están en nosotros. El hombre es un abismo. Henri-Frédéric Amiel»

Marga González Benavides

Primera parte

1

Delta del okavango (Botsuana)

Un año antes.

Joel vivió apenas un segundo, después de que dos proyectiles de gran calibre .577 Nitro Express, destinados a abatir elefantes, le impactaran en el pecho y el abdomen, tras perforar el parabrisas del Land Rover que conducía.

Nunca debería haberse acercado solo. Los disparos en la sabana significaban problemas, y había oído hasta la saciedad la recomendación de aguardar ayuda, pero iba armado y todos los que perseguían a los furtivos sabían utilizar sus rifles. El único inconveniente era que esa noche Joel se encontraba cansado y tenía la cabeza en otro lado.

Cuando llegaron los refuerzos, tanto los furtivos como los colmillos del elefante abatido, habían desaparecido. Gary contempló con desaliento los restos del animal y los de su compañero, cuyos órganos, hechos papilla, habían atravesado el asiento y desaparecido por el boquete del fondo del vehículo.

—Mira aquí —dijo el masái que le acompañaba, señalando unas huellas de bota en la tierra seca, iluminadas por los faros.

Gary se desentendió; ya lo hablarían más tarde. Mientras los recién llegados se arremolinaban en torno al vehículo, él subió al suyo para dirigirse al campamento.

Sacó una botella de debajo de su asiento, de la que fue tomando tragos cortos. Necesitaría mucho alcohol para contarle a la viuda de Joel, Omae, que sus hijos eran huérfanos de padre.

África se le antojaba un paraíso la mayoría del tiempo, pero no en momentos como ese.

2

Colonia (Alemania)

Un mes antes.

La puerta del piso de Aram se abrió tras la segunda tanda de llamadas impacientes al timbre.

—Mira, no tengo tiempo para tus movidas…

Jen empujó la puerta que empezaba a abrirse y él la agarró del brazo para meterla dentro de un tirón y cerrar a su espalda.

—En serio, Aram…

—No puedo explicarte de qué se trata, Jen, pero lo haré en cuanto pueda. Mientras, necesito que me guardes esto.

Le colocó una bolsa en la palma de la mano. Pesaba.

—¿Qué es? ¿Me vas a meter en algún lío?

—Te prometo que no. Solo guárdamelo y no le digas a nadie que te lo he dado. Iré a buscarlo en unos días.

Ella pretendió devolvérsela.

—Lo siento, Aram. Prefiero que busques a otra persona. No me siento cómoda…

—Te haré un rápido resumen, pero necesito que te vayas enseguida. —Su nerviosismo era patente, aunque la hizo pasar al salón, decorado con profusión de cromados pasados de moda y madera oscura—. Siéntate.

Intentaba sonar sosegado, pero le temblaban las manos y eso la puso más nerviosa. Era periodista de investigación, acostumbrado a meterse en situaciones peliagudas y a salir bien de ellas.

Volvió a entregarle la bolsa, obligándola a cerrar las manos, y se las apretó entre las suyas, mirándola directamente a los ojos. Jen se había enamorado de esa mirada miope, de ojos marrones, que le habían parecido tan misteriosos y que, en definitiva, lo eran: Aram

se guardaba todo, como si el mundo entero estuviera confabulado para descubrir sus secretos.

Cuando se dio cuenta de que su relación no tenía futuro, de que solo ella compartía, rompió con él. Eso había ocurrido dos meses atrás. Dos meses en los que Aram había seguido llamándola, resistiéndose a la ruptura, sin comprender sus motivos.

La llamada de esa tarde, sin embargo, había sonado desesperada, y Jen acudió para hablar con él. Aram era inteligente y debía comprender que lo suyo había terminado de forma definitiva, porque, en ese momento, se sentía presionada.

—Te lo prometo, Jen, no es por lo nuestro, es que estoy…

Unos golpes en la puerta le hicieron dar un respingo.

—Mierda…

—¿Quién es? ¿Qué has hecho? —exclamó ella.

Él pareció volver a la realidad y miró alrededor.

—No pueden descubrirte aquí…

Dos nuevos golpes en la puerta los sobresaltaron a ambos. La llamada era imperiosa, amenazadora.

—Me estás asustando, Aram.

—No dejes que te encuentren.

Tiró de su mano para sacarla al estrecho y largo balcón que compartían el salón y su habitación. Se accedía a él por sendas puertas correderas de madera, que necesitaban un arreglo, pues la humedad las había hinchado y costaba abrirlas.

El balcón, en la fachada del edificio, daba a una concurrida calle de compras de la ciudad que, a partir de las diez de la noche, quedaba prácticamente vacía.

—Por favor, te lo explicaré. Pero ahora, no dejes que te encuentren… Por favor…

Aram volvió al saloncito y cerró la puerta del balcón, sin llegar a echar el pestillo. Luego inspiró un par de veces, y cuando acudía a responder a las insistentes llamadas, la puerta de entrada se abrió con violencia, como si la hubieran pateado.

Jen retrocedió para quedar fuera de la vista de los recién llegados. Un hombre negro aplastó su puño contra la cara de Aram, haciéndole caer de espaldas y, tras él, un sujeto alto, delgado y con

la cara alargada, ornamentada por una barba corta y cuidada, se adentró en el piso con la nariz fruncida, como si estuviese oliendo algo en descomposición. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de su abrigo negro y una bufanda azul le arropaba el cuello.

—Más de un millón y medio —dijo el último, dirigiéndose a Aram —. ¿Acaso creías que podrías denunciarlo?

—Yo no…

Una nueva patada en la cara le hizo callar. El hombre alto no quería excusas; quería respuestas.

—¿Dónde están, Sarkissian?

Aram, sangrando por la nariz y la boca, ni siquiera intentó responder a la pregunta.

—Tío, no sabes reconocer las oportunidades y te estoy dando una para salir vivo de esto. Por tu familia.

—No sé de qué hablas.

El hombre alto hizo una seña al negro para que abriera la puerta del balcón y Jen tiró de la ventana corredera del dormitorio con todas sus fuerzas para colarse dentro. El corazón, resonando en sus oídos a un galope acelerado, apenas le permitía escuchar, pero no le impidió ver que el interrogador había cogido del cuello del jersey a Aram para asomarlo sobre la baranda del balcón.

—Voy a encontrar esos diamantes que has robado, con tu ayuda o sin ella, ¿lo pillas?

Jen, oculta tras las cortinas, miraba despavorida. Aram tenía medio cuerpo por encima de la barandilla y reía. ¿Estaba loco?

—Puedes decirle a mi hermano que está jodido, Hendrix. La historia saldrá y tengo pruebas que ya están fuera de su alcance.

Sin más prolegómenos, Hendrix cogió a Aram por la cinturilla del pantalón y lo lanzó a la calle. Jen quedó paralizada, incrédula por lo que acababa de presenciar. El paquete pesaba en su mano y la hizo volver a la realidad. Esos hombres estaban buscando eso, y no dudarían en deshacerse de ella también.

Despotricar contra los manejos de Aram no le serviría para salir de esa situación, porque los intrusos empezaban a registrar el apartamento y llegarían al dormitorio enseguida. Volvió a salir al

balcón, cerró con cuidado la puerta corredera a su espalda y se asomó con cuidado al salón.

El hombre negro estaba fuera de su vista, y Hendrix terminaba de registrar cajones y estanterías, dispersando libros y objetos personales. En algún momento tendrían que moverse a la cocina y a los dos dormitorios, y tendría que aprovechar ese instante para correr hacia la puerta.

Cuando Hendrix se internó en el baño y ella se disponía a salir, vio por el rabillo del ojo el móvil de Aram en el suelo. Debía habérsele caído del bolsillo antes de que lo arrojaran a la calle. Se agachó, lo recogió y se lo guardó en el bolsillo, junto con la bolsita. Luego volvió toda su atención al interior del piso.

Se escuchaban ruidos de puertas, armarios y cajones cayendo al suelo. El sudor, debido a los nervios, se le metía en los ojos, haciéndola lagrimear.

Si lo pensaba más, no saldría de allí.

—¡Eh!

La exclamación a su espalda sirvió para renovar sus ganas de escapar. Nunca había corrido tanto. Ni recordaba haber bajado las escaleras: voló sobre ellas y siguió corriendo en la calle, sin percatarse del cuerpo de Aram tendido en la acera. Solo necesitaba alejarse lo más rápido posible.

3

Delta del Okavango (Botsuana)

Desde las vastas llanuras de la sabana hasta las densas selvas y las montañas majestuosas, el continente africano era un crisol de experiencias visuales que enamoraban a cualquier amante de la naturaleza en estado puro. Sin embargo, entre los numerosos tesoros naturales que África ofrecía, un desierto destacaba por su singularidad, cautivando a quienes se aventuraban en su árida y salvaje belleza: el Kalahari.

El bioma desértico evocaba imágenes de vastas extensiones de arena y un paisaje aparentemente estéril. No obstante, este desierto albergaba una sorprendente diversidad de vida silvestre y una belleza visual única.

El Kalahari se extendía desde Namibia, atravesando Botsuana, hasta Sudáfrica. Aunque las condiciones áridas eran una constante en la región, la vida salvaje desarrolló sorprendentes adaptaciones para sobrevivir.

Gary Brand se recostó en el tronco de una acacia escuálida, en pleno corazón del delta del Okavango, que pronto se convertiría en el mayor humedal del mundo. Las lluvias de las tierras altas de Angola, acababan desembocando en el cauce principal del río, en Namibia, y desde allí se desparramaban por el delta, sin salida al mar, transformando el desierto en un insólito oasis.

Después de tantos años, el fenómeno le seguía maravillando.

Escuchó el crepitar de la radio del Land Rover, e hizo caso omiso. Quería disfrutar unos minutos más de la tranquilidad del entorno, del amanecer en el que se fusionaba la tierra con el cielo, creando cada día un espectáculo único de rojos, rosas y violetas, que se transformaba a medida que el sol ascendía, para brindarles otro día de calor y polvo.

La jornada precedente, la temperatura había ascendido en las horas centrales por encima de los cuarenta grados. Incluso los animales mejor adaptados a la adversa climatología, debían buscar la sombra y ralentizar sus constantes para conservar las fuerzas. El cambio climático afectaba al delta de manera ominosa y palpable.

A lo lejos pudo oír los gruñidos de una familia de hienas, peleando por los despojos de un animal, cazado a su vez por la familia de leones de la zona. Dentro de poco, cuando el agua hiciera crecer los pastos, la vida regresaría, con las grandes manadas de cebras, búfalos y antílopes. Incluso los elefantes se acercarían a disfrutar del oasis, alejándose de las poblaciones y el malestar que creaba su presencia entre los granjeros.

El tira y afloja constante entre el hombre y otras especies, siempre se saldaba con una matanza innecesaria de animales. Los elefantes, además, eran un trofeo demasiado preciado por otras razones. Aunque el comercio de marfil tenía que haberse erradicado, nada más lejos de la realidad. Los furtivos campaban a sus anchas, en una extensión de tierra tan amplia que los guardias eran incapaces de abarcarla.

El nuevo chasquido de la radio le obligó a regresar al presente y se encaminó al vehículo polvoriento.

—¿Qué pasa, Sbusiso?

—Se te hace tarde para recoger a los pasajeros de Francistown. Te recuerdo que yo no puedo sustituirte hoy; tengo que cubrir el puesto de Karen.

—Vuelvo enseguida, estoy a media hora.

—Te dejo la avioneta preparada… Y oye, Gary… Deja la fiesta para luego, ¿vale?

El interpelado cortó la comunicación sin dignarse a contestar. Sbusiso, como todos los del campamento, estaban convencidos de hacerle un favor, preocupándose por él.

Resopló y puso el vehículo en marcha. La llegada del agua tenía otro efecto menos deseable, pero sin el que la zona del Delta del Okavango no tendría futuro: el turismo de safari, con su insaciable apetito de contemplar a los grandes depredadores en su hábitat

natural y el convencimiento de que estaban viviendo la mayor aventura de su vida. Y quizá lo fuera.

Gary había nacido en Sudáfrica, en el Parque Nacional Kruger, del que sus padres eran guías. Como la mayoría de los blancos de África, ellos habían llegado con ideas preconcebidas y el flechazo los pilló desprevenidos, porque el continente tenía un efecto en todos los que lo visitaban: o lo amaban o lo odiaban, sin términos medios y con todas las consecuencias.

Su madre era italiana y su padre australiano. Ambos habían llegado en viajes de placer, que se convirtieron en estancia fija. Primero como voluntarios, a cambio de alojamiento y manutención y, con el tiempo, preparando sus propios safaris, después de obtener los permisos correspondientes.

Así pues, él había crecido rodeado de animales, respetándolos y respetando el entorno. Era algo que no se podía inculcar a los turistas, para los que sus viajes no significaban más que la visita al zoo de su ciudad. Con la salvedad de poder hacerse muchas fotos para presumir en sus redes sociales.

Gary reconocía que la fundación que encabezaba no tendría futuro sin el turismo, pero despreciaba su actitud. Esos turistas admiraban a las familias de elefantes, hasta que recalaban en otro destino y compraban bagatelas de marfil, sin caer en la cuenta de que un elefante había muerto para que alguien tallara esa pieza que lucía en su cuello o en su muñeca.

—Corre, que no quiero llegar tarde —le apremió Karen.

Karen era la veterinaria titular del campamento, porque Sbusiso, que tenía decenas de años de experiencia, no poseía un título. Por su parte, ella asimilaba sus enseñanzas de buen grado y le consultaba las numerosas dudas que le surgían a diario. El botsuano conocía a fondo la fisiología de los animales y algunas dolencias que podían aquejarles, dependiendo de la especie a la que pertenecieran, de las que ella ni había oído hablar. A sus ojos de novata en el oficio, era toda una enciclopedia andante al que convenía escuchar con atención.

La curiosidad de la veterinaria era insaciable y su entusiasmo, contagioso. Y no había decaído ni un momento en los cuatro años

que llevaba en la fundación, donde era querida por todos, incluso por los animales a los que cuidaba con esmero.

—¿Puedo tomarme un segundo para ir al baño o pretendes que me reviente la vejiga? —preguntó Gary.

—¿No vienes de hacer uno de tus retiros espirituales en el delta? ¡Anda que no tenías sitio allí!

Gary rio.

—¡Venga, deprisa o cojo los mandos!

Ante semejante amenaza, el guía salió corriendo. Karen era su mejor amiga, porque no podía ser otra cosa, pero todavía le faltaba soltura en el aire y, si podía, prefería pilotar él.

Además, tampoco tenía ninguna prisa por volver a ver a la amiga de Karen. Después de su único y último accidentado encuentro, hubiese preferido no volver a encontrarse con ella.

4

Delta del Okavango (Botsuana)

Las prisas de Karen tenían su razón de ser: esperaba la llegada de su mejor amiga, su hermana a todos los efectos, a Francistown. Llevaban un año sin verse y era la primera vez que Jen venía a visitarla a Botsuana.

Habían forjado una fuerte amistad desde los primeros años que coincidieron en un internado de Londres, cuando apenas tenían ocho. Ambas procedían de familias adineradas, con padres demasiado ocupados para criar niños. Karen nació en Noruega por casualidad, porque su madre, directiva de una multinacional, tuvo que acudir a Oslo a solventar asuntos empresariales urgentes y el parto se le adelantó.

Jen era alemana y adoptada.

El internado se convirtió en su residencia habitual hasta que llegó el momento de ir a la universidad. Entonces, se rebelaron contra la voluntad de sus respectivos progenitores, que querían para ellas una continuidad educativa en el Reino Unido, y se matricularon en la misma universidad privada: la NYU.

Por suerte para Karen, tenía un carácter alegre, que no se vio nublado por semejante falta de interés de sus padres. Por el contrario, convirtió a sus amigas en su nueva familia, con la que tenía más en común que con la auténtica. Jen, pasados los primeros años y con la ayuda de Karen, se sobrepuso a lo que consideraba un recurrente abandono paterno, aunque desarrolló cierto rencor hacia ellos, que nunca la abandonó.

El hermano de Karen, Rufus, vivió la versión idéntica en internados masculinos. Sin embargo, él carecía de la energía, que a ella le sobraba, y las desavenencias con sus padres los habían separado por completo en las últimas vacaciones familiares.

Los padres se tomaban dos semanas completas al año para ejercer de progenitores y, entonces, en vez de instalarse en alguna de las casas que tenían por el mundo, se lanzaban a hacer un viaje en familia, cuyo objetivo era seguir separados de los hijos.

En el último de ellos, terminaron en un resort en Kenia. La madre asumió que Karen disfrutaría de su reputado servicio de *spa*, mientras padre e hijo se dedicaban a estrechar unos lazos inexistentes, persiguiendo animales por la selva, en compañía de un puñado de ricos tan aburridos como ellos.

Karen, recién titulada en veterinaria porque le encantaban los animales, no pensaba pasar las vacaciones sentada, esperando que le hicieran la pedicura. Deseaba ver lo que el país tenía que ofrecer y se unió a uno de los safaris del resort. Sintió un flechazo inesperado. Se enamoró como nunca en su vida, y se quedó cuando su familia cogió un avión de vuelta a sus respectivas rutinas.

Estuvo dos meses dando tumbos de un país a otro, metiendo las narices en reservas en las que criaban animales para exportar a zoos de todo el mundo y, tras meditarlo con calma, regresó a Nueva York para hacer una especialidad veterinaria en animales exóticos y salvajes. Quería aprender sobre su manejo, cuidado y nutrición, reproducción y cría. Y puso tanto empeño que, en menos de año y medio, logró que el tribunal escuchase su tesis, consiguiendo una mención de honor por ella.

Con su nuevo título en la mano, volvió a África, y el destino la llevó al norte de Botsuana, a una zona donde necesitaban refuerzos contra una enfermedad infecciosa que afectaba a la población de hipopótamos del Parque Nacional Chobe.

Su inexperiencia casi le costó la vida, porque los hipopótamos no se andaban con tonterías y tenían mal genio. Pero salió airosa del lance y uno de los veterinarios reunidos para solventar el problema la invitó a unirse a la fundación en la que se encontraba él. Pagaban poco, trabajaban mucho y aprendería lo que no se contaba en los libros sobre fauna salvaje.

Ante esa premisa, que le pareció un reto interesante, aceptó de buen grado y, un año después, cuando el veterinario titular se retiró, ella tomó su lugar.

El hombre no le había mentido: cobraba poco, trabajaba mucho, pero no podía ser más feliz en ningún lugar del mundo. Y su trabajo le proporcionaba muchos disgustos cuando perdía un animal, pero, a cambio, le daba los momentos más satisfactorios cuando conseguía recuperar a otro y devolverlo a su hábitat.

Llevaba cuatro años allí y pensaba continuar hasta que la fundación dejase de necesitarla o quebrase por completo, que era el desenlace más probable.

—Ven aquí, rubia…

Finn la atrapó de la cintura para besarla y ella se apartó, dándole una palmada en el pecho.

—A mí no me llames así. Tengo nombre, paleto australiano.

Él rio por lo bajo. Le encantaba provocarla y ella se dejaba provocar. Finn carecía de complejos y poseía suficiente desparpajo como para desempeñar un trabajo de guía.

De casi un metro noventa de alto, cabello largo y rubio, recogido en un moño descuidado en lo alto de la cabeza, anchas espaldas y piernas kilométricas, usaba su apariencia y simpatía para atrapar las miradas femeninas. Y también las de los hombres, aunque estos últimos le dejaban menos propinas.

Llevaba varios años en África y había conseguido una licencia menor de guía de safaris, por lo que tenía vetados los territorios de los grandes depredadores. En anteriores hoteles y *lodge*s que lo contrataron, se dedicaba más a la labor de entretener a los turistas que en su ocupación de guía, hasta que llegó al resort con el que la fundación de Gary Brand tenía un contrato exclusivo.

Se quedó en la fundación, a pesar del modesto sueldo, porque seguía ganando bastante en propinas y quería aprender de un guía de probada reputación como Gary. Cuando se cansara de la zona, se marcharía, como hacía siempre.

Su dinámica, sin embargo, se vio alterada por un imprevisto: se enamoró de Karen. La veterinaria le puso los puntos sobre las íes para no dar lugar a malos entendidos: si deseaba una relación con ella, se acabaron los flirteos con las clientas. Al menos, los que terminaban en una habitación de hotel.

—Mira, guapo —le dijo Karen—. No me gusta compartir. Si estás conmigo, estás conmigo; si no, ya puedes largarte.

Finn no solo se había quedado, sino que cada día estaba más enamorado de ella y, si no compartían tienda, era porque Karen se negaba, alegando que necesitaba su espacio.

Los tonteos con las clientas se terminaban cuando las dejaba a salvo en el complejo hotelero. El australiano sabía diferenciar y prefería la parte de su vida que compartía con la veterinaria.

Siempre que podía, Finn acompañaba a Gary. Hacía tiempo que había decidido hacer de África su hogar y de los animales su trabajo, así que debía aprender de los que podían enseñarle.

Aún pasaba apuros cuando se internaban entre las familias de leones o en territorio de solitarios leopardos que, durante el día, se ocultaban en lo alto de los árboles, consciente de que eran capaces de matar a un hombre de un certero zarpazo. Esperaba llegar a disfrutar de la seguridad de Gary para moverse en la sabana.

El guía le sorprendió uno de esos días apeándose del Land Rover, tan próximos a una familia de leones descansando bajo los árboles, que incluso podía escuchar sus respiraciones. Una de las leonas se acercó a él y Finn buscó su rifle.

—A ver si vas a hacer una tontería —le advirtió Gary.

Entonces, Finn se dio cuenta de que el gruñido de la leona no era amenazador, sino una especie de ronroneo. Gary le frotó la cabeza entre las orejas y la hembra le colocó las patas delanteras en los hombros, abrazándole como a un viejo amigo.

Era una leona joven. Su madre y sus hermanos habían muerto, a manos de dos machos jóvenes, que derrocaron al jefe de la familia, y la pequeña se salvó porque se encontraba demasiado débil para salir del escondite en el que la había ocultado la madre. Gary, que había seguido las vicisitudes de la familia, la halló antes de que pereciera y la llevó a la fundación. La cuidó, la alimentó y la mimó hasta que, ya recuperada, la soltó en tierras más altas del Okavango, para que se uniera a una familia de nueva creación.

Abila había parido dos camadas, que seguían con ella, aunque los machos mayores serían desterrados pronto por el león dominante, para deshacerse de competencia futura.

Así era la vida en el delta: las familias cambiaban, aumentaban, disminuían o se desintegraban, dependiendo del equilibrio de poderes dominante en la Naturaleza.

—Ven, hombre, Abila quiere saludarte.

Finn se apeó del vehículo con reticencia, vigilando al resto de la familia de leones.

La experiencia única de acariciar a un animal tan poderoso, producía cierta fascinación aterradora. Por un momento, cuando la leona le golpeó la cadera con la cabeza, reclamando su caricia, creyó que perdería el control de los esfínteres. La presentación, no obstante, constituía un avance incuestionable para futuras excursiones sin la dependencia total de los nativos.

Los que aprendían sobre la marcha, como él, tenían unos límites que no debían traspasar, porque asustar a los turistas era el camino más rápido para un despido fulminante. Adentrarse en los dominios de los grandes depredadores requería de permisos extraordinarios y de experiencia probada.

Los jeeps acondicionados para tales excursiones, disponían de doce plazas, además de las de conductor y guía. Ambos iban armados y atentos a las señales de depredadores cazando. Olvidar que se encontraban fuera de su medio, era una temeridad por la que se podía pagar un alto precio.

Con el sabor de Finn en los labios, Karen se subió al asiento del copiloto de la avioneta y se puso los cascos.

—¡Espabila, Gary! —gritó al guía, que se acercaba sin prisa, con el Stetson de ala recta, sucio de sudor, en la mano.

5

Hong Kong (China)

Un mes antes.

Choi Hyun necesitó ayuda para salir de la trampa en la que se había metido, por voluntad propia y con poco criterio.

Cualquiera lo hubiera achacado a su juventud, puesto que acababa de cumplir veintiséis años, pero contaba con una dilatada experiencia en el periodismo de información, que debía haberle enseñado precaución. No obstante, en esos casos la suerte contaba, y Hyun había sido muy afortunado hasta ahora.

Hong Kong le abrió los ojos y por fin comprendió que la única forma de salir vivo era marcharse a tiempo.

En China, el marfil era muy preciado. Para gran parte de la población, los objetos tallados en ese material, poseían poderes mágicos, protectores y místicos. Eran usados en ceremonias, además de como tributo en altares privados familiares.

Después de que el gobierno chino prohibiera la importación, por la presión internacional, su comercio continuó por vías menos legales, más rentables y, por tanto, doblemente peligrosas.

Hyun quería documentar que el marfil seguía siendo un artículo traficado en grandes cantidades y en ningún sitio del mundo podría hacerlo mejor que en Hong Kong. Pero requería de mucha ayuda, que encontró gracias a su amigo *hacker,* con el que había trabajado más de una vez y cuyos recursos parecían inagotables. Nunca se habían visto cara a cara: solo se comunicaban a través del teléfono, y el del informático disponía de una codificación de nivel militar. Nadie podía rastrear su ubicación ni espiar sus conversaciones y negocios.

Por descontado, León, como se hacía llamar, no se consideraba su amigo; para él, Hyun era otro cliente al que cobrarle mucho por

su trabajo. No obstante, los trabajos de investigación exitosos, habían dotado al periodista de un exceso de arrogancia que, visto desde fuera, resultaba ridícula.

León le propuso contratar a un guía singular, a la par que reputado: un norteamericano de origen cantonés, con gran conocimiento de los bajos fondos de Hong Kong y un pasado en las fuerzas especiales, que lo convertía en un buen compañero y mejor guardaespaldas. Desde que se retiró, Ho Jiang había vuelto al hogar de sus padres y creado su propia familia. En numerosas ocasiones, durante el mes y medio que patearon juntos los establecimientos con antigua tradición en la compra y venta de marfil, demostró ser una persona fiable y con muchos contactos interesantes.

—Deberías tomártelo con calma —le dijo el hombre, cuando ya tenían confianza suficiente—. El comercio va a continuar porque las tríadas así lo quieren. Mientras haya marfil a la venta y personas interesadas en comprarlo, ninguna amenaza va a detenerlos, porque ellos no ceden ante la presión mundial. Te arriesgas demasiado y, si acabas en el punto de mira de alguna tríada, no habrá lugar en el mundo donde puedas esconderte.

Corrían un gran riesgo grabando las transacciones en las trastiendas de los comercios, a tal punto que el norteamericano de aspecto asiático, le reprendió en numerosas ocasiones. Hyun era demasiado joven y se arriesgaba en exceso. Y llegó un momento en que decidió dejarlo, porque Jiang tampoco era su amigo, sino un colaborador pagado por su conocimiento de todas las formas de tráfico que se llevaban a cabo en la ciudad portuaria.

Hyun quizá no valorase su vida, pero Jiang sí, y conocía la forma de actuar de las tríadas, las principales suministradoras de marfil ilegal a los comerciantes, que lo vendían en sus trastiendas.

—Márchate mientras puedas —le recomendó como despedida—. Tienes material para empezar, no necesitas más.

El joven, sin embargo, poseía sus propias ideas y Hong Kong era solo el inicio de su investigación, pero quería toda la información que pudiese sacar. No le bastaba con haber visitado las trastiendas de media ciudad y que Jiang le hubiese puesto en contacto con un infiltrado en la tríada más activa en la importación de marfil. Quería

saber de qué puertos partía y el nombre de los suministradores africanos.

El infiltrado se negó a volver a reunirse con él. Se jugaba la vida. Hyun, que no se conformaba, volvió solo a uno de los barrios más peligrosos, esperando dar con información sobre el tráfico.

Esa misma noche, Jiang, al que le preocupaba la seguridad del joven periodista, sacó a Hyun del hotel donde se alojaba a toda prisa. Había llamado la atención de uno de los comerciantes, que se puso en contacto con su fuente en la tríada.

El periodista salió en un carguero con rumbo a Francia una hora después, gracias a que el capitán le debía un favor a Jiang.

—No vuelvas —fue la única despedida que tuvo, porque mientras retiraban la pasarela, vieron acercarse un vehículo a toda velocidad, y el norteamericano desapareció.

Por fin, la idea caló en el periodista. Las resoluciones de la ONU sobre el marfil, no funcionarían con las bandas organizadas, ni detendrían a los creyentes, que seguirían adquiriendo marfil, cualquiera que fuera su precio. Su último recurso sería investigar en el origen del problema, en África. La pega era que carecía de contactos allí, algo que le solucionó también León.

—Aparecen muchos nombres en los agradecimientos del informe final que obra en poder de Naciones Unidas, pero yo, en tu lugar, acudiría al investigador principal del reportaje que consiguió prohibir la exportación de marfil y, por ende, frenó la matanza de elefantes en el continente africano.

—¿Aram Sarkissian?

—El mismo.

—Supongo que no tendrás por ahí su dirección…

León le dio un precio, antes de la dirección. Por suerte, Hyun disponía de un presupuesto más que generoso para sacar adelante el reportaje. Lo que le faltaba era tiempo, puesto que la revista que se lo había encargado, financiada por una fundación privada, quería resultados en un plazo límite.

Después de un contratiempo en el aeropuerto de Colonia, que le llevó más de una hora solventar y lo dejó malhumorado, el taxi se

detuvo en la esquina de la calle donde vivía Aram Sarkissian, que firmaba sus trabajos como Aram Sark.

Poco después de apearse, presenció un suicidio y, mientras se encontraba en shock porque acababa de reconocer a Sarkissian en el cuerpo precipitado contra el pavimento, una mujer salió corriendo del portal al que se dirigía él. Según su estilo, sin detenerse a pensar en las consecuencias, salió detrás ella, aunque tuvo que abandonar la maleta, que le impedía seguir su ritmo.

Cuando ella dejó de correr, sopesó abordarla, pero eso la hubiera asustado más, así que la siguió con discreción.

Su olfato de investigador le decía que no debía perderla. Claro que ese olfato también le había llevado a internarse en una zona de Hong Kong contra la que Jiang le había advertido.

6

Delta del Okavango (Botsuana)

Mes y medio antes.

—Tu chico volvió a largarse con los bolsillos vacíos —dijo el comerciante, soltando una estentórea carcajada, que dejó al descubierto una dentadura blanca y perfecta, en contraste con su piel oscura y picada de viruela.

Era la cuarta vez que el proveedor del campamento le hacía el mismo comentario, y Gary temía que pudiese convertirse en un problema, por eso había alertado a Sbusiso y Karen.

«Su chico», Doherty, era ayudante veterinario, especialista en el traslado de animales. En realidad, lo que le hacía tan valioso era su capacidad para calcular las dosis necesarias de sedante y tenerlos tranquilos durante todo el viaje, por muy largo que fuera.

Cada mes, Gary pasaba por la tienda del proveedor y volvía con los artículos necesarios y la comida de la que no podían proveerse en Maun. Gideon era capaz de conseguir cualquier cosa en Francistown, desde munición de todos los calibres a material médico y suministros veterinarios. A él le salía bien el negocio y a la fundación le ahorraba tiempo.

Gideon pasaba alguna vez por el campamento, cuando tenía encargos especiales del resort, situado a diez kilómetros de distancia de la fundación. Había conseguido el cliente gracias a Gary, y siempre estaba dispuesto a agradecerle el favor con algún regalito para el campamento o un poco de información.

La información que le proporcionaba, solían ser habladurías sobre quién y dónde tenía marfil. Los rumores corrían, y los furtivos independientes no tenían otra forma de ponerse en contacto con

traficantes importantes, porque, de normal, eran los traficantes quienes iban a buscar lo que tenían para vender.

El proveedor nunca hablaría de ello con el coronel Mugabe, que dirigía las tropas encargadas de perseguir a furtivos y traficantes. El coronel era respetado, pero también temido, y todos evitaban cruzarse en su camino.

Mugabe era un negro fornido, bajo, calvo y con los ojos inyectados en sangre. Lucía un mostacho amarilleado por los puros, que pendían siempre de sus labios, y que solo encendía cuando daba por terminada su jornada. Fumaba menos de lo que querría, así que su trabajo le protegía de los perjuicios del tabaco. No obstante, le causaba diversas afecciones, la más leve de las cuales era el insomnio y la tensión por las nubes.

Llevaba en su puesto desde que Ian Khama se hizo con la presidencia de la república de Botsuana, en 2008, y ningún otro gobierno lo había relevado de sus funciones, aunque tampoco le había proporcionado más medios que los que tenía. Contaba con dos helicópteros, dos equipos de fuerzas especiales y una compañía, compuesta por doscientos milicianos, reclutados en las zonas de mayor actividad furtiva, que patrullaban por cuadrantes.

Pero la mitad norte del país, la más frecuentada por elefantes, era un terreno que ni dos mil hombres hubieran podido cubrir. Su único radar eran los disparos, que se escuchaban a mucha distancia, aunque localizar la procedencia les llevase días enteros. Solían llegar tarde a los restos de las víctimas de la caza furtiva, que solo requería de algunas piezas de los animales, dejando los despojos para alimento de carroñeros.

Resultaba una búsqueda frustrante, incluso contando con numerosos voluntarios como eran los guías de safari.

Gary era uno de ellos, el que estaba a cargo de las guardias en toda la zona del delta del Okavango, por eso Gideon hablaba con él, sabiendo que le transmitiría la información al coronel.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Gary al proveedor, preocupado por lo que acababa de decirle sobre Doherty. Su gente era su responsabilidad y, si alguno de los suyos estaba en problemas, tenía que saberlo.

—El miércoles de la pasada semana. A mí también me desplumó el casino, así que tocará hacer sangre antes de volver a llevarles mi dinero.

El proveedor se tomaba su adicción al juego con humor. Jamás gastaba más de lo que ganaba y sus empleados cobraban buenos sueldos, que respetaba. Gary no lo juzgaba, cada cual hacía lo que quería con su vida. Él mismo bebía más de lo recomendable y no consentía juicios. No hacía daño a nadie, excepto a sí mismo, porque nunca conducía o pilotaba con exceso de alcohol en sangre.

La soledad se soportaba mejor así.

Mientras volvía con la avioneta al campamento, estuvo pensando en la información de Gideon.

La mayoría de las personas del campamento eran oriundas de la zona del delta. El resto, aunque afincados en Botsuana, procedían de diversos países, casi ninguno africano. Gary no preguntaba. Cada uno tenía sus razones para estar en ese lugar apartado del mundo: unos querían probarse y probar otra forma de vida; otros buscaban experiencia para adjuntar a sus currículums cuando regresaran a sus países de origen; curiosidad, aburrimiento o ganas de aventura eran otras de las excusas.

Por dinero no se quedaban, eso era seguro. Él firmaba sus nóminas, y la situación financiera de la fundación siempre se encontraba en precario equilibrio entre hundirse en el abismo más absoluto o remontar lo justo para permitirse un nuevo filtro de agua cuando hacía falta. Los gastos mayores se iban en combustible, reparaciones y suministros veterinarios. Los ingresos provenían de la venta de algunos animales a zoos y del acuerdo que tenían con el resort cercano para pasear turistas durante tres meses al año, algo más si la temporada no era excesivamente seca.

Durante la época alta, alguna vez había tenido que contratar guías, pero no era lo usual, porque en el campamento había personas más que suficientes y muy capaces de desempeñar el trabajo mejor que cualquiera. Habían nacido allí y era su tierra, la que conocían como la palma de su mano. No obstante, los turistas tenían ideas preconcebidas y preferían guías blancos, algo que Gary intentaba cambiar desde hacía diez años.

—Sbusiso, ¿has sabido algo más de Doherty?

El gigante negro, veterinario sin título, se encogió de hombros. Era tan grande como buena persona. Había visto crecer a Gary y lo consideraba de la familia.

—Desde que me dijiste que lo vigilara, no ha hecho nada raro y ya sabes que no es demasiado hablador. Tiene más relación con Karen, pregúntale a ella.

Gary pretendía llevar el asunto con discreción, esperando que se tratara de una tontería, sin relación con la fundación. No obstante, cuando terminaron de descargar la avioneta, se acercó a la tienda de Karen y la llamó en voz alta.

—Está en la ducha —le dijo una de las hijas de Sbusiso.

Él le dio las gracias con una sonrisa y se dispuso a esperar a la veterinaria en uno de los sillones del pequeño porche.

Todas las tiendas eran calcadas unas a otras y se hallaban pegadas entre sí por los costados. De planta cuadrada, la parte trasera disponía de un ventanal de plástico duro, que podía abrirse en la época cálida y estaba protegido por una tupida mosquitera. La entrada se abría mediante una cremallera de cinco centímetros de ancho, reforzada para aguantar el uso continuado. La lona era gruesa y repelía la suciedad, así que aguantaba un año entero antes de que las lluvias estacionales le diesen un baño necesario.

En el interior, los catres de campaña usados en los safaris se habían cambiado por otros más sólidos y cómodos, aunque las mesas seguían siendo endebles, solo aptas para soportar el peso de un portátil y cuatro libros; con el quinto empezaban a combarse. El mobiliario lo completaba un ropero abierto, que no era más que una barra horizontal entre dos verticales, y que también daba problemas si se colgaba demasiada ropa.

El conjunto terminaba con una lona de dos metros, extendida sobre la entrada y sujeta a dos estacas altas clavadas en la tierra, que protegía de los rayos directos del sol, y que todos usaban como porche. Los sillones de armazón metálico eran los desechados en los safaris por estar desgastados o presentar algún defecto, que el resort no deseaba para sus clientes, y la mesita era un elemento totalmente improvisado por cada inquilino.

En el resort vivían con lujos; en el campamento de la fundación no podían permitírselo.

Las casitas de ladrillo en las que vivían las familias, disponían de alguna comodidad más, pero pocas.

Restándole el encanto del entorno, vivir allí carecía de ventajas y Gary se preguntaba qué embrujo poseía aquel lugar para que alguien quisiera quedarse. Él lo tenía claro: conocía muchas ciudades del mundo, había vivido en ellas y se había paseado por sus calles, comido en sus restaurantes, acudido a sus espectáculos, conocido a la gente que vivía en ellas… Y siempre volvía.

Volvía a contemplar las puestas de sol, las noches negras de infinitas estrellas, el rumor de los animales en su entorno, su olor penetrante y se maravillaba de que la vida se abriese paso con semejante naturalidad, aunque los visitantes ocasionales solo la vieran cuando la tenían delante de los objetivos de sus cámaras.

—¿Me esperas por alguna razón o solo por disfrutar del placer de mi presencia?

Karen lo sacó de sus pensamientos con su voz cantarina. Llevaba el pelo mojado y una toalla cubriéndole el cuerpo.

—¿Tienes planes o te apetece venir a tomar algo al resort?

—Te acompañaré encantada, aunque me fastidia bastante ahora que ya me he duchado.

—Iré despacio para no levantar polvo, lo prometo.

—Ya. Vosotros no entendéis la palabra despacio. Si quieres que te acompañe, conduzco yo y el coche irá cerrado.

Él levantó el pulgar y ella abrió la cremallera para pasar a su tienda y vestirse.

—Ratón está mejor, puede que consigamos sacarlo adelante —dijo ella, desde el interior de la tienda.

—He traído el suplemento que me pediste para él. Sbusiso lo habrá dejado en la nevera de la enfermería.

Ratón era un elefante de pocos meses, al que los furtivos dejaron vivo, después de matar a su pequeña familia de cuatro componentes por sus colmillos. Debió parecerles divertido ver al bebé intentando despertar a su madre, dando vueltas a su alrededor, perdido porque acababa de extraviar el referente de su vida. Las crías de elefante

aprendían todo de su madre y la familia los cuidaba con esmero. Eran animales inteligentes, soberbios, familiares y protectores. Los guardias tardaron dos días en encontrar los restos y a la cría, que estaba muy débil.

Gary había aprendido a no hacerse demasiadas ilusiones con los animales rescatados. Se le rompía el corazón cada vez que uno de ellos no conseguía superar sus heridas o era demasiado pequeño para sobrevivir sin su madre.

—¿A qué esperas? —preguntó Karen, cuando salieron del campamento—. Ya sé que no me has invitado por mi cara bonita; quieres algo de mí y no quieres que se enteren ahí atrás.

—Se trata de un asunto delicado. Igual…

Ella esquivó un bache de un volantazo y le miró de reojo, invitándole a que fuera al grano. Gary le contó lo de Doherty.

—Doherty acumula sus días libres y se va a Francistown. Supongo que aprovecha para ir al casino —dijo ella.

Durante la época alta, no se podían permitir coger días libres, trabajaban todos y todos los días. Gary intentaba compensarles el resto del año, aunque había trabajos, como el de ella, que eran igual de apremiantes en cualquier época. Sbusiso la alentaba a marcharse, y Karen le conminaba a descansar. El negro tenía sesenta años y, además de ocuparse de los animales y patrullar en busca de furtivos, en época alta hacía de guía.

Permanecer ociosos en el campamento era un lujo que solo se permitían en momentos puntuales. Siempre había trabajo en los huertos, reparando las casas, manteniendo los paneles solares, reparando vehículos y avionetas, trasladando a los niños al colegio de Maun y haciendo compras necesarias… Siempre había trabajo.

—¿Cada cuánto se va? —preguntó él—.¿Una vez al mes?

A veces, tenía tantas cosas en la cabeza que no se fijaba en esos detalles. Ellos sabían organizarse.

—Así que hemos llegado a una conclusión parecida, supongo —sugirió la veterinaria.

—Las fechas coinciden con los embarques de animales a zoos de Europa, en especial a Francia y Alemania —asintió Gary—. Pero el gabinete de gestores es el encargado de la operación y la

transacción. Solo la fundación es beneficiaria de las ventas, así que no entiendo qué puede obtener él.

Karen miraba fijamente la cinta de tierra que se extendía entre ellos. El resort había dejado de asfaltar los caminos porque a los turistas les parecía más «auténtico» ir dando bandazos de un lado a otro, como parte de la experiencia.

—Doherty tiene práctica en el manejo de animales, de eso no hay duda, y contactos con zoos del viejo continente, por sus antiguos trabajos —comentó la veterinaria.

—Y sus referencias provienen de reservas en Angola y Sudáfrica. —Gary asintió despacio con la cabeza, pensativo.

—Si quieres, le sonsaco algo más o llamo a las reservas de las que tiene referencia.

—No hace falta. Acabo de caer en la cuenta de lo que tienen en común y que también hay aquí. Ahora lo entiendo…

Ella casi se estampa contra el arco de entrada ornamentado –tallado como colmillos enormes de elefante– al volverse a mirarlo, intrigada por lo que quería decir.

—¿Qué?

—Aparca, te lo cuento mientras tomamos algo. Me hace falta y creo a ti también cuando lo oigas.

7

Delta del Okavango (Botsuana)

Mes y medio antes

—¿Cuándo es el próximo envío?

—En dos semanas. Dos cebras nacidas en cautividad e incapaces de integrarse, y Ngila, que no encontró familia y volvió con nosotros —contestó Karen con lástima.

Ngila era una hiena a la que recogieron muy malherida. A pesar de los esfuerzos por devolverla a su medio, ella no parecía dispuesta a regresar con los suyos, y en los terrenos de la fundación ya había más animales de los que la economía y el espacio podían soportar. La hembra, acostumbrada a la presencia humana, se sentiría protegida en un zoo. Eso esperaban, al menos. Karen se puso en contacto con un parque zoológico en Lyon, en el que había un grupo de diez hienas y el cuidador le aseguró que eran pacíficas y acogerían a una más.

En la fundación, intentaban por todos los medios que los animales no crearan lazos con ningún humano en especial, por eso rotaban para darles de comer, para hacer la limpieza de sus lugares de descanso y para vigilar sus trifulcas. No obstante, a ellos les costaba más desligarse, aun sabiendo que no eran mascotas y que tenían que seguir su vida.

Karen era especialmente sensible. Sufría por cada uno, tanto si volvían a su medio como si eran incapaces y debían ser trasladados. Lo superaba porque tenía que hacerlo, igual que ellos.

Gary le apretó el hombro, en gesto de simpatía. Él también echaría de menos a Ngila, de la que llevaría siempre recuerdo en forma de cicatriz, por el mordisco que le dio en el antebrazo al rescatarla de una trampa.

—Y ahora, cuéntame eso que estabas pensando.

Él hizo un gesto al camarero para que rellenase sus copas. El resort se encontraba bajo mínimos en temporada baja, pero estaban preparándose para la llegada de los turistas, en menos de un mes.

—Hay algo en común entre Botsuana, Sudáfrica y Angola: los tres son grandes exportadores de diamantes.

Karen alzó las cejas.

—¿Sugieres que Doherty está traficando con diamantes y usando a los animales para meterlos en Europa?

Gary inclinó la cabeza a modo de contestación y tomó un trago de su vaso.

—Piénsalo: ocupan poco espacio y valen mucho dinero.

—Ya, ¿y dónde entran los animales en esa ecuación?

—A eso tendrás que responderme tú.

Ella apoyó el codo en la barra y la barbilla en el puño cerrado, pensativa.

—¿Quizá en las jaulas en las que viajan? —propuso y, negando con la cabeza, se respondió a sí misma—. No. En aduanas registran todo lo que entra.

—Todo no —repuso él.

Karen dio un salto en su taburete, a punto de derramar su bebida y la de él.

—¡Será…! Claro, a los animales no los registran y hasta que los examinan en el zoo, un par de días después de su llegada, nadie se acerca, excepto el veterinario que viaja con ellos.

—Doherty.

—¡Menudo cabrón! ¿Y cómo los esconderá?

—Respóndeme tú —repitió Gary.

Karen pensaba mejor con las manos ocupadas, así que cogió el sombrero del guía y le dio forma con las manos, apretando sus pliegues y alzando sus alas, que volvieron a la horizontalidad enseguida. Era demasiado viejo para cambiar su forma a una más estéticamente correcta.

—Está asqueroso, deberías cambiarlo —le dijo.

—Los diamantes, Karen…

Ella asintió. No había dejado de pensarlo y solo se le ocurría una forma.

—Tiene que metérselos dentro, pero no sé cómo. Los reconozco antes de que se los lleven y están en buenas condiciones.

—Cuando los señores de la guerra controlaban las minas de diamantes y los intercambiaban por armas, los traficantes los pasaban a través de las fronteras, ocultos bajo el pelaje de los rebaños. Les hacían una incisión, los metían y la cosían. La lana o el pelo ocultaba la herida.

—Hubiese visto una herida y no es el caso.

—Entonces, dame otra solución.

—Quizá como las mulas de la droga… —sugirió Karen—. No. Los animales no se tragarían algo así y se sentirían molestos. Por el recto tampoco… ¡Joder, no tengo ni idea, Gary!

El hombre chasqueó la lengua. A él tampoco se le ocurría cómo podía Doherty esconder cierta cantidad de diamantes brutos en el interior de los animales.

—Habrá que vigilarle —dijo.

—Ahora no podría dejar de hacerlo. ¿Quién más lo sabe?

—Sbusiso. Le encargué que lo vigilara desde que supe de sus pérdidas en el casino.

Karen asintió.

—De acuerdo, esto es cosa de los dos, despreocúpate.

Ya quisiera él despreocuparse. Un asunto así, además de inaceptable, hundiría la fundación.

Él se las arreglaría, siempre lo había hecho, pero muchas familias dependían de que siguiera funcionando y Gary se sentía responsable de cada una de las personas que formaban la comunidad. Llevaban años trabajando juntos, sufriendo sequías, inundaciones por las lluvias torrenciales, pérdidas y decepciones, alegrándose por los éxitos de todos y conviviendo en paz.

Cada familia sabía que tenía el sustento asegurado, en buenos y malos tiempos. Cada niño que llegaba a cierta edad era becado por la fundación para estudiar en Francistown, porque los cambios en los países, lo que los hacía avanzar, venía de la mano de la educación y no de la violencia o el exterminio, como pretendían unos pocos.

Por desgracia, los grupos de descontentos por la proliferación de animales protegidos que, según ellos, impedían el crecimiento del

país, aumentaba. En especial, los detractores de los elefantes, que se movían en ciclos migratorios por zonas muy extensas, incluso traspasando fronteras, y para los que las cercas de las granjas no constituían una barrera.

Cuando creó la fundación, Gary tenía en mente salvar al mayor número de animales que pudiera de una muerte cantada, intentando devolverlos a la naturaleza. No quería una guardería, ni un orfanato, porque estos terminaban vendiéndolos a los zoos, sin intentar devolverlos a su medio. Al final, tuvo que ceder a la realidad: algunos de esos animales rescatados, ya no podían integrarse en manadas y, solo en esos casos, buscaba nuevos hogares en buenos zoológicos.

En todo caso, nunca imaginó que en diez años se convertiría en responsable de una comunidad de casi setenta personas y en el referente de los guías y voluntarios que velaban por el bienestar de los elefantes en más de trescientos kilómetros cuadrados.

A veces, la presión le agobiaba, y él la superaba bebiendo para descansar. Todo lo que necesitaba era dormir unas horas para afrontar los retos del día siguiente. Y no siempre podía, porque los furtivos actuaban en la oscuridad para evitar ser avistados: si no lo despertaba su móvil, lo hacía la radio.

No podía decir que disfrutase como lo había hecho años atrás, cuando empezó aquello y se tomaba tiempo para conocer a sus vecinos: familias de leones, de elefantes, de licaones, a los leopardos solitarios y a las grandes manadas de mamíferos que llegaban al delta con el agua, desde distintos puntos de la geografía. Entonces, podía sentarse a contemplar todos los atardeceres y los amaneceres, podía correr riesgos que ahora se pensaba, porque tenía responsabilidades.

—¿La última? —preguntó Karen.

Gary negó.

—A no ser que convenzas a Finn de alargar su guardia.

—Pues va a ser que no.

—Entonces, vámonos —dijo él, riendo.

*****

Desde el primer momento, Gary sintió un flechazo espiritual y físico hacia Karen. Ella, a su vez, se enamoró de los contrastes del delta, de los animales y de la comunidad.

Karen conquistó por igual a animales y humanos con su entusiasmo y espontaneidad, acompañados de un tono agudo en su voz, que transmitía alegría. Entraba en los establos dando los buenos días a los animales, igual que entraba en el comedor saludando a las personas, y todos respondían, contagiados de su optimismo.

Quizá hubiese mejores veterinarios, dispuestos a cubrir su puesto, pero Gary decidió que la fundación la necesitaba a ella: alguien apasionado por su trabajo. Ni siquiera se planteó contemplar otras opciones cuando el anterior veterinario se jubiló.

De vuelta en el campamento, fue a cambiarse la ropa húmeda por otra seca cuando encontró en su tienda a la viuda de Jason. Ella se ocupaba de reunir a los niños durante un par de horas todos los días en periodo vacacional, para no descuidar su educación.

—Omae, ¿necesitas algo? —indagó, tenso, porque sus intenciones saltaban a la vista.

—¿Qué crees, Gary?

—Oye, podemos hablarlo en otro momento. Ahora tengo que irme, me esperan.

—Y yo esperaba que tuvieras tiempo para mí, como lo tuviste para mi hermana hace unas semanas.

Ante su expresión confundida, ella continuó:

—Darena.

Él no sabía que Darena, una de las recepcionistas del resort, era hermana de Omae. No obstante, su vida privada no era asunto de la viuda, con la que, desde luego, no pensaba acostarse.

—Es un tremendo cumplido, Omae, pero…

—Ya entiendo, no te resulto tan atractiva.

—No es eso. Eres de la familia, jamás podría…

—Jamás podrías sentir algo por mí —terminó ella.

Omae no quería compasión, ni otra cosa que no fuera lo que había ido a buscar. Cualquier excusa que pusiera la ofendería, así que el guía optó por callar y que se respondiera a sí misma. Evitaba

aquellas complicaciones, pero las personas tendían a buscarlas, como si no tuvieran bastante con las dificultades diarias.

Al igual que en todas las comunidades, en la suya se daban problemas complejos que requerían de mano derecha y de decisiones drásticas, cuando se complicaban en demasía. Echar a un sujeto que traía problemas nunca fue de su agrado, aunque tampoco lo dudó cuando debía hacerlo. Había personas que, por muy buenos profesionales que fueran, se veían incapaces de convivir en armonía con el resto de los seres humanos.

—Hablaremos mañana a la luz del día, Omae.

Mientras ella se echaba el chal por los hombros para cubrir su desnudez, el guía vio en su mirada que no hablarían de eso ni mañana ni nunca. Gary solo podía esperar que no tomase una decisión drástica por ese desliz, porque él ya lo había olvidado y Omae era un miembro muy apreciado de la comunidad.

Cuando la mujer se fue, él se cambió de ropa a toda prisa, azuzado por el crepitar de la radio en el Land Rover, aparcado junto a su tienda.

—Vuelve a descansar, Finn, salgo ya —dijo por radio.

—He visto luces potentes al este de Shorobe, voy a acercarme antes de volver.

—Espera a Tumelo, tiene que estar cerca.

Tumelo era uno de los hombres del coronel Mugabe, cuyas patrullas tenían como base la zona de Moremi, en pleno Okavango.

—Solo daré una vuelta, quizá no sea nada.

—Estoy de camino, no te arriesgues.

Finn se encontraba en una fase de su vida en la que se creía invencible y eso era bueno, pero en esas circunstancias podía salirle muy caro. Si iban armados con rifles, no solo era por la amenaza real de los animales salvajes, sino porque los furtivos también llevaban armas y no dudaban en usarlas contra sus presas, aunque también contra los protectores de estas. De hecho, el marido de Omae había muerto por dos disparos de furtivos, con suficiente calibre para matar a un elefante. Lo habían destrozado.

—Tumelo, ¿andas por ahí? —preguntó Gary por radio, cerciorándose de que estaba en la frecuencia adecuada y

comiéndose un profundo bache, por la velocidad que llevaba.

—Aquí, Gary.

—¿Has oído a Finn?

—Negativo. Estaba hablando con la base. Parece que hay movimiento esta noche en la frontera con Zimbabue.

—Pues puede que por aquí también haya algo. Finn, danos tus coordenadas.

El interpelado consultó el GPS y envió su localización.

—¿Dónde te encuentras, Tumelo? —preguntó Gary.

—A diez minutos.

—Ve, yo estoy a media hora. Finn, espera si ves algo raro.

—Estamos ya en marcha —contestó Tumelo.

—¡Disparos! ¡Disparos! —gritó Finn—. ¡Están muy cerca!

—¡No te aproximes sin refuerzos!

Gary apretó el acelerador. Conocía de sobra la zona, pero los caminos eran difíciles, y más por la noche. Tomó un atajo, atravesando el territorio de una familia nueva de leones, a los que vio aproximarse a las luces, en claro desafío. El terreno le permitió acelerar algo más, pendiente de la radio en todo momento.

La ropa que acababa de ponerse, estaba ya húmeda de sudor. El alivio nocturno de la temperatura había sido suplido por la tensión de la caza, porque era un cazador nato, igual que los leones que acababa de dejar atrás.

8

Colonia (Alemania)

Un mes antes.

Sentía el corazón latiendo de tal forma en su pecho, que Jen estaba segura de que si se inclinaba para tomar aliento, se le escaparía disparado por la boca.

Miró a un lado y otro de la calle y se atrevió a salir de su improvisado escondrijo. Caminó a buen paso sin correr, cruzando una calle principal y saltando por encima de las vías del tranvía, que a esas horas no circulaba.

Colonia era una ciudad moderna para los cánones conservadores del resto de Alemania. No obstante, el carácter poco abierto de sus habitantes hacía de la vida nocturna casi una utopía. Gracias a ese vacío nocturno se percató de que la seguían y de que la policía había llegado a casa de su antiguo novio. Y también se dio cuenta de que no podía recurrir a las autoridades.

—¡Eh, espera!

Apretó el paso, dispuesta a echar a correr. Estaba segura de que no se trataba de los hombres que habían entrado en casa de Aram, pero podía ser un vecino entrometido, testigo de lo ocurrido, que pretendiera detenerla hasta la llegada de la policía.

—Oye, solo necesito preguntarte una cosa; no me quiero meter en nada de lo que ha pasado ahí atrás.

Los adoquines traicioneros de las calles peatonales dieron paso al espacio asfaltado y abierto del Leystapelwerft que flanqueaba el Rhin, en el que se citaban durante el día corredores, paseantes de perros y personas que únicamente deseaban deleitarse con la belleza de postal del entorno.

Un poco más adelante, buscó un refugio conocido debajo del puente y revolvió en su bolso hasta localizar el espray de defensa

personal, que ya la había sacado de algún apuro antes.

Si el hombre iba armado y tenía las intenciones del que había matado a Aram, poco podría hacer, pero menos era nada.

—No te acerques —advirtió al hombre, que apareció con prisas tras la esquina.

Él levantó las manos y se detuvo. Era de origen oriental, tenía el rostro pálido y sudaba profusamente debajo de la gruesa bufanda que le protegía del relente nocturno. La primavera era un lujo que solo disfrutaban los nativos de la zona, acostumbrados al intenso frío invernal. Para los visitantes de latitudes más cálidas, seguía siendo pleno invierno, excepto por la falta de nieve.

—En serio, no sé qué quieres, pero no es buen momento…

El hombre se inclinó hacia adelante, colocó las manos sobre las rodillas y resopló.

—¡Que me vas a contar! Tampoco esperaba que el tío al que quería ver se estrellara en la acera a mis pies.

—¿Para qué querías ver a Aram? —indagó ella, desconfiada.

—Por un trabajo de investigación de hace algunos años, quería que me pusiera en contacto con…

Jen chistó para pedirle silencio. Unos pasos en el empedrado de las calles por las que ellos acababan de pasar le erizaron la nuca. Los rebasó una ambulancia con la sirena aullando y ella tiró del brazo del hombre para resguardarlo en la protección de los contrafuertes del puente, donde no llegaba la luz de las farolas distribuidas a lo largo del paseo peatonal.

Los pasos se acercaban y, si se internaban debajo del puente, los descubrirían.

—Sígueme —le dijo ella en un susurro.

A su espalda, entre dos contrafuertes, había un espacio para el cableado de las luces del puente, por donde ella hubiera querido sustraerse de la persecución del asiático, si no hubiera aparecido tan pronto. El habitáculo no disponía de cerradura en la trampilla por la que accedían los operarios de mantenimiento, y era un lugar que los jóvenes usaban para darse un revolcón ocasional y discreto. Jen lo sabía por experiencia, se trataba de uno de los primeros secretos de la ciudad que le enseñó Aram.

Ella sospechaba que los asesinos no debían conocer esa trampilla, oculta del todo en la oscuridad. Solo los colonenses sabían esas cosas. Y pronto tuvo la prueba. Tiró del asiático para meterlo por la trampilla y enseguida escucharon los pasos fuera, que atravesaron la anchura del puente y salieron por el otro lado del paseo. Luego, continuaron su camino sin volver atrás.

—No toques ningún cable —dijo ella en voz baja a su acompañante—. Según recuerdo, estaban bien protegidos, pero…

—Descuida, no quiero morir electrocutado.

Al cabo de un rato interminable, él volvió a hablar. Había dejado de sudar y ahora estaba helado: la cercanía del río aumentaba la sensación de frío.

—¿Cuánto vamos a quedarnos aquí?

Jen consultó su móvil. Faltaban unas horas para amanecer y tenía que tomar una decisión. Uno de los hombres, por lo menos, la había descubierto corriendo. No la reconocería, pero si se ponían en contacto con el hermano de Aram, tardarían poco en sumar dos más dos, así que convenía largarse de la ciudad.

De momento, no obstante, era preferible quedarse en el refugio donde nadie la buscaría. Una hora o dos, quizá, hasta que el primer revuelo pasara y la policía hubiera hecho una batida por los alrededores de la casa de Aram.

—¿Te ha visto alguien mientras me seguías? —le preguntó al asiático, que temblaba a su lado.

Él negó con la cabeza y, al comprender que no podían verse en la oscuridad, expresó su negativa en voz alta.

—Estoy seguro de que no. Acabo de llegar a la ciudad y mientras te seguía he visto a un hombre por las cercanías, pero él no me ha visto a mí.

—¿Seguro?

—Soy periodista de investigación. Créeme, sé lo que me hago. Me he visto envuelto en muchas situaciones tensas. Por cierto, soy Choi Hyun. Puedes llamarme Hyun.

—Jenell Wolften —se presentó ella a su vez.

—Muy bien, y supongo que conocías a Aram Sarkissian.

—Lo conocía.

—Ya sé que esto sonará raro, pero estoy aquí por una investigación que llevó a cabo hace unos años…

—¿Marfil?

—Marfil —asintió él—. Así que lo conocías bien.

—¿Y qué querías preguntarle? La investigación terminó con la resolución de la ONU. No podía hacerse más. A China le costó, pero al final se unió a la prohibición de importar marfil.

—El gobierno chino sí, ahora el negocio lo llevan las tríadas y sigue fluyendo igual que antes.

—¿Y?

—Y quiero volver a los orígenes del tráfico para cortar la raíz antes de que llegue a florecer.

A Jen le pareció estar escuchando a Aram. Los periodistas de investigación , al menos los que ella había conocido, andaban sobrados de ego. Se creían capaces de cambiar la rotación de la Tierra con un simple reportaje. En el caso de su ex novio y el marfil, así fue durante un tiempo, pero todo el mundo sabía que el tráfico continuaba en la actualidad. De hecho, antes de la prohibición, se traficaba porque la demanda superaba el reparto del gobierno chino a los establecimientos dedicados a tal negocio.

La diferencia consistía en que ahora la totalidad del marfil era ilegal y, por tanto, muchísimo más caro.

—Quieres los contactos en África de Aram —adivinó ella.

—Una pista sobre con quién hablar me vendría bien.

—Pues yo no sé nada sobre eso —mintió Jen.

—Entonces, tendré que hablar con su compañera de investigación, quizá ella…

—Sandra murió en un accidente de avión el año pasado.

—Me estoy quedando sin opciones —comentó Hyun, decaído—. Tendré que buscar por mi cuenta, aunque eso me llevará más tiempo y no voy sobrado.

—¿Trabajas para alguna publicación?

—Soy *freelance*. En este caso, patrocinado por una ONG bastante solvente, aunque con la condición de entregar resultados tangibles antes de tres meses.

—Lo siento, Hyun.

—Esta profesión es una mierda. Terminaré buscando trabajo en algún diario y comprándome una casita en un barrio residencial, como todo el mundo.

Ella no dijo nada. Todavía le quedaban unos años para cansarse de recorrer el mundo haciendo fotografías para la revista de viajes, pero en algún momento tendría que parar también.

—Vamos, amanecerá pronto y yo tengo que irme —dijo.

Abrió la trampilla y miró fuera. No había nadie y solo se oía un camión de la basura en el barrio cercano.

Descendieron con cuidado, sacudiéndose el polvo de la ropa. Hyun se puso a saltar para entrar en calor y ella chistó, pidiéndole silencio. Habían pasado algo más de dos horas en el escondite, pero podía haber alguien por los alrededores.

—Encantada de conocerte. —Jen le tendió la mano al hombre—. Y siento no haber sido de ayuda.

—Te acompaño —dijo él—. Ya sabes, por si acaso…

—No es necesario, aunque te lo agradezco.

—Insisto. Además, imagino que luego irás al aeropuerto, así que vamos al mismo sitio.

—Aún no lo he decidido. Quizá me convendría acudir a la policía y contarles lo ocurrido.

Hyun se giró para mirarla con incredulidad.

—Pareces lista. Si no has recurrido antes a la policía es por algo; cualquiera hubiese contemplado ese paso como una primera opción, no como la última.

—Tampoco sabes si yo tiré a Aram por el balcón.

—No te ofendas, pero no pareces tan fuerte. Aunque, si quieres contarme qué ha pasado, te escucharé.

—Aram y yo éramos pareja hasta hace unos meses. Me sorprendió que me citara en su casa, pero acudí porque quería decirme algo importante —sintetizó Jen—. Al poco, llegaron dos hombres y él me pidió que me escondiese. No tuvimos tiempo de hablar, solo sé que en un momento lo tiraron por el balcón y yo me escondí hasta que pude salir corriendo.

—¿Puede ser por algo que investigaba?

Jen se encogió de hombros.

—Ya te digo que llevábamos meses separados. No sé qué investigaba ni tuvo tiempo de explicarme qué le preocupaba.

Ella caminaba mirando a uno y otro lado. Ir acompañada del periodista no le aportaba tranquilidad, por muchos recursos que esgrimiera como tarjeta de presentación. Hendrix querría matarla por haber sido testigo, y su acompañante carecía de un físico disuasorio. Es más, por mucho que dijese haberse visto en situaciones comprometidas, a Jen le parecía de los que saldría corriendo ante el primer contratiempo.

No obstante, le vendría bien como vigilante.

—Espérame aquí —le dijo a Hyun cuando llegaron a la entrada de su calle—. Apúntate mi número de teléfono y, si ves acercarse a alguien, me llamas, ¿vale?

Había hecho una lista mental por el camino sobre lo que tenía que llevarse: pasaporte, dinero en efectivo de la caja fuerte, algo de ropa y un par de cámaras. Era todo lo que necesitaba.

El corazón volvió a golpearle en el pecho, de manera salvaje, cuando subió los tres pisos por las escaleras hasta la puerta de su apartamento, no por el esfuerzo, sino por el miedo.

9

Delta del Okavango (Botsuana)

Un mes antes.

—Todo controlado, no corras —dijo Tumelo por radio.

—Cuéntame —pidió Gary—. Estoy a cinco minutos.

—Granjeros de la zona, a los que se han unido sus vecinos. Han depuesto las armas enseguida y el elefante problemático ha escapado por las colinas del norte, huyendo de los estampidos.

—¿Os los vais a llevar?

—Te esperamos y nos ayudas. El resto de mis hombres está a media hora y no merece la pena que vengan.

Tumelo tenía autoridad para encarcelar a los infractores durante un día. Y, aunque ningún juez querría intervenir, quedarían fichados por la policía. Era la única medida disuasoria que podían usar, puesto que se creían con derecho a abatir a cualquier elefante que entrase en sus sembrados.

Los granjeros estaban hartos de que los animales irrumpieran en sus tierras en busca de agua o de comida. No les entraba en la cabeza que esas tierras habían sido lugar de paso habitual de elefantes, antes de que el gobierno las vendiera por un precio irrisorio y ellos las cercaran con alambre de espino.

Las vallas no suponían un problema para un elefante de cinco toneladas, provisto de un duro pellejo y empeñado en pasar por donde su manada había atravesado el territorio desde tiempos inmemoriales. Heredaban conocimientos los unos de los otros, y una granja solo era un contratiempo en su día a día.

El conflicto entre granjeros y animales empeoraba y no tenía visos de solucionarse. Los ánimos soliviantados terminaban como esa noche, con una cacería que no había culminado en desgracia, pero que muy bien podría haberlo hecho.

—Finn, vete a descansar, mañana tienes trabajo al amanecer.

—Gracias por recordarme que tengo que pasear a los jefes del resort. Estoy saltando de contento.

—Dales una vuelta por ahí, avisa a Karen y que se hagan una foto con «Tony», para que puedan presumir con sus amigos si consiguen acercarse lo suficiente sin cagarse encima. Luego los llevas de vuelta al hotel y listo.

«Tony» era un rinoceronte que vivía muy cerca de su campamento, por elección propia. Más que un animal salvaje, era una mascota desde que lo habían acogido siendo una cría. Dejaba que los niños se subiesen a su lomo o se colgaban de su cuerno para ser lanzados con una sacudida, y acudía a pedirle manzanas a Karen, para comerlas de su mano. Ella le daba unas palmadas y él volvía a pastar por los alrededores, como si no pudiese estar demasiado lejos del campamento. Si dejaban de verlo un par de días, alguien salía para asegurarse de que estaba bien.

Intentaban evitar esas relaciones de dependencia con los animales que cuidaban, pero había excepciones, y «Tony» era una de ellas. Consideraba la zona del campamento su territorio y la votación a la que sometió Gary la conveniencia de trasladarlo a la reserva Khama Rhino Sanctuary, obtuvo una negativa unánime. El animal no hubiera sobrevivido en un zoo, pero era libre para elegir su espacio vital.

Llamó por radio al coronel Mugabe y lo puso en antecedentes del incidente, aunque Tumelo le remitiría un informe exhaustivo, como se hacía con cualquier suceso. Los hombres del coronel desplegados en la frontera, habían tenido unas horas movidas también, aunque ellos sí que llegaron a un enfrentamiento con dos furtivos, a los que no pudieron capturar vivos.

Volvió horas después al campamento y, aunque estaba cansado, sabía que le costaría conciliar el sueño. Salió al porche de su tienda con la mitad de una botella que encontró en su interior y bebió en silencio, disfrutando de la paz nocturna.

*****

El despacho del coronel Mugabe, en Francistown, era un espacio atestado de mapas y papeles vetustos, alguno de los cuales debía ser más viejo que Gary, por su aspecto amarillento y ajado. Mugabe se declaraba un hombre de acción, que soportaba a duras penas estar en su despacho, y sufría lo indecible cuando tenía que acudir a algún acto oficial, que requería uniforme de gala y pasar horas de pie, estrechando manos. Adular a unos y otros, esperando que lo mantuvieran en su puesto, suponía su peor pesadilla.

—El día que me jubile, muchacho, me voy a ir a vivir a una isla desierta donde solo haya lagartijas. Estoy hasta los cojones de velar por los animales, de pelear para conseguir más equipo, de jugarme la piel con furtivos y de espantar moscas.

Gary rio. El coronel tenía un carácter difícil y estaba acostumbrado a imponer su voluntad, pero agradecía la labor de los guías, que se habían implicado en salvaguardar a los elefantes del número creciente de furtivos, a un alto precio, a veces.

Los voluntarios del campamento se habían llevado la peor parte desde hacía casi dos años. Habían tenido numerosos heridos de diversa consideración y dos muertos en emboscadas y enfrentamientos. A raíz de eso, Gary solo dejaba participar en el voluntariado a los más sensatos y experimentados. Finn era la excepción, pero ya había tenido unas palabras con él, después de lo sucedido varias noches atrás. Ir a ciegas era la forma más rápida de que Karen se quedase sin pareja, y él la quería demasiado para permitirlo, así que le puso las cosas claras al australiano.

Aún después de nueve años trabajando juntos, el coronel seguía tratando a Gary como a un subordinado más que como a un colaborador necesario. Con la escasa dotación de hombres a su cargo, la única forma de mantener a raya el furtivismo era contando con los guías que trabajaban en los entornos turísticos del delta y los fronterizos con Namibia y Zimbabue. Y Gary los representaba a todos.

Al poco de conseguir los permisos necesarios para crear la base de su fundación en la zona del delta, Gary vio la falta de organización de los guías y empezó a contactar con ellos para crear una especie de federación, turnarse en los lugares de interés y dejar

de estresar a los animales, que se volvían agresivos por las continuas intrusiones en su territorio. Los responsables de la regulación de zonas vivían en la capital y se limitaban a llamar por teléfono a los hoteles para preguntar si se sentían satisfechos.

Por otra parte, le pareció escandaloso que en la primera reunión de la reciente federación, antes de empezar la temporada, solo hubiese dos negros en la sala: Sbusiso y Gahtii. Todos los demás eran blancos y la mayoría ni siquiera oriundos de África.

—Tómatelo con calma, Gary —le dijo Sbusiso—. Los cambios hay que realizarlos sin prisa. Un pie después de otro.

—Si los hoteles dejan de contratarnos por tu empecinamiento, el campamento saldrá perdiendo —añadió Gahtii.

Ambos tenían razón, por lo que fueron dando pequeños pasos en ese sentido y ahora treinta y seis de los ciento cinco guías federados en la zona eran negros.

Viendo el protagonismo del recién llegado, Mugabe le pidió ayuda para actuar contra la caza furtiva. Si se implicaba, arrastraría a los de su gremio. Entre los voluntarios de poblaciones pequeñas, alejadas unas de las otras, y guías, Mugabe contaba con otro pequeño ejército, en contacto constante con Tumelo y Gary.

El sudafricano no recordaba cómo se había metido en semejante compromiso, pero ahí estaba, porque aquello era África y las cosas funcionaban de esa forma: estirando los recursos hasta el límite y cuando no daban más de sí, se estiraban el doble.

—Coronel, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Dispara, muchacho.

—¿Sabe si ha habido problemas de tráfico de diamantes por la zona últimamente?

—No estoy al tanto de ese tema, tendrás que preguntar al jefe de policía, aunque no he oído nada y eso suele comentarse. ¿Por qué? ¿Has oído algo al respecto?

—Nada concreto. El otro día lo comentaba uno de los guías del Camp Xakanakxa que venía de Angola y yo caí en que hay un par de minas de diamantes por los alrededores.

El coronel le restó importancia con un gesto de la mano.

—Ya sabes que en Angola tienen un gobierno bastante laxo, y la corrupción alcanza todas las capas.

Mugabe, como la mayoría de los vecinos de Angola, despreciaba al país vecino por envidia. Angola poseía yacimientos minerales y petrolíferos abundantes, que explotaban con éxito, por lo que su nivel económico había crecido de forma exponencial desde la guerra civil. Ni qué decir tenía que el interior del país seguía tan pobre como el siglo pasado. La riqueza se quedaba en la costa.

Pero ese era un mal endémico de África. Los países colonizadores del siglo XIX se habían llevado gran cantidad de los recursos naturales y cuando los africanos lograron su independencia, los que atesoraban los valiosos recursos eran la casta gobernante. Si acaso, adecentaban carreteras y ciudades importantes, y el resto del territorio seguía en la miseria.

Botsuana, que poseía idéntico nivel de riqueza en su subsuelo que Angola y muchos otros países africanos, se había convertido en una de las economías de más rápido crecimiento del mundo, gracias a la explotación de sus minas de diamantes. Según proclamaba el gobierno, la riqueza se estaba gestionando de forma prudente para mejorar la educación y la salud de los ciudadanos. Desde el punto de vista de muchos, la riqueza se gestionaba de manera demasiado prudente. Y lenta.

Gary asintió sin creer del todo al coronel cuando decía que no sabía nada sobre irregularidades en las minas. Las había en todas. Por mucho control que hubiera, los más avispados encontraban la manera de hacerse con algunos minerales en bruto.

A él no le importaría si no fuera porque sospechaba que estaba siendo, sin saberlo, cómplice de un delito muy penado, que podía terminar con la fundación y con todo por lo que había luchado con uñas y dientes.

—Quizá me pase esta semana a veros, ¿hay gente nueva? —preguntó el coronel.

—No hace falta nadie más, por ahora.

—Creí que tenías intención de expandirte para quedarte con más hoteles y ampliar el campamento.

Gary negó.

—Ya somos demasiados. La fundación no podría mantener a más gente y yo tampoco quiero que nos convirtamos en una población censada. Estamos bien así.

—Pero podría resultar lucrativo para ti; a más personal, mayores ganancias. Cualquier empresario…

El sudafricano soltó una carcajada.

—No soy un empresario, a mí esto me cuesta dinero. Y n sé a qué ganancias se refiere. Todo se quema de la misma forma. Céntimo que entra, céntimo que sale. Incluso con los huertos, dar de comer a tanta gente supone un gasto importante, que apenas cubrimos con unos meses de trabajo.

—Deberías criar más animales en cautividad, muchacho, son los que de verdad dan dinero. Los zoos de todo el mundo necesitan reponerlos y acuden a los criadores.

—No es mi estilo, ya lo sabe.

El coronel se levantó de su asiento, dando por terminada la visita. La sutileza no era su fuerte. Cuando quería hablar con alguien, lo mandaba llamar; cuando no, lo despedía.

Durante la semana siguiente, tuvieron la reunión y la fiesta de inicio de temporada del campamento. El agua empezaba a llegar al delta y con ella vendrían las grandes manadas y el turismo. Había que celebrar la creación, un año más, del mayor oasis del mundo, con toda la vida nueva que significaba.

—¿Algo nuevo? —le preguntaba todos los días a Karen.

—Nada. ¿Y si te equivocas?

—Me encantaría equivocarme, ¡no sabes cuánto!

—Reviso todos los días a los animales que van a salir —comentó ella—. De forma discreta, no temas.

A medida que se acercaba la fecha para empezar con los safaris de temporada, los preparativos se aceleraban. Los guías tenían que revisar los vehículos del resort en los que llevarían a los turistas y organizar turnos, según las reservas.

Gary había delegado el trabajo en un veterano, que llevaba más años haciendo safaris que entre todos ellos juntos, y tenía para rato. Contaba con setenta y tres años y era fino como un junco. Gahtii provenía de una tribu masái de Kenia y hablaba poco de sí mismo.

Su esposa, en cambio, hablaba por los dos. Por ella supo que su matrimonio no era concertado, sino que se habían casado por amor y sus familias los echaron por contravenir la tradición.

Esos asuntos, que parecían banales a ojos foráneos, para las tribus eran un claro desafío y un peligroso precedente.

Gahtii pasó de pastorear ganado, a trabajar como ayudante de guía de un hotel keniano para ganarse la vida y mantener a su familia. El cambio resultó mejor de lo previsto: su porte elegante y su aire ausente acaparaban la atención de los blancos ricos, que acudían a saborear el continente en toda su esencia, y ser guiados por un masái era un lujo que pagaban muy caro. Los dos hijos del matrimonio habían ido a la universidad y ellos seguían trabajando por el placer de pertenecer a una comunidad. Después de tantos años, ya no les hacía falta, aunque no querían vivir en una ciudad.

Había personas que no concebían otra forma de vida. Gary tampoco, y por eso entendía sus razones.

Cuando el camión estuvo listo para salir hacia Francistown, Gary se despidió de Doherty como siempre.

—Gahtii se queda a cargo de todo —le dijo a Finn—. Échale una mano en lo que puedas, no creo que tarde mucho.

—¿A dónde vas?

—Necesito hacer unos trámites urgentes —le contestó—. Karen, ¿podemos hablar un momento?

Finn le dio una palmada en el hombro mientras él cargaba con su reducida maleta y se dirigía con Karen a la avioneta que se llevaría. La grande quedaría a disposición del campamento por si había que trasladar turistas o buscar víveres en la ciudad.

—Nada, ¿no? —le preguntó.

—Lo siento, Gary, yo no he visto nada fuera de lo normal. Lleva varios días preparando a los animales, como siempre, aunque no he estado todo el tiempo con él. Oye, ¿vas a Colonia?

—Si los animales van, yo también.

—Pues tengo un encargo para ti, si tienes tiempo…

*****

Llegó a Francistown con mucha antelación. El avión que transportaría a sus animales, y a muchos otros, a París, tenía el portón trasero abierto y los operarios estaba embarcando las jaulas. Se encontraban separadas por mamparas móviles, aunque los animales irían sedados para su propia protección y tranquilidad. Se olían unos a otros y tenían miedo.

Esa parte nunca le había gustado, por eso la confiaba a otra persona. Quizá los animales tuviesen suerte y pudiesen adaptarse a sus hogares nuevos, pero le seguía resultando aberrante sacarlos de su entorno para divertimento de unos cuantos, sin medios para pagarse un viaje y verlos en sus hábitats. Le parecía como cuando los esclavistas sacaban a los hombres de sus aldeas para convertirlos en mano de obra. No era lo mismo y lo sabía, aunque así se sentía cuando los enviaba a un zoo: como un traidor.

—Gary, ¿cómo tú por aquí? —preguntó Doherty.

—Tengo que solucionar unos temas en Europa y he pensado acompañaros a última hora.

—Creía que no te agradaban estos traslados.

—Y los aborrezco, pero no siempre se puede hacer lo que le gusta a uno, ¿no crees?

—Por mí, estupendo.

Las palabras de Doherty desmentían su expresión de fastidio. Lo había pillado desprevenido.

Las cebras seguían tranquilas, la hiena no tanto. Metió la mano en la jaula y le rascó detrás de la oreja.

—Calma, chica, será un momento y luego vivirás como una reina, te lo prometo, preciosa —le dijo, sin importarle la dentellada que lanzó la hiena a su mano y que falló por poco.

Doherty elevó una ceja, irónico.

El jefe del campamento ya había decidido que Doherty no volvería a trabajar en la fundación, aunque tuviese que encargarse él mismo de los traslados.

10

Colonia (Alemania)

Un mes antes.

Llegar a París supuso un alivio. El ambiente en la zona de carga era pestilente. Los animales transpiraban y sus hormonas saturaban el ambiente de inquietud.

—¿No te estresan estos viajes? —le preguntó Gary.

Doherty, en su asiento, giró la cabeza. La respuesta no era necesaria, solo había que ver su expresión despreocupada.

—Ngila estará muy bien en Lyon, si es lo que te inquieta. Puedes acompañarla para cerciorarte.

—Puede que lo haga.

—Yo seguiré hasta Colonia, las cebras son más sensibles de lo que parece y necesitan supervisión.

Hasta que no aterrizaron, Gary no tomó una decisión. Le hubiese gustado cerciorarse de que Ngila quedaba en buenas manos, pero si Doherty seguía con las cebras, tendría sus razones, unas que le incumbían, por lo que continuó viaje.

A pie de pista en Colonia les aguardaba un camión para cargar a las cebras y trasladarlos a todos al zoo.

—Me quedaré con ellas hasta que se les pase el efecto de los sedantes —comentó Doherty—. Mi trabajo es asegurarme de que están bien y que su integración se hace con calma.

—Hemos preparado para ustedes alojamiento en un hotel cercano, que corre de nuestra cuenta, por supuesto —dijo el responsable del zoo.

Gary le dio vía libre a Doherty. Si estaba encima de él todo el tiempo, le impediría sacar los diamantes y no era lo que quería, sino asegurarse de que no estaba equivocado.

Después de seis horas vigilando la entrada a las instalaciones, lo vio salir del zoo por la puerta de empleados. Acababa de anochecer y llamó al contacto que tenía en París, que le había asegurado su cooperación.

—¿Usted ha visto los diamantes? —preguntó el hombre.

—Monsieur Trombert, no he visto nada, como le dije, solo tengo sospechas.

—Y en la Interpol nos las tomamos en serio, descuide.

Bueno, eso estaba por ver. Había avisado a la Interpol dos días antes de sus sospechas y no mandaron a nadie al avión cuando aterrizó en territorio francés.

—Estamos investigando. Nos pondremos en contacto con usted si tenemos novedades, descuide.

Ese descuide del final de cada frase escamaba al guía. La interpol hacía algo o no lo hacía. Si tenía que ocuparse él, lo haría; el problema era que desconocía la ciudad.

Doherty estaba nervioso y miraba a su alrededor de forma compulsiva, sin ver nada en realidad o ya lo hubiese descubierto. El recinto del zoo se encontraba muy próximo al río, lugar de cita del traficante bien escogido, ya que vería acercarse a cualquiera desde lejos, pues se trataba de un lugar despejado.

La espera fue breve, aunque algo trastocó el intercambio. Gary no supo que se trataba de una anomalía hasta que vio a dos hombres corriendo hacia Doherty, al tiempo que el que se había acercado a él salía en dirección contraria, con un paquete en la mano, y subía a un coche en marcha, sin conductor.

Gary buscó con la mirada algún taxi por los alrededores. Entonces, un vehículo se detuvo a su lado y un hombre le apremió desde el interior, agitando la mano.

—¡Suba, rápido!

No había tiempo para pensarlo, porque el coche del hombre que tenía los diamantes ya se había perdido de vista.

El conductor aceleró, maniobrando para adelantar a otros vehículos, sin tomar precauciones.

—Perdone las prisas —se disculpó el conductor, sin dejar de mirar al frente—. Chirac, Interpol.

—Gary Brand, pero imagino que ya lo sabe.

—Estaba buscando sitio para aparcar cuando le he visto salir del zoo detrás de ese hombre. Su empleado, supongo.

El director de la fundación lo miró de reojo: así que lo había reconocido a él, pero no a Doherty. Eso quería decir que la Interpol le había investigado, en lugar de hacer lo mismo con el supuesto traficante. El mundo al revés.

—Empleado de la fundación —puntualizó, algo fastidiado.

El francés pasó por alto la aclaración y se saltó un semáforo en rojo, ganándose las protestas de algunos conductores, en forma de airados pitidos y exclamaciones groseras.

—No queremos que nuestro amigo se ponga nervioso si ve que le sigue la policía, así que no pondré las luces de emergencia.

A Gary le pareció que la explicación sobraba; cualquiera lo hubiera imaginado. No obstante, se ajustó el cinturón de seguridad. El agente de la Interpol era un conductor rápido, pero temerario, que acababa de esquivar un vehículo por los pelos.

Con el coche del ladrón de diamantes a la vista, Chirac redujo la velocidad y se colocó a cincuenta metros de él.

—Se estaba cerciorando de que no lo seguían, supongo.

Otra obviedad, según Gary, que se preguntó si le recitaría un informe en directo sobre lo que hacía, como si no se encontrara con él en el coche.

—Estamos volviendo al centro.

—Lo he imaginado al ver el cartel. —Gary no pudo contener el sarcasmo. De seguir así, no harían buenas migas.

El francés le lanzó una ojeada.

—He supuesto que no conocería la ciudad.

—Y tiene razón, es la primera vez que vengo.

«Pero sé leer», añadió mentalmente.

Casi media hora después, el vehículo al que seguían entró al garaje de un edificio y ellos aparcaron fuera. Cuando Gary tiró de la manija de la puerta para salir, el francés lo retuvo del brazo.

—¿A dónde va?

—Me parece obvio: a ver qué luz se enciende en el edificio, para saber en qué piso vive ese hombre e ir a por él.

—Aquí no hacemos las cosas como los vaqueros, tirando puertas abajo y amenazando a todo el mundo. Llevamos un orden.

—Bien, ¿y en qué momento ese orden va a ponerse en marcha? Porque no veo que haya prisa. Ha visto lo mismo que yo: ese hombre se ha llevado los diamantes y los que han llegado más tarde parecían indignados, como si se los hubiera quitado en las narices.

—En primer lugar, no sabemos si eran diamantes lo que se ha llevado. Eso nos conduce al segundo punto: no podemos entrar en un domicilio solo por lo que imaginamos que contiene.

—¿Y qué sugiere?

—Esperar y ver lo que usted ha dicho: saber el piso si enciende alguna luz e investigar quién vive en ese apartamento.

—Esperar… —repitió Gary, incrédulo.

—La Interpol carece de autoridad real en un lugar si no está acompañada por la policía del país —le recordó al sudafricano—. Nuestro cometido es mediar y ofrecer recursos para…

—Ya. Por tanto, lo suyo sería ponerse en contacto con la policía de Colonia y…

—Deje que haga mi trabajo, le aseguro que se me da bien.

Las luces de una ventana del cuarto y último piso se encendieron y, casi de inmediato, otra ventana se iluminó en el segundo.

Gary salió del coche sin atender las protestas del francés, se acercó a la puerta de entrada del edificio y tomó una fotografía de los botones de llamada, que indicaban el piso y el apellido del inquilino. Luego, volvió al coche.

—Ha sido una temeridad, pueden estar vigilando a ese hombre y su intervención…

El sudafricano le enseñó la fotografía de su teléfono.

—Ya tiene para empezar. Quizá alguna de estas personas tenga antecedentes por tráfico o algo por el estilo.

—No es usted un hombre paciente.

—Quiero volver a casa, señor Chirac. Es la época del año en la que más trabajo tenemos.

—Es libre de irse, aquí ya no puede hacer nada.

—Pero tengo curiosidad por saber a dónde iban a parar esos diamantes, y espero que detengan a Doherty para que me diga

cómo usaba a los animales para meterlos en Europa.

—Nosotros nos encargaremos.

«Como hasta ahora…», pensó Gary, que no tenía intención de irse hasta que tuviera respuestas.

Dos horas después, cuando las luces de los edificios empezaron a apagarse, indicativo de que los inquilinos de la zona se retiraban a dormir, el francés, que había llamado a la sede de Lyon para solicitar información sobre los inquilinos del edificio que vigilaban, recibió contestación.

—Un momento, por favor, estoy acompañado. Pongo el manos libres y así no tengo que repetir la información. Proceda.

—Con las directrices recibidas, hemos dado con un apellido relacionado con el comercio de diamantes en Amberes. La familia Sarkissian, de origen armenio, lleva en el negocio casi un siglo y se ha labrado una buena reputación en el mercado internacional. La dirección que nos ha facilitado, sin embargo, es la de un miembro de la familia totalmente ajeno al negocio. Aram Sarkissian vive en el cuarto piso. Es periodista de investigación de notable talento, galardonado con premios internacionales por uno de sus mejores trabajos: el tráfico de marfil.

Gary dio un respingo y, ante la mirada interrogante del francés, negó con la cabeza.

—Es todo. El resto de inquilinos del edificio son profesionales de otros campos sin relevancia con la búsqueda.

Chirac dio las gracias y cortó la llamada.

—¿Y bien? —le preguntó a Gary.

—Conozco a Aram. Cuando estaba por la zona de la fundación, le ayudé con su investigación. Vino con nosotros a la caza de furtivos y entrevistó a algunos del equipo.

—¿Y no lo ha reconocido?

—En ningún momento le he visto la cara.

—El mundo es un pañuelo, ¿eh?

El sudafricano miraba pensativo la calle vacía. Los colonienses no parecían muy aficionados a trasnochar.

—Voy a hacerle una visita —dijo.

—A estas horas y después de robar unos diamantes ilegales, ¿no le parece que será sospechoso? ¿Seguían en contacto?

—No. Pero puedo alegar que estaba de visita en la ciudad y he coincidido con un conocido en común.

—Espere a mañana o pasado, será menos sospechoso y mientras, podemos vigilar a ver qué hace.

—Esperar tanto… —dudó Gary.

Unos pasos en la calle empedrada, como muchas de la ciudad, atrajeron su atención. Una mujer se acercaba a largas zancadas, propiciadas por sus esbeltas piernas, que sobresalían bajo un abrigo ligero. Consultó su teléfono, continuó hasta la puerta que interesaba a los vigilantes y llamó a uno de los timbres con insistencia. Cuando le abrieron, se perdió tras la puerta.

—¿Ha visto a qué timbre ha llamado? —preguntó Gary.

—No me he fijado.

—No se ha encendido ninguna luz más en el edificio, puede que esté haciendo una visita a Aram.

—Pues hay que reconocer que tiene buen gusto tu amigo.

—O son cómplices —sugirió Gary.

Unos nuevos pasos resonaron en el silencio nocturno. Las nubes bajas estaban empezando a soltar su carga en forma de gotas muy finas, humedeciendo el empedrado. Esta vez eran dos hombres, uno de ellos muy fornido.

Gary se estremeció. El francés tenía apagada la calefacción del coche y se preguntó si solo él tendría frío en aquella ciudad. Lo cierto es que desde que había llegado no había conseguido entrar en calor, debido, más que a la temperatura, al cielo nublado. Quizá en otra época del año resultase una ciudad preciosa, pero con esas condiciones, él creía estar en una en blanco y negro.

Los recién llegados se aproximaron a la puerta del edificio, que Gary y Chirac no perdían de vista, y uno de ellos la abrió mientras el otro miraba alrededor.

—No parecen ladrones, pero juraría que no tenían llave —comentó el francés.

—Demasiado movimiento hay en ese edificio, ¿no sería hora de ponerse en contacto con la policía?

Chirac chasqueó la lengua. Empezaba a fastidiarle su forzoso compañero. Cierto que había exceso de movimiento en una calle tan silenciosa, que parecía dormida, aunque aún hubo más sorpresas minutos después: un taxi se detuvo en la esquina y de él se apeó un sujeto de rasgos asiáticos con su maleta. Se cubría la cabeza con un periódico para no mojarse. Consultó su móvil y se dirigió hacia la puerta, objeto de tantas visitas nocturnas, haciendo traquetear las ruedas de la maleta en el empedrado.

—¡No me puedo creer que vaya al mismo edificio! —exclamó Gary con humor—. Quizá haya una fiesta arriba.

La fiesta, sin embargo, no tardó en descontrolarse y trasladarse a pie de calle, con la caída de un cuerpo desde lo alto.

El sudafricano y Chirac se sorprendieron tanto que tardaron en reaccionar. Entonces, salieron del coche y corrieron hacia el cuerpo. El asiático se había detenido a pocos metros, impresionado por el espectáculo.

—¡No toque nada! —exigió el francés a Gary.

—¡Es Aram!

—¡Mierda! Vuelva al coche. Acabo de mandar una alerta a la policía y no tardarán en llegar. Es mejor que yo les explique…

—Puede que esté vivo.

Chirac lo empujó hacia el coche sin miramientos.

—Escuche, necesito que se quede dentro del coche hasta que pueda dar las explicaciones pertinentes —dijo el hombre de la Interpol, abriendo la puerta e invitándole a entrar.

En ese momento, la mujer que había subido en primer lugar salió corriendo del portal sin mirar atrás, con los zapatos de discreto tacón resbalando en el pavimento mojado. El asiático, que dejó abandonada su maleta, también corrió en dirección contraria a las luces de los coches de policía que se acercaban.

—¿Qué coño…?

Gary, aprovechando que el francés estaba entretenido en hacer señas a los vehículos policiales, provistos de luces de emergencia, salió del coche y se apresuró a seguir a los dos fugitivos. Por el rabillo del ojo, percibió movimiento en la entrada del edificio. Los dos hombres que se habían colado poco después de la llegada de la

mujer, lo abandonaban a toda prisa, sin que el agente de la Interpol les diera el alto. Puede que ni siquiera se hubiese enterado.

Quizá Chirac estuviera más interesado en salvar el culo y no interferir en asuntos policiales; él pretendía saber qué había pasado allí. Esa mujer tenía algo que ver con Aram. En cuanto al asiático, creía que solo estaba impresionado y deseaba salir de allí.

11

Colonia (Alemania)

Un mes antes.

Jen cayó en la cuenta de que ir a su casa en esas circunstancias resultaba una idea pésima.

Lo único importante era su documentación y el dinero, y todo eso se encontraba en una caja fuerte, que los sicarios no podrían abrir ni llevarse. Y seguro que su apartamento era el primer sitio donde la buscarían.

Descendió las escaleras a velocidad suicida, salió a la calle, miró a ambos lados y corrió hacia Hyun.

—A ti no te busca nadie, hay que ir a un hotel —le dijo.

—¿Y tus cosas?

—Volveré mañana o pasado. Tengo que pensar.

—Me gustaría mucho ayudarte, pero, como te digo, tengo que espabilar para buscar a alguien que quiera hablar conmigo.

—Puedo proporcionarte un contacto en África de los que ayudaron a Aram con lo del marfil.

—Hace un rato me has dicho…

—Hace un rato pensaba que no te necesitaba.

Hyun estaba más interesado que molesto. Tampoco él hubiera soltado por las buenas sus fuentes de información, costaba mucho hacerse con ellas.

—De acuerdo. Tú dirás dónde vamos, yo no conozco esto.

—A tres manzanas hay un hotel discreto. Coge una habitación y llámame para decirme cuál. Yo iré en cuanto amanezca para no levantar sospechas entre los empleados.

—No me dejarás tirado, ¿verdad?

—Te necesito más de lo que me necesitas tú.

Era demasiado cierto para el gusto de Jen. Se estaba fiando de un absoluto desconocido, pero tenía una bolsa llena de diamantes en bruto en el bolso y dos asesinos detrás de ella. ¿Qué otra cosa podía hacer? Recurrir a cualquier conocido o amigo de la ciudad sería ponerlos en riesgo también.

Observó que estaba amaneciendo y pronto no encontraría ningún rincón en sombras donde ocultarse, así que entró en un café que estaba abriendo en ese momento.

—Señora, aún no servimos desayunos.

—No se preocupe, esperaré. Acabo de llegar de viaje y me apetece sentarme un rato a descansar, si no le molesta.

El dueño del establecimiento asintió, dándole permiso y en uno de sus viajes a preparar la cafetera, recoger los pedidos de bollería fresca y demás, se acercó con un vaso de agua en la mano.

Ella le agradeció el gesto con una sonrisa. Los alemanes podían parecer secos de trato, pero albergaban espíritus amables.

El móvil zumbó en su bolsillo y leyó el texto de Hyun con el número de habitación. Contestó con el pulgar en alto y consultó las noticias, que informaban de un suicidio en pleno centro de la ciudad, aunque la policía aun investigaba los hechos.

Por fin, tuvo tiempo de pensar en Aram con calma. Al principio, sintió rabia por haberla metido en un asunto tan peligroso, pero luego comprendió que le había entregado los diamantes porque ella sabría guardar el secreto y quizá, llegado el momento, aportarlos como prueba de que pertenecer a la élite del mundo de los diamantes no convertía a las personas en respetables.

Los diamantes, antes de ser pulidos y cortados, podían revelar su procedencia. Y esos no tenían carta de presentación.

Jen jamás se había interesado por los diamantes hasta que su relación con Aram se convirtió en un asunto serio. Antes de que le presentara a su familia, se documentó todo lo posible para no parecer una ignorante. Todos, excepto Aram, se dedicaban al comercio de las preciadas piedras.

Podía haberse ahorrado el esfuerzo. Consideraban a Aram un extraño y a duras penas soportaban su presencia, así que la de ella

pasó totalmente inadvertida. Excepto por un frío saludo, que pretendía ser una bienvenida, nadie le dirigió la palabra.

El nuevo zumbido de su móvil le hizo bajar la vista. Incrédula, contestó a la llamada.

—¿Karen? ¿Qué horas son estas de llamar?

—Llevo varios días intentando ponerme en contacto contigo. Creo que tengo un problema con mi conexión porque…

El ruido de estática le obligó a separar el teléfono de su oreja.

—Te oigo fatal, Karen.

—Una borde… Tenemos que ponernos… Te mataré cua…

Ya sabía que iba a recriminarle lo de siempre: prometía ir a visitarla y nunca encontraba el momento. Karen había ido a verla a Colonia dos veces y otra se habían encontrado en Londres. La fotógrafa era una pésima amiga y lo sabía.

—Karen, no sé si tú me oyes. Ahora mismo estoy bastante liada, pero prometo llamarte en un par de días. Soluciona lo de tu teléfono, lo único que me faltaba era perderte. Te quiero.

Ya no pudo dilucidar nada a través de la estática, así que cortó la comunicación con una sonrisa en los labios, que se apagó cuando contestó a una nueva llamada, sin cerciorarse de que se trataba de un número desconocido.

—Jenell.

Reconoció la voz de inmediato y eliminó cualquier rastro de temor de su tono, aunque estaba asustada.

—Narek, esto sí que es una sorpresa.

—No debería serlo. Tienes algo mío y necesito recuperarlo.

—No sé a qué te refieres.

—Si quieres hacerte la tonta, podemos perder unos minutos más de cháchara, pero te aseguro que lo recuperaré de una forma u otra. Tú decides si me lo entregas y cada uno por su lado, o te busco, lo recupero y te mato.

—Me sorprende tanta violencia por tu parte, pensaba que eras un respetable hombre de negocios.

—Por eso estoy negociando contigo. Dame lo que te entregó mi hermano y te perdonaré la vida.

—Vete a la mierda, Narek.

Cortó la llamada con manos temblorosas. Para nada se sentía tan segura como había pretendido. Narek había mandado matar a su hermano, no la dejaría a ella viva ni con diamantes ni sin ellos.

De repente se dio cuenta de que conservar el teléfono era una temeridad y lo sumergió en el vaso de agua intacto.

Quizá ese fuera el momento ideal para visitar a Karen, después de todo, aunque para ello debía recuperar su pasaporte.

—¿Desea un café, señorita? —le preguntó el dueño del negocio —. Ya puedo servirle un desayuno completo.

Su mirada se dirigió al teléfono, sumergido en el vaso.

—Tengo uno nuevo y no quería que nadie sacase datos de este. La privacidad, ya sabe… Tírelo a la basura cuando pueda. En cuanto al desayuno… —Fingió pensarlo—. No tengo demasiado apetito, tomaré café y algo dulce para acompañarlo, gracias.

Estaba deseosa de salir corriendo. Si habían rastreado su móvil, los hombres de Narek podían estar cerca.

Engulló el *strudel* de manzana, obligándolo a pasar con tragos de café, pagó y salió, después de dar las gracias. La comida le pesaba en el estómago como si hubiese ingerido hierro.

Tendría que haber aguardado un par de horas más para acudir al hotel, pero la luz del día le pareció demasiado reveladora y entró en recepción, dio los buenos días y se dirigió al ascensor sin titubear. Conocía el establecimiento y esperaba que nadie le preguntara por su destino, como así fue. El turno de noche había terminado y la recepcionista parecía descansada y fresca. No la molestaría preguntándole por su habitación.

Con buen criterio, Hyun había escogido una habitación con dos camas. Se tiró encima de la intacta y tardó solo unos segundos en perder el conocimiento. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba, tanto física como anímicamente.

*****

Aguantó veinticuatro horas solo. Sentía que cada hora que pasaba era una hora perdida y a ella se le hacían eternas.

Los sicarios tenían que haber pasado por su casa e imaginado que se habría largado bien lejos.

Cualquiera con dos dedos de frente lo hubiera hecho.

Contentó al periodista con un mínimo de información. El asunto no le concernía y, en todo caso, saberlo no le traería nada bueno. ¡Menudo regalo le había dejado Aram!

Lo urgente era ir a recoger su documentación para poder salir del país, del continente mejor, porque su conversación con Karen le había dado una idea. Nadie la buscaría en Botsuana y su amiga se alegraría de la visita, pospuesta durante tanto tiempo.

Por otra parte, viajar con Hyun le proporcionaría el mejor disfraz, si actuaban como una pareja en viaje de placer. El delta del Okavango estaría a punto de inundarse y se llenaría de turistas, por lo que sería un destino lógico para un safari fotográfico.

Además, podría cumplir su promesa de presentar al periodista a alguien con el que Aram tuvo contacto por lo del asunto del marfil, aunque ella misma no conociera al jefe de Karen.

Por su parte, su amiga había conocido a Aram durante la investigación de este en Botsuana y, a su vez, ella se lo había presentado en una de sus visitas a Colonia.

—De verdad, si no fuese por mí, Jen, estarías a punto de ingresar en un convento —le dijo su amiga—. Deja que plante mis semillitas, ya decidirás tú si las cuidas para que crezcan o las abandonas a su suerte. Hay otras cosas, además del trabajo.

—Creí que venías a verme, no a hacer de casamentera. Además, no eres la más indicada para recriminar mi dedicación al trabajo, mira dónde te encuentras.

—Estoy donde quiero estar y si vinieses a verlo, te enamorarías del lugar, como yo.

—¿De un desierto lleno de animales salvajes, moscas y sin cuartos de baño individuales? Me lo estás vendiendo fatal.

—Hay aspectos que compensan esas carencias, cariño. La gente es fantástica y cuando un animal al que has sacado de un apuro te muestra su agradecimiento… —Karen puso cara de deleite, sin palabras para describir el sentimiento.

—Por no hablar de algún espécimen de dos patas al que le has echado el ojo.

—Y algo más que el ojo —rio ella, sacando su móvil del bolso para buscar en la galería de fotografías—. Mira y babea.

—¡Karen, está desnudo!

—Como su mamá lo trajo al mundo. No vayas a hacerte la estrecha ahora, quiero que me tengas mucha envidia.

Jen soltó una carcajada. Karen era imposible.

—Por cierto, no deseo crearte demasiadas expectativas con Aram, en especial después de ver a mi Apolo australiano. Aram es más simpático que guapo, la verdad.

Karen no mentía. Aram carecía del físico excepcional de su australiano, pero resultaba interesante y la conversación con él nunca decaía. Tras pasar la vida recabando información para su trabajo, había desarrollado unas dotes psicológicas fuera de lo común. Sabía hasta dónde podía llegar y cuándo aflojar para que las personas se sintieran cómodas.

Además, Aram ofrecía otro atractivo para Jen: nunca se quejaba de sus ausencias, porque las suyas eran igual de prolongadas. Si se hubieran visto todos los días, su relación no hubiera durado ni un mes, tirando por lo alto. Aun así, estaba cantado que no llegaría a buen puerto, ambos tenían fuertes personalidades y no daban su brazo a torcer con facilidad.

Cuando le dijo a Karen que ya no estaban juntos, su amiga apenas se sorprendió.

—Por un momento me despistaste. Creí que la presentación familiar era un paso previo al altar.

—Volví con la sensación de haber estado en otro mundo. Dicen que los mercaderes de diamantes de origen judío son una comunidad cerrada, pero los armenios no se quedan atrás. Eso sí, tengo una colección de fotos robadas muy buenas.

—Que no podrás publicar.

—Que no podré publicar —coincidió Jen—. Pero también conocí a su mejor amigo de la infancia, que es narcotraficante.

—¡Caramba con Aram! No debía aburrirse.

El recuerdo de Aram le trajo a la cabeza los diamantes. Debía deshacerse de ellos o no podría viajar sin que la detuviesen.

—Espérame aquí, no tardaré —le dijo a Hyun.

—Puedo vigilar, como la otra vez.

—Prefiero que te quedes. Si no he vuelto en una hora, pagas la cuenta y te vas. ¿Entendido?

El periodista aceptó a regañadientes, pero ella no pensaba ceder y cargar con la culpa de su muerte, si lo encontraban a su lado. Aram le había dicho muchas veces que el negocio de los diamantes era despiadado y convertía a las personas en asesinos. Bien, no podía decirse que hubiera mentido, en vista de lo ocurrido.

Aunque no entendía por qué Aram le había robado diamantes a su propia familia. ¿Sería el tema de su actual investigación?

Lo cierto es que no importaba. Lo único que debía considerar, de momento, era recuperar su documentación y largarse bien lejos, hasta que se hubiera calmado el revuelo. Mientras, ya pensaría en la forma de hacer que esos diamantes se volvieran contra Narek Sarkissian.

Salió del hotel a las nueve de la noche. Aun había gente en la calle y por las cervecerías. Lo prefería así. Aguardó, dando paseos por su calle, cerciorándose de que no había nada extraño y corrió hacia la puerta del edificio. La cerradura estaba rota desde hacía tiempo y aún no la habían arreglado.

Desechó el ascensor y volvió a subir los tres pisos corriendo. Se detuvo delante de la puerta y observó que estaba intacta, aunque no la sorprendió encontrarlo todo patas arriba en su interior. No quedaba ni un cajón en su sitio, el contenido de las estanterías alfombraba el suelo, en un revoltillo de cristales, libros y revistas. Y sobre todo ello, persistía un olor ominoso a sudor masculino.

Cerró a su espalda y se dirigió al dormitorio. Los cabrones habían rajado el colchón, además de colgar su ropa interior de los postes de la cama, como si fuese la obra de arte posmoderna de un fetichista. Por supuesto, habían localizado la caja fuerte, que seguía intacta. Eso tenía que haberles cabreado.

Tropezó con uno de sus zapatos, diseminados por el suelo, al dirigirse a la cocina sin encender ninguna luz, guiándose por el

resplandor de las farolas del alumbrado público exterior. La cocina, como el resto del apartamento, había sido registrada a fondo. Todo estaba tirado aquí y allá sin ningún cuidado. El sedal, sin embargo, seguía en su sitio, colgado del cierre de la ventana. Eso tenía su explicación: la ventana era de guillotina y no se mantenía abierta, así que Aram le dio la idea de sujetarla con sedal, que era un material lo bastante resistente, a una alcayata que él mismo clavó en la pared.

Era uno de los problemas de residir en un edificio que se caía de viejo. Le gustaba la disposición de las habitaciones y el entorno, pero tenía esos «achaques» con los que había que tragar. El del ascensor era otro: a veces se negaba a subir al tercer piso y se quedaba entre dos aguas, obligándola a bajar de nuevo e intentarlo un par de veces hasta que se le pasaba la tontería. Por eso solía subir por las escaleras, era más rápido y menos frustrante.

Lo bueno de los pisos antiguos es que disponían de lugares a los que nadie accedía en meses. En años, a veces. Por eso había pensado en los respiraderos de la azotea, una especie de chimeneas de poco más de medio metro cuadrado para la ventilación de espacios susceptibles de acumular gases, como baños y cocinas. Hacía dos años los habían protegido con redes de plástico duro para que los murciélagos no anidasen en su interior, pero después de esa medida, nadie tenía que preocuparse.

Cogió un cuchillo y cortó el sedal de la ventana. Luego, con ambas cosas en la mano, salió del apartamento, dejando la puerta entreabierta, y subió a la azotea. Buscó la llave, abrió la puerta y se dirigió a uno de los respiraderos. No veía cómo estaba cerrado el plástico que lo envolvía, así que tanteó con los dedos y soltó una de las grapas para hacer un hueco.

A tientas, pues no disponía de móvil con linterna, cogió el sedal, ató la bolsa de diamantes y anudó el extremo libre al plástico protector. Introdujo el paquete, que quedó colgando en el vacío del respiradero, y devolvió la grapa a su sitio, produciéndose un corte con ella al forzarla con los dedos. Esperaba dejarlo todo como lo había encontrado.

El sedal pasaría desapercibido y nadie sospecharía que de ese respiradero colgaba una bolsa llena de diamantes en bruto que debían valer mucho dinero.

Tropezó con una baldosa suelta del suelo, reprimió un juramento y bajó a su apartamento a tientas. Las escaleras estaban tan oscuras como todo lo demás.

Antes de ver que la puerta de su apartamento estaba más abierta de lo que la había dejado, se percató de que alguien había encendido la luz del interior.

Tragó saliva con dificultad. De repente, sentía la boca seca y la frente perlada de sudor, aunque también se encontraba rabiosa.

Se detuvo en el umbral, sin decidirse a entrar. Conservaba el cuchillo con el que había cortado el sedal e hizo de tripas corazón. Tenía que aventurarse porque no iría a ningún sitio sin dinero ni documentación y estos seguían en su caja fuerte.

Había un hombre agachado en medio de su salón y se lanzó hacia él, blandiendo el cuchillo, llevada por la ira.

—¡Largo de mi casa, hijo de puta!

12

Colonia (Alemania)

Un mes antes.

Gary salió detrás de la mujer y el asiático, pero los perdió de vista.

Llegó hasta el río y miró bajo el puente como si pudiera encontrarlos por allí. Por supuesto, no había nadie y volvió con Chirac, que seguía enfrascado en una conversación con los policías y un sinfín de personas que acudieron al lugar.

—Váyase a dormir, aquí hay para rato y no hace falta que se quede, con mi testimonio es suficiente —le dijo el francés, marcando en su móvil el número de un servicio de taxis.

—De acuerdo, nos veremos mañana.

En realidad, no tenía intención de esperar la intervención del agente de la Interpol para dar su siguiente paso: según el francés, aún no habían detenido a Doherty, y quería tener una charla con él, aunque tendría que esperar a la mañana siguiente porque el zoo ya estaría cerrado.

Según su costumbre, se levantó al amanecer y no se entretuvo ni en desayunar, sino que fue directamente a las instalaciones del zoo. Sin embargo, allí le dijeron que Doherty no había dado señales de vida desde el día anterior.

—Soy el director de la fundación de la que vienen estas cebras, quiero verlas para saber que están bien.

—Por supuesto, señor. Esta mañana pensábamos sacarlas de aislamiento, parecen muy espabiladas y el especialista ha dicho que se encuentran en un estado óptimo.

—Muchas gracias. Me importa mucho su bienestar.

—Solo el especialista ha entrado en la jaula para cerciorarse de su salud. No hemos tocado nada, ni hemos limpiado. Su propio olor

debe mezclarse con el de los establos, para que lo identifiquen como un lugar seguro. Les dejaremos la puerta abierta para que salgan a comer fuera, y mañana abriremos al exterior para que se unan a las demás. Esperábamos a su cuidador para decidirlo.

—Los planes me parecen perfectos. Si hay cualquier contratiempo, puede llamarme por teléfono.

Las cebras se encontraban en el establo, en la misma jaula en el que las habían trasladado, cuyo suelo, cubierto de paja, estaba sucio de excrementos. Doherty debía haber limpiado durante el viaje porque, en una esquina, había un cubo lleno de ellos.

Alargó una mano y acarició la frente de una de las cebras, cuyo diseño de rayas era muy llamativo por sus formas ligeramente curvadas. Él había observado ese patrón en animales llegados de Kenia. Debía tratarse de un gen recesivo.

Se encontraban despejadas por completo, así que se movió a uno de los laterales del establo, para registrar el maletín de Doherty, en el que guardaba los tranquilizantes y los utensilios para cepillar su pelo y limar sus cascos.

Los zoos no querían animales salvajes, querían animales estéticamente aceptables. Pulgas, garrapatas y malformaciones, provocadas por ulceraciones, eran corregidas para darles aspecto sano. Él hubiera pagado para evitarles ese mal trago. Los animales salvajes venían con todo eso y con mucho más. Maquillarlos para vender entradas le parecía tan rastrero como venderlos.

Ese era el aspecto de la fundación en el que nunca deseó tomar parte. No obstante, se trataba del más lucrativo. ¡Ojalá dispusiera de recursos ilimitados para tener a aquellos animales en un espacio protegido y seguro para ellos, sin necesidad de ofrecerlos al escrutinio de visitantes, previo pago de entrada!

Antes de retirarse, observó que en el cubo apenas quedaban excrementos intactos: los habían desmenuzado. Se acercó y pasó la mano a través de los barrotes para sacudir el recipiente y cerciorarse. Entonces, cayó en otra anomalía: había demasiados excrementos para el tiempo que llevaban las cebras de traslado.

El día previo a un viaje, los animales ayunaban, para evitar el malestar derivado del mareo, aumentado por los sedantes. Por

supuesto, seguían despejando los intestinos, pero en menor medida que de forma habitual. En el caso de la pareja de cebras, los excrementos diseminados por la jaula supondrían una cantidad normal durante un traslado. Lo del cubo era el sobrante, lo que estaba fuera de lugar y la forma de trasladar los diamantes de forma bastante segura porque, ¿quién querría meter la nariz en los excrementos? Además, los de los herbívoros eran ideales, por su consistencia, mucho más compacta que los de los carnívoros.

Suspiró. Al menos, estaba seguro de que Doherty no había dañado a los animales.

—Aquí estaréis bien —dijo, acariciando el cuello de los dos animales como despedida.

Salió del recinto; ya no necesitaría volver. Tenía, en cambio, que llamar a Chirac para ponerlo en antecedentes de lo que había descubierto. El resto, lo dejaría en manos de la Interpol, él se conformaba con que atrapasen a Doherty.

—Estoy en las oficinas de la policía en Stolkgasse, ¿cree que podrá acercarse a declarar sobre lo que ocurrió ayer?

Chirac sonaba contento, como si por fin estuviera en su salsa.

—Tengo una noticia buena y una mala —le dijo el francés, al recibirlo en la entrada del edificio—. La buena es que hay numerosos establecimientos en la zona con cámaras activadas por movimiento, y en este momento varios policías están comprobando las imágenes. Con un poco de suerte, pronto podremos identificar a la mujer y los dos hombres que escaparon.

—¿Recogieron la maleta del asiático que salió corriendo?

Subieron en ascensor al quinto piso.

—No contenía identificación alguna, solo el adhesivo del vuelo en el que debió llegar. Lo están investigando también.

—¿Y la mala noticia?

—Doherty ha aparecido muerto en el río, a la altura de Leverkusen, con dos disparos en el pecho.

Gary se despojó del grueso chaquetón, de los guantes y de la bufanda. El local estaba caldeado en exceso y él no acostumbraba a usar tanta ropa, aunque la necesitaba. Su regulador interior se había

acomodado a las cálidas temperaturas africanas, por lo que acusaba más el frío que los europeos.

—Lo lamento por él, pero se había metido con gente peligrosa y debía cobrar muy bien por el riesgo.

—En cuanto haga su declaración, podrá volver a Botsuana. Supongo que es lo que desea —dijo el francés.

—¡No imagina cuánto!

Y era cierto, cuando terminase de declarar, pensaba hacer el recado de Karen y marcharse al aeropuerto. Seguro que encontraría algún vuelo que lo devolviese a casa.

África no tenía buenas comunicaciones con el mundo, solo los lugares con gran afluencia de turismo fletaban vuelos regulares con otros continentes. Botsuana no era uno de ellos, pero se las arreglaría a base de paciencia y largas escalas.

La policía alemana no trabajaba con la eficiencia que caracterizaba a los alemanes y tuvo que aguardar horas hasta que llegó el encargado de la investigación. Le ofrecieron algo de comer, pero él solo quería marcharse de una vez.

Como compensación, el francés se empeñó en llevarlo a cenar a una cervecería famosa de la ciudad, y Gary aceptó porque tenía hambre. Y ganas de sonsacarle algún detalle que hubieran descubierto, mientras él pasaba el día sentado en un despacho con la calefacción a treinta grados.

Le resultó curioso que un camarero rellenase su vaso de cerveza cada vez que lo terminaba.

—¿Acaso pretende emborracharme, Chirac?

El francés rio.

—Es la costumbre aquí. Cuando no quiera más, ponga el posavasos sobre el vaso, así el camarero entenderá que se ha rendido.

—Si no comemos algo, no sé si voy a llegar al hotel siquiera.

Chirac perdió elocuencia cuando abordaron el tema de los diamantes, y apenas le reveló algún detalle.

—Hemos sacado las imágenes de una cámara de tráfico, en la que se puede ver a dos hombres llevándose a empujones a Doherty del lugar de intercambio. Luego, uno de ellos corrió hacia un coche y

salió detrás de nosotros. A los otros los perdemos de vista bajo un puente, del que no se les ve salir. Doherty debió morir cuando usted y yo perseguíamos a Aram Sarkissian. A pesar de su baja resolución, al ser de día hemos conseguido algún fotograma bueno de los asaltantes y, después de pasarlos por la base de datos de la Interpol, se ha obtenido un nombre.

Gary le invitó a continuar con un movimiento de su tenedor. Si paraba ahora, igual caía en la cuenta de que estaba siendo indiscreto, y sentía curiosidad.

—Se trata de un ciudadano croata con domicilio actual en Amberes. Ha cumplido condenas por diversos delitos y lleva en libertad los últimos cinco años. Del otro no se ha podido conseguir una imagen óptima para la base de datos. Pero lo mejor es que coinciden en complexión con los que salieron en último lugar del edificio de Sarkissian.

—¿Y la mujer? —preguntó Gary, esperando que entre la cháchara, el agente revelara algún nombre.

—De ella tenemos buenas tomas, no se preocupó de que pudiera haber cámaras o no lo sabía.

—Así que saben quiénes son dos de esas tres personas.

El francés negó.

—Se está haciendo una búsqueda en la base local de datos de la mujer y si no se consiguen resultados, se llevará a cabo una en todo el país. La Interpol no tiene en la base a todos los ciudadanos, solo a los fichados por algún delito. Y son muchos, créame.

—Así que ella no es un delincuente o no la han pillado.

—Eso parece —confirmó el francés, elevando las cejas—. Su hombre, Doherty, en cambio, era una buena pieza. Se había cambiado de nombre varias veces y le buscaba la policía de dos países por idéntico delito: tráfico de diamantes. Cuando levantaba sospechas por su adicción al juego, en el que perdía grandes sumas de dinero, desaparecía y cambiaba de nombre.

—¿Y cómo podía tener referencias de otros lugares en los que había trabajado de veterinario si se cambiaba el nombre?

Chirac se encogió de hombros.

—De eso ya nos ocuparemos, pero no corre prisa.

No, ya no corría prisa, pero Gary pensaba investigarlo.

—¿Llegarán hasta el comprador? —le preguntó al francés.

—Esa es la intención.

Se despidieron y Chirac prometió llamarlo cuando hubiera resultados definitivos. Gary, por su parte, se comprometió a ser más atento con el personal que contrataba.

África era un hervidero de buscavidas, a la que cualquiera se sentía con derecho a expoliar. De hecho, Amberes se convirtió en el principal puerto de Europa por las grandes riquezas que traían de sus colonias africanas, iniciando también el comercio de diamantes extraídos de la ahora República Democrática del Congo.

Cualquiera diría que, terminado el colonialismo, los únicos beneficiados de los grandes recursos del continente serían sus habitantes, y nada más lejos. África, extremadamente empobrecida, no poseía capital para explotar yacimientos, así que se recurría a inversores externos, que solo pagaban a los líderes de la zona y se quedaban la mayoría de los beneficios. Para ello, fomentaban las disputas territoriales entre clanes y tribus, o explotaban el descontento para que las reyertas continuasen.

Los exploradores aventureros de otros tiempos habían dado paso a los mercenarios y estos, a los especuladores.

El continente era rico en metales y minerales, en madera, en petróleo, en gas, en tierras fértiles y lujuriosas selvas, en fauna salvaje… En una tierra tan generosa, sus habitantes no deberían vivir en semejante nivel de miseria. Y lo peor es que sus propios líderes se dejaban cegar por el brillo del oro, que asesinaba ideales con mayor eficacia que un arma, de forma que África era devorada desde fuera y desde dentro.

Gary regresó al presente cuando el taxista detuvo el vehículo ante la puerta de un edificio viejo, en contraste con los que le rodeaban, de moderna construcción y mayor altura.

Pagó, dio las gracias y se apeó.

Envió un mensaje a Karen: «estoy en casa de tu amiga, pero parece que no hay nadie».

«Vaya. Puede que mañana».

«He terminado aquí y mañana estaré de vuelta».

«Haz lo posible».

El no veía la importancia del encargo, no obstante, ya que estaba allí y la cerradura de la puerta de entrada al edificio parecía rota, decidió subir y pasar una nota por debajo de la puerta.

Pulsó el botón de llamada del ascensor y, al oír los ruidos sospechosos de la maquinaria, decidió usar las escaleras. Lo único que le faltaba para llevarse mejor recuerdo de Colonia era pasar la noche en un viejo ascensor, esperando un rescate.

Para su sorpresa, la puerta del apartamento de la amiga de Karen se encontraba abierta, aunque el interior estaba a oscuras. Llamó con los nudillos, sintiendo un nudo en el estómago. ¿Y si le había pasado algo? Odiaba ser portador de malas noticias.

—¿Jenell?

Volvió a tocar en la puerta y empujó la hoja despacio.

—¿Se encuentra bien? Voy a entrar, soy amigo de Karen.

Buscó el interruptor de la luz a tientas, lo encontró y lo pulsó. La luz reveló el desorden en el apartamento. Parecía que hubiera pasado un tornado; no había nada en su sitio.

—Jenell, estoy entrando, no se asuste, por favor.

Intentando no pisar los objetos tirados en el suelo, echó una ojeada al interior del salón, la cocina, el baño y el dormitorio. Estaba todo igual: revuelto, silencioso y vacío. Lo bueno es que no había nadie dentro, así que cualquiera que hubiera entrado a robar no había ocasionado más que daños materiales.

Pensaba largarse lo más rápido posible, por si algún vecino lo confundía con el ladrón, cuando reparó en una fotografía del suelo y se acercó por si veía visiones.

Le hizo una foto con el móvil y la envió con un mensaje: «dime que esta no es tu amiga Jenell».

Karen estaba contestando, cuando Gary oyó un crujido a su espalda y se volvió en el momento en que la amiga de Karen se abalanzaba sobre él con un cuchillo en la mano.

13

Colonia (Alemania)

Un mes antes.

La mujer no bromeaba. Si no llega a moverse en el último momento, le clava el cuchillo en la espalda. El corte en el brazo, sin embargo, le obligó a apretar los dientes para contener las ganas de darle a probar su propia medicina. Por la forma en la que sujetaba el cuchillo, cuyo filo le había atravesado las capas de ropa y producido un tajo a la altura del bíceps, quitárselo sería fácil.

Pero claro, eso no tendría vuelta atrás, por lo que, olvidando la sangre que notaba corriéndole por el brazo hasta el codo, levantó ambas manos, pidiendo tregua.

—¡Joder, para! ¡Soy amigo de Karen!

Ella había retrocedido dos pasos.

—¡Y una mierda!

—Le acabo de enviar una foto tuya para cerciorarme de que no me había equivocado de casa —argumentó él, alargando su móvil hacia ella, para que lo viera.

Karen había contestado, pero Gary estaba demasiado ocupado vigilando que la pirada aquella no volviera a apuñalarlo.

—Si eres amigo suyo, llámala —dijo Jen.

Él le lanzó una ojeada y buscó en su lista el número de Karen. Cuando el tono de llamada se escuchó, puso el manos libres.

—Gary, ¿qué pasa?

—Pregúntale a tu amiga, por poco me mata.

—Eso es porque no le has dado mi recado.

—Me ha apuñalado antes de que tuviera tiempo de presentarme —bufó el guía—. La próxima vez, hablaremos de estos encargos, no he venido aquí a que me claven cuchillos.

—¿Karen? —preguntó la fotógrafa, aún desconfiada.

—Jen, tienes que pensar en hacértelo mirar.

—¿Conoces a este tío?

—¿Estaríamos hablando de no ser así? Anda, pídele disculpas y arréglalo. Te llamaré mañana.

Gary se guardó el móvil en el bolsillo y se alzó, sujetándose el brazo herido.

—Oye, lo siento, he tenido unos días bastante estresantes —se disculpó ella, bajando el cuchillo, pero sin soltarlo.

—Puedo hacerme una idea —contestó Gary, mirando el desastre de su alrededor con intención—. Pero yo solo te traía un recado de Karen; te lo doy y me largo.

En realidad, no quería irse, tenía algunas preguntas que hacerle porque el reconocimiento facial de la Interpol aún no la había localizado, pero él sí. Jenell Wolften era la mujer que salió corriendo del edificio en el que Aram Sarkissian había sido asesinado. Nadie le dijo que fuera otra cosa que un suicidio, pero se hacía a la idea de lo que suponían la cantidad de diamantes en juego y quizá ella tenía la respuesta a alguna de las preguntas.

—Vale, lo siento, de verdad. Puedo acompañarte a un hospital, yo pagaré los gastos.

—No es necesario, sobreviviré. —Quitó la funda de su móvil y cogió una pequeña semilla, haciendo pinza con los dedos—. Toma, este es el recado y el mensaje: «esta puede dar mejores frutos, si la cultivas con mimo».

Jen alargó la mano y cogió la semilla con una carcajada.

—¡Qué cabrona! —exclamó. Pero el recado la obligó a fijarse con mayor detenimiento en el mensajero.

El escrutinio terminó en menos de un segundo, debido a un sonido en la escalera demasiado familiar como para pasarlo por alto: el ascensor detenido entre dos pisos, sin terminar de subir ni bajar. Los inquilinos del edificio, además de conocer sus rarezas, no tenían por qué subir al tercer piso. Y el otro apartamento estaba vacío desde hacía cinco meses.

Entonces, Jen cayó en la cuenta de que el amigo de Karen había encendido las luces de su apartamento. Si alguien estaba atento, le

había dado razones para acudir a investigar. Y ella no quería volver a ver a Hendrix, el hombre que había matado a Aram.

—¿Qué pasa? —preguntó Gary, ante su gesto contrariado.

En vez de contestar, ella entró en el dormitorio, tecleó el código de la caja fuerte y guardó en su bolso la documentación y el dinero en efectivo. Luego, regresó al salón.

—Tenemos que irnos, ¡ahora!

En cualquier otro momento él hubiera detenido su huida, pero estaban ocurriendo cosas que escapaban a su comprensión, así que siguió a la mujer fuera del apartamento.

El ascensor, detenido entre el segundo y el tercer piso, le dio la respuesta a las prisas de Jen. Los dos ocupantes, los que estuvieron en casa de Aram Sarkissian, esgrimían sus armas y trataban de abrir la puerta para disparar.

La mujer le cogió de la manga del chaquetón y tiró de él para que se apresurase a bajar las escaleras. Los sicarios pulsarían el botón de bajada y tenían que adelantárseles.

A cuatro calles de distancia, ella se detuvo a tomar aliento en la sombra que ofrecía el toldo de una cervecería cerrada.

—Aguarda aquí, buscaré un taxi para que nos lleve a lugar seguro —dijo Jen, sin dejar de mirar en dirección a su casa—. Si no te mueves, no te verán, aunque pasen a tu lado.

Gary pensaba protestar, estaba bien para continuar con ella, pero Jen salió corriendo sin darle tiempo a reaccionar.

Esperó cinco minutos. Diez. Vio a los sicarios rebasar su posición sin percatarse de su presencia y pasaron diez minutos más hasta que llegó a la conclusión de que la mujer le había dejado tirado sin ningún tipo de remordimiento.

14

Colonia (Alemania)

Un mes antes.

Jen lo sentía por el amigo de Karen, pero no podía permitirse cargar con otra persona y él parecía espabilado: se largaría al ver que ella no regresaba.

Al final, Aram iba a llevar razón cuando decía que se relacionaba mejor con otras personas cuando se mantenía detrás de un teleobjetivo. Karen era la única excepción, no recordaba que hubiesen discutido ni una sola vez desde que se conocían. Quizá se debiera a que su amiga era capaz de sacar lo mejor de ella.

—Vamos Hyun, hay que alquilar un coche.

—Para llegar al aeropuerto solo necesitamos un taxi.

Bien, su lógica carecía de fisuras, excepto por el hecho de que Jen pensaba evitar el aeropuerto de Colonia. Aunque tampoco podía decirle la verdad para no asustarlo demasiado.

—Desde Ámsterdam hay vuelos diarios a Nueva York, y desde allí a casi toda África.

Aguardó en un lugar discreto hasta que él alquiló un coche a su nombre y pasó a recogerla.

Desde Ámsterdam llamó por un teléfono público a su editor.

—Aquí no nos cogemos vacaciones cuando nos da la gana.

—Pues despídeme. Tengo un asunto personal que resolver y no estaré disponible.

—¿Por cuánto tiempo?

Esa era buena pregunta para la que no tenía respuesta.

—Un mes, por lo menos.

—Spetz puede cubrir lo del Mar Negro, estará cerca, pero lo de Kenia… Solo tengo fotografías de hace dos años, no sirven.

Jen lo pensó un momento.

—Si me prometes que quedará entre nosotros, puedo adelantarte que pasaré gran parte del tiempo en Botsuana y quizá pueda unirme a algún safari para hacer unas fotos.

—Botsuana no es Kenia.

—No lo es, pero se trata de un destino menos conocido por los lectores y queremos ser originales.

El editor sabía que era eso o nada, así que se apresuró a aceptar su propuesta.

—Haz unas buenas fotos de los bichos y de los hoteles. Yo mismo consultaré los paquetes turísticos para añadir los textos.

—Gracias, te llamaré cuando tenga algo.

Hyun regresaba de devolver el coche con gesto preocupado.

—La Interpol me está buscando —dijo.

Ella chasqueó la lengua, contrariada.

—¿Cómo te has enterado?

—Me acaba de llamar un tal Chirac, que trabaja con la policía de Colonia en el asesinato de Aram Sarkissian. Por lo visto, tienen imágenes nuestras abandonando la zona.

—¿Me ha mencionado?

—No específicamente. Ha aludido a varias personas que estábamos en las inmediaciones durante ese tiempo. Y viene de camino para entrevistarme. Me ha recomendado que hasta que no hablemos, no salga del aeropuerto.

—Tranquilo, tú solo llegabas cuando pasó todo, no viste nada y saliste corriendo por la impresión.

—Tú, en cambio…

Jen esgrimió su tarjeta de embarque impresa. Tendría que hacerse con un teléfono y con algo de ropa.

—Yo voy a coger ese vuelo que sale en media hora.

—Si la Interpol te ha identificado y ha dado aviso, te detendrán antes de embarcar —le advirtió él.

—Pues esperemos que aún no lo hayan hecho.

—Llámame y te alcanzaré cuando haya aclarado esto. —Hyun pidió algo para escribir en un mostrador de información y le apuntó su número en el dorso del billete de avión.

Ella lo guardó en el bolso.

—Y Jen… Ya que estoy metido en esto, deberías contarme exactamente qué pasó en el apartamento de Sarkissian. El inspector ha comentado algo sobre diamantes…

—Yo no sé nada de eso. Hablaremos cuando nos veamos.

Pasó las cabinas de control con un nudo en el estómago. Hablar con la Interpol no le importaba, pero sabía, por su hermano, que los tentáculos de Narek eran largos.

Parecer un respetable hombre de negocios no lo convertía en alguien respetable. Aram le había contado cosas de su familia que harían sonrojarse a la mafia, por blandos. Llegar a tener un negocio sobresaliente entre los más de mil setecientos que se dedicaban a lo mismo en el Barrio de los Diamantes de Amberes, no se conseguía con sutileza y mano izquierda. En especial si pretendían, como era el caso, acabar con la influencia judía en el sector.

—Pero eso, ¿qué más da? Tienen dinero para aburrir y prestigio internacional de sobra —le había preguntado ella.

Aram respondió con un encogimiento de hombros. Jen conducía de vuelta a Colonia tras la visita a la familia Sarkissian, en la que se había sentido ignorada y, cuando no, despreciada.

—Nunca es suficiente. Todos aspiran al control del Consejo de Diamantes, en un juego muy parecido al de la política, aprovechando las debilidades del adversario para hundirlo. Además, desde el atraco del Centro mundial del Diamante, los sicarios son una parte más de cada familia, como unos primos resolutivos.

—¡No puedo creerlo!

—Créelo, algún día escribiré sobre ello.

—Es tu familia —dijo Jen, incrédula.

—Por eso estoy en disposición de hablar del tema con más conocimiento que cualquier otra persona.

—Pero vuestra relación no está en su mejor momento, ¿te parece sensato estropearla más?

—Me parece menos sensato que todos esos personajes sin escrúpulos no solo roben, sino que maten para enriquecerse. Es una carrera demasiado larga que viene desde el siglo XV, cuando un judío dio con la forma de pulir los diamantes para convertirlos en objetos preciosos, codiciados por la nobleza europea.

—Estoy al tanto de la historia, gracias a esta «estimulante» visita —asintió ella—. Numerosos artesanos llegaron, atraídos por la riqueza, y se quedaron, en especial los judíos ortodoxos, los principales pulidores y comerciantes de diamantes.

—¿Sabes que el comercio se llevaba a cabo en *yiddish*?

—No he profundizado tanto, pero sé que un barrio de apenas cuatro calles mueve más de 50000 millones de dólares anuales.

—Legales —recalcó él.

—¿Legales? ¿Es que no son suficientes beneficios?

—En ese cómputo faltan los ilegales y las drogas.

—No te sigo, ¿para qué necesitan meterse a traficar con diamantes ilegales y droga? Ganan más que suficiente.

—Nunca es bastante —repitió él—. Amberes siempre ha sido el puerto con mayor movimiento europeo y más desde que, a principios de este milenio, se empezaron a sacar los diamantes para el cortado y pulido en países con mano de obra barata. Eso supuso una gran oportunidad para introducir entre los lotes legales, otros que no lo eran, pero ya con la cara lavada.

—¿Para qué complicarse?

—Todo son beneficios. Pagan una miseria a los que los sacan de las minas y los trasladan. Ellos los envían a India para el pulido, junto con los legales y, a la vuelta, todos lo son. Aquí se les añade el número de serie, el certificado y ¡voila! Una pieza por la que has pagado cien dólares a lo sumo, sale a la venta por cuatro mil. Y eso varía según los quilates y la pureza de la piedra.

Jen soltó una exclamación admirada.

—¿Y la droga dónde encaja?

—Ante la práctica poco ética de los grandes comerciantes, los pequeños empezaron a quedarse atrás, a perder sus negocios o a aceptar las sobras. En el mercado de diamantes solo se ofrece intercambio por otros diamantes o por dinero. La única forma de conseguir dinero para comprar diamantes cuando tienes un negocio arruinado es arriesgarlo todo. O desaparecer.

—¿Es lo que le pasó a la familia de Nath?

Aprovechando el viaje de compromiso para visitar a su familia, Aram quiso presentarle a su amigo de la infancia: Nathaniel

Klemperer, con el que seguía en contacto al cabo de los años. Nath y Jen congeniaron enseguida, de forma que el encuentro se alargó hasta el día siguiente, por insistencia de su anfitrión.

Cualquier recelo previo de Jen al enterarse del negocio de Nath, se le olvidó. Era un hombre educado, simpático, curtido y se notaba que quería a Aram, igual que ella quería a Karen.

—Lamento que mi esposa y mis hijos no estén aquí. Les hubiera gustado conocerte —se despidió Nath, dirigiéndose a la fotógrafa—. Y si necesitas cualquier cosa, en cualquier momento, ya tienes mi número de teléfono.

—Voy a ponerme celoso —intervino Aram.

—Ponte como quieras, para el caso que voy a hacerte…

Ambos amigos se abrazaron.

—Que no vuelvan a pasar otros dos años —le dijo Nath.

—Lo prometo.

Nath resultó una agradable sorpresa para Jen, después del mal sabor de boca que le dejó la cena con los Sarkissian. El amigo de Aram había pasado de ser el hijo de una familia con prestigio en el comercio de diamantes a traficante. Su familia seguía teniendo un negocio aceptable, pero estarían arruinados si él no hubiese dado un paso tan drástico.

Ya en el coche, de vuelta a Colonia, Aram y ella habían iniciado la conversación sobre la relación entre drogas y diamantes.

—Mi hermano hizo una jugada a la familia de Nath muy a su estilo rastrero. Pidió la liquidación de una deuda que tenían con él de una semana para otra, cuando se enteró de que habían invertido todo el capital en un enorme pedido. El pedido era una trampa de Narek. Solo quería exponerlos ante la comunidad como deudores, por lo que, aunque recuperasen el dinero del pedido tarde o temprano, nunca más podrían comprar diamantes a un mayorista sin pagarlos por adelantado. La reputación en el sector vale tanto o más que el dinero.

—Nunca es suficiente —apostilló ella, imitándole.

Nunca lo era. En especial porque luego Aram le explicó los entresijos de las empresas del sector: se endeudaban, acaparando más negocio de lo que podían soportar sus existencias y, si un

pedido fallaba, debían acudir a los más solventes, en su mayoría judíos, que exigían un interés exorbitante a cambio.

Vista la cantidad de intereses que había en juego, Jen tenía que largarse. Había que poner distancia para que Narek enfocara su atención en otra cosa que no fuera ella y volver con un plan en el que quizá la Interpol tuviera un papel relevante.

A pesar de la suave temperatura de Nueva York, llegó a la siguiente sala de espera con la ropa empapada en sudor. No quería quitarse la sudadera, con cuya capucha se ocultaba la cabeza y parte de la cara. Esperaba en cualquier momento que la policía la detuviera y no se relajó hasta abordar su siguiente vuelo que la llevaría, con escala en Marruecos, a Nairobi, en Kenia.

Creía que, una vez en África, podría moverse con comodidad, sin esperar una inminente extradición.

La Interpol, al no ser una entidad en sí misma, sino una aglutinadora entre policías de distintos países, no podría protegerla. Y Narek Sarkissian tenía dinero y poder para comprar a cualquiera. No pensaba arriesgarse, sino desaparecer, en la medida de lo posible. Y se aseguraría de que cualquiera que investigase en su vida no diera con ella a través de Karen.

Aunque deseaba estar con su amiga, aguardaría un par de semanas y Kenia era un lugar tan bueno como otro cualquiera, mejor incluso. Su capital estaba bien comunicada por la gran afluencia de visitantes, cuyo destino era la mayor reserva natural del mundo, el Masái Mara, y porque era la capital de África Oriental.

En Nairobi, conocía a un amigo de Aram, relacionado con la época en la que investigó el tráfico de marfil. Además, Hyun podría reunirse allí con ella y, presentándole a Milton, habría cumplido su parte del trato con el asiático.

Sintió que se le caían los pantalones. Debía haber perdido dos kilos en sudor las últimas horas.

Cuando abordó el vuelo a Nairobi, estuvo tentada de dar media vuelta al reconocer al amigo de Karen, con sus ojos verdes, hundidos y alerta, sentado en el primer tercio del avión. Pero ya era tarde para retroceder sin llamar la atención, así que se cubrió el rostro con la capucha y continuó hacia el final del pasillo

¿Quién decía que el mundo era tan grande?

Él debía estar de regreso en Botsuana, pero ya era puñetera casualidad haber coincidido en el mismo vuelo.

—Pedí un asiento detrás porque en cualquier otro lugar del avión me mareo —le explicó a la auxiliar de vuelo.

La mujer fue tan amable de pedirle a un pasajero que cambiase el asiento con ella y él tan educado que accedió.

Por si acaso, se recostó en el asiento para dormir con la capucha echada sobre el rostro. Lo último que deseaba es que Gary Brand fuese al baño y le armase un alboroto por haberlo dejado plantado en Colonia.

Con un poco de suerte, llegaría a Kenia sin incidentes, para variar, porque parecía perseguirla la mala suerte.

15

Delta del Okavango (Botsuana)

Tres semanas antes.

Karen esperaba a Gary en el aeropuerto de Francistown.

—No más encargos —dijo el guía, de forma categórica.

Ella hizo una mueca, compungida.

—Jen tiene sus cosas, pero…

—Vamos a casa. Ha sido un viaje largo y lo único que me apetece es tomarme media botella de lo que sea y dormir.

—Sbusiso no tardará en llegar.

—Llámalo, si no aparece en diez minutos, se queda en tierra.

Karen, viendo que Gary no estaba del mejor humor, llamó al cuidador, que había aprovechado el viaje para comprar insecticida. Tenían parte de los establos infectados por una hembra de licaón, a la que habían cuidado y puesto en libertad, no sin que antes dejara una plaga de piojos a su paso.

—Vamos a tomar algo fresco —ofreció ella.

Gary consultó su reloj y se avino. La cafetería del aeropuerto estaba casi vacía, ese día los vuelos programados habían llegado ya y los que partían lo harían a última hora de la tarde. No obstante, vio de refilón a un personaje que le ponía los pelos de punta: Manuel Da Silva, el hombre que no se separaba del coronel Mugabe, parecía estar siempre al acecho. ¿Qué haría allí?

—¿Te apetece contarme qué pasó con Jen? —preguntó ella, sacándolo de sus pensamientos.

—No pasó mucho, la verdad. Después del malentendido, le di tu recado. Luego me dejó plantado y hasta ahora.

—No es propio de ella.

—Tendría un mal día.

—Es que tampoco ha contestado al teléfono desde entonces y han pasado cinco días, estoy preocupada.

Él prefirió no contarle la sospecha que tenía sobre su amiga y los diamantes desaparecidos para no inquietarla más.

—No le des vueltas. Dijiste que viaja mucho por trabajo, tal vez está ocupada y por eso no te contesta.

Karen torció el gesto y saludó a Sbusiso, que acababa de llegar con el encargo. El hombre, con la piel negra brillante por el sudor, saludó a Gary con una palmada en la espalda.

—¿Qué pasó con Doherty, muchacho? —le preguntó.

—Os lo cuento de camino a casa. Y, de momento, que quede entre nosotros, ¿vale? La Interpol lo está investigando.

Gary no se fue a dormir de inmediato como tenía pensado, sino que llamó a Chirac, esperando que no le dijera que la amiga de Karen estaba tan muerta como Doherty. Los hombres que la buscaban no parecían de los que daban segundas oportunidades y, aunque había sido ella la que lo dejó atrás, le pesaría que le hubiera ocurrido algo. Podía haberla buscado o darle su nombre a la Interpol para que la encontrasen antes que los matones.

En lugar de portarse como un adulto sensato, su orgullo herido había tomado el control.

—Llámame Gary, si te parece, el señor Brand es mi padre —le pidió al francés.

—Bastian.

—Disculpa que te moleste, solo quería saber si hay alguna novedad. ¿Habéis encontrado a los que mataron a Doherty?

—Es complicado, esta gente tiene contactos y se habrán escondido al saber que los estamos buscando…

—¿Y la mujer? ¿La habéis identificado?

—Jenell Wolften. También ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido como Doherty? —Resopló Gary.

—¿Eh? ¡No, no! Quiero decir que se largó. Disculpa, pero mi inglés es menos preciso de lo que querría. Ayer nos enteramos de que embarcó en Ámsterdam con destino a Nueva York dos días después de lo de Sarkissian.

El suspiro del africano intrigó al hombre de la Interpol.

—Debería haberte llamado para decírtelo.

Le contó, entonces, la casualidad de que la amiga de Karen y la mujer que salió de la casa de Aram fuese la misma persona.

—Nos hubieras ahorrado horas de investigación.

—Lo sé, y lo siento, Bastian. Solo pensaba en volver; aquí hay mucho trabajo y yo en Colonia no hacía sino estorbar.

—De acuerdo, pero me vendría bien hablar con la amiga de esa mujer, tengo algunas preguntas.

—¿Puedes esperar a mañana? Le he contado a Karen lo ocurrido con Doherty, pero no lo de su amiga y me gustaría decírselo con delicadeza.

—Me parece bien. No va la cosa de unas horas.

Quedaron en llamarse a una hora muy temprana, antes de que el francés acudiera a la oficina de policía de Colonia y Gary al resort, a recoger al grupo al que acompañaría de safari.

Nada más llegar, Gahtii salió a su encuentro para mostrarle el reparto de tareas para la semana.

—Dale el día libre a Finn —le dijo—. Yo me ocuparé de ese grupo y él puede tomarse un descanso.

El masái le entregó el papel en el que apuntaba todo a mano.

—Karen lo agradecerá, seguro que lo pone a trabajar en el establo. Ayer trajimos a un kudú bastante enfadado y para curarlo hay que sujetarlo entre varios.

Sabía dónde buscar a la veterinaria a esas horas. Estaría haciendo la última ronda para comprobar el estado de sus pacientes, animales heridos o enfermos, a los que pretendían sacar adelante para devolverlos a su hogar.

Muchas veces, otros guías o los lugareños de aldeas vecinas, los llamaban para que atendieran a uno y Karen se desplazaba, junto con un par de hombres del campamento armados. La compañía era necesaria si había que llevarse al animal herido en el camión, pero, además, por si se trataba de una trampa.

Había un hombre, en concreto, al que el coronel Mugabe llevaba queriendo capturar tantos años que se le había olvidado cuándo escuchó su nombre por primera vez: lo llamaban «Motsomi»,

cazador en setsuana. Desconocían su nombre real y las fotos de las que disponían eran demasiado borrosas.

Los hombres de «Motsomi» distribuían armas y munición de gran calibre para caza mayor, con la condición de que los colmillos cobrados se las vendieran a él. Solo quería trofeos de elefantes y rinocerontes. Si el interesado no le procuraba cuernos o colmillos en un plazo determinado, lo mandaba matar, recuperaba el arma y se la entregaba a otro.

La pobreza de muchos era empleada por unos pocos para labrarse su propia fortuna. El furtivismo existiría mientras hubiera elefantes y rinocerontes vivos.

«Motsomi», además, se divertía tendiendo emboscadas a las tropas del coronel, en las que guías y veterinarios solían ser el reclamo. No sería la primera vez que hería a un animal, daba aviso y atacaba a los que acudían en su ayuda. A su vez, los militares, que recibían las comunicaciones por radio, se acercaban a comprobar que todo estaba bien y tenían que defenderse a tiros.

Karen jamás había tocado un arma hasta que se metió en una de esas emboscadas. Desde entonces, salía con su rifle, con el que Gary le enseñó a disparar. Y la acompañaban un par de hombres armados, pero también un gusanillo de temor en el estómago.

Esa no era el África que conocían los turistas; esa era la real.

—Karen, ¿has terminado? ¿Hablamos?

La veterinaria se estaba lavando las manos, riendo e intentando quitarse las del australiano de encima.

—¿Es privado o puedo quedarme? —preguntó Finn.

—Quédate, pensaba contar a todos lo ocurrido con Doherty en la próxima reunión.

Puso en antecedentes al australiano con rapidez de las novedades, antes de explicar la parte que había omitido a Karen, para evitarle el disgusto.

—¡Diamantes! —exclamó Finn, con asombro.

—Diamantes que no hallaron en casa del muerto, así que tuvo que dárselos a alguien u ocultarlos bien . Si los escondió, la Interpol aún no ha dado con ellos, así que es probable que se los entregase

a una de las tres personas que salieron de su edificio después de que cayera desde su balcón.

—Después de que lo tirasen, querrás decir… Alguien quiso darle un escarmiento —apostilló Finn.

—La Interpol buscaba a esas tres personas, que salieron de casa de Sarkissian y con las que, casualmente, volví a coincidir la noche siguiente.

—¿Sarkissian? —preguntó Karen, llevándose una mano a la boca —.¿Te refieres a Aram?

—El mismo, yo tampoco lo reconocí hasta que el agente de la Interpol me dijo su nombre —comentó Gary.

—Era el novio de Jen hasta hace unos meses que lo dejaron. Yo los presenté en uno de mis viajes a Colonia.

—Eso explica su presencia en la casa.

«Y que, probablemente, su ex novio le entregara los diamantes», pensó para sí el guía.

—Por eso me pediste confirmación con una foto… —dijo Karen, pensativa.

—Fue casualidad. Pero no lo fue que los otros dos hombres llegaran a su apartamento poco después, con bastantes malas intenciones. Chirac, el agente de la Interpol, ha debido descubrir la relación entre tu amiga y Aram, y quiere hablar contigo.

La veterinaria asintió.

—¿Jen te dijo algo? Sé que estuvisteis poco juntos, pero…

—Le di tu recado, enseguida llegaron esos hombres y salimos corriendo. Luego ella fue a buscar un taxi y… Ya sabes.

—¿Te dio plantón? —preguntó Finn, jocoso.

—Si quieres que mañana cubra tu turno, más te vale no seguir por ese camino —le advirtió Gary.

Finn se tapó la boca con la mano, aunque sus ojos seguían igual de risueños. Gary se fue a dormir, ignorando los resoplidos de risa de su compañero y sonriendo también, sin poderlo evitar: sí, la amiga de Karen le había dado un buen plantón.

16

Kenia (África)

Tres semanas antes.

El antiguo amigo de Aram vivía en un barrio de Nairobi, a medio camino entre el próspero centro y los míseros suburbios. A pesar de los esfuerzos del gobierno, la pobreza y la delincuencia continuaban siendo un desafío.

Por lo demás, la caótica urbe seguía más o menos como Jen la recordaba. Predominaban los mercadillos al aire libre sobre las tiendas, y la locura de tráfico se veía agravada por motos que hacían las veces de taxis. Además, los microbuses, profusamente decorados con alegres colores, circulaban de forma demencial y se detenían en cualquier lugar.

Nairobi contenía todos los contrastes de África en su interior. La ciudad, por otra parte, ostentaba el escaso honor de albergar el mayor asentamiento de chabolas del continente: Kibera, con más de un millón de personas viviendo en las peores condiciones, sin agua corriente y hacinados en ambientes insalubres, frente al cosmopolita centro, lugar donde se daban cita las empresas más importantes de todo África Oriental.

Nairobi, a la vez, conservaba su sabor tribal, para regocijo de turistas. La abundancia de mercadillos estaban dedicados, en su mayor parte, a la venta de objetos de artesanía masái: máscaras, lanzas, pinturas, prendas, escudos pintados a mano y cualquier objeto que recordase, aunque fuera mínimamente, la vida en la sabana. Un despliegue delirante, que solo podía combinar en el continente, donde los colores adquirían nuevas dimensiones. Además, para comprar cualquier objeto, lo esperado era el regateo con el vendedor, un arte en el que los turistas, acostumbrados a comprar a precio fijo, solían salir perdiendo.

Los visitantes, de hecho, paraban poco en la ciudad. El negocio de los safaris se llevaba casi la totalidad del negocio del turismo. Como mucho, los recién llegados se quedaban un par de días y en los hoteles les advertían sobre la conveniencia de no alejarse del centro. Había que tener cuidado con la cartera y los objetos de valor, y no hacer ostentación de dinero en público, porque era el camino más corto para ganarse un atraco en pleno día.

Los mercadillos de chucherías masái del centro eran, por ello, los más beneficiados. A ningún turista le hubiera gustado ver uno de víveres, con la mercancía cubierta de moscas y expuesta sobre mantas, que era lo único que las separaba del suelo de tierra.

En general, los visitantes llegaban al aeropuerto internacional y un autobús los recogía para llevarlos directamente a los numerosos hoteles que bordeaban el Masai Mara, la mayor reserva natural y la más famosa del mundo. Desde allí, emprendían sus safaris contratados, sin parar en Nairobi.

Milton le hizo señas con la mano en cuanto Jen desembarcó y le estrechó la mano con efusividad. Se trataba de un negro de aspecto elegante, vestido con un traje con el que aparentaba mayor altura. Tenía el cabello y la barba prematuramente canos, puesto que no sobrepasaba los cuarenta años, y una sonrisa mellada de una paliza que le dieron, por cuestiones raciales, cuando apenas contaba con catorce. Su esposa, Wangari, llevaba mucho tiempo pidiéndole que se pusiera una funda, pero él lucía el diente roto como si fuera una seña de identidad.

—Me enteré de lo de Aram. Lo siento muchísimo, Jen. Dicen que fue un accidente.

—Estaba de viaje y aún no he podido hablar con su familia —mintió ella, poniendo cara de circunstancias.

—Cuando lo hagas, dales el pésame de mi parte, por favor.

—Gracias por venir a recogerme, perdí el teléfono con todos los contactos y por eso tuve que llamar al ministerio. Espero que no te importe, porque quería saludarte.

Milton trabajaba en el ministerio del interior, en una oficina encargada de objetos decomisados por la policía y el ejército. Ni qué decir tiene que, con el nivel de corrupción, la mitad desaparecía

antes de llegar al almacén donde los custodiaban. No obstante, disponían de una nave entera llena de colmillos de elefante y por eso Aram se había puesto en contacto con él.

A espaldas de sus superiores, le enseñó el almacén y la forma en la que intentaban catalogar los miles de colmillos amontonados de cualquier forma en su interior. En todas las capitales, en cuyos territorios había caza furtiva, disponían de espacios semejantes.

—Por supuesto que no me importa, me alegro mucho de tenerte aquí. La última visita fue demasiado rápida, espero que te quedes un poco más esta vez.

Jen había estado en Nairobi con Aram, al que el presidente de la república había concedido una medalla por su investigación, que supuso un gran paso para la protección de los elefantes.

Otros países le habían concedido un honor parecido, pero solo aceptó acudir a la recepción en Kenia por el impacto mediático que tendría, en un intento de presionar a China, para que se sumase a la decisión internacional de vetar la entrada de marfil en su territorio. Por entonces, el país asiático no se había pronunciado.

Declinaron la oferta del gobierno para alojarse en un emblemático hotel en el corazón del Masai Mara, con unas vistas inmejorables y un precio escandaloso. Prefirieron quedarse en la ciudad, acudir a la gala y dar una vuelta a su aire, seguidos por la prensa gráfica, para mortificación del presidente, que no deseaba mostrar al mundo la auténtica realidad de sus ciudadanos sin empleo, ni las precarias condiciones en las que vivía la gran mayoría. ¡Y eso que ni se acercaron al conglomerado de chabolas de Kibera!

Aram tenía la rara habilidad de hacer tantos amigos como enemigos, solo que los últimos solían ser más poderosos y, por tanto, peligrosos.

En ese viaje, Jen también conoció a Wangari, la esposa de Milton, y a Kioni su hija de trece años. Para sorpresa de Jen, ambas habían acompañado al keniano al aeropuerto, y los esperaban junto al coche. Pese a sus protestas, ya que no deseaba alterar sus vidas, insistieron en que se quedase con ellos en su casa. El matrimonio llevaba buscando un niño desde hacía años, sin éxito, y le prepararon la habitación que reservaban para él.

—Ya conoces las normas, cúmplelas por tu bien —le dijo Milton con mucha dulzura.

Era un hombre afable, descendiente de masáis, aunque sus antepasados se habían criado en la ciudad desde su fundación, como estación inglesa del ferrocarril que unía Mombasa y Uganda. De sus orígenes, apenas conservaba más que la constitución alta y delgada y una hermosa piel oscura, sin manchas. Wangari, su esposa, era de etnia San, más baja de estatura y de curvas pronunciadas. Su hija poseía una preciosa mezcla de ambos.

Jan pasó las siguientes dos semanas acompañando a su anfitriona de compras y comprando ropa para sí misma, ya que había llegado con lo puesto.

La advertencia de Milton obedecía al descontento de la población con algunas empresas extranjeras, expulsadas del país por sus desmanes económicos. Su salida había aumentado el desempleo, ya de por sí muy elevado, y la delincuencia. Con una gran mayoría de población negra, en esa parte del mundo la discriminación era contra los blancos y lo que representaban, por lo que Jen iba con Wangari a todos sitios y, si no era necesario salir, se quedaba en casa de la familia.

Además de adquirir un móvil con conexión vía satélite para reemplazar el que había quedado dentro de un vaso de agua en Colonia, pasó muchas horas revisando el de Aram, puesto que no había cambiado el patrón de desbloqueo que ella conocía, y tenía llamadas, mensajes y notas de lo más interesantes. A los correos, sin embargo, no pudo acceder.

Como imaginó, su ex novio estaba recopilando información sobre la procedencia de los diamantes que recalaban en Amberes y las cifras eran delirantes: por cada diamante limpio, llegaba otro de dudoso origen, que terminaba blanqueado cuando seguía los canales concertados para su cortado y pulido. Disponía de datos más que suficientes de las grandes empresas familiares, la suya entre ellas, y había investigado las diversas formas en las que los diamantes eran introducidos en el continente europeo.

En el último viaje a Botsuana de Aram, que databa de dos meses atrás, debió encontrar la fuente que le habló de la próxima remesa,

la que él robó al emisario en Colonia, y por la que lo mataron. Señaló la conversación con esa fuente y pensó en la forma de ponerse en contacto con él o con ella.

Tenía más ganas que nunca de encontrarse con Karen, pero debía esperar a Hyun para presentarle a Milton. Luego, daría su promesa de presentarle a un contacto de Aram por cumplida.

Hablaba con el asiático casi cada día para conocer las novedades. La policía lo había devuelto a Colonia, reteniéndolo más de la cuenta, con la advertencia de que no debía abandonar Alemania, y esa misma mañana le dejaron marchar, después de darse por satisfechos con su versión. Habían transcurrido dieciséis días y él se subía por las paredes por haber perdido tanto tiempo.

—Cogeré el vuelo más directo que encuentre. Con un poco de suerte, nos veremos mañana o pasado.

Jen también lo esperaba. Se encontraba a salvo con la familia de Milton, puesto que su relación había sido a través de Aram y no creía que pudieran relacionarlos, pero quería salir de Nairobi que, al ser una de las ciudades más importantes de África, también contaba con mayor presencia de la Interpol.

Le constaba que, a esas alturas, sabrían que había abandonado Europa y, a partir de ahí, no podría volver a coger vuelos comerciales para no delatarse.

17

Delta del Okavango (Botsuana)

Dos semanas antes.

—Sbusiso, tendrás que estar pendiente, por si hay alguna alerta de furtivos esta noche.

—Tranquilo, yo me encargo.

Los safaris nocturnos trastocaban su funcionamiento habitual, pero eran necesarios porque estaban mucho mejor pagados que los diurnos, y el dinero era lo que mantenía la fundación.

La gente, básicamente, pagaba una barbaridad por pasarlo mal, por dormir en tiendas de campaña con catres incómodos y con un baño común portátil, rodeados de los ruidos de caza nocturnos. Se sentían sobrecogidos porque suponían que era peligroso y solo querían la adrenalina que les proporcionaba. Dentro de poco, pedirían pasar el día con una familia de leones.

Gary pretendía no juzgar, pero lo hacía. Y no le gustaba meterse en el papel de guía simpático, pero también lo hacía.

Las cosas habían cambiado mucho en pocos años. Antes, los que podían permitirse un safari eran entusiastas de la vida salvaje, respetuosos, y su sobrecogimiento por las maravillas que contemplaban era auténtico. Ahora, todos miraban a su alrededor a través del teléfono, sin captar lo que el conjunto les regalaba.

En los safaris que dirigía, siempre proponía un juego a sus clientes: dejar el móvil, prometiéndoles que cuando hubiese algo digno de ser fotografiado, avisaría con tiempo. Cada vez menos accedían a la propuesta. Querían llevarse el reportaje completo para enseñarlo, no la experiencia.

—No te molestes, muchacho. Los tiempos son así —le dijo Gahtii en una ocasión—. Nosotros también estamos abocados a la

extinción, como algunos animales. Dentro de poco, los guías de safari seremos un recuerdo.

—Al menos, tú estarás inmortalizado en miles de fotos —rio Gary —. Eres casi una institución.

—Hay que dar fantasía a los clientes. Y aunque ahora no me hace falta para sacar a mi familia adelante, me lo paso bien simulando que soy una estrella.

Gahtii era todo un actor, que supo sacar provecho a su aspecto. Al principio, fue por necesidad, ahora lo hacía por diversión. A pesar de su talante grave, poseía un gran sentido del humor, que sacaba a relucir cuando se sentía en familia.

Gary lo conocía bien. Había trabajado con sus padres en el Parque Nacional Kruger y, más adelante, cuando creó su fundación, le pidió ayuda. Al principio de su aventura, Gary carecía de guías experimentados y necesitaba personas de confianza. Gahtii no lo pensó demasiado: sus hijos estaban en la universidad y su esposa y él querían probar aires nuevos. El delta del Okavango era un lugar interesante y, además, apreciaban al muchacho, al que conocían desde que era muy pequeño. Y con el añadido de que Sbusiso, oriundo del delta, también daría ese paso con ellos.

El masái se «disfrazaba» con una túnica sencilla, que dejaba al descubierto sus largas piernas y llevaba una fina lanza cuando había que tratar con turistas. Tenía los ojos dorados, los labios prominentes y orejas desmesuradamente grandes para su rostro, aumentadas por dilataciones rituales. Conservaba el pelo largo y trenzado, teñido de rojo y endurecido con lociones modernas, en lugar de usar los excrementos animales tradicionales. Adornaba su frente, cuello y muñecas con tantos abalorios de colores que debía pesar varios kilos más. Se colocaba de pie en el jeep y componía una expresión ausente, dejándose fotografiar hasta la saciedad.

Cuando regresaban al campamento, Gahtii cambiaba su ropa por pantalones cortos y camisetas de sus grupos de rock favoritos. Luego, se llevaba a los niños a confraternizar con los animales que rodeaban el campamento, porque en eso seguía la tradición de su pueblo: conocer el entorno equivalía a poder vivir en paz con él.

El sudafricano siempre lo había admirado por el talante tranquilo con el que afrontaba las dificultades. Además, no acostumbraba a dar consejos: creía que todos tenían derecho a equivocarse y a aprender de los propios errores.

Esa noche, Gahtii decidió acompañarle al safari nocturno. No solía hacerlo porque las noches a la intemperie le pasaban factura, no obstante, alguna vez se daba el gusto.

—¿Perímetro controlado? —le preguntó Gary.

—Del todo. La gente puede irse a dormir tranquila.

Los diez turistas de esa noche eran accionistas del hotel y había que poner mayor empeño en hacerles la estancia agradable. Para ello, habían llevado un jeep adicional con más camareros de lo habitual, una cena exquisita y un desayuno de fábula.

Los camareros habían tendido manteles, colocado cubiertos y velas sobre las mesas y los invitados habían aplaudido la puesta en escena. Gary y Gahtii intercambiaron miradas de hastío.

—Señor Brand, ¿hay posibilidad de que algún animal se sienta atraído por el olor de la comida? —le preguntó una mujer, ataviada con un vestido ligero de tirantes.

El interpelado le lanzó una sonrisa neutra y negó con la cabeza, pensando que más le valía estar vacunada contra la malaria porque tanta piel desnuda era una invitación para los mosquitos.

—Si no salen del perímetro, estarán a salvo.

—¿Y si traspasamos el límite? —preguntó otro hombre.

Gary estaba harto de contestar a las mismas preguntas.

—Entonces, no podremos garantizar su seguridad. Hay que ver el peligro para poder enfrentarlo y las armas tienen un radio.

—¿Alguna vez los animales han atacado un campamento como este? —preguntó la primera mujer.

—Alguna, por eso nos quedaremos de guardia, pero si escuchan algo sospechoso, es mejor que nos lo digan.

—Ay, Dios mío, John, no sé si podré dormir. ¿Y si se mete un león en nuestra tienda por la noche?

—Tranquila, cariño. Tengo el rifle listo y el sueño ligero.

De nuevo, hubo un intercambio de miradas cómplices entre el masái y Gary.

El perímetro no solo se había creado para que los turistas no lo traspasaran. La cinta que lo delimitaba, contenía una sustancia repelente, que ningún animal traspasaría. Por eso, los temores de los visitantes resultaban tan divertidos. En el pasado, podían haber corrido algún riesgo, pero en esos momentos se encontraban tan seguros como en el hotel. Más, incluso.

Cuando los invitados se retiraron a dormir, de madrugada, puesto que se encontraban demasiado excitados, los camareros recogieron y se metieron en sus respectivas tiendas.

El entorno era tan seguro que Gary prescindía de más hombres. Todos estaban muy ocupados durante el día y exigirles una noche en medio de la nada, solo serviría para agotarlos más.

—¿No vas a dormir? —le preguntó Gahtii.

—Dormiré aquí fuera.

El masái señaló la botella que Gary tenía a su alcance, en el capó del jeep en el que se había recostado, con la espalda apoyada en el parabrisas, dispuesto a pasar la noche allí.

—¿Tu somnífero?

—¿También tú vas a empezar con eso?

El viejo masái alzó ambas manos.

—Solo digo que apagues la radio y te despreocupes por una noche. Sbusiso se ocupará si hay algún aviso, y te vendría bien dormir una noche del tirón.

—Los elefantes están llegando…

—Sí, y seguirán llegando, muchacho. La vida sigue su curso sin necesidad de tu atención constante.

Un rugido cercano los alertó.

—Vinta está defendiendo su territorio —dijo el masái.

Vinta era una leopardo joven, con gran instinto y combativa. Cualquier intrusión en su territorio era contestada de inmediato.

—Me voy a dormir —dijo Gahtii.

Gary no abrió la botella que tenía a su alcance y apagó la radio. El viejo masái tenía razón: se estresaba por cosas que no podía controlar y necesitaba delegar de verdad porque la responsabilidad de todo no podía caer sobre sus hombros.

Alzó la mirada al cielo estrellado y sintió una punzada en su brazo herido, que seguía cicatrizando bien. Sonrió al recordar que la amiga de Karen casi le apuñala por la espalda.

En ese momento se había enfadado, pero, mirándolo en la distancia, comprendía sus razones: estaba metida en un buen lío y, de repente, aparecía un amigo de Karen, al que no conocía y que, para colmo, se coló en su casa, en la que ya había entrado alguien. Bien, él también hubiera recelado de sus intenciones.

Despertó antes de amanecer, con la espalda entumecida por la mala postura. Se bajó de un salto del jeep, se estiró y acudió a la trasera del otro vehículo, donde el personal de servicio del hotel guardaba la comida en contenedores estancos para que el olor no atrajera a los animales. Destapó un par de ellos y se sirvió en un plato de papel carne fría, con guarnición vegetal. Cerró de nuevo y se sentó a desayunar, antes de que el campamento se pusiera en marcha. Aún quedaban unas horas por delante antes de devolver a los turistas al refugio del hotel, a la hora del almuerzo.

Gahtii se levantó poco después, se desperezó, estirando sus largos brazos hacia el cielo, se sirvió desayuno y se sentó a su lado.

—Te veo descansado, parece que me hiciste caso y has dormido unas horas —le dijo.

—Tenías razón. Me han venido bien.

—Pero no has entrado en la tienda.

—Me dormí en el capó.

El masái negó con la cabeza, aunque cuando él era joven, también acostumbraba a dormir bajo las estrellas. Los camareros se estaban levantando para desayunar y preparar la puesta en escena del desayuno al amanecer para los invitados.

Al igual que la cena, el desayuno tenía poco de improvisado, pero los supuestos bocados de cocodrilo del Nilo, gacela del delta y gachas tradicionales botsuanas, acompañadas de carne de búfalo cafre, deleitaban a los incautos turistas, incapaces de distinguir el pollo picante del cocodrilo, o la carne de cabra de la de búfalo. Ni siquiera se les pasaba por la cabeza que estaba prohibida su caza.

Gary se acercó al jeep y encendió la radio.

—Sbusiso, ¿todo bien por ahí?

—Soy Finn. Sbusiso ha salido a comprobar una cosa.

—¿Ocurre algo?

—Nada, Gary —intervino por el mismo canal Sbusiso—. Ayer, Tumelo comentó que había visto huellas de un vehículo pesado por las inmediaciones de Moremi y quería asegurarme.

—Puede ser el todoterreno del departamento de vida animal del tercer puente.

—Demasiado al sur, ellos no se alejan tanto del campamento base si no es por un buen motivo, y no lo había, según me dijo el jefe de departamento. Y tampoco se acercan a los elefantes.

—Vuelve a casa. Nosotros nos ocuparemos de echar un vistazo por la zona, estamos más cerca.

—Gary, llevas turistas…

—Ellos estarán encantados de ver elefantes, y Gahtii buscará las huellas mientras los entretengo.

—De acuerdo, no seré el que pierda el tiempo intentando disuadirte. Te paso las coordenadas que me dio Tumelo, y recuerda que puedes encontrarte con Sofía por la zona, dijo que había avistado a uno de sus machos.

El guía introdujo las coordenadas en el GPS del vehículo y empezó a asegurarlo para la mañana. Tenía intención de pasar por uno de los meandros del delta, en el que sabía que encontrarían gran variedad de animales, entre ellos, hipopótamos y grandes depredadores bebiendo. Daría tiempo a los turistas para hacer unas fotografías y se desviarían hacia Moremi, lugar de paso para los elefantes que se movían entre fronteras y acudían al oasis del Okavango como parte de su ruta ancestral.

—Sofía no es demasiado paciente, habrá que andarse con cuidado —le dijo Gahtii, cuando le contó el cambio de planes.

Sofía era la matriarca de una familia, reducida a ocho miembros por culpa de la caza furtiva. Siempre había sido una elefanta pacífica, que no desconfiaba de los humanos, a tal punto que permitía a los guías conocidos acercarse a las crías, si es que las había en ese momento. Sin embargo, los últimos años de pérdidas y enfrentamientos con granjeros la habían transformado en un animal

territorial y agresivo, cuando se traspasaba una línea que ella misma ponía para seguridad de los suyos.

Para ser una hembra, Sofía tenía un tamaño considerable, más semejante al de los machos. Pesaba cerca de seis toneladas y poseía unos colmillos curvos de dos metros. Si los furtivos habían matado a los machos cercanos a la edad adulta del grupo era porque sus colmillos eran mayores, aunque ella no estaba a salvo.

Los furtivos preferían a los machos adultos porque, llegada cierta edad, solían vagar solos y, aunque no se alejaban demasiado, solo se reunían con la familia en época de apareamiento.

Las manadas de elefantes formaban un grupo matriarcal, compuesto por hembras emparentadas y sus crías de diferentes edades. La hembra de mayor edad era la que dirigía a todos porque conocía los mejores sitios para abrevar y comer en cada época del año. El conocimiento le había sido transmitido de su madre que, a su vez, lo había aprendido de la suya.

Encontrar a una de las manadas en el extenso territorio se convertía en un quebradero de cabeza para los conservadores de la fauna animal, ya que los medios de los que disponían eran tan escasos como el presupuesto, y solo conociendo sus hábitos, marcados por las estaciones, podían hacerse una idea de su situación.

La familia de Sofía se encontraba en una depresión del terreno anegado, disfrutando de un baño refrescante y Gary dejó bajar del vehículo a los turistas para que hiciesen fotos y vídeos a placer. Se encontraban a una distancia prudencial y la matriarca no se mostraba inquieta.

—Ve —le dijo a Gahtii.

—Llevo la radio. Si localizo el rastro, te digo algo.

El guía asintió y vio alejarse al masái, cargando con su lanza y el rifle colgado en bandolera. Su andar rápido y ligero desmentía su edad. A cierta distancia, parecía mucho más joven. Gary vigilaba alrededor del grupo, pidiéndoles silencio. No solo los elefantes constituían una amenaza si veían su espacio invadido, había muchos más animales en el entorno que podían tomar su presencia como una trasgresión.

Tras diez minutos, los instó a volver a subir al jeep.

—Gary. Tengo el rastro, lo sigo hacia el sur —dijo Gahtii a través de la radio.

—Salimos enseguida y te recogemos.

—Negativo. Quiero ver a dónde llega. Deja a los turistas y vuelve a por mí. Creo que estos no son unos pobres diablos, sino un grupo organizado. Siguen a la familia de Sofía.

El guía azuzó a los turistas para que se apresurasen. Un enfrentamiento con furtivos, podía devenir en una tragedia.

—John, ¿a dónde vas?

Absorto como había estado en la conversación con Gahtii, había perdido de vista a un hombre del grupo, que avanzaba hacia un elefante, oculto entre unos árboles bajos.

—¡Mira, Jenny, es un ejemplar enorme!

—¡Suba! —gritó Gary a la mujer, que se quedó paralizada.

Él salió al encuentro del turista temerario, que permanecía de pie en medio del camino, ajustando su móvil para hacer la fotografía perfecta.

—Escuche. —Gary le dio un codazo al hombre para llamar su atención—. No se mueva, no baje la cabeza y no salga corriendo. ¿Me ha oído? Cuando le diga, retroceda despacio.

El enorme elefante salió de entre el follaje bajo, pateando y moviendo las orejas. Se dirigió hacia ellos, amenazante. Tenía un colmillo partido y una cicatriz larga entre los ojos, seguramente fruto de una pelea con otro macho.

El hombre estaba a punto de salir corriendo y Gary lo detuvo, cogiéndole de la manga.

—Si da muestras de debilidad, irá a por usted y lo aplastará —le dijo—. Manténgase firme. Cuando se aleje, iremos hacia el jeep, sin darle la espalda, porque volverá.

El animal solo defendía su espacio y cualquier muestra de debilidad, sería tomada como una rendición.

Gahtii escuchaba por la radio, seguro de que Gary sabría solventar el contratiempo, aunque tenso, porque un elefante adulto representaba una gran amenaza que convenía tener en cuenta. Muchos accidentes ocurrían por confiarse.

El turista aguantó de pie de milagro ante el elefante que, con un súbito frenazo, detuvo su embestida a apenas dos metros de ellos. Luego, cuando el animal se retiró tras los árboles, Gary le azuzó para que retrocediera. El hombre cayó, después de tropezar con una rama, pero se puso de pie enseguida.

—Suba al jeep —murmuró Gary, con su arma preparada.

El elefante volvía pateando, aunque con la cabeza alta, síntoma de que no quería un enfrentamiento. Gary ya había comprobado que sus glándulas temporales no supuraban, por lo que no se encontraba en un periodo agresivo. El *must* solía presentarse en los meses invernales, pero había excepciones. Se mantuvo erguido, sin dar muestras de temor ante el mamífero, que se retiró de nuevo. Solo quería avisar de su presencia.

El guía volvió con calma al jeep, se puso tras el volante y retrocedió por el camino, aumentando la distancia con el animal, pero sin darle la espalda, hasta que lo perdieron de vista.

—Gahtii, llevo a los invitados al resort, volveré a por ti en una hora —dijo por radio, en tono contenido.

Hubiese abofeteado al turista, aunque la culpa fuera suya. La primera regla de un guía era no dar nada por sentado.

—De acuerdo, Gary.

Los safaris llevaban un mínimo de dos guías para prevenir incidentes como aquel, porque la seguridad de los turistas era su prioridad. Disparar a un animal para salvar a una persona era lo último que deseaban. Estaban invadiendo sus vidas y su entorno, por mucho que deseasen dejar el menor rastro posible.

Por suerte, el escrutinio de Gahtii terminó mejor de lo esperado. El rastro del vehículo se perdía en uno de los caminos de tierra más transitados, sin dejar atrás el temido desastre de cadáveres, al que no podían acostumbrarse.

18

Kenia (África)

Una semana antes.

—Tengo intención de marcharme mañana —dijo Jen.

—¿Qué prisa tienes?

—¿Prisa? Ninguna, pero quiero ir a otro lugar.

Hyun le lanzó una ojeada.

—Me parece que tu amigo se sentiría más cómodo si vinieses con nosotros a ver el depósito de marfil.

—Lo he visto ya.

Se mordió la lengua. No le debía nada al asiático, pero él se había metido en el lío de Colonia, alquilando una habitación para los dos, y le parecía mal dejarlo colgado.

—Vale, os acompañaré… —claudicó—. Pero luego me iré.

—¿Puedo preguntar a dónde?

—Botsuana. Voy a ver a una amiga que trabaja allí.

—¿Nada que ver con el marfil?

—No, directamente. Ella es veterinaria de una fundación en la que se dedican a curar animales y a devolverlos a la naturaleza. Los guías que trabajan en los hoteles de la zona ayudan a las autoridades contra la caza furtiva, pero no es su prioridad.

—Eso suena interesante. La lucha en primera línea.

—Te advierto que pienso desplazarme en coche, prefiero que la Interpol no me encuentre, de momento.

—Dispongo de bastante presupuesto para alquilar una avioneta que nos lleve. Me seduce poco un viaje de más de tres mil kilómetros en coche.

—¿Y el manifiesto de vuelo? Habrá que dar nuestros nombres —dijo ella, negando con la cabeza.

—Con que figure el mío será suficiente. Seguro que, por el precio adecuado, encontramos a un piloto poco escrupuloso para incumplir las normas de aviación.

Los había. En un continente con tan escasas ciudades, tan dispersas y con una comunicación por tierra tan precaria, dado el estado de muchas carreteras, empresas y particulares disponían de avionetas a montones. Como su techo de vuelo no interfería en las líneas aéreas habituales, el control era mínimo.

Milton les proporcionó una lista de cinco pilotos con avioneta propia y permisos para moverse entre fronteras, ya fuera por sus propios negocios o como transportistas.

El keniano los llevó tres días después al almacén principal donde se custodiaban cientos de colmillos decomisados.

—Creía que Kenia había quemado hace años todo el marfil incautado… —dijo Hyun.

—Y se hizo con el que había por entonces. En 2016 se destruyeron ciento cinco toneladas. Esto es lo que hemos requisado desde entonces. —Señaló los montones de colmillos del almacén.

El asiático silbó, impresionado.

—¿Cuántos…?

—Seiscientos treinta y cuatro, según el último recuento. Intentamos registrarlos, por si acaso, pero no podemos controlar el inventario con la asiduidad que nos gustaría, para asegurarnos de que nadie se beneficia, vendiéndolos en el mercado negro.

—Pero eso ocurre —adivinó Jen.

Milton asintió.

—Lleva pasando desde siempre, y ninguna medida de seguridad ha surtido efecto. Nosotros nos deshicimos de la gran mayoría del marfil incautado, pero date cuenta de la enormidad del negocio que supone: hay más de seiscientas toneladas decomisadas y almacenadas en otros países. No se lleva la cuenta y, sin registros, tampoco se pueden pedir responsabilidades.

—Se diría que, desde que china prohibió la venta de marfil, el mercado tendría que haberse desplomado, teniendo en cuenta que era el principal comprador —sugirió Jen.

—Al contrario, lo ha encarecido —contestó Hyun—. El kilo ha triplicado su precio y seguirá subiendo. Los comerciantes chinos que tenían toneladas en su poder, se estarían haciendo ricos si las tríadas no se hubieran inmiscuido en el tráfico.

—Sabes mucho sobre el tema —dijo Milton.

—Seguí de cerca la investigación llevada a cabo por el equipo de Aram Sarkissian, que obligó a posicionarse a la ONU. Yo pretendo continuarla, a ver si podemos, de una vez, devaluar el marfil para poner a los elefantes a salvo.

—Y a los rinocerontes, supongo —sugirió Jen.

—También, porque sus cuernos son muy preciados y se usan con fines terapéuticos sin sentido alguno. Sus propiedades son un compendio de estupideces sobre magia y superstición.

Jen echó un vistazo a los colmillos, apilados en montones sin orden ni concierto. Cada uno tenía escrito con rotulador un número de serie, e iban desde largas piezas a otras mucho más cortas. Su color también variaba, según la conservación, y algunos tenían un aspecto horrible, carcomidos y amarillentos.

—¿A qué se debe el deterioro? —preguntó a Milton.

—A la conservación, por supuesto, pero también a la forma de cortarlos. La mayoría de los furtivos son gente inculta, que mata al animal, le sierra los colmillos, sale corriendo y no los protege de insectos ni de la sangre que deteriora la cobertura. Algunos ya estaban astillados por la actividad del propio animal porque los usan para excavar y despojar a los árboles de la corteza que se comen, además de para pelear entre sí, en el caso de los machos.

—¿Eso cambia el precio?

—El marfil se paga al peso, la conservación da igual, por eso cualquiera con un arma se puede lanzar a perseguir esa forma rápida de conseguir dinero. Aquí diez dólares es mucho.

—¿Diez dólares? —preguntó Jen, asombrada—. Se pagan miles por kilo de marfil.

—A los furtivos les pagan eso, o menos.

Ella tenía el estómago revuelto por el olor del almacén, pero también porque podía imaginar a todos aquellos animales vivos.

—La pobreza, Jen, obliga a muchos a hacer cosas tan horribles, sin pensar que están privando a sus hijos y a sus nietos de convivir con animales impresionantes, enraizados en nuestra cultura y en nuestra vida.

Los ojos azules del hombre negro, presentaban la esclerótica más enrojecida de lo que era habitual en él. El tema le frustraba profundamente y quería colaborar en lo que fuese necesario para terminar con la cacería indiscriminada. Por eso, llevaba muchos años con una lucha propia, ofreciendo información a todo periodista serio que quisiera adentrarse en el tema.

—Prohibir en el país cualquier transacción comercial con marfil no ha detenido a los furtivos. Pasan las fronteras con sus trofeos y cada vez son más escurridizos. Proveen de armas a incautos y les compran los colmillos o los cuernos por casi nada.

Hyun no tenía mucho más que preguntar, solo había ido a ver porque esa realidad también la conocía.

Segunda parte

19

Delta del Okavango (Botsuana)

Salieron hacia Botsuana dos días después.

El piloto no preguntó y a Jen le vino bien su falta de curiosidad, propiciada por el dinero de Hyun.

El viaje resultó tedioso, solo animado por las paradas a repostar y por los paisajes cambiantes, plagados de fauna salvaje, que pudieron contemplar en toda su belleza desde lo alto.

África era hermosa, como un diamante pulido por la misma naturaleza, con facetas ocres, rojas y verdes, albergando una vida pujante, ansiosa por expandirse y gritar su libertad al mundo.

Pero llegar a Francistown fue un alivio. Los viajeros necesitaban estirar las piernas y descansar, aunque la tranquilidad duró tan poco como lo que les costó acceder al pasillo de llegadas. Una Karen alterada, se puso a dar saltos de alegría y se tiró al cuello de su amiga para darle un abrazo, sin dejar de saltar en el sitio, haciendo que Jen terminara saltando con ella.

Cuando el largo momento de euforia cesó, la fotógrafa se separó de su amiga.

—Karen, ¿por qué has venido a buscarme? Te dije que yo me acercaría al campamento de la fundación.

—¿Porque eres mi mejor amiga? ¿Porque estaba deseando darte un abrazo? ¿Porque te echaba de menos?

—Necesito un par de días…

—Necesitas un par de días, o de semanas o de meses conmigo. ¿Quién es? —preguntó, refiriéndose a su acompañante—. ¿Tu amigo? ¿Tu novio?

Jen suspiró y le presentó a Choi Hyun.

—No es mi amigo, es otro amante de los animales.

—¡Anda, uno de los míos! —Karen le alargó la mano, presentándose—. Ni caso a esta aguafiestas, aquí todos trabajamos para ayudar a los animales.

—Entonces, será un placer conoceros —dijo Hyun.

Jen negó, imperceptiblemente, con la cabeza.

—Vamos a quedarnos unos días por aquí, Karen. Luego me reuniré contigo en el sitio ese dejado de la mano de Dios al que has ido a parar, con poco criterio.

La veterinaria la cogió del brazo, con posesividad y tan sonriente como si le hubiera dedicado un cumplido.

—¡Que te lo crees tú, guapa! Ahora que he conseguido que pongas un pie en mi casa, no vas a quedarte por aquí. Si quieres hacer turismo, ya vendremos a pasar un par de días, pero estoy deseando que conozcas a todo el mundo.

Jen se arrepentía de haberla avisado del día que tenía previsto llegar a Francistown. Quería haber tenido tiempo para meter un poco la nariz en la mina de diamantes de la que debían proceder los que Aram le había entregado. Según sus notas, provenían de la mina de Letlhakane, situada a dos horas y media de coche del aeropuerto en el que se encontraban. Además, disponía de las conversaciones con el contacto de Aram y quería probar lo que se le había ocurrido en Nairobi.

—Venga, tenéis que venir a nuestro campamento y conocerlo, luego ya veremos —insistió Karen.

La fotógrafa aceptó porque explicar sus intenciones habría sido complicado y porque también estaba deseosa de estar con ella. Llevaban tiempo sin verse y no era lo mismo hablar por teléfono. Solo en persona podría contarle todo lo sucedido.

Karen era más que una amiga: a todos los efectos, era su hermana. Desde los ocho años habían asistido a los mismos internados y eso creó una familiaridad superior a la que había desarrollado por su familia adoptiva, con la que solo había compartido tres años y los periodos vacacionales.

Sus padres adoptivos no querían más que un trofeo que enseñar a sus amigos. Demostrar que, con dinero, no merecía la pena tener hijos biológicos. Pero luego, cuando llegaba la hora de ejercer,

encontraban mil excusas para desvincularse. Los niños daban mucho trabajo y exigían atenciones que no querían ofrecer.

Con el tiempo, Jen se lo tomó como una suerte: pagaban sus facturas, sus estudios y sus excentricidades. De no haber sido adoptada por la pareja, hubiese acabado en una institución. Comprender el lugar de uno en el mundo era tan sencillo como mirar alrededor y agradecer a la fortuna haber caído de pie. Era más de lo que muchos podían decir.

Sus padres adoptivos solo querían complacerla para que no se sintiera en inferioridad de condiciones y ella no desaprovechó la oportunidad. Carecería de su afecto, pero no de su dinero y de las puertas que abrían su apellido.

Nunca se había considerado cínica, se trataba de una transacción comercial como cualquier otra.

—Nos iremos en cuanto Gary termine —dijo Karen, señalando hacia dos hombres que discutían en un rincón de la terminal.

Jen reconoció al que había apuñalado y luego dejado colgado en Colonia. Intentaba recordar las conversaciones mantenidas con Karen, porque ella le había hablado mucho del guía, pero solo conseguía hacerse una idea general. Para su amiga, el guía era más que su jefe, era un querido amigo y en algún momento llegó a pensar que terminarían siendo pareja, pero no se materializó.

La alemana solo esperaba que no le guardase rencor por haberle engañado y desaparecido.

El mundo era realmente pequeño.

El de Karen también debía serlo, puesto que, según tenía entendido Jen, se limitaba al campamento en el que vivía.

—¿Quién es el otro hombre? —preguntó a su amiga.

—El coronel Mugabe, encargado de dar caza a los furtivos en todo el norte del país.

Jen hizo un gesto de sorpresa.

—¿Puede cubrir tanto terreno? Dispondrá de un ejército.

Karen soltó una risita irónica.

—Su ejército son un puñado de hombres, los guías turísticos y los voluntarios de poblaciones cercanas.

—Pero es imposible que eso pueda salir bien.

—Así son las cosas. Él recibe cualquier notificación y se traslada a la zona en helicóptero con un equipo especial, aunque cuando llegan, el daño ya está hecho, y los furtivos se han largado con sus trofeos. Es impracticable seguir el paso a todos los animales susceptibles de un ataque, elefantes y rinocerontes en especial.

—Entonces, los verdaderos guardianes de esos animales son la propia población.

La veterinaria asintió, con pesar.

—Ocurre lo mismo en todo el continente —intervino Hyun—. Mientras haya gente dispuesta a pagar una fortuna por los cuernos o los colmillos, los animales no estarán a salvo.

—Igual ese sería el hombre con el que tendrías que hablar y no con el ministro —sugirió Jen, indicando con la barbilla hacia adelante, al hombre acalorado.

—Gary los puede presentar —indicó Karen—, aunque no sé si este es el momento oportuno, parecen discutir.

El hombre negro, con un uniforme de color indeterminado entre el gris y el marrón, sudaba profusamente, debido a la discusión y al calor imperante. Tenía los ojos inyectados en sangre y el bigote hirsuto se elevaba en las comisuras de su boca cuando respondía a Gary, que parecía más calmado.

Jen observó al guía con más atención. Apenas lo recordaba de su encuentro anterior y, desde luego, no parecía la misma persona. Daba la impresión de ser un hombre tranquilo, acostumbrado a tratar con personas alteradas, sin dar muestras de impaciencia. Era alto y llevaba pantalón y camisa de algodón de color arena, sucios en algunos puntos. El cabello quedaba oculto bajo un sombrero Stetson marrón, polvoriento y algo deformado por el uso.

Mugabe sacó un mapa del bolsillo de su pantalón, lo extendió y señaló un punto. De repente, el guía se giró y llamó con un gesto a Karen.

—Perdonad un momento —dijo ella a sus acompañantes.

Se acercó, saludó con un movimiento de cabeza al coronel y escuchó a Gary, que señaló hacia su amiga y el periodista.

Jen observó el rostro del guía. No era guapo en el sentido más amplio de la palabra, tenía un rostro interesante de piel curtida, en

el que destacaban cejas y pestañas decoloradas por el sol, en contraste con unos ojos verdes e irritados. Cuando terminó de hablar con Karen, siguió al militar a la salida.

—Un dechado de simpatía tu guía —exclamó Jen.

—Es muy majo, ya verás, y te hartarás de coincidir con él en el campamento. ¡Vámonos!

Karen cogió a su amiga del brazo y tiró de ella hacia un pasillo, al lado de la zona de embarque.

—¿No vamos en coche? —preguntó el periodista.

—¿Pasar las próximas seis horas conduciendo? ¡Ni hablar! —dijo, abriendo una puerta lateral, tras introducir un código numérico en la cerradura electrónica.

La puerta daba a un hangar lleno de aviones pequeños en diversas fases de reparación y cuando salieron de él, señaló uno ligero que aguardaba con el morro apuntando a la pista.

—Ese es el nuestro.

—¿Y quién lo llevará? —indagó Jen.

—Yo.

—Espera, espera… —exclamó la fotógrafa, deteniéndose en el sitio—. ¿Desde cuándo sabes pilotar?

—Desde hace algo más de un año.

—Y tendrás algún tipo de certificado o algo, ¿no?

El periodista tampoco parecía contento.

—He hecho este trayecto muchas veces, llevando y trayendo turistas cuando los del campamento no podían, desconfiados. Venga, subid. En una hora estaremos allí.

Hyun resopló, pero cogió su maleta y subió por la escalerilla desplegada. Jen detuvo a su amiga de nuevo.

—Ahora de verdad, Karen: ¿cuántas veces has hecho el viaje? —susurró en su oído.

—Esta será la séptima, pero confía en mí.

Jen puso los ojos en blanco y siguió a su amiga.

20

Delta del Okavango (Botsuana)

—No sé por qué tengo que estar allí. Carezco de autoridad; la detención es cosa de sus hombres —dijo Gary, cuando Mugabe fue a buscarlo al aeropuerto, acompañado de su sombra.

Manuel Da Silva tenía el poder de alterar al guía cada vez que se encontraban. De apariencia atractiva y cuidada indumentaria, consistente en trajes a medida y corbatas de marca, sus ojos oscuros parecían pertenecer a otra persona. Eran inquietantes, como si buscasen el punto débil de cada uno para causarle el mayor daño posible. Ni el animal más fiero, incluso en pleno frenesí cazador, tenía una mirada tan fría y calculadora.

Cuando acompañaba al coronel al delta, vestía como cualquiera de sus hombres, con uniforme y arma al hombro. Y se notaba que tenía destreza para usarla.

A Karen le ocurría lo mismo con él, cada vez que Mugabe se acercaba por el campamento con Da Silva, prefería no cruzárselo. De hecho, una vez lo echó, literalmente, de los establos porque nada más entrar él, todos los animales se pusieron nerviosos. Lo empujó a la salida sin demasiados miramientos.

—Hay personas que tienen el don de simpatizar con los animales —le dijo— y usted no es de esos. Manténgase lejos de los que están bajo mi cuidado, por favor.

Por la noche, en el comedor, se comentó el episodio entre risas y la veterinaria enrojeció, aunque no se arrepentía. Según creía, los animales tenían un sexto sentido que les avisaba del peligro, y aquel hombre destilaba maldad por cada poro.

El coronel invitó a Gary a salir del aeropuerto con él.

—Tu presencia es una declaración de intenciones. Por el peso de los colmillos que esa gente tiene a la venta, sospechamos que se

tratan de los de Thaba y la fotografía de su detención saldrá en todos los periódicos del continente. Protección de vida salvaje, guías y ejército, tienen que verse en primera página, luchando contra los furtivos, mano a mano —contestó el coronel.

—Thaba murió hace años…

—Thaba II no. Desapareció hace unos meses y aún no hemos dado con su cuerpo.

A Gary no le hacía falta el recordatorio. Thaba II había sido uno de los elefantes que frecuentaban el delta, siguiendo a su familia. Uno de los mayores conocidos y con unos colmillos intactos de más de dos metros y medio.

Era un animal precioso y hasta amigable, excepto cuando se encontraba en época de *must* . Solo había que estar atento a la secreción hormonal de su zona temporal para saber si había peligro. El resto del tiempo, admitía intrusiones en su entorno.

El guía conocía mejor a los animales que a las personas que convivían con él. Se sentía identificado con ellos y sabía cuándo podía acercarse o cuando debía mantenerse a distancia. Por eso era bueno en su trabajo, no dejaba esos asuntos al azar, sino que su respeto por los animales le hacía tenerlos en cuenta.

Entrar en la casa, vigilada por los hombres de Mugabe, solo le proporcionó pesar. Era evidente que los colmillos que tenían a la venta eran de machos grandes. Entre ellos, podían estar los de Thaba II, por el tamaño.

Los vendedores eran pobres diablos, sin nada que perder. Habían pisado con anterioridad la cárcel por lo mismo por lo que irían ahora. Solo que estos habían aprendido que el sonido de los disparos llegaba muy lejos y podían ser sorprendidos por los guardias de la zona, así que habían usado un método sigiloso, a la par que peligroso: flechas envenenadas lanzadas con ballesta, para asegurarse de que penetraba el duro pellejo de los elefantes y los rinocerontes. El riesgo era fallar y enfurecer al animal, por lo que había tres hombres apuntando al mismo ejemplar.

Buscando reducir su condena, uno de ellos se ofreció a señalar en un mapa las zonas aproximadas dónde habían abatido a los animales, de los que habían reunido una colección de dieciséis

colmillos y cuatro cuernos. La mayoría de cuerpos los habían encontrado, pero no era el caso de Thaba II.

Gary comprendió por qué no lo habían encontrado, cuando señaló un área del mapa: era una zona que los elefantes no frecuentaban y que quedaba fuera de las rutas de los guías, por el peligro de que una subida repentina del nivel de agua los dejase aislados.

Algo tuvo que hacer al paquidermo desviarse tanto, separándose de su familia más de cuarenta kilómetros.

—Sbusiso, te voy a dar unas coordenadas, rastread la zona. Yo estoy de camino —le dijo al botsuano, a través de la radio—. Llévate a algunos hombres y carga canoas.

La geografía del delta resultaba cambiante, por acción de los animales que acudían en busca de alimento. Los hipopótamos caminaban por el fondo del agua, arrastrando maleza y abriendo corredores que conectaban los meandros con los estanques, y los estanques con las zonas inundables, lo que permitía a los más de nueve trillones de litros de agua dulce seguir fluyendo y surtiendo al crecimiento dinámico de todo el delta.

La zona señalada por el furtivo, comprendía más de cincuenta kilómetros cuadrados y Gary se hacía pocas ilusiones. Aguantó en el lugar hasta que los periodistas locales obtuvieron sus fotografías y le pidió al coronel transporte a su campamento, ya que la avioneta se la había llevado Karen.

—Dame unos minutos, te acercará uno de los helicópteros, que ayudará reconociendo el terreno. Ya he enviado cuatro patrullas de las que quedaban cerca.

Cuando el guía se disponía a marcharse, el coronel le detuvo, cogiéndolo del brazo.

—Encontradlo —le dijo.

No era necesaria su recomendación, Gary pensaba encontrar el cuerpo del animal, aunque por razones distintas a las que movían al coronel. Para Mugabe, capturar a los asesinos de un elefante emblemático del país, suponía un reconocimiento en su carrera. Para Gary, en cambio, solo serviría para cerrar otro episodio trágico, de la

larga y recurrente historia en la que los animales llevaban las de perder contra la avaricia humana.

El helicóptero se posó para dejar al guía con sus hombres y luego levantó el vuelo, para adentrarse en el humedal, espantando a los animales con su estruendo.

—Veo, a quince kilómetros al oeste de vuestra posición, rastros de presencia reciente de carroñeros —avisó el piloto, casi dos horas más tarde.

Encontraron el cadáver de Thaba II poco antes de anochecer, junto con otro de un elefante joven, cuyos colmillos apenas debían haberse desarrollado medio metro. Los carroñeros habían dado cuenta de sus cuerpos y los insectos estaban rematando el trabajo.

A Gary, y a muchos de sus acompañantes, les costó contener las ganas de llorar de impotencia. Ocurría una y otra vez y, aun así, no se acostumbraban al triste espectáculo del asesinato de un animal que no hacía daño a nadie.

En esas ocasiones, el guía pensaba que el ser humano era un error de la Naturaleza, un organismo anómalo, incapaz de convivir con sus congéneres ni con otras especies.

Esa noche, Gary volvió al campamento y bebió hasta quedar inconsciente. Necesitaba dejar de pensar.

21

Delta del Okavango (Botsuana)

Hyun bajó de la avioneta con las piernas temblorosas.

—Oye, no seas exagerado —exclamó Karen—. Ya sé que tengo que perfeccionar el aterrizaje, pero estamos enteros, ¿no?

Jen, muerta de risa, se sujetaba el estómago, inclinada hacia adelante. Llevaba así todo el viaje porque nadie sabía hacerla reír como Karen. Sentada en el lugar del copiloto, habían pasado el camino recordando anécdotas de sus estancias en internados y le había dado sin querer a un interruptor. Resultó ser uno vital para la estabilidad del aparato y cayeron varios metros, hasta que la veterinaria recuperó la horizontalidad.

El asiático, sentado detrás, había adquirido un tono entre gris y verde. Aguantaba las ganas de vomitar y si hubiese podido apearse, habría llegado caminando al campamento.

Finn, que se había acercado para calzar las ruedas de la avioneta con cuñas, abrazó a Karen y le dio un beso. Uno de los de verdad, nada de roces de compromiso.

—¡Caramba! Esto sí que es un recibimiento —exclamó Jen.

—He oído hablar mucho de ti —dijo Finn, dándole un abrazo cariñoso a la fotógrafa—. Es como si te conociera.

—Pues yo te he visto desnudo, así que lo mismo digo.

El guía se giró hacia Karen, interrogante.

—No tengo secretos con Jen —dijo la veterinaria—. Además, tenía que presumir de novio, ¿no?

El australiano le dio una palmada en el trasero a Karen y le alargó la mano a Hyun.

—¿Y tú eres…?

—El superviviente de este vuelo —dijo el interpelado—. No me agacho a besar el suelo porque me caería de bruces. He perdido

cualquier sentido del equilibrio por allá arriba, y hasta creo que el estómago debe andar extraviado también.

—Soy Finn —se presentó el guía, sonriente.

—Hyun.

—Venga, pues ahora que nos conocemos todos, vamos a llevaros a vuestras tiendas y luego os enseño esto —exclamó Karen, enlazando a su amiga del brazo.

—¿Me das un minuto para ver si consigo recordar cómo se anda? —pidió el asiático.

—Finn se quedará contigo, y hasta te puede llevar a caballito si no consigues arrancar, ¿verdad, cariño?

—Verdad, preciosa.

Las amigas se alejaron hacia la calle que formaban las tiendas, riendo.

—Lo tienes comiendo de tu mano —dijo Jen, dándole un golpecito con la cadera.

—Más le vale. A ver dónde va a encontrar a otra Karen.

Ambas prorrumpieron en carcajadas.

De repente, Jen se detuvo y abrazó a su amiga.

—Se me olvida todo lo que te echo de menos hasta que te veo otra vez —le dijo—. Deberías aparecer entre las recomendaciones médicas habituales: quedar más a menudo con tu mejor amiga, que siempre te hace sentir bien.

—Si quieres hacerme llorar, vas por buen camino. Yo también te echo de menos una barbaridad, excepto cuando sacas a pasear esa seca vena alemana que llevas en los genes. Prométeme que vas a dejar la mente abierta mientras estés aquí. Amo este lugar y quiero que lo quieras tanto como yo.

—Ya solo el olor me tira para atrás.

Karen se encogió de hombros.

—Te acostumbrarás. Y ya verás qué gente más maja hay por aquí. Todos se manejan en inglés, así que no tendrás problema.

La veterinaria abrió la cremallera de una de las tiendas y la precedió dentro.

—Este será tu apartamento. Individual y pegado al mío. Si te aburres, solo tienes que llamarme.

—Entiendo que intimidad cero…

—Ya me iré a la tienda de Finn cuando quiera echar un polvo, para no molestarte.

—Gracias, es todo un detalle por tu parte.

—No sé si me las darás luego. Se oye todo entre las tiendas. Yo me pasé el primer mes sin poder dormir, muerta de risa porque había un veterinario en prácticas que estaba toda la noche soltando gases. La comida le sentaba mal y entre los dos tuvimos al campamento sin pegar ojo. Desde entonces, Gary pregunta a los nuevos si tienen algún tipo de intolerancia alimentaria, por el bien general.

Jen se lo creía. Karen era la persona más risueña que conocía, capaz de verle el lado cómico a todo.

—La privacidad es un lujo del que te olvidas por estas latitudes. Por cierto, el que va a estar incómodo si tiene el sueño ligero es tu amigo. Su tienda está al lado de la de Gary y él duerme poco.

—Quiere conocer la actividad de los furtivos en la zona, así que no creo que tenga queja.

—Si piensa que lo de la avioneta es lo peor que le puede pasar por aquí, lo tiene claro —añadió Karen, sonriente.

Jan detuvo el gesto de abrir su pequeña maleta.

—Oye, no habrá bichos sueltos por el campamento, ¿no? —preguntó, cayendo en la cuenta de dónde se encontraban.

—Solo las amigas de Gary. —La veterinaria restó importancia al asunto con un gesto—. Pero desde hace tiempo ya solo viene una a visitarlo, y no se acerca si no está él.

—¿Estamos hablando de personas o de animales?

—En este caso, de una leopardo de seis meses, con alma de escapista, que tiene una tremenda habilidad para fugarse del establo donde vive cuando quiere ver a Gary por las noches. Pero no molesta a nadie.

—Eso me tranquiliza mucho —contestó su amiga con ironía.

Karen rio.

—¡Anda, deja el equipaje para luego! Quiero enseñarte esto.

—Primero enséñame el baño, porque preferiría no tener que aliviarme detrás de un arbusto. Me falta preparación para

enfrentarme con un animal que piense que estoy marcando territorio.

Ambas amigas prorrumpieron en nuevas carcajadas mientras salían de la tienda, a tiempo de ver a Finn, enseñando la suya a Hyun, que había recuperado algo de color y movilidad.

—Vale, escucha —le dijo Karen con más seriedad—. Cuando entres y salgas, cierra la cremallera hasta el final. Aunque te quedes tomando el aire dos minutos sin moverte del porche. Y lo mismo para las puertas de baños y duchas, si no quieres compartir el aseo diario con algún insecto o reptil curiosos.

—Eso, tú sigue dándome alicientes para robar uno de los jeeps y largarme a un lugar civilizado.

—¡Gahtii! —llamó la veterinaria al masái—. Esta es mi amiga Jen. Va a quedarse una temporada.

—Encantado, *madame* —dijo él, inclinando la cabeza—. Espero que nos acompañes en algún safari.

—Me gustaría mucho. Es más, debería, puesto que también forma parte de mi trabajo.

El sonido de un helicóptero rompió la cacofonía habitual del campamento, lleno de sonidos animales, de gritos de niños y conversaciones de mayores.

—Ahí va Gary —dijo Gahtii, cuando el aparato continuó hacia el este, internándose en el delta.

—¿A dónde va? —preguntó Karen, haciéndose sombra en los ojos con la mano.

—Supongo que no has estado pendiente de la radio —contestó el hombre—. Por lo visto, han capturado a unos furtivos en Francistown que tenían los colmillos de Thaba II, y les han revelado la zona aproximada en la que lo abatieron.

—¿Por eso falta tanta gente en el campamento?

—Se han ido con Sbusiso a rastrear la zona —asintió el masái—. Yo estaba en el hotel, ultimando los contratos para la próxima semana, y no he podido acompañarlos.

—Espero que lo encuentren. Es mejor salir de dudas de una vez. Lleva demasiado desaparecido.

—En fin. Bienvenida de nuevo. Espero que estés a gusto aquí. A mi esposa le encanta ver caras nuevas; seguro que pronto te invita a hacernos una visita para someterte a interrogatorio.

—Los dos son muy agradables —le explicó Karen a su amiga cuando se separaron de Gahtii—, pero su esposa es una habladora incansable. Te volverá loca.

—¡Vaya ojos espectaculares que tiene ese hombre! Solo he visto unos parecidos en Nairobi.

—Tanto él como su esposa son masái, por eso tienen un aspecto muy distinto al de los oriundos de Botsuana, que tienden a ser más corpulentos. Aunque hay muchos con ojos claros entre los de la tribu san, la predominante en el Kalahari, la variante dorada de Gahtii solo se da entre su pueblo.

—Pagaría por un color de ojos así.

—Ahí están los baños. Y recuerda: cierra siempre las puertas, tanto la general como la del cubículo que uses. Luego tengo una sorpresa para ti.

Los dominios de Karen parecieron adquirir brillo cuando entraron en uno de los enormes establos. Saludó en voz alta y muchos animales le contestaron o sacaron la cabeza sobre puertas o entre los barrotes para verla. A Jen no le extrañó, su amiga tenía el raro don de transmitir alegría.

Había varios animales en lugares diferenciados, aislados unos de otros por paneles de madera que llegaban al techo. Se olían pero no se veían y eso tenía mucha importancia para preservar su tranquilidad, aunque los depredadores se encontraban en otro establo, lejos de los que en la naturaleza eran sus presas naturales.

—Mira. Esta pequeñita es Jen —le dijo, mostrándole a una cría de jirafa, que sacaba la cabeza por encima de la puerta de su establo para mirar a su alrededor cuando sintió la voz de su cuidadora—. ¡Hola, chiquitina! Te presento a tu tocaya.

—¿En serio que le has puesto mi nombre a una jirafa, Karen? —se escandalizó la fotógrafa.

—Me recordó a ti cuando llegaste al internado. Eras todo codos y rodillas y debías pesar unos veinte kilos, siendo optimistas.

Jen seguía siendo esbelta y alta, al contrario de la veterinaria, que poseía curvas pronunciadas y medía apenas uno setenta.

—Pobrecita, ¿qué le ha pasado? —preguntó Jen, señalando un gran vendaje que cubría el flanco izquierdo de la cría.

—La atacó una familia de licaones. Seguramente, se había alejado de la protección de su madre y debieron darla por muerta. Y casi lo estaba cuando la encontraron y la trajeron.

—¿Puedo?

—Claro. Le encanta que le acaricien la cabeza y el cuello, aunque solo me deja curarla a mí.

La fotógrafa acercó la mano con reticencia. No se sentía cómoda con los animales, con los que apenas había tenido contacto.

—Tiene el pelo duro —dijo.

—¿Esperabas un peluche? —rio su amiga—. Viven a la intemperie y deben tener una capa protectora adecuada, para aislarse del intenso calor y de la meteorología adversa.

—Pero aquí no llueve, ¿no?

—Claro que llueve, aunque solo en la época adecuada. Lo más impresionante son las tormentas eléctricas, que se originan de la nada y que provocan incendios aterradores.

—¡No me fastidies! A ver si he venido al culo del mundo a morir achicharrada.

—En esta época no suele ocurrir. Se dan antes del crecimiento del delta y tienen su utilidad: ayudan a despejar las planicies que serán inundadas y a crear una capa de ceniza que abona la tierra. La Naturaleza lo tiene todo pensado.

—¡Ay! ¿Esto que noto son cuernos?

Jen había pasado a rascarle la cabeza a la pequeña jirafa, como Karen, y notó las protuberancias óseas sin desarrollar.

Su amiga sonrió.

—Inmaduros, pero es que no debe tener más de tres meses.

—Y ya es más alta que yo.

—Al final, le cogerás el gustillo a esto.

La fotógrafa lo dudaba.

Karen le enseñó a muchos de sus pacientes, explicándole cuáles estarían pronto listos para ser devueltos a la vida salvaje y los que

no volverían a estarlo, porque habían sido abandonados o sus padres habían muerto antes de enseñarles las habilidades necesarias para sobrevivir.

—¿Y qué hacéis con los que no…?

—Van a los zoos. No es lo deseable, pero es la única forma de que tengan una larga vida. Procuramos rotar para que no se acostumbren a un solo cuidador y los tenemos solo el tiempo necesario para que curen sus heridas. No obstante…

—Jen irá a un zoo, ¿verdad?

Karen asintió.

—No sobreviviría ahí fuera ni una semana —contestó la veterinaria con pesar, aunque enseguida se repuso—. Venga, ahora cuéntame eso de que tienes que trabajar.

—La revista tenía previsto un reportaje en Kenia, con safari incluido, y convencí al editor para cambiar de localización. Espero no haberme equivocado.

—Esto te va a encantar, lo prometo. Es tan espectacular como el Masái Mara. Y podrás irte a todos los safaris que quieras; Gary es el más indicado para enseñarte lo mejor del delta.

—Y lo peor, supongo.

—Y lo peor. Pero eso no le interesa a nadie.

—Le interesa a Hyun, como le interesó a Aram en su momento —apostilló Jen.

—Entonces, Gary decidirá si quiere compartir lo que sabe sobre caza furtiva con él. Vino muy disgustado por lo de Aram.

—¿Te lo contó?

—Algo. A lacónico no le gana nadie cuando no quiere hablar, pero le conozco.

—¿Te contó que le dejé plantado?

—Así así. Pero tú me lo vas a contar con pelos y señales.

—¿Hay por aquí algún lugar para poder sentarnos a tomar un café y hablar?

El comedor, al que se accedía a través de una cortina compuesta de tiras de plástico para prevenir la entrada de moscas, y en el que se reunían los que carecían de familia en el campamento, estaba vacío a esas horas. La cafetera se encontraba encendida día y

noche, igual que los frigoríficos, aunque las amigas se decantaron por el agua, más adecuada para combatir el calor.

—El hermano de Aram te amenazó de muerte, ¿no te pareció más lógico acudir a la policía que escapar? —se escandalizó Karen, cuando Jen terminó de contarle lo ocurrido.

Se lo contó todo, porque sabía que su amiga no la juzgaría y entendería las razones que la habían llevado a actuar de aquella forma, si se las explicaba.

—Esa gente tiene sobornada a mucha gente. Pagan a policía, a sicarios y a periodistas para mantener sus negocios fuera de la curiosidad de intrusos. Yo solo conocía a Narek de la fiesta familiar, pero luego lo volví a ver otra vez. Fue a Colonia a obligar a su hermano a firmar algo: nadie me dijo de qué se trataba. Solo sé que el encuentro resultó tenso y cuando llegué al apartamento, Narek hizo el gesto de cortarme el cuello y Aram lo echó a patadas. Luego, no quiso contarme los pormenores de la reunión, pero cualquiera sabía que había ido mal.

—¿Fue antes de romper?

—Unos meses antes. Aram solo insinuó que su hermano quería sacarlo de los negocios familiares e imagino que cuando se enteró de que estaba investigando sus tratos turbios…

Karen alargó la mano para coger la de su amiga.

—Siento mucho que tuvieses que presenciarlo. ¿Sabes que, sin querer, fuimos los transportistas de esos diamantes?

—¿Cómo es eso?

La veterinaria le explicó las sospechas de Gary y que habían mantenido a Doherty muy vigilado, sin llegar a encontrar su forma de exportar los diamantes de contrabando.

—El hermano de Aram debió suponer que te los había entregado a ti —dijo.

—Casi me muero de la impresión, Karen. Vi cómo lanzaban a Aram a la calle y yo estaba paralizada. No me cogieron por poco, pero saben quién soy y Narek no va a parar hasta que…

—Aquí no te encontrará. Vamos paso a paso. Descansa y hablaremos con Gary para ver cómo afrontarlo.

—¡No puedes decirle a nadie que tengo los diamantes!

—Y no lo haré. Lo harás tú. Gary sabe que los diamantes salieron de aquí y está en contacto con alguien de la Interpol a cargo de la investigación. Tienes que ofrecer tu versión.

—Escapé. Van a pensar que lo hice para quedarme con los diamantes. —Negó Jen con la cabeza.

—Cuando expliques lo ocurrido, entenderán que fue por miedo a Narek y a sus sicarios. No te hace falta ese dinero ni la carga que representa.

Jen pensó que su amiga tenía buenas intenciones y respetaba su opinión. No obstante, tendía a suponer que todo podía arreglarse con una conversación y, según su experiencia, las cosas no acostumbraban a ser tan fáciles. Ella encontraría la forma de solucionarlo, pero no pensaba confiar en nadie porque el dinero o las amenazas de los Sarkissian doblegaban muchas voluntades.

Karen tenía una confianza ciega en Gary y Jen confiaba en ella, no obstante, prefería que el tema de los diamantes continuase siendo privado. La veterinaria se lo prometió. Sería un secreto entre ellas, aunque, tarde o temprano, tendría que afrontarlo.

Como no tenía intimidad alguna que proteger, Jen dejó la ventana y la puerta de su tienda solo protegidas con la red antimosquitos, para espiar la llegada del jefe del campamento.

El ventilador removía el aire caliente de su tienda y secaba su sudor, pero no atenuaba el calor, que, por alguna razón, sentía más intenso allí que en Kenia.

Hacia las dos de la madrugada vio llegar los jeeps, de los que bajaron ocho hombres. La mayoría se metieron en el comedor común a coger fuerzas. Gary, en cambio, se dirigió a su tienda.

Al débil resplandor de las luces de emergencia, distribuidas a lo largo del corredor donde se alzaban las tiendas, vio su expresión triste. Él se metió en la suya, situada frente a la de Jen y varios metros a la derecha, y salió poco después. Se sentó en una hamaca desgastada por el sol y los años, con una botella en la mano, de la que fue tomando largos tragos, hasta que una cría de leopardo del tamaño de un perro mediano, se acercó y le lamió la mano.

Él rio y le rascó la cabeza.

—¿Has vuelto a escaparte, Kutjira? Karen se enfadará si te ve fuera mientras hay invitados —dijo, en voz baja.

Como si entendiese, el animal se sentó a su lado y lanzó un gruñido que parecía un maullido, sin dejar de mirarle. Tenía un hermoso pelaje manchado y unos ojos vivaces de color miel.

—Deja de mirarme así. He tenido un mal día y si vas a juzgarme tú también, te llevo al establo.

El animal inclinó la cabeza.

—¿Es Kutjira? —preguntó Karen desde su tienda.

Jen se tapó la boca para contener la risa. Era cierto que allí se escuchaba todo en el silencio de la noche.

—Nooooo —respondió Gary en voz alta.

—Entiendo. Estás hablando solo… —dijo la veterinaria.

El guía se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio a la leopardo y sonreía cuando contestó a su amiga:

—Eso es. Descansa, Karen. Buenas noches.

La leopardo dejó caer la cabeza sobre las patas delanteras y pareció dormirse.

—Buena chica —susurró él.

Jen supuso que no era el mejor momento para abordarlo y, después de un rato contemplándolos, se dejó caer en el catre de la tienda, esperando dormir un rato, por lo menos.

22

Delta del Okavango (Botsuana)

Cuando el resplandor del sol, que traspasaba la gruesa lona de la tienda, la despertó, se sintió desubicada por un momento. Las sábanas, igual que la camiseta y el pantalón corto con los que había dormido, se encontraban húmedos de sudor, y todo el campamento parecía estar ya en marcha, por los sonidos y voces que llegaban desde el exterior.

Cogió una de las toallas que le había prestado Karen, su bolsa de aseo y se fue a las duchas comunes.

El olfato se le había acostumbrado al fuerte olor procedente de los establos, pero el calor prometía hacer estragos en su cuerpo.

Hyun la interceptó cuando volvía a su tienda.

—Buenos días, ¿has dormido? —le preguntó.

—Por lo visto, como un tronco. Aquí la gente madruga que da gusto; pensaba que debía ser mediodía, por el ajetreo, y solo son las siete de la mañana.

—Los guías salen antes de amanecer. Me ha despertado el ruido de los motores.

—¿No has querido unirte a ellos?

—Aún estoy fundido por el viaje —sonrió el oriental—. Hoy dedicaré el día a recopilar la información que tengo, y esta noche o mañana me iré con el jefe de campamento de patrulla.

—¿De patrulla?

—Ayudan a los militares a vigilar las zonas de paso de los elefantes y están pendientes de los disparos de furtivos, según me ha contado tu amiga Karen durante el desayuno.

—¿No será peligroso? —indagó ella.

—Ya me ha advertido Gary Brand que me quedaré en el coche todo el tiempo, ocurra algo o no.

—Pues para eso…

—He venido con la intención de comprobar en persona el esfuerzo que hacen todos para prevenir la caza furtiva y esta es la primera línea de defensa. También me ha prometido el jefe del campamento que me presentará al hombre con el que hablaba en el aeropuerto de Francistown. Puede que me deje acompañarle en su caza de vendedores.

Hyun parecía emocionado y ella no pensaba decirle que todo eso ya lo había hecho antes Aram, porque no quería deprimirlo.

—Voy a ver si hay algo para desayunar. Hablamos luego —se despidió Jen porque estaban al sol, que ya empezaba a picar y sentía que se pondría a transpirar de un momento a otro.

Se puso delante del ventilador cinco minutos y luego cogió sus gafas de sol y se lanzó fuera. El comedor, que conocía de la tarde anterior, se encontraba vacío, excepto por un hombre de piel oscura y brillante y ojos azules, con enormes pupilas.

—¡Hola! —exclamó ella—. ¿Puedo tomar un café?

—Pasa y siéntate —contestó él, señalando un lugar a su lado—. ¿Eres la amiga de Karen?

—Vaya, parece que aquí me conocéis todos. Me siento en inferioridad de condiciones.

—Karen habla mucho de ti. Te quiere.

—El cariño es mutuo. Soy Jen —dijo, tendiéndole la mano.

—Neo. —Él se la estrechó, acompañándola con una cálida sonrisa —. He llegado esta mañana y sé todo lo que has hecho desde ayer; tu presencia es la comidilla del campamento.

Jen compuso una mueca.

—Pues voy a decepcionarlos, soy bastante normalita; aunque pocos pueden decir que tienen una tocaya jirafa.

Neo rio y la invitó a servirse gachas, acompañadas de bocados de carne jugosa.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—*Bogobe*, gachas de mijo. Y la carne… Pues no sé, la verdad. Lo mismo puede ser de cabra que de cebra.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡¿De cebra?! —exclamó, escandalizada, haciéndole reír.

—Descuida, de cebra no es, pero no porque no sea tradición aquí, sino porque Gary no lo permitiría.

—¿También eres guía? —le preguntó Jen, sirviéndose gachas en un plato.

La comida estaba protegida por cubreplatos de rejilla, con una abertura superior, para poder servirse sin que las moscas, que conseguían evitar la cortina de tiras, se posaran en ella.

—En mis vacaciones vengo a echar una mano.

—¿Esta es tu forma de pasar las vacaciones?

Neo le sirvió café de una jarra cuando ella asintió.

—Me gusta volver a mis raíces y ayudar. Es un soplo de aire fresco, después de pasar el resto del año en una ciudad.

—Tienes que llevarte muy bien con Karen.

—La quiero mucho. Todos la queremos mucho. Si no tuviese el corazón ocupado, le pediría matrimonio —rio Neo—. Pero no querría venir a Ámsterdam conmigo.

—¿Vives allí?

—Trabajo allí. Aquí vivo de verdad.

—Sois todos unos auténticos creyentes.

—Puede que podamos convertirte. Danos tiempo.

Neo la acompañó hasta los establos en los que trabajaba la veterinaria. Jen se fijó en lo distintos que eran de los que conocía: en estos había varias hienas, un león echado sobre un lecho de paja, aparentemente sin fuerzas, la leopardo que ya conocía de la noche anterior, algunos licaones y un bebé guepardo, al que Karen le estaba dando un biberón.

—Anda, ya veo que has encontrado por tu cuenta al partidazo opcional que te tenía preparado —le dijo a su amiga.

Jen se sonrojó.

—Karen, córtate un poco.

—Neo no se asusta con estas cosas, ya sabe que bromeo. —Y continuó, dirigiéndose a él—. ¿Te importaría terminar de darle el biberón a este pequeño?

—¡Ay, deja que lo haga yo! —exclamó Jen.

—¿Podrás? Te arañará. Es un acto reflejo.

—Déjame probar.

Parecía un empeño fácil, pero la fotógrafa se dio cuenta enseguida de que no lo era. El bebé perdía la tetina e intentaba amasar el pecho materno para estimular la leche, así que terminó con varios arañazos poco profundos en las manos. No obstante, disfrutó del momento. El guepardo era como un suave peluche, que no se sentía intimidado por el olor humano.

—¿Ves? Casi eres una creyente ya —dijo Neo, cuando Jen expresó su preocupación.

—¿Ese es mal síntoma? —preguntó Jen a su amiga.

—Los guepardos no forman núcleos familiares como los leones. Normalmente, la madre vive con las crías hasta que estas son capaces de defenderse.

—Entonces, ¿irá a un zoo?

—Antes de contemplar la posibilidad, intentaremos que alguna madre reciente lo acepte como suyo.

Jen pudo leer entre líneas que Karen dudaba del resultado.

—¿Se ha realizado anteriormente con éxito?

—Hacemos lo posible antes de decidir. En cualquier caso, vamos a sacar a esta cría adelante. ¿Has pasado por tu casa, Neo?

—Iba ahora, solo quería dejar a tu amiga en buenas manos. Parecía un poco extraviada.

—¿Su casa? —indagó Jen, cuando se quedaron a solas.

—Es hijo de Sbusiso y vive con sus padres.

—¡Anda! ¿En serio?

La noche anterior le habían presentado al encargado de los animales que irían a parar a zoos, pero que hacía de todo cuando era necesario, igual que la mayoría. Era un hombre afable, que preguntaba a cada uno cómo le había ido el día con interés real.

—Neo es especialista en zonas inundadas y creo que mañana te vas con él y con Finn; si quieres, claro.

—¿En canoa? No sé si me apetece tanto codearme con cocodrilos e hipopótamos.

—Procuraré escaparme un ratito y os acompañaré, cobarde.

Karen pasó parte del día con ella, pero sus obligaciones la tenían sujeta a los establos, por lo que Jen se dedicó a vagar por el campamento. El asentamiento original debió componerse de tiendas

de campaña como las que usaban ellos. Estaban reforzadas, aunque seguían siendo de lona. En las construcciones de ladrillo vivían familias enteras, con niños que correteaban por todo el campamento como aves migratorias, todos juntos, gritando.

La mayoría de las mujeres se dedicaban a labores dentro del campamento. Las guías femeninas constituían un núcleo pequeño y se encontraban entre las que no tenían cargas familiares. Eran buenas rastreadoras y portaban armas, que eran capaces de usar con la misma precisión que los hombres.

—Sé qué estás pensando… —le dijo Karen—. Pero te aseguro que cuando son madres su vida cambia poco. En esta época, hay que aprovechar cualquier ingreso y los guías son los que ganan dinero para que la fundación siga en marcha.

Le presentó a una mujer con la que se cruzaron, que era la viva imagen de la femineidad. Alta, con grandes pechos y una preciosa cara, enmarcada en rizos díscolos.

—Bose es, según Gary, la mejor guía. Mucho mejor que él, que Neo y hasta mejor que Sbusiso. Pero es mujer y negra: lo contrario de lo que desean los turistas.

—Ya. Los que pagan quieren lo que han visto en las películas clásicas: el gran cazador blanco, que les enseñe el mundo salvaje de la sabana… —completó Jen con ironía.

Karen le dio un golpecito en el brazo.

—Los que pagan mandan.

—Pues es muy frustrante.

—Mira, cariño, aquí no vivimos de ideales. La gente necesita comer, tener agua, un sitio seguro donde dormir, atención médica, educación, medicinas para los animales heridos o enfermos y eso no lo pone el gobierno. Sale de lo que se saca durante el crecimiento del delta. Si quieren guías blancos, pues se consiguen, aunque su experiencia no supere a la de sus ayudantes.

—Eso es lamentable.

—Así es el mundo real. Gary es el único guía blanco que tiene experiencia suficiente, los otros se las arreglan como pueden. Incluido Finn, ¿eh? Que no me ciegan los sentimientos. Mi chico es voluntarioso, pero no puede competir con los que han nacido entre

animales. A mí me encanta esto y ni siquiera le llego a la suela de los zapatos a Sbusiso, que no tiene un título en veterinaria y sabe de animales lo que yo quisiera saber.

—¿La supervivencia del campamento depende de lo que se saca en esta temporada?

—Se trata de una fundación privada —explicó Karen—. Todo esto no existiría si no fuese por el empeño de Gary. Y no sé cuánto tiempo durará, porque la presión lo consume y el dinero vuela. Se siente responsable de todos los que estamos aquí, de los animales, de controlar la caza furtiva…

—¿Por eso bebe?

La veterinaria miró hacia el horizonte, titilante por el exceso de calor del mediodía.

—Supongo que es la razón principal.

Esa noche, Jen se durmió nada más posar la cabeza en la almohada. No había hecho nada, pero estaba cansada.

Se levantó temprano y acompañó a Neo y Finn en una excursión por las zonas inundadas del delta, en *mokoros*, una especie de canoas tradicionales de la zona del Okavango, impulsadas por largas pértigas. En cada una viajaban tres o cuatro turistas, además del que manejaba la pértiga, y se mantenían muy cerca unas de otras. Neo, que impulsaba el *mokoro* en el que viajaban las dos amigas, resultó un fabuloso guía.

Karen pasó la mañana con ellos, pero se desligó del grupo cuando contactó con un equipo de guías que terminaban su recorrido y la devolverían al campamento.

Jen admiraba el compromiso de su amiga.

Neo y Finn formaban una pareja insuperable a la hora de crear expectación entre los clientes, entretenerlos, asombrarlos y hacer que la excursión resultara inolvidable. Jen hizo buenas fotos de animales y de paisajes que complacerían al editor, pero pensó todo el tiempo sobre lo injusto de la situación. Neo parecía el guía complementario, cuando estaba claro que era el que sabía manejarse en ese entorno. Todos daban por sentado el liderazgo de Finn.

Nunca había pensado en ello y ahora que lo hacía, la actitud de los turistas le parecía bochornosa. Neo, aparte de atractivo, era simpático y agradable. Se dedicó a contar anécdotas de los animales acuáticos con los que se cruzaron. Conocía al dedillo cada meandro del delta y el humor de sus habitantes.

Hipopótamos y cocodrilos parecían tranquilos en su presencia y cuando silbaba, todos miraban en su dirección.

—¿Cómo haces eso? —le preguntó Jen, girada en la canoa.

—Tú también podrías. ¿Sabes silbar?

—No sin escupir.

Neo rio, sin desatender el ritmo de su pértiga, que los impulsaba sobre el agua.

—Yo te enseñaré. En unos días, tendrás a todos los hipopótamos del entorno pendientes de ti.

—En el buen sentido, espero. Creo que son agresivos.

—De ti se enamorarán. Cualquier ser vivo lo haría.

—¿Acaso le estás tirando los tejos, Neo? —preguntó Finn, divertido—. No sabía de tu vena poética.

—Yo también soy un ser vivo.

La fotógrafa ocultó su sonrojo detrás de la cámara, con la que pretendía fotografiar a los cocodrilos de la orilla.

Cuando regresaron al campamento, después de haber dejado a los visitantes en el hotel, se enteró de que Gary y Hyun ya se habían marchado y resopló, contrariada.

Quería hablar con Gary en privado y disculparse por lo de Colonia, pero, además, pedirle que la llevase en uno de sus safaris, puesto que era el único guía del campamento con permiso para realizar incursiones en los territorios frecuentados por los grandes felinos y por los elefantes. No solo se trataba de curiosidad propia, sino que un reportaje sin leones, leopardos, guepardos y paquidermos, carecería de atractivo para los suscriptores de la revista.

—Seguro que no le importa llevarte —la animó Karen.

—Pues parece que me evite, aunque entiendo sus razones.

—No es rencoroso, es que esta es su forma de vida durante la época alta del delta. Pero quizá tengas algo de razón, estos días

parece especialmente ocupado, ni siquiera ha pasado por los establos para ver al guepardo.

Se levantaron de la mesa en la que habían cenado y salieron a la noche estrellada. La temperatura apenas había descendido y de la capa de tierra que pisaban, parecía salir fuego.

—Si quieres adelantar trabajo, puedes hacerle fotos a «Tony», nuestro vecino rinoceronte. Por la zona quedan pocos porque se llevaron la mayoría a una reserva al sur de Francistown para protegerlos de la extinción. Los furtivos se cebaron con ellos.

—¿Por su cuerno? —preguntó Jen.

—Porque hay mucho gilipollas supersticioso por el mundo, que cree en sus propiedades mágicas y curativas.

—Pobrecita mía —rio Jen, abrazando a su amiga—. ¡Que nadie toque a sus animales o su furia caerá sobre el desalmado!

—¡Quita, estás sudada! —se quejó Karen, empujándola en broma —. Mira a ver si te das una ducha.

—No sé cómo aguantáis tanta ropa con el calor que hace.

—Es más seguro llevar manga larga. Aparte del fastidio de que se te posen las moscas, evitas picaduras de mosquito.

—Pues yo voy a terminar hecha un charco.

—Date una ducha y luego acuéstate. Aquí se madruga.

La fotógrafa pretendía seguir el consejo de su amiga, pero Neo la interceptó cuando se dirigía a su tienda.

—¿Nos acompañarás mañana? —le preguntó—. Llevaremos a un grupo pequeño a observar las nidadas de aves acuáticas.

—Me gustaría, eres un guía muy ameno, pero mi editor quiere fotos de leones y leopardos.

—¿Se lo has comentado a Gary?

—Está desaparecido del mapa.

—Bueno, si te urge, me ofrezco a hacerte un safari personal. Veremos a los «cinco grandes» y podrás fotografiarlos a placer.

—¿Tienes permisos para eso?

Él le lanzó una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Tengo algo mejor: una buena motivación.

Quizá esa conversación en otro lugar, en otro momento y con una persona distinta, la hubiera hecho sentirse presionada. Con Neo

la sensación era distinta. Resultaba fácil hablar con él y no intentaba ocultar el interés que tenía por Jen. Cada una de sus miradas estaba cargada de química y la fotógrafa tenía que reconocer que no era inmune a ella.

—Si te decides por cualquiera de las opciones que te he propuesto, ya sabes, solo tienes que silbar —terminó él, guiñándole el ojo como despedida.

—Tendrás que enseñarme primero.

—Búscame cuando quieras aprender.

23

Delta del Okavango (Botsuana)

—¡Cómo se nota que no tienes nada que hacer! —le dijo Karen a su amiga, que se encontraba sentada en lo alto de la cerca de los herbívoros, con la cámara entre las manos.

Los recintos cercados servían para que los animales recuperados de heridas o rescatados pudieran estirar las piernas y acostumbrarse al aire libre de nuevo. Había varios de esos recintos, diseminados alrededor del campamento para no mezclar a los que podían ser un peligro para otros.

—Estaba admirando el espectáculo. Sube.

La veterinaria trepó por las tablas y se sentó a su lado.

—Y parecías tonta —exclamó, sonriendo con picardía.

Era día de cambiar la paja de los establos y mientras unos se afanaban con rastrillos en retirar la sucia, otros descargaban de un camión la recién traída de Maun en grandes balas. Entre los porteadores, se encontraban Finn, Neo y Gary, que se habían quitado las camisas y lucían sus torsos brillantes por el sudor.

—En ocasiones como esta, entiendo que no quieras volver a la civilización —dijo Jen, riendo.

—Eres toda una *voyeur*… ¡Déjame ver esas fotos!

Le arrebató la cámara e hizo sombra con una mano para resguardar la pantalla del resplandor del sol.

—Oye, son buenísimas. ¿Son para uso personal o piensas hacer un calendario erótico con ellas? Yo lo compraría.

—¡Trae, salida!

Karen soltó una carcajada.

—¡Y me llama salida a mí! Pectorales brillantes de sudor, regueros corriendo por los abdómenes hasta fundirse con la tela de

los pantalones, músculos tensos por el esfuerzo, sombras, brillos y hasta rictus contraídos por el esfuerzo…

—Son fotos artísticas.

—Ya.

—¡Vendría bien una mano! —gritó Finn en su dirección.

—Lo estáis haciendo muy bien, chicos —gritó Karen, a su vez, haciendo reír a su amiga.

Ambas quedaron en silencio y la veterinaria le alargó una botella de agua a Jen.

—¿Aún no has hablado con Gary? —le preguntó.

—Me sigue esquivando.

—¿Y no has pensado en abordarlo ahora? No tendría más remedio que escucharte.

—¡Sí, hombre, para que me tire un fardo de esos encima! Solo ha mirado un par de veces hacia aquí y parecía querer fulminarme. Prefiero arriesgarme cuando no lleve un arma arrojadiza entre las manos.

—Es un cacho de pan, no te fíes de su fiero aspecto.

Jen se extrañaba de pocas cosas, pero algo le había llamado la atención desde que se encontró con Karen en el aeropuerto: su amiga hablaba poco de Finn, sin embargo, no dejaba de mencionar a Gary en cada conversación.

24

Delta del Okavango (Botsuana)

—¿Te molesto, Gary? —preguntó Bastian Chirac a través del móvil—. No se me ha ocurrido mirar la diferencia horaria.

—Es buena hora, Bastian. Dime

—Se trata del asunto de los diamantes, como imaginarás. Y llamaba para ver si puedes recibir a uno de los agentes infiltrados en la mina. Tiene información y quiere que le confirmes algunos detalles sobre la contratación de Doherty en tu fundación, que deben obrar en manos del gestor. A no ser que la gestiones tú.

—Hay un gestor que lleva esos asuntos; yo no tendría tiempo, y tampoco ganas, la verdad.

El agente de la Interpol le dijo qué necesitaba de su gestor y Gary prometió pedirlo la próxima vez que fuese a la ciudad.

—Sé que es abusar, pero ¿podría ser para antes de tres días? El agente te esperará en el bar del hotel…

Consultó algún papel, porque Gary escuchó el ruido de hojas pasando con rapidez y luego le dijo el nombre del resort.

—Sí, paso por allí todos los días —confirmó.

—Que sea un encuentro discreto, tiene que conservar su tapadera un poco más de tiempo.

—Los guías tenemos una habitación reservada.

—De acuerdo. Le digo que llame tu atención de forma discreta y os entrevistáis en la habitación —convino el francés—. Y Gary… —Titubeó, esperando no parecerle más intrusivo—. Llegaré en unos días y necesito hablar con Jenell Wolften.

Eso sorprendió al guía. Que él supiera, Karen no había comentado, en su conversación con Chirac, la próxima llegada de Jen al campamento. Y él tampoco lo había hecho.

—No te voy a recriminar que quieras mantener a la fundación tan alejada como puedas, pero prefiero que me cuentes cualquier detalle que pueda ayudar con este caso. Me evitarías mucho tiempo de investigación.

—Lo sé, Bastian, y lo siento. Pensaba hablar con ella para que se pusiera en contacto contigo, pero he tenido unos días de locos y casi ni hemos coincidido.

El agente de la Interpol inspiró profundamente.

—Vale. Solo quiero hablar con ella, aunque me lo tomaré como algo personal si desaparece antes de…

—Creo que tiene intención de quedarse algunas semanas. No voy a avisarle de que vienes y procuraré que no se vaya.

—Me alegra escuchar eso. Voy a buscar vuelos, me parece que me va a costar llegar hasta donde estáis…

—Oye, una cosa: ¿cómo has sabido que estaba aquí?

—Porque soy bueno en mi trabajo, Gary.

La conversación dejó al guía pensativo hasta que Gahtii le dijo que los turistas estaban ya en el jeep, esperando.

Había preferido evitar a la amiga de Karen y la mejor forma de hacerlo era manteniéndose ocupado. A pesar de las circunstancias de su primer y único encuentro, le había dado un vuelco el corazón cuando la vio en el aeropuerto, porque le venía una y otra vez a la cabeza, sin razón aparente. Le pareció una mujer resolutiva al enfrentarse a él, creyendo que era una amenaza, armada con un cuchillo. Y cuando las armas de los sicarios les habían apuntado, lejos de amedrentarse, lo conminó a escapar.

Él era un hombre práctico y ella una distracción molesta. Cuanto menos contacto tuvieran, mejor.

—Estás distraído —dijo Gahtii—. Y sabes lo que ocurre por aquí cuando te despistas.

—Tienes razón. Estoy cansado.

—Puedo hacer tu guardia nocturna. Hace mucho que no hago una y estaría bien pillar a algún furtivo.

Gary le agradeció la propuesta con un guiño de ojo y se giró hacia los pasajeros que, armados con sus teléfonos, se dedicaban a

fotografiar a una familia de licaones en plena caza. Gahtii entendió que no pensaba considerar su ofrecimiento siquiera.

—No sé si saben que el licaón es uno de los cazadores más efectivos del mundo por su astucia, y que las manadas están dirigidas por una hembra dominante…

Se metió en su papel, desgranando datos y anécdotas de forma automática. Solo el masái se dio cuenta de que tenía la cabeza en otra parte.

A su regreso al campamento, Gahtii volvió a ofrecerse para hacer su guardia contra furtivos, pero Gary se negó, alegando que había tomado un café y se encontraba despejado.

El otro caballo de batalla que había venido con Jen, el periodista de investigación, le aguardaba casi dando saltitos de excitación. No sabía que esperaba: esas guardias solían estar llenas de horas aburridas, patrullando por caminos de tierra. Y en caso de que ocurriera algo, le había advertido que se quedaría en el coche. Los enfrentamientos con furtivos solían saldarse con un intercambio de fuego y los asesinos de animales llevaban poco menos que lanzacohetes, capaces de matar elefantes. El resultado de uno de esos impactos contra una persona… Mejor que no tuviera ocasión de sufrirlo en carne propia.

Cuando había llevado a Aram Sarkissian a alguna de esas incursiones, el periodista comprendió la gravedad del asunto y la necesidad de mantenerse al margen. Hyun parecía demasiado inquieto y curioso. Si ocurría algo, quizá tuviera que atarlo para mantenerlo dentro del coche.

Por suerte, los furtivos se tomaron libre la noche, no así los granjeros. A las diez de la noche, una patrulla militar había dado la voz de alarma y todos los que se encontraban en un radio de cuarenta kilómetros acudieron en su auxilio. Los granjeros, armados, se habían reunido para acabar con la intrusión de un elefante macho en sus tierras. La situación, repetida hasta la saciedad en los últimos años, terminaba con los militares lanzando petardos a los pies del paquidermo para espantarlo. Pero un día llegarían tarde.

Gary y algunos otros guías de la zona, que conocían a la mayoría de los granjeros, intentaban calmar los ánimos, aunque cada vez

resultaba más difícil. Los perjudicados juraban que la próxima vez matarían al intruso y de ahí a unirse a la caza furtiva, para beneficiarse de los destrozos en sus tierras, había un paso.

Hacía años que las vallas electrificadas, rodeando áreas extensas de cultivo, intentaban desviar a los elefantes de sus sendas. La iniciativa, subvencionada por organizaciones privadas, tenía por objeto proteger a los animales, pero mantenerlas resultaba caro y el gobierno no se hacía cargo de las facturas. Los granjeros tampoco querían pagar y al final terminaban siendo inútiles.

Como había supuesto el guía, Hyun salió del coche, metiéndose de lleno en medio de un grupo de hombres vociferantes y agresivos, azuzados por los más beligerantes. Aquellas algaradas se disolvían cuando los militares se marchaban, por lo que no tardaban en hacerlo, una vez seguros de que el elefante transgresor se encontraba fuera del alcance de los furiosos granjeros.

Gary cogió a Hyun del brazo y tiró de él para meterlo en el vehículo, dio marcha atrás y salió de la zona de granjas.

—Si no me haces caso, comprometes tu seguridad y la mía. La próxima vez, te quedarás en el campamento.

—Solo quería saber qué pasaba.

—Pues ya lo has visto. Los elefantes tienen muchos más enemigos que los furtivos.

—Perdona, hombre. No volveré a hacerlo.

El guía no se lo creyó.

—Quizá el coronel Mugabe pueda dirigirte en otra dirección. Los furtivos solo son peones de los que les proporciona armas, y compran el marfil que obtienen a precio de ganga. Esas son las personas que andas buscando y el coronel es el que lleva la investigación y el que más sabe de ese asunto.

La radio crepitó y el guía pulsó un botón para acceder al canal del campamento.

—¿Gary? Te tomo el relevo —dijo uno de los hombres—. ¿Alguna novedad?

—Problemas con los granjeros, que han quedado solventados por esta noche.

—De acuerdo, me conecto al canal militar.

—Gracias, vuelvo a casa. Buena guardia.

El camino de vuelta lo hicieron en silencio. Hyun prefería dejar las cosas como estaban o el guía se negaría a llevarle en su safari del día siguiente, en el que pretendían avistar elefantes. Había visto muchos en otros lugares, pero siempre en reservas muy protegidas. Si mañana veían alguno, sería un animal salvaje de verdad, como el invasor de la granja de hacía unos minutos.

Antes de tener ocasión de preguntarle, cuando llegaron al campamento, Gary le dijo:

—Si quieres venir mañana, pon una alarma a las cinco.

Hyun asintió y se metió en su tienda, mientras el guía se dirigía al comedor para coger agua.

Jen se despertó con la llegada del vehículo. Se restregó los ojos para borrar las telarañas del sueño y miró la hora. Eran casi las doce de la noche.

Vio a Hyun meterse en su tienda y a Gary alejarse. Decidió esperarlo. Si no había otra forma que acecharle, lo haría.

Salió de la tienda y esperó. Gary volvió con una botella de agua en una mano y el Stetson viejo en la otra. Redujo el paso al ver que le esperaba.

—Oye, parece que me evitas y solo pretendo disculparme por lo que pasó en Colonia.

Él se detuvo, sin responder.

—Ya sé que no te caigo bien, pero sería genial poder acompañaros en algún safari para hacer mi trabajo, si te parece y no te molesto. Prometo ser invisible. Solo haré fotografías.

—No me caes bien ni mal. No te conozco —la interrumpió Gary —. Te evito porque me gustas y no quiero conocerte porque si me enamoro de ti, cuando te vayas me romperás el corazón.

Pocas veces Jen se quedaba sin palabras, aunque el silencio que se produjo tras las de él lo llenó Karen:

—Así me gusta, Gary, siempre tan sutil…

—Era una conversación privada, Karen —contestó él.

—¿Alguien ha dicho privado? —preguntó una voz desde el interior de otra tienda.

Hubo un coro de risas y Jen enrojeció.

—Estupendo, hemos despertado a todos —murmuró Gary.

—Lo siento —se excusó la fotógrafa.

—A las cinco de la mañana. Si no estás lista, te quedas aquí —dijo él, mientras abría su tienda y se perdía dentro.

—¿Rubia?

—¿Qué pasa, Finn? —preguntó Karen.

—Estos me han desvelado y no voy a poder dormir sin ti. ¿Puedo pasar por tu tienda?

Ella resopló.

—Ya voy yo a la tuya. Pero te advierto que si pretendes hacer algo más que dormir, llevo el arma cargada y sé usarla.

El coro de risas se intensificó.

—¡A dormir, panda de cotillas, el espectáculo nocturno ha terminado! —exclamó la veterinaria.

La cremallera de la tienda de Karen se abrió y vio a su amiga de pie ante la entrada de la suya.

—Vaya horas que has escogido para disculparte o lo que sea que hayas hecho. Vete a dormir, anda.

—Lo siento. No quería…

—Te dije que aquí se oía todo. Y cuando digo todo es todo.

Observó a su amiga entrar en una tienda y escuchó las risitas sofocadas que siguieron a su llegada.

Levantó la vista y quedó maravillada por el espectáculo de miríadas de estrellas compitiendo en luminosidad en el cielo.

De haber estado en un sitio menos peligroso, hubiera ido a pasear. Pero, por mucho que Karen le asegurase que «Tony» era inofensivo, ella prefería no comprobarlo en carne propia. Si se encontraba cara a cara con un rinoceronte, lo más probable es que se cayera redonda. Aunque se había desvelado, entró en la tienda para intentar descansar. Quedaban pocas horas para la excursión y no pensaba perdérsela.

Las palabras de Gary la habían conmocionado y emocionado. Y no estaba segura si eso era bueno o malo.

25

Delta del Okavango (Botsuana)

Estaba muerta de sueño, pero a las cuatro y media se levantó para darse una ducha, a las cinco menos cuarto tenía delante un café y algo de comer y a menos cinco se encontraba al lado del Land Rover de Gary.

Cuando el guía apareció, un minuto más tarde, alzó una ceja.

—Has madrugado —dijo él.

—Más que tú.

—Ve a tomarte un café, saldremos en media hora.

—Ya he tomado uno. Me dijiste que estuviese preparada a las cinco o me quedaba en tierra —replicó ella.

—Y estás preparada. Enhorabuena. Yo necesito despejarme.

Jen no esperaba semejante frialdad, después de lo que le había dicho la noche anterior y se dirigió al comedor, sin ceder a las ganas que tenía de contestarle de malas maneras.

Hyun apareció poco después de Gahtii, que la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Vienes a ver elefantes? —le preguntó el periodista.

Tenía el cabello mojado y pegado a la frente por la ducha. Se le notaba la falta de sueño y lucía ojeras.

—Voy a ver lo que sea, aunque preferiría estar durmiendo a pierna suelta, la verdad.

—Eso es porque no has contemplado los amaneceres de los que disfrutamos. Nadie debería irse de África sin tener uno grabado en la memoria —dijo el masái.

—¿Sin tener un qué? —preguntó Gary, entrando en el comedor para servirse un café.

—Una auténtica experiencia africana —repitió Gahtii, estirando el manto que le cubría, al levantarse para servirse agua de un

recipiente caliente y sumergir en la taza un sobre de té.

A Jen le extrañó su atuendo, compuesto por una túnica en tonos rojizos y abalorios como para abastecer una tienda. Quizá le preguntase a lo largo de la jornada porque tenía curiosidad.

Ambos guías engulleron la comida fría que había preparada bajo sendas campanas protectoras.

—Deberíais tomar algo sólido, la mañana será larga —indicó Gary a los invitados.

Ninguno de los dos quiso comer. Sus estómagos estaban tan dormidos como ellos.

—Vamos —dijo Gahtii, levantándose.

—Pon el coche en marcha, vamos enseguida. Solo quiero darles un par de consejos —respondió Gary.

El par de consejos se referían a obediencia por su seguridad y el guía miró en todo momento al periodista.

—Lo he pillado —dijo Hyun.

—Eso espero, porque lo que dije anoche sigue vigente.

Gahtii detuvo el vehículo delante del comedor y todos subieron, observados por los que acababan de levantarse, que acudirían a sus respectivas labores. Allí se aprovechaban las horas de luz y la jornada comenzaba con el sol y se acababa cuando se ocultaba.

Poco antes de llegar al hotel, el masái detuvo el vehículo y él y Gary intercambiaron sus lugares.

Hyun y Jen se miraron, intrigados.

—Cambiaremos de coche en el aparcamiento para cargar a los turistas. Esta mañana llevaremos a ocho —les informó Gary—. A todos los efectos, vosotros seréis dos más. Les daré las mismas instrucciones que os he dado antes. Los animales llevan su vida y somos unos intrusos en su hábitat. Respetad sus límites y ellos os respetarán también.

—Si se presenta un problema, seguid nuestras instrucciones —completó el masái—. Esto no lo diríamos nunca a los clientes, pero cada incursión en su territorio es una situación de riesgo. Falta que un león haya tenido una mala mañana para que se muestre irascible o que un elefante se sienta belicoso para amargarnos el día. ¡Evitemos situaciones confusas para disfrutar la experiencia!

—¿A qué te refieres con situaciones confusas? —preguntó el asiático, menos tranquilo de lo que esperaba.

—A que puedas resultar una amenaza. Los animales están acostumbrados a vernos circular por su territorio, siempre que nos mantengamos en grupo y nos consideren una curiosidad.

—No os separéis del grupo —sintetizó Gary.

Subieron al jeep preparado para safaris, aunque no antes de que Jen escuchara un cuchicheo entre los guías.

—No se les ocurrirá hacer lo del turista del otro día, ¿no? —el masái parecía preocupado—. Ese chico me parece…

—Yo mismo le pegaré un tiro como se le ocurra hacer alguna tontería. Tuve bastante anoche con él.

Los turistas esperaban con impaciencia en la entrada del hotel. Vestían diversas prendas entre pantalones cortos y camisas de múltiples bolsillos, sacados de una tienda famosa por su ropa de aventura, con más sentido de la estética que de la practicidad.

Jen se alegró de haberle hecho caso a Karen cuando le recomendó prendas de algodón largas, porque las moscas eran bastante pesadas, posándose en cualquier centímetro de piel al descubierto. Espantarlas de su cara se estaba convirtiendo en un acto reflejo, aunque muy irritante.

Los turistas se encontraban expectantes y Gary les advirtió que, a pesar de llevar al mejor rastreador masái, puede que no avistasen elefantes. Gahtii y él intercambiaron un amago de sonrisa, que los viajeros no pudieron ver. Jen, que se había puesto detrás del conductor, se fijó en la complicidad de los dos. Debían tener el *show* muy bien ensayado, porque cada uno respetó su papel. Uno fingía entusiasmo al hablarles de cada manada de animales que encontraban y el otro manteniendo una pose hierática, como si estuviera concentrado en encontrar rastros desde su posición, puesto que se mantenía de pie, con una mano en su lanza, apoyada en el suelo del vehículo en vertical, y otra en el marco del parabrisas. La fotógrafa observó que la parte de conductor y acompañante era la única que tenía lona retráctil en el techo. La de la zona de turistas era metálica y no podía retirarse.

Jen supuso que, además de protegerlos del sol, se trataba de otro elemento de protección.

Gahtii indicaba una dirección u otra cuando le parecía bien y Gary fingía seguir sus instrucciones. Jen pensó que eran unos grandes actores porque nadie parecía darse cuenta de que ambos sabían bien hacia dónde iban, aunque se quedó igual de boquiabierta que los demás al ver el espectáculo de una familia de casi veinte elefantes, entre adultos y crías de diversas edades, caminando por el horizonte.

Pidió permiso para levantarse y, pese a estar en movimiento, hizo unas fotografías tan buenas que podrían aparecer en cualquier portada. La luz incidía desde un ángulo, resaltando las figuras de los paquidermos contra un fondo que sugería una tierra llana, salpicada aquí y allá por acacias niloticas, empequeñecidas por el tamaño de los elefantes.

Gary detuvo el vehículo para que todos pudiesen admirar a los animales y hacer unas primeras fotografías.

—Esa es la familia de Naleke, la matriarca —explicó Gary—. Son viajeros incansables en busca de alimento, que llegan de los pastos de Zambia, atravesando el parque Chobe, para aprovechar el agua y la hierba de la crecida del delta. Calculamos que Naleke tiene cerca de sesenta años, y que todavía le quedan unos cuántos dirigiendo a su manada.

Hyun observaba con los ojos muy abiertos, como si no quisiera perder detalle.

—Vamos a acercarnos más y les rogaría que no levantasen la voz. Los elefantes son miopes, pero tienen un olfato y un oído excepcionales, y no queremos molestarlos —dijo el guía—. Tienen cinco minutos para hacer preguntas. Luego, prefiero que se mantengan en silencio; sus dudas puedo aclararlas a posteriori.

Entre los altos arbustos, vieron a un elefante, que no se acercó al camino. De hecho, ni siquiera los miró.

—Ese es uno de los machos de la manada de Naleke —dijo Gary, sin elevar demasiado la voz—. Los machos vagan solos, pero no se alejan demasiado de su familia.

Detuvo el jeep a cincuenta metros de la manada y pudieron contemplarlos en toda su grandeza. Eran animales impresionantes.

Al contrario que Jen y los turistas, Hyun no hizo ni una sola fotografía, demasiado emocionado por el espectáculo. La fotógrafa se preguntó si alguna vez había visto a una manada libre como esa, e imaginó que no, porque estaba absorto. Las crías no se separaban de las madres y la matriarca encabezaba la marcha con decisión, sin percibirlos como una amenaza, ni a ellos ni a los animales que pasaban cerca. Su único depredador era el hombre.

Como si hubiera leído los pensamientos de Jen, Gary dijo en voz baja, aunque asegurándose de que todos escucharan:

—Somos los depredadores más terribles contra los que tienen que enfrentarse. Solo en un momento de desesperación, una manada de leones podría con uno solitario, pero el precio que suelen pagar es tan alto que ni siquiera lo intentan. Antes de ser abatido, un elefante adulto puede acabar con dos o tres leones, como mínimo. Y su peor arma es la trompa: compuesta por más de cuarenta mil músculos, puede levantar hasta trescientos kilos.

Jen hizo pantalla con la mano para comprobar las últimas fotografías de su cámara.

—No me sirve ninguna de las tuyas, sales con cara de pasmado —dijo a Hyun en voz baja.

Él, sentado a su lado, se asomó y rio por lo bajo.

—Esa me gusta. No, esa no, la anterior.

Ella deslizó el dedo por la pantalla y volvió a una en la que salía Gahtii en primer plano de espaldas, contemplando a los animales de fondo. Gary, en el ángulo derecho y de perfil, se alzaba el sombrero para enjugarse la frente.

—¿Me la pasarás?

—No sé... Yo cobro por esto —bromeó ella y ante su silencio, añadió—: ¡que sí, hombre! Luego te la envío al móvil.

Aunque ella también había estado absorta en el espectáculo, se percató de que los guías tenían sus armas a mano, y vigilaban los alrededores con disimulo para no alarmar a los turistas. Recordó que habían dejado a un elefante atrás y que quizá hubiera otros que no los considerasen amigables.

Cuando volvieron al campamento, Gahtii saltó del jeep con más agilidad que Hyun, a pesar de haber estado toda la jornada de pie, aguantando el equilibro con su lanza.

—¿Sabes usarla? —le preguntó ella.

—Puede darle a un león en movimiento y atravesarle un ojo —contestó Gary en su lugar.

—¡¿Lo ha hecho?! —se escandalizó la fotógrafa.

—¿No sabes que el rito de iniciación a la edad adulta masái pasa por matar a un león? —preguntó Gahtii, levantando la lanza y fingiendo acechar a su presa.

—¿En serio?

El masái y Gary se miraron y rieron al unísono.

—Los leones son especie protegida desde antes de que yo llegase a mi edad de iniciación —aclaró el masái—. Voy a ponerme cómodo, luego os veré en el comedor.

—¿Nos acompañas a cenar? —preguntó el guía, extrañado.

—Njeri está enfadada y lleva sin cocinar para mí desde ayer. Voy a tener que pedirle perdón o me moriré de inanición. Vuestros cocineros tienen el sentido del gusto atrofiado.

—Sería buena idea que te disculpases por lo que sea que le hayas hecho —dijo Gary, riendo—. Voy a ver si hay novedades en los establos, llevo días sin pasar por allí.

Hyun se fue a su tienda y Jen hizo lo propio, para quedarse en ropa interior delante del ventilador, porque se sentía sudada y no deseaba ser una invitada abusona, que desperdiciaba agua.

Karen le había explicado el complejo sistema de filtrado y uso del agua que seguían para no desperdiciar ni una gota, porque la sequías eran largas en esa parte del mundo y solo disponían de un pozo, del que sacaban la necesaria. Gastaban más en el proceso que en el combustible de los vehículos, por eso, los filtros depuraban el líquido una y otra vez. Cuando estaba demasiado sucia, se usaba para el riego de los huertos, que se encontraban cubiertos y cercados, en previsión de asaltos de animales y de la evaporación rápida de la humedad por efecto del sol directo.

Para beber, usaban agua embotellada, almacenada en grandes contenedores, que traían una vez al mes en el camión.

La electricidad era otro de los lujos del que no podían prescindir y se abastecían con generadores y placas solares, colocadas en un terreno despejado.

Todos habían aprendido a racionar el consumo, por responsabilidad y, a una hora temprana de la noche, solo funcionaban los ventiladores, frigoríficos y luces de emergencia. Cualquier otro punto de luz quedaba anulado, por lo que era inútil intentar cargar teléfonos u ordenadores en horas nocturnas.

Jen se puso ropa limpia, dejó cargando baterías de cámaras y de móvil y salió de la tienda, suponiendo que un lavado de cara estaría permitido, porque se encontraba sudorosa todavía.

Escuchó las risas de Karen saliendo de los establos y se asomó dentro.

—¿Hola?

—Jen, pasa, estamos al fondo.

El interior de los establos estaba ya solo iluminado por las luces de emergencia y supuso que los animales se iban a dormir pronto. De hecho, vio a su tocaya con las patas dobladas debajo del cuerpo, que la miró pasar sin hacer intención de asomarse, como el día precedente.

—Camina por la derecha o Calígula intentará cocearte, tiene mal genio si no le dejan dormir—le dijo su amiga.

Calígula dio una patada contra la puerta de su establo, sobresaltándola y dándole la razón a Karen.

—¿Ves? Es un antílope gruñón, no le hagas caso.

—¿Qué haces?

—Reírme de Gary. Mira.

La invitó a asomarse a un establo en el que el jefe del campamento intentaba darle el biberón a un elefante pequeño. Gary llevaba más leche en la camisa del que había bebido la cría y la lucha entre ellos hacía suponer que la cría tenía más ganas de jugar que de comer.

—No le gusto como mamá sustituta —gruñó él, intentando que el animal dejara de jugar con el biberón—. No sé cómo consigues convencerme para hacer estas cosas.

—Pues mañana pienso convencer a Jen para que te sustituya y podrás venir a reírte de ella.

—Oh, gracias, supongo —contestó la aludida—. Pero ¿por qué no lo alimentas tú si sabes?

—Porque no podemos dejar que se acostumbren a una persona si lo que queremos es volver a introducirlos en la vida salvaje. Y justo eso es lo que queremos. Este pequeño empezará a comer en un par de semanas y tendremos que confiarlo a un albergue de inserción de elefantes.

—¿No se puede integrar en otra manada? Es muy pequeño, seguro que alguna elefanta lo adoptaba.

—No es fácil. Eso lleva mucho tiempo y primero tiene que empezar a convivir con otros elefantes huérfanos. Luego se integran en manadas salvajes poco a poco. A veces, pasando solo algunos días con ellos, hasta que se sienten preparados para abandonar el refugio. Es una decisión que tienen que tomar ellos.

—Te quedarías con todos si pudieras —dijo Jen.

—Sí, para qué negarlo. Me muero de angustia hasta que sé que están bien. He escogido la peor profesión.

—La mejor, diría yo —intervino Gary, comprobando que el biberón estaba vacío y que la cría de elefante, llena, se había aletargado, dejando de provocarle con la trompa.

—Anda, sal y déjalo dormir —le dijo Karen—. Te falta la paciencia que derrochas con los turistas.

—¿Eso crees? La próxima vez que tenga que ausentarme te dejaré a cargo de todo y ya me contarás qué tal la experiencia.

Karen le dio un cachete cariñoso en la mejilla antes de coger el biberón de tres litros vacío de sus manos.

—Eres un quejica muy tierno, jefe.

—Pues este llorón se va a cenar y a dormir. ¿Os apuntáis?

—Jen estará encantada de acompañarte, ¿a que sí? —preguntó, sin esperar respuesta—. Yo aún tengo trabajo por aquí.

—Vamos, periodista, los cocineros amenazaban con una semana de cocina tradicional sudafricana. A este paso, si no nos mata un animal, lo hará una úlcera sangrante.

Jen le lanzó una mirada a Karen, que le guiñó el ojo, señaló la espalda del guía y alzó las cejas, indicándole que se lanzara. La periodista, sin dejar de caminar detrás de él, negó con la cabeza y su amiga soltó un resoplido.

Gary la cogió del brazo y la alejó del establo de Calígula, que volvió a golpear la puerta con una coz.

—Es poco simpático —dijo el jefe del campamento.

—Tendrías que hacer buenas migas con él.

—¡Tocado! ¿Alguna otra similitud que encuentres entre ambos? No me molestará, no pretendo competir en cuestión de simpatías, aunque te recuerdo que me apuñalaste cuando nos conocimos. Tampoco puedes presumir de ser un dechado de cordialidad.

—Me defendía.

—Yo no te había hecho nada.

—No podía leer tus intenciones.

Él temía que podían estar argumentando en esos términos durante días, y los dos creerían tener razón.

—¿Tablas? —propuso el guía.

—Tablas. Borramos el episodio y hacemos cuenta nueva.

26

Delta del Okavango (Botsuana)

—En cuanto a lo de anoche… —dijo Gary—. Ni caso.

—Pues vaya, me sentí halagada.

Él se detuvo.

—¿Nunca te han dicho que eres muy rara?

—Alguna vez. Pero comparándome con alguien que dedica el día a pasear turistas entre animales salvajes, acompañado por un *rockero* veterano disfrazado de masái, y por las noches mantiene una cruzada particular contra furtivos que cazan elefantes, diría que soy el colmo de la normalidad, tirando a aburrida.

El guía soltó una risotada y continuaron su camino.

El comedor se encontraba muy concurrido, tanto que no había dónde sentarse.

—Disculpa, Gary —dijo Neo, acercándose con una sonrisa—. La señorita tiene cena vip esta noche, si no te importa y si ella acepta, por supuesto…

El jefe del campamento compuso una falsa sonrisa, e hizo un gesto ampuloso con la mano.

—No seré yo quien se interponga en una cena especial —contestó él, antes de coger un plato y sentarse en un lugar que acababa de dejar libre una de las guías.

—¿Cenamos fuera? —le propuso Neo a Jen.

—Preferiría no tener que compartir mi comida con las moscas. Tengo demasiada hambre.

—Prometo mantenerlas alejadas.

La fotógrafa estaba indecisa. Le gustaba mucho Neo, pero también Gary, a pesar de sus sospechas de que estaba compitiendo con Karen. En algún momento tendría que hablarlo con ella, aunque

todavía no, por si se equivocaba. Su intención era marcharse del campamento sin dejar caos atrás.

—¿Vamos? —preguntó Neo, al verla indecisa.

Jen echó un vistazo a Gary, que parecía hablar animadamente con sus vecinos de mesa y salió.

El jefe del campamento, no obstante, interceptó una mirada divertida de Omae, la viuda de Jason, que parecía haber interpretado su malestar y sonreía de forma sesgada.

—¿No estás invitado al picnic, Gary? —preguntó ella en voz lo suficientemente alta para que la oyeran todos.

—¿Tú tampoco, Omae?

Tendría que haberse mordido la lengua porque entrar en su provocación sentaría un precedente. No habían vuelto a intercambiar palabra desde que ella se le había insinuado y esa actitud prometía problemas. En fin, tendría que sacar unos minutos para conversar de aquello con tacto, porque no consentiría que se convirtiera en un conflicto; tenían demasiados como para preocuparse de uno sentimental, que ni siquiera había propiciado.

Fuera del comedor, Neo le señaló a Jen la loma en la que tenía preparado un espacio con la mosquitera extendida.

—Allí —le dijo—. Tenemos cena con vistas al atardecer. He oído por ahí que no te has parado a ver ninguno.

—Termino tan cansada que… No sé cómo lo hacéis para manteneros despiertos después de las ocho de la tarde.

—Depende de los alicientes.

El aliciente que tenía ella para haber aceptado saltaba a la vista. Neo era un hombre muy atractivo por el que se sentía atraída, pero la inseguridad la carcomía.

—Dame un segundo —le pidió a su acompañante y corrió hacia el establo—. ¡Karen!

Su amiga salió, chistando.

—Vas a despertar a todos.

—El comedor está lleno y Neo me ha invitado a hacer un picnic para ver el atardecer. Si te animas, estaremos en la loma que hay detrás de la pista de aterrizaje.

—No me esperéis y pasadlo bien —dijo la veterinaria.

—Si cambias de opinión…

—¡Lárgate ya! Si me despiertas a la guardería, me voy con Neo y tú te quedas a cantarles una nana.

—Si prefieres quedarte en el comedor… —sugirió Neo.

Se sentía inseguro de repente. Quizá había malinterpretado a Jen y ella no sentía la misma atracción que lo movía a él, porque ese aviso a Karen sobre sus intenciones estaba de más. La fotógrafa tenía sus propios motivos para hacer partícipe a su amiga del cambio de planes. Y creyó haber acertado al hacerlo.

—No, me encanta probar cosas nuevas —contestó Jen.

Subieron al jeep de Neo, que llevaba la caja descubierta, y enseguida se encontraron en lo alto de la loma.

Debajo de la mosquitera, que tenía un desgarrón, sostenida por el armazón de una sombrilla, solo había un par de sillas de campamento y varias cajas estancas, que debían contener la comida y la bebida.

—Espera, me he olvidado…

Neo hizo un nudo en el desgarro de la mosquitera y levantó uno de los extremos.

—Vale, así estaremos a salvo de moscas y mosquitos.

—¿De dónde has sacado esto?

—Somos como carroñeros. Nos quedamos con lo que el hotel desecha para sus safaris nocturnos, por no cumplir sus estándares de calidad. El campamento está amueblado gracias a ellos.

Jen le alargó una botella de agua y se sentó en una de las sillas, que podían recostarse hacia atrás.

—¿Comemos? —pidió—. Me muero de hambre.

—Si me esperas un minuto, bajo a por una mesa plegable. Pensaba que tenía una, pero…

—Deja. Podemos apoyar el plato en las rodillas.

Se sentaron de cara al sol, que se acercaba a la línea del horizonte, tiñendo el espacio de rojos intensos.

—Espero que no seas de las que come despacio, porque tampoco tenemos luz —rio él—. ¡Aquí todo son comodidades!

—Cuando tengo hambre, engullo. Solo tienes que preocuparte de no darme pronto de comer porque puedo atacarte.

Neo rio mientras abría la caja hermética y sacaba los dos platos tapados. Le pasó uno y se quedó con el otro, explicándole que eran los recipientes que usaban en los safaris para no atraer a los animales con el olor de la comida.

—¿No se nos acercará alguno? —preguntó Jen, temerosa.

—Estamos fuera de la zona de depredadores, de lo contrario, el campamento no podría estar aquí.

—Pero hay antílopes con bastante genio, según he podido ver hoy en el establo. Nunca lo hubiera imaginado, parecen tan…

—¿Adorables? —rio él—. Cada uno tiene su personalidad, pero nos encontramos lejos de las manadas. Su lugar ahora está en el delta, donde disponen de mucho pasto para comer. —Señaló a lo lejos, por donde se ponía el sol, arrancando reflejos brillantes de las zonas inundadas.

—Esto es precioso —dijo Jen.

Se estaba quedando muy corta. Tenía el corazón sobrecogido por la belleza del paisaje, teñido de tonos rojos y dorados, por la experiencia sensorial que percibía con todos sus sentidos. La comida sabía mejor, el aire seguía siendo caliente, pero libre del olor persistente de los animales de los establos. Olía a tierra y a algo que no podía identificar, pero que resultaba agradable y estimulante. Oía el silencio instalado alrededor, ensordecedor, aplastante. Y estaba segura de que si tocase a Neo, sentiría que él estaba integrado en el entorno.

—Me alegro de no haberme quedado en el comedor. No esperaba esto. Gahtii tenía razón: nunca había visto un atardecer semejante. Ni siquiera parecido.

—Merece la pena el riesgo de hacer cosas nuevas.

—Esto no será nuevo para ti, imagino.

—¿Te refieres al atardecer? Todos son nuevos. Cuando vivía aquí no les daba importancia, pero cuando estás fuera, te enfrentas a cada uno con la tremenda sensación de ser una mota de polvo en el universo. De que te pierdes lo mejor de la vida, que no se encuentra en el otro lado del mundo, sino aquí.

—No te imagino viviendo en Ámsterdam —dijo Jen.

—He vivido en lugares distintos, pero ninguno comparable. Soy como los animales que vuelven al delta año tras año por instinto, pero también por cuestión de supervivencia.

Él recogió los platos y cubiertos en el recipiente hermético y ambos se mantuvieron en silencio, mientras la luz menguaba poco a poco. En África, al contrario que en otros continentes, parecía no haber prisa para nada.

Cuando la oscuridad empezó a invadir el entorno, él echó su silla hacia atrás y la invitó a imitarle.

La exclamación de Jen le complació, según dedujo ella por su risa. Pero es que no era para menos. El cielo se encontraba despejado y cuajado de estrellas, más visibles a medida que el crepúsculo cedía paso a la noche.

—Esto es una pasada para los sentidos —dijo la fotógrafa—. Es una pena no poder captar cada instante.

—Esto hay que vivirlo y guardarlo en el recuerdo.

—¿Te importa que te coja de la mano? Me siento sobrecogida, pequeña e insignificante.

Sintió su mano buscando la suya y apretándosela con suavidad y Jen supo que estaba en problemas. No creía en el amor a primera vista, pero resultaba que en los últimos días había dos hombres que ocupaban sus pensamientos, por distintas e idénticas razones, al mismo tiempo. Neo y Gary tenían mucho en común: aunque sus vidas y personalidades fuesen divergentes. Hasta ese momento, Jen jamás había pensado en el potencial erótico del altruismo, y ahora sentía una atracción irracional hacia los dos.

Se trataba de una situación nueva para ella y se sentía bastante confusa.

Al cabo de un rato, Neo volvió a apretarle la mano, pero de forma distinta, llamando su atención.

—No se te ocurra dormirte.

—No podría.

Jen volvió la vista hacia él y percibió su silueta, recortada con nitidez contra las débiles luces de emergencia del campamento que, en la negrura de la noche, resplandecían como los neones del Strip

de Las Vegas. Notó el efecto que causaba en Neo, como si fuese un olor. Ella misma sentía lo mismo.

—La luna se está alzando, vamos a descansar —dijo él, levantándose de su asiento y abriendo la mosquitera, invitándola a salir—. Te acerco al campamento, ya recogeré esto mañana.

Cuando estuvo a su lado, Jen se acercó y, casi a tientas, lo besó en los labios. Primero con timidez, pero cuando vio que él correspondía de igual forma, se pegó a su cuerpo, dejando que la caricia aumentase de nivel hasta que sus lenguas se enzarzaron en una danza erótica. Sus labios besaban, sus dientes mordían, sus respiraciones se aceleraron al ritmo de sus corazones hasta que Neo la empujó contra la carrocería del coche para poder pegarse aún más a ella. La deseaba, se deseaban. Y no necesitaban expresarlo de palabra, sus cuerpos poseían un lenguaje propio.

Jen fue a la parte de atrás del jeep descubierta, arrastrándolo con ella, se aupó para quedar sentada y lo atrajo hacia sí.

—¿Nos verán desde el campamento?

—Vamos a suponer que es poco probable —contestó él, mordisqueando su cuello—. ¿No te gusta correr riesgos?

—Los justos —suspiró la fotógrafa.

Pero, a pesar de sus palabras, lo separó un poco para desabotonarle la camisa, de forma torpe porque le temblaban las manos.

—Estoy sudado —dijo Neo.

—Y yo, pero no se te ocurra parar —murmuró ella, mordiéndole con delicadeza el lóbulo de la oreja y arrancándole un jadeo.

Neo no pensaba hacerlo. De hecho, había ganado en la carrera de desabotonar camisas y le acariciaba el borde del pecho que aún cubría su sujetador, provocándole suspiros.

La fotógrafa podía sentir la dureza de su miembro a través de la ropa y estaba tan excitada como él.

A la débil luz que llegaba desde el campamento, se fueron desvistiendo el uno al otro, tanteando botones, cremalleras, persistiendo en deshacerse de cualquier impedimento para sentirse en libertad; besando cada centímetro de piel que quedaba al descubierto, olvidando, en su excitación, dónde se encontraban.

Habían perdido de vista todo lo que les rodeaba: los animales del entorno, los mosquitos que zumbaban en sus oídos de forma ominosa y el campamento, en el que no se percibía el menor movimiento.

Al quedar sin camisa ambos, volvieron a besarse, sintiendo sus pieles desnudas en contacto por primera vez, enervando sus sentidos en mayor medida con el roce. Una mano acariciante en la espalda, en la nuca; un beso depositado debajo de la oreja, donde la piel era más sensible, y el aliento elevando la temperatura de sus cuerpos, era todo lo que necesitaban para saber que se trataba de un momento especial, que les pertenecía.

Era cierto que los dos olían a sudor y que, lejos de resultar desagradable, aumentaba su deseo, como si fuese el afrodisíaco perfecto. Porque en el juego del placer intervenían todos los sentidos y el del olfato no se quedaba atrás.

La fotógrafa se asombró del autocontrol de Neo que, pese a su evidente excitación, se lo tomó con calma. Era un amante paciente, sensible y considerado, a la par que apasionado, que la condujo con facilidad a cotas de placer olvidadas.

27

Delta del Okavango (Botsuana)

Chirac tuvo suerte con los vuelos y lo que prometía ser una sucesión interminable de horas en salas de espera de aeropuertos, se saldó con solo dos escalas breves. A primera hora de la tarde se encontraba en Gaborone, la capital de Botsuana, que tenía cuatro vuelos regulares con Francistown diarios, gracias a la afluencia del turismo de safari de la zona.

En la ciudad, la suerte estuvo de su parte una vez más y encontró una plaza libre en la avioneta que trasladaría a unos clientes del resort con el que trabajaba la fundación de Gary Brand.

Decidió coger una habitación y descansar porque, si bien se había ahorrado mucho tiempo, el viaje desde París era largo.

Recordó entonces que Kabelo, el infiltrado de la mina de diamantes, estaba cerca y lo llamó para quedar con él al día siguiente. Podían abordar al guía juntos y luego hablaría con Jenell Wolften.

Jen se encontraba mucho más cerca de lo que el agente de la Interpol imaginaba. De hecho, mientras él dormía a pierna suelta en su habitación, ella reía con Karen en el aparcamiento. Ambas esperaban al jeep para safaris, al que se unirían.

—Gary se ha dejado las llaves del coche puestas —dijo Jen.

—Aquí todo el mundo las deja en el contacto —contestó Karen, restándole importancia—. ¿Quién se va a llevar los coches?

—¿Un turista borracho?

—Los turistas borrachos no salen del resort. El personal está vigilante para atajar cualquier ocurrencia peligrosa y, si la cosa se pone tensa, con un calmante se les pasa todo.

—¿En serio? —se escandalizó la fotógrafa.

—No se enteran y da mejor imagen que atarlos —rio su amiga—. Es una pena que no pueda quedarme todo el día con vosotros porque me encanta este recorrido, pero Sbusiso solo puede cubrirme por la mañana.

—¿Y cómo piensas volver? Según Gary, vamos lejos.

—Entre veinte y treinta kilómetros, lo sé. Pero hay un grupo que vuelve al mediodía al hotel y me recogerá. Es lo bueno de conocer a todos los que trabajan en la zona: sabes a quién puedes pedirle el favor. —Le dio un golpecito juguetón con la cadera—. Y ahora, cuéntame cómo fue anoche…

La fotógrafa negó con la cabeza.

—Eres una cotilla.

—Sé que no ocurrió nada en tu tienda porque os hubiera oído. Y tú no eres de las de «aquí te pillo, aquí te mato», por lo que he descartado un encuentro tórrido al aire libre…

—¡Vamos, ahí están! —exclamó Jen, echando a andar para subir al jeep grupal.

—A ver si crees que te vas a librar de contarme…

Gary invitó a los clientes, que esperaban en la entrada del hotel, a abordar el vehículo.

—Creí que terminaríais congeniando —cuchicheó Karen a su amiga—.Gary tiene un aspecto impresionante, debes reconocerlo. Si no fuese por Finn, seguiría loca por él.

Jen, sentada al lado de su amiga, se giró exageradamente hacia ella, fingiendo escandalizarse, aunque ya lo imaginaba.

—¿Qué me dices?

—Baja la voz. Eso fue al principio, estaba impresionada, y tienes que reconocer que, sin ser guapo, tiene un «algo».

—Así que, si no se hubiera cruzado Finn, puede que él y tu…

—No. Nunca se ha liado con una mujer del campamento, supongo que para evitar complicaciones. —Miró al masái, que se encontraba a un par de metros de ellas y sonreía con disimulo—. Y tú, no escuches, es una charla entre chicas.

La fotógrafa disfrutó lo indecible de la excursión, en la que atravesaron el territorio de varias familias de leones en distintas etapas de la mañana, los vieron cazar, comer, copular y descansar,

tumbados a la sombra. Algunas veces, al lado mismo del camino de tierra por la que transitaban. Jen fotografió a un guepardo, lanzado a toda carrera para atrapar a una gacela, y a una familia de jirafas que se alejaban a toda prisa de una manada de leonas en plena caza. Los búfalos cafre pastaban a cientos, con las crías en el centro del grupo, para mantenerlas protegidas.

Prestó atención a lo que Gary contaba y le pareció curioso que los búfalos representasen una amenaza para los leones, cuando se revolvían para atacar en grupo a los depredadores que les daban caza, así como que se encontraban entre los «cinco grandes», junto con los leones, los elefantes, las panteras y los rinocerontes, que todo cazador quería entre sus trofeos.

—Gary —le dijo Karen, dándole un golpecito en el hombro para llamar su atención—, ¿podríamos...? No quisiera perdérmelo.

El aludido se giró un poco y le sonrió.

—Vamos allá.

Jen interpeló a su amiga con la mirada.

—Hay un león de melena negra que quiero que fotografíes. Verás qué hermosura de animal.

La fotógrafa se fijó en que volvían hacia el hotel, pero era demasiado temprano. Se suponía que el safari de ese día duraría hasta poco antes del atardecer. Era el recorrido más largo que hacían de una vez. De hecho, Gahtii había ido a recoger la comida y la bebida para llevar en recipientes bien aislados, y Gary les avisó de que se detendrían solo dos veces para aliviar las vejigas en lugares seguros: una por la mañana y otra por la tarde.

La familia de leones que pudieron contemplar, a apenas unos metros de distancia, eran ejemplares maravillosos. Las hembras, según Gary, eran jóvenes leonas, cuya fertilidad se deducía por las once crías, en diferentes fases de desarrollo, que correteaban a su alrededor. El macho dominante, aunque algo mayor, lucía una hermosa melena negra y unos ojos amarillos impresionantes.

—Hoy va a ser la primera vez en mi vida que me quede sin batería en las cámaras —exclamó Jen, entusiasmada.

No era la única que estaba haciendo muchas fotografías, los turistas ahogaban exclamaciones de sorpresa y asombro ante cada

animal descubierto. Sus cámaras y móviles tampoco llegarían con demasiada batería al final de la jornada.

—Lo próximo será hacer esa parada técnica prometida —anunció Gary—. Primero bajarán las señoras y luego los caballeros. Gahtii y yo vigilaremos, pero regresen al jeep enseguida, así nos evitaremos sustos.

—Nos sigue una leona —dijo Jen, que se había levantado para hacer unas últimas fotografías a la familia que dejaban atrás.

—Tiene curiosidad, se cansará pronto —respondió el guía.

Se detuvieron en una zona despejada, con arbustos a ambos lados del camino y escasez de árboles. Se trataba de una parte alejada de los humedales, hogar de animales poco peligrosos, puesto que la gran mayoría se habían adaptado para cazar en zonas inundadas. De hecho, los leones del delta eran de los pocos de su especie adaptados al medio acuático por necesidad, puesto que las crecidas dejaban sus territorios aislados de tierra firme.

—¿Por qué no haces una foto de recuerdo? —sugirió Karen.

—¿De los del Jeep?

—Y los guías. Será un buen recuerdo.

—Vale, pero te pones con ellos.

Jen se alejó para poder captarlos a todos.

Los turistas, siguiendo instrucciones, habían subido al vehículo y se asomaban a las ventanas. En cambio Gary, Gahtii y Karen se quedaron en tierra y se colocaron a un lado, delante de la puerta del conductor.

—Karen, ponte entre los dos.

Cuando había disparado varias fotografías, un grito desde el vehículo llamó su atención.

—No te muevas —le dijo Gary en voz baja.

¿Moverse? ¿Cómo hubiera podido? Se encontraba paralizada, intuyendo que tenía algún animal peligroso a la espalda.

Se hizo un silencio tenso. Algunos turistas se llevaron las manos a la boca para no emitir ruidos y todos tenían los ojos fuera de sus órbitas, intuyendo una tragedia. Antes siquiera de poder ver a la leona, Jen la olió. Se movía en silencio y pasó a su lado sin siquiera dirigirle una mirada. La fotógrafa, sin embargo, sentía que las

piernas le fallaban y que iba a caerse de un momento a otro. Se preguntó por qué los guías no le estaban disparando, cuando Gahtii se adelantó con la lanza en ristre, provocando al animal.

La leona, lejos de asustarse, acechó al masái, se lanzó sobre él y lo derribó al suelo.

—¡Dispara, lo va a matar! —gritó Jen a Gary.

No obstante, el guía y Karen sonreían y ella se fijó en que el masái estaba entre las patas de la leona, que le lamía la cara.

—¡Abila, preciosa! —exclamó Karen, acercándose a ella para acariciarle la cabeza.

La leona le dio un cabezazo en la cadera de reconocimiento y siguió hasta Gary para ponerse a dos patas y colocarle las delanteras en los hombros.

—¿Qué hay, chica? —rio él, palmeándole el musculoso costado a la enorme hembra—. Baja antes de que me rompas otra camisa, me sale muy caro venir a verte.

Karen ayudaba a Gahtii a levantarse y Gary se acercó a Jen, seguido de cerca por la leona.

—Oye, que solo era una broma. Abila no te hará nada —le dijo él, al ver que las lágrimas le corrían por las mejillas.

Se dio cuenta de que la fotógrafa estaba a punto de caerse y la sujetó por la cintura.

—Lo siento, creí que te gustaría conocerla.

—Jen, ¿estás bien? —le preguntó Karen.

—¿Bien? —dijo ella cuando consiguió recuperar la voz—. Sois unos cabrones, casi me da un infarto.

—Eres de la familia, ella jamás te haría daño —intervino Gary—. Está esperando que la acaricies.

—¿No me…?

Como si comprendiese, la leona pasó, rozándole el muslo y frotando su cabeza contra ella.

—Si me muerde, te denuncio —dijo Jen, con menos aplomo del que sentía en ese momento.

—Tampoco pasa nada si no quieres.

La fotógrafa sabía reconocer un momento especial cuando se presentaba y ese era único, por lo que alargó la mano y le acarició la

cabeza, a lo que la leona respondió, pegándose a ella.

—No te creas que esto es muy cómodo —le dijo al guía.

—Es mi pequeña y me gusta presentarle a mi familia. Ella lo entiende y nunca te haría daño. Guardará tu olor toda su vida.

—Madre mía, es que da mucho miedo…

—No se lo tengas. Viene a saludarme cada vez que paso por el territorio de su familia y ella quiere conocer a la mía. Si solo transporto a turistas, no me detengo.

Jen suspiró y Karen se acercó a ellos.

—Podría pasearse por el campamento y no le haría daño a nadie —dijo la veterinaria—. Es muy inteligente y recuerda que allí le salvaron la vida, ¿verdad, pequeña?

La veterinaria le rodeó el cuello para darle un abrazo.

—¿La cuidaste tú?

—Yo llegué poco después de que Gary la dejase al otro lado del delta, pero ella volvió por los alrededores y encontró una nueva familia. Me la presentaron, igual que a ti, y cada vez que he vuelto a verla, me ha reconocido.

En ese momento, Jen se dio cuenta de que los móviles y cámaras de los turistas no dejaban de hacerles fotos.

—Será mejor que continuemos, ¿no? Ellos son los que pagan por estos espectáculos.

—Este no lo olvidarán —rio Gary.

—Pues no serán los únicos.

—Venga, vámonos o no podré regresar al campamento —intervino Karen—. A vosotros os queda un buen rato.

Gary soltó a Jen y se inclinó para decirle algo en voz baja a la leona, que se frotó contra su cadera y salió corriendo.

—Esto es África —le dijo él—. No conocerás ningún sitio con tantos contrastes, capaz de sorprenderte a diario.

Ella no lo negaría. Desde que había llegado, se sentía fuera de lugar. Esas personas vivían de una forma tan distinta a lo que conocía, y eso que había visitado lugares remotos, que parecían transitar en mundos paralelos.

Karen cambió de vehículo, subiendo al de otro safari, donde los guías la recibieron con grandes muestras de alegría. Le hicieron sitio

y saludaron a Gary y Gahtii con un gesto, antes de salir en dirección contraria.

—¿Os conocéis todos por aquí? —preguntó Jen.

—Más o menos. Hay muchos cambios de un año para otro, pero los guías principales solemos reunirnos antes de la temporada alta, porque esta es una labor común y es beneficioso para los animales no sobrecargar sus territorios con un exceso de visitantes; podrían tomárselo a mal.

De vuelta en el resort, los turistas parecían necesitados de un baño y de algo de civilización, por lo que no tardaron en descender del jeep para entrar en el hotel.

—Voy a devolver esto a la cocina —dijo Gahtii, recogiendo los recipientes estancos donde había estado la comida.

—Déjalo, lo haré yo —contestó Gary.

—Necesito moverme.

El masái se alejó y el guía miró a Jen.

—¿Qué tal, fotógrafa?

—Se me ha pasado el susto y estoy mejor que nunca.

Lo estaba, y también algo excitada. El guía le provocaba sentimientos confusos. Le atraía y no sabía por qué.

—Me alegro. Ahora ya sabes lo que sentimos los que nos dedicamos a esto. Esos animales son reales, cálidos y mucho más tolerantes de lo que somos nosotros.

—Y temibles.

—Cierto. Pero porque nos empeñamos en invadir su hábitat. Los leones no comen personas.

—Yo tampoco —dijo ella, antes de acercarse para pasarle la mano por el rostro, con la barba crecida y descuidada.

—Si es una invitación…

—¡Oh, cállate! —exclamó Jen, pegando sus labios a los de él, e iniciando una caricia suave y sensual.

El carraspeo de una empleada interrumpió el momento íntimo y la fotógrafa la fulminó con la mirada.

—Perdón. Gary, te esperan en el hotel.

El guía se separó de Jen con renuencia y se acordó del infiltrado de Chirac.

—Vuelve al campamento con Gahtii, alguien me acercará luego y continuaremos esta conversación —le dijo a Jen.

—¿Esto era una conversación?

—Una muy agradable, que me gustaría saber a dónde llega.

Ambos sabían el fin que tendría y eso inquietó a la fotógrafa. En su vida le había ocurrido algo parecido, pero tenía que reconocer que si hubiera tenido que escoger entre los dos hombres que la atraían, no hubiera podido decantarse por ninguno. Los dos la hacían sentirse especial y provocaban una reacción química en su cuerpo innegable.

Gary se despidió con un beso rápido y siguió a la empleada.

La fotógrafa se quedó pensativa. No eran esos los derroteros que quería seguir, por muchas razones. Por millones de ellas. Y lo último que necesitaba era perderse en un enamoramiento doble que podía dañarlos y, encima, ponerlos a todos en peligro. Por eso tenía que pensar en solucionar lo de los diamantes, aunque no tenía ni idea de por dónde empezar.

—¿Vuelves conmigo, Jen? —preguntó el masái, sacándola de sus pensamientos.

—Eso parece.

—Pues vámonos, que hoy ceno en casa.

—¿Hace mucho que conoces a Gary? —le preguntó ella cuando se pusieron en marcha.

—Mucho. Desde que tenía seis años, si no me falla la memoria. Mi hijo pequeño, Neo y él crecieron juntos.

La fotógrafa no conocía al hijo del masái, pero sí a Neo y le cuadraban esas cuentas porque él y Gary debían rondar los treinta y cinco años, alguno más o menos.

—Sbusiso y yo trabajábamos por entonces con los padres de Gary en el parque Kruger de Sudáfrica.

A Jen le sonaba que algo le había contado Karen sobre la procedencia de todos, pero por entonces ella no los conocía. Ahora podía ponerles cara y quería saber más.

—Mi esposa y yo teníamos nuestro hogar allá donde estuviésemos los dos, pero Sbusiso volvía aquí cuando podía y Gary

no quería separarse de Neo, así que sus padres le permitían pasar las vacaciones en el delta.

—Hasta que decidió quedarse —supuso Jen.

—Bueno, algo así. Como todos los jóvenes, tenía inquietudes y pasó varios años estudiando en Europa. La gente quiere explorar el mundo para descubrir su lugar en él.

—Así que, prácticamente, volvió al punto de partida. Otros solo vienen durante un mes o dos, como Neo.

—Neo está muy a gusto aquí y quiere ver a su familia, pero su rincón del mundo ya no solo es este. En el campamento tienen casi todos cierto grado de parentesco y llevan innumerables generaciones viviendo por las cercanías del delta.

—Por eso lo conocen tan bien… —reflexionó ella—. Neo tenía anécdotas con cocodrilos e hipopótamos para no parar.

—Creo que cada uno tenemos nuestros animales preferidos, y por aquí hay para elegir. —Le guiñó el ojo el masái—. Neo siempre fue de los que preferían los acuáticos y Gary el de los mamíferos, en especial los elefantes y los leones.

—¿Y no sería más lógico que los que más sabéis de la zona fueseis los guías? A mí me resultaría más tranquilizador estar con personas que saben lo que se hacen, que han vivido aquí siempre.

—Cuando las grandes cadenas de resorts descubrieron el filón del turismo de safari, los hoteles solo nos contrataban para el servicio de limpieza y hostelería. Por eso nos marchábamos a otros lugares donde nuestro conocimiento fuera valorado y remunerado, aunque no reconocido.

—Aquí sigue igual.

—¡Qué va, muchacha! Ahora hay puestos de responsabilidad en gerencia y dirección de los hoteles en manos de negros. Y también de cara al público.

—Pero en los safaris, priman los blancos como guías.

—A los turistas hay que darles lo que quieren, y los que más pagan prefieren guías blancos. Nosotros llevamos a grupos menos escrupulosos —dijo, entrecomillando la última palabra—. Eso no había pasado por aquí hasta que Gary decidió crear su fundación y aglutinar a todos los guías del delta, blancos y negros. Los

albergues, hoteles y alojamientos tienen sus propias reglas, pero ya no existe la exclusividad de antaño, lo que supone una mejora para muchas familias, que conocen esto como la palma de su mano.

28

Francistown (Botsuana)

Hyun salió esa misma mañana hacia Francistown, aprovechando que Sbusiso haría el viaje para recoger las provisiones del mes. Gary se alegró de deshacerse de él y llamó al coronel para ponerlo sobre aviso. Puede que fuese buen periodista, pero no quería llevarlo a más salidas en las que pudiese resultar un peligro.

Al coronel le gustaban los periodistas afines a su causa. Lo acogería de buen grado en las redadas para que documentase el excelente trabajo que llevaban a cabo sus hombres, con los escasos medios que tenían a su alcance.

—No se moleste, Hyun, pero ¿en qué puede usted ayudar a cambiar la actual situación sobre el contrabando de marfil?

El asiático sentía claustrofobia en aquel despacho atestado y polvoriento, e inspiró un par de veces.

—No me ofende, considero lógicas sus reticencias, coronel —respondió, después de tomar un trago de agua—. La prohibición de las importaciones de marfil en todo el mundo trajo el problema de la ilegalidad continua. Estuve en Hong Kong y en Vietnam, donde recala la mayoría del marfil de contrabando, porque sigue habiendo consumo, con el añadido de que, al ser un producto ilegal, su precio se ha disparado.

—Estoy al tanto de esos problemas. De hecho, me dedico a procurar que cesen las matanzas de elefantes por sus colmillos.

—Comprendo que tienen una labor titánica. Gary Brand me contó sobre la continua vigilancia a la que somete su territorio, con resultados menos positivos de los que desearían.

—La pobreza, Hyun, es un gran aliciente para la falta de escrúpulos. El precio de veinte kilos de marfil sustenta a una familia

numerosa durante dos meses. Eso es una gran presión para algunas personas que carecen de otros recursos.

El asiático asintió con la cabeza. Entendía que no se trataba de un problema menor o del que pudieran desligarse porque, sin trabajo ni sustento, había que dedicarse a cualquier actividad que sirviera para alimentar a una familia.

—Sabemos qué personaje promueve la caza furtiva, pero desconocemos su identidad porque se cuida de que otros hagan los tratos a su favor. «Motsomi» sabe que estamos al acecho y se mantiene lejos del foco de atención.

El coronel se levantó de su sillón viejo y le invitó a seguirle.

—He dispuesto que se aloje en un hotel cercano a esta oficina y le mantendré informado. Imagino que le interesará acompañarnos en las redadas…

—Me gustaría, sí.

Uno de los hombres del coronel le acompañó a su alojamiento, un hotel que lo más moderno que tenía era la televisión por cable. Los baños eran compartidos y el servicio de habitaciones pasaba cada tres días a hacer la cama, sin cambiar las sábanas sudadas, porque eso se hacía una vez por semana.

Pasó mucho tiempo acostado, esperando las llamadas del coronel, momentos que aprovechó para pensar en lo distinto que sería el panorama si aquellos países afectados por el tráfico de marfil fueran como los de otros en el mundo, con economías más o menos saneadas, con trabajo y democracia para sus ciudadanos.

La primera vez que acompañó al coronel Mugabe, vomitó.

Había visto montañas de colmillos en Nairobi y en las trastiendas de Hong Kong, pero unos recién cortados… Tenían sangre pegada y, en ocasiones, carne del elefante porque los serraban tan al ras como podían para no perder ni un gramo de peso y, para colmo, apestaban a podrido.

Eso no se percibía en las tiendas, pero se podía oler en el lugar en el que los furtivos los guardaban. Se trataba siempre de hogares humildes, carentes de comodidades y sus habitantes solo lamentaban que los hubieran pillado, porque con el precio de los colmillos mantenían a toda la familia. La detención del cabeza de

familia significaba la incautación del arma para cazar y, por ende, que tendrían que buscar otra forma para procurarse alimento.

—Perdona mi falta de noticias, cariño, es que llevo una temporada muy loca —le dijo a su interlocutor.

—Ya sé que no siempre estás disponible, pero necesito que me digas que estás bien de vez en cuando. Te echo de menos.

—Lo sé, Marc. Lo siento, de verdad.

Marc y él llevaban dos años juntos y comprendía la pérdida de paciencia de su pareja, que tenía una profesión tan alejada de la suya. Como contable de una empresa francesa, solo viajaba durante las vacaciones, y raramente coincidían durante estas.

Al principio de la relación, todo había sido muy excitante para los dos, pero los reproches de Marc por sus continuas ausencias cada día le molestaban más. No se lo echaba en cara directamente, sino que dejaba caer su malestar a base de frases pasivo-agresivas. Así que Hyun ya se había hecho a la idea de que, más temprano que tarde, tendrían que separarse.

Se sacudió esos pensamientos porque tenía una idea que proponer al coronel Mugabe.

Ya se había colado en comercios ilegales en Hong Kong, aprovechando su aspecto oriental y su perfecto dominio del chino cantonés, gracias a la procedencia de su madre, nacida en Macao. Cualquier occidental interesado en la compra al por menor, sería sospechoso, pero él no porque de todos era sabido que en China seguía habiendo un mercado negro de marfil, más floreciente desde la prohibición. Su aspecto y su capacidad para inventarse una identidad le había llevado a almacenes ilegales y talleres de tallado del preciado material.

El problema al que se enfrentaba al hacerse pasar por comprador era su falta de liquidez, ya que los vendedores exigían el pago por adelantado.

La organización que le financiaba no pondría en sus manos millones para comprar marfil, porque lo que deseaban era erradicar la caza de elefantes, no facilitar su forma de vida a los traficantes. Y tampoco querrían financiar la alternativa propuesta: engañar a los compradores con una cuenta falsa, habilitada por un hacker de

probada eficacia, con el que Hyun había trabajado antes para otra investigación sobre robo de órganos: León.

—¿«Motsomi» es el que controla toda la caza ilegal de esta parte del país? ¿No hay otros? —le preguntó al coronel.

—Ninguno importante. Cualquiera que le hace sombra, está muerto. Pero no es solo aquí, controla también todo el sur de Zimbabue porque necesita acceso a Mozambique y su puerto de Beira, desde donde envía el marfil a China.

—Imagino que sabe todo eso porque tiene a alguien dentro —sugirió Hyun.

—A varias personas. Pero la desconfianza es una constante y entre los tres países no hemos logrado seguir la pista a ningún cargamento. En Beira se pierden entre los cientos de contenedores con los que trabajan a diario. Además, es el capital chino el que controla la mayoría de los puertos en todo el litoral africano, por lo que ni siquiera las autoridades de Mozambique saben qué se transporta. Los chinos tienen contratos para construir, financiar u operar los puertos marítimos, ampliando su influencia político-militar en el continente. De hecho, buena parte de los puertos son propiedad de empresas públicas o paraestatales chinas.

El periodista no necesitaba ampliación. Si China estaba presente de forma tan flagrante en el puerto de Beira, también lo estarían las tríadas, controlando sus propios negocios, por lo que tuvo que cambiar sus planes porque, si había salido huyendo de Hong Kong, no fue por gusto.

La arriesgada profesión que había escogido se debía a su padre, redactor para una cadena de noticias de la capital surcoreana. Al contrario que su progenitor, él quería adentrarse en las historias, no solo contarlas y, tras sacarse la carrera de periodismo, investigó por su cuenta algunas de las que más le interesaban. No obstante, consciente del problema financiero que suponía trabajar como *freelance*, buscó recursos económicos en editoriales que disponían de medios y tiempo. En Europa encontró lo que necesitaba y se trasladó, sin remordimientos. Se manejaba en inglés y, aunque pasó años malviviendo en busca de publicaciones interesadas, por fin las consiguió.

Su falta de experiencia le llevó a cometer muchos errores, de los que había sacado buenas lecciones de vida, pero residir en París le proporcionó muchas fuentes y mayores oportunidades.

Un *freelance* podía tener suerte o vivir en la miseria y él fue de los primeros, al destapar una red de tráfico internacional de órganos. Fue su primera incursión en el mundo del trabajo encubierto y pasó tanto miedo a que lo descubriesen, que estuvo dos semanas vomitando cuando tenía un baño cerca.

Hyun miró al coronel de frente y le hizo la propuesta que había estado meditando toda la noche.

—Yo puedo ser su caballo de Troya, si me ofrece algo de apoyo económico.

El negro alzó una ceja canosa desde el otro lado de la mesa de su despacho, esperando una ampliación.

—Puedo pasar por ciudadano chino, necesitado de marfil para abastecer a sus clientes. El hombre que busca puede ponerse en contacto conmigo si se corre la voz, pero hará falta dinero.

—Nuestros recursos son más limitados de lo que imagina…

—Ya lo sé. Solo digo que los hombres que tiene usted en su organización podrían introducirme. «Motsomi» quizá quiera hacer negocios con un comprador de Macao, de solvencia probada. Necesito dinero para simular esa solvencia y usted necesita acceder al vendedor de marfil. Ambos nos veríamos recompensados y solo yo correría riesgos.

Antes de que el coronel Mugabe abriera la boca, Hyun sabía que había ganado esa partida.

29

Delta del Okavango (Botsuana)

—No te esperaba tan pronto, la verdad —le dijo el guía a Bastian Chirac, al estrecharle la mano.

—Tuve suerte con los vuelos. Este es el agente Obed Kabelo.

—¿Es botsuano? —le preguntó Gary en setsuana, la lengua cooficial del país, junto con el inglés—. Encantado.

El hombre inclinó la cabeza, agradeciendo la deferencia, pero enseguida pasó al inglés, para entenderse los tres.

—Tomemos asiento —pidió—. Tengo que volver pronto.

—Vuelve ya, si quieres, yo pondré al tanto a Gary.

—Tengo media hora hasta que me recoja el repartidor de Francistown con el que he venido. Luego lo pones al día con la información, pero hay una novedad que deberías conocer.

—Te hago una rápida introducción —dijo Chirac a Gary—. Kabelo es el infiltrado en la mina y el contacto de Aram Sarkissian para su investigación. Lleva detrás de los ladrones de diamantes casi tres años y, por su trabajo, nos enteramos de que entraban en Europa a través de los animales.

—Entonces, tú no estabas en Colonia por casualidad… respondió el guía, frunciendo el ceño.

—Kabelo dispone de poco tiempo, luego te contaré más.

El botsuano asintió.

—Hace dos días, recibí un mensaje de texto desde el móvil de Aram Sarkissian —dijo—. Quería que nos citásemos en algún lugar discreto. Le dije que nos encontraríamos en el motel de siempre y tardó en responder. Cuando lo hizo, quedamos en que me avisaría a su llegada y decidiríamos otro sitio, en Francistown, puesto que el lugar habitual no le venía bien.

—El que tiene su teléfono supone que no estás al tanto de su fallecimiento —dijo Chirac.

—Y debe estar en posesión de sus notas sobre el tráfico de diamantes en bruto y acceso a nuestras conversaciones —afirmó el agente—. Para mí es un inconveniente; puede desbaratar el trabajo de investigación de muchos años, y todavía necesito cerrar algunos temas en la mina.

—Llámame si vuelve a ponerse en contacto contigo —pidió el francés, levantándose para despedirlo—. Ve, no llegues tarde.

Gary volvió a estrecharle la mano y le proporcionó su número de teléfono, por si tenía alguna novedad que le concerniera, de una forma u otra. Al fin y al cabo, se había visto envuelto en la trama y quizá tuviera que prestar declaración, si había detenciones y un juicio público.

Cuando el francés y él quedaron a solas, volvieron a tomar asiento en el mismo lugar.

—¿Quieres beber algo? Me parece que a los dos nos vendrá bien y tenemos el minibar lleno.

—¿Crees que Jenell Wolften se llevó el móvil de Aram? —afirmó, más que preguntó el guía.

—Lo creo —contestó Chirac—. Y creo que tiene intención de indagar un poco por su cuenta.

—Karen dijo que querían ir algún día a Francistown.

—Karen es su amiga y estará al tanto de sus planes, a no ser que encuentre una excusa para separarse de ella en la ciudad e ir a entrevistarse con el agente.

—Supongo que será lo último, porque Karen la disuadiría de meterse en algo así.

—Entonces, hablaré con ella mañana sin falta. ¿Crees que podrás convencerla de que venga aquí?

—Te lo iba a proponer yo. En el campamento no hay demasiada intimidad y preferiría que no trascendiese que la busca la Interpol, en relación con la muerte de Aram. La mayoría lo conocieron y lo apreciaban.

—Bueno, en cuanto a eso… En realidad, no la busca la Interpol, la busca la policía de Colonia, pero ya se lo contaré a ella. En cuanto

a lo que tenía que decirte Kabelo, eso sí que te concierne, por el trato cercano que tienes con el coronel Mugabe.

—Si me cuentas que está metido en lo del tráfico de diamantes, no me lo creeré…

—Que sepamos, él en persona no, pero sí varios de sus hombres. Ellos se encargan de llevarlos a los centros de rescate de animales y criadores de fauna en cautividad, cuando están a punto de hacer un envío a Europa.

El guía torció el gesto.

—¿Cuántos centros están implicados?

—Seis, contando tu fundación.

—¿Y a sabiendas?

—Solo uno. Al resto les pasa como a ti: el encargado de preparar el traslado de los animales es el único al tanto y, por ende, el único que se lleva un porcentaje.

—Hay algunos criadores que envían animales más de una vez al mes. Y muchos.

—Pues calcula el contrabando que sale por ahí, y la cantidad que se mueve —dijo el francés, frotándose índice y pulgar, para indicar que se trataba de mucho dinero.

—¿Y quieres que ponga sobre aviso al coronel Mugabe?

El agente suspiró.

—Quiero que lo prevengas, pero advirtiéndole que no puede actuar hasta que se complete la investigación, porque parece que el ministro de Medio Ambiente, Conservación de Recursos Naturales y Turismo, del que depende su labor, es el cabecilla.

—En ese caso, recomendaría mantenerlo al margen. El coronel es temperamental y capaz de despedir a los hombres que patrullan las zonas afectadas sin dar explicaciones, o de empezar su propia investigación para encerrarlos en la cárcel.

—Si lo hiciera, la policía no podría implicar al ministro.

—Por eso. Cuando reunáis pruebas suficientes, se lo diré.

Gary volvió al campamento tarde y se acercó al comedor a coger una botella de agua fría. Al pasar delante de la tienda de Jen, se detuvo un momento. Debía avisarle para que no hiciera planes. Tenía que entrevistarse con Chirac, o el francés acudiría al

campamento y no confiaba tanto en el agente. Él tenía una prioridad y Gary tenía la suya, que consistía en mantener a la fundación al margen de conflictos legales, mientras pudiera.

Se acercó a la entrada y susurró:

—Jen, ¿estás despierta?

No lo estaba, pero se despertó y susurró a su vez:

—Dame un segundo.

La fotógrafa no tardó mucho más que eso en salir.

—¿Has venido a continuar con esa conversación que teníamos pendiente? —le preguntó, con una sonrisa traviesa en los labios, acercándose para ponerle ambas manos en el pecho.

La respuesta de él fue buscar su boca y besarla hasta que ambos estuvieron jadeantes. Jen bajó las manos a sus caderas y lo apretó más contra sí. Gary recordó que no estaba allí para eso y se apartó un paso. No eran los derroteros que quería seguir. La amiga de Karen le gustaba, pero sabía que dejarse llevar por esa atracción tendría consecuencias irreversibles.

—Tenemos que hablar —le dijo, cogiéndola de la mano y remolcándola hasta el comedor, vacío a esas horas, e iluminado solo por las luces de emergencia.

Jen, que sentía la misma atracción inevitable, también era consciente de que debía poner fin a ese flirteo, antes de que se convirtiera en un problema. Aunque Neo y ella solo habían tenido un encuentro sexual, en el que no salió a relucir ningún sentimiento, él y Gary eran amigos. Y estaba Karen. Y… Bueno, había muchas razones para empezar a comportarse como una persona responsable. Prefería dejar a su espalda algo más que caos, por una vez.

—Gary, creo que…

—Mira, yo quería decirte… En fin, tienes que hablar con la Interpol y aclarar lo que ocurrió en Colonia.

Fuera se escuchó una puerta al cerrarse de golpe y un coche saliendo a toda velocidad.

Gary hubiese jurado que se trataba del vehículo de Sbusiso, por el ruido que hacía el motor, necesitado de un arreglo urgente desde tiempo atrás. Frunció el ceño, y más cuando otro vehículo se detuvo,

derrapando, al lado de su tienda. Salió a ver qué ocurría y vio a Bose, apeándose a toda prisa. Le hizo señas con los brazos en alto y como ella no lo vio, la llamó.

—¡Gary, están atacando a los que se encuentran de guardia!

—¡Neo! —exclamó él, echando a correr para poner en marcha su vehículo—. ¡Te sigo!

Jen, que también había salido a la puerta del comedor, se llevó la mano a la boca y su mirada se encontró con la de Karen que, como todos, se había despertado y asomado para ver a qué se debía el inusual alboroto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, acercándose.

—Creo que es un enfrentamiento con furtivos. Neo…

—¡Neo estaba de guardia esta noche! —exclamó Finn, que entró en su tienda, se vistió a toda prisa y cogió su arma.

Varios hombres habían hecho lo mismo y cuatro coches más salieron en rápida sucesión. El último de ellos, se detuvo para recoger a Gahtii, que acababa de emerger de su casa y le hacía señas.

—Neo, ¿puedes hablar? —preguntó Gary por radio.

Su amigo había dejado la radio abierta y se escuchaba el fuego intenso que tenía lugar en la zona.

—Gary, soy Tumelo —intervino el militar—. Necesitamos ayuda. Hemos localizado a unos furtivos y tienen refuerzos. Nos encontramos en medio de un fuego cruzado.

—¿Estáis todos bien?

—Dos bajas, pero habrá más si…

La voz de Tumelo se perdió entre ráfagas de arma.

Gary ya podía oír los disparos en directo, rompiendo la quietud de la noche. Habían dejado atrás el vehículo de Bose, que se había atascado en un desnivel del terreno y la guía iba a su lado, respirando agitadamente por la tensión.

—Los tengo a la vista —intervino Sbusiso—. Hay tiradores apostados en una loma. Veo cuatro coches, el de Neo entre ellos.

—Espéranos, Sbusiso. Estamos a cinco minutos.

—Puede que no los tengan.

—¡Mierda! —Gary no podía correr más, tenía el pie del acelerador hundido hasta el fondo.

—Calma —dijo Bosé—. Ahí delante está el paso del puente y les haremos flaco favor si nos metemos en el humedal.

A varios cientos de metros a su espalda, Gary podía ver por el retrovisor los faros de los coches que habían salido detrás de ellos. Rebotaban en el accidentado terreno, enviando haces brillantes de luz, que rompían la negrura nocturna, alarmando a los animales y obligándolos a apartarse de su camino.

—Kgosi. Finn.

—Aquí, Gary —respondieron ambos.

—Cuando paséis el puente, coged el camino del sur y acercaos por la espalda a los furtivos. Que os vean.

Los disparos se escuchaban cerca. Sbusiso se había bajado de su vehículo y, parapetado tras él, disparaba en dirección a la loma. Gary se detuvo a su lado, derrapando en la tierra suelta.

Bose se apeó y se unió a Sbusiso.

Gary volvió a coger la radio.

—Gahtii, no os detengáis al llegar a nuestra altura. Rodead la loma para impedirles la huida, os cubrimos.

Una bala atravesó el parabrisas, provocándole un intenso escozor en el antebrazo derecho. No hizo caso porque sabía que la bala no había entrado, por lo que cogió su arma y se dispuso a responder al intenso fuego.

Los furtivos de la loma habían olvidado al grupo de Tumelo y Neo, y concentraban su fuego en los recién llegados.

—No les deis tregua —dijo a Sbusiso y Bose, cuando vio acercarse a los otros vehículos que tenían que rodearlos.

El ruido era ensordecedor, los casquillos de los rifles llovían a sus pies y el olor a pólvora saturaba el ambiente.

—Gary, aquí Gahtii, dejad de disparar, estamos en la loma y los agresores se han marchado.

El guía corrió a coger la radio.

—¿Los ves?

—Han salido sin luces, así que deben conocer la zona porque aún no las han encendido.

Donde debía estar el primer grupo de furtivos, ya no se oían disparos y Sbusiso salió a la carrera para comprobar que su hijo se encontraba bien. La radio estaba en silencio y en el aire aún flotaba el sonido de las armas y su persistente olor a pólvora.

—¿Finn? —preguntó Gary por radio.

—Despejado por aquí. Había tres furtivos y nosotros hemos matado al último. No ha querido rendirse.

—Veo las luces —intervino Gahtii—. Deben estar a dos kilómetros y se han separado. Cuento tres coches.

—No podemos hacer más. A la luz del día veremos de dar con sus rastros. —Gary chasqueó la lengua, disgustado, porque sabía que sería inútil.

Se acercó al grupo de Tumelo y Neo, y se alegró de comprobar que ambos habían salido ilesos; no así dos de los militares, que estaban muertos, y otro con una grave herida en la pierna.

—Ayudadme a colocarlo en la parte de atrás, me llevo al herido —dijo Tumelo, subiendo a uno de los coches—. Neo os contará lo que ha ocurrido. Mugabe ya lo sabe y enviará patrullas.

—Lo siento, tío —dijo Neo, acercándose a su amigo—. Le han dado al motor y a la radio.

—Eso es reemplazable, tu dura cabezota no.

—¿Gary? —dijo Gahtii por radio—. ¿Puedes subir aquí?

El masái había enviado a los demás abajo, así que el guía supuso que tenía malas noticias.

—¿Otra vez? —le preguntó.

—Compruébalo tú mismo. El mismo tipo de huellas.

—¿Crees que ha resurgido el grupo paramilitar?

—No he oído nada y estas cosas se comentan —respondió el masái, encogiéndose de hombros.

Hacía varios años, los hombres de Mugabe habían capturado a un grupo de paramilitares que se dedicaban al furtivismo, pero a su manera: no querían los colmillos, mataban a los elefantes para apoyar los movimientos emergentes que abogaban por una Botsuana libre de elefantes para poder avanzar.

El problema de esas corrientes venía agravado por la intromisión de otros países, en distintos continentes, que consideraban África

como la reserva natural mundial y se creían con derecho a inmiscuirse en sus políticas sobre vida salvaje. Cuando el entonces presidente de Botsuana, Mokgweetsi Masisi, amenazó a Alemania con regalarle veinte mil elefantes, molesto por sus críticas a la caza de trofeos, el gobierno germano reculó. Cada sociedad vivía una realidad distinta y la de Botsuana era la de tener en su territorio el mayor número de elefantes del mundo. Un regalo para algunos, una maldición para otros.

Esos paramilitares eran la respuesta a las inquietudes de los que deseaban un país adecuado a los estándares mundiales, en el que los animales vivían en reservas valladas.

Gary esperaba que no se tratase de ellos, porque eran mucho peores que los furtivos. No se entretenían en recoger sus trofeos, disparaban a los animales desde un vehículo, dejándolos muchas veces malheridos y causando verdaderos estragos.

30

Delta del Okavango (Botsuana)

Si hubiese tenido la oportunidad de borrar un día de su mente, Jen habría escogido el siguiente a la emboscada de los furtivos, en la que tomaron parte Neo y Gary.

Esa noche, todos se fueron tarde a dormir, cuando avisaron por radio de que los voluntarios del campamento estaban ilesos. Sbusiso y Gahtii se quedaron esperando al coronel Mugabe y a la policía, los demás, volvieron.

—Has dicho que no había heridos… —le reprochó Karen a Gary, que se había envuelto el antebrazo en una venda, ya manchada de sangre.

—Es solo un roce, exagerada —dijo él.

Neo atrapó a Jen en un abrazo, que ella le devolvió.

—¿Estabas preocupada, fotógrafa? —le preguntó—. A ver si te vas a enamorar de mí…

—Quizá cuando me enseñes a silbar.

Karen empujó a Gary al interior del establo más cercano. En la habitación de la enfermería había luz, para casos de emergencia, y material para curarle la herida. Jen los siguió con la mirada.

—Me voy a dormir —dijo.

—Hoy no te he visto en todo el día y me iré en unas horas. ¿Quieres que quedemos por la noche en el hotel? —preguntó Neo.

—Llámame.

—Oye, no tienes por qué aceptar si no te apetece…

Ella le ofreció los labios para recibir un beso ligero y se retiró al refugio de su tienda. Estaba hecha un lío porque jamás se había enamorado de dos hombres a la vez y carecía de pistas sobre cómo llevarlo para no hacerle daño a nadie. Puede que fuese hora de

pensar en marcharse; además de estar fuera de lugar en ese complejo ecosistema, tenía que pensar.

Le costó dormirse y se despertó temprano, aunque Karen había madrugado más. En el comedor le dijeron que llevaba un buen rato trabajando y eso era raro. A la veterinaria le gustaba disfrutar de un buen café en compañía, antes de que todos acudiesen a sus respectivas labores diarias.

Jen llenó un par de tazas de café y se dirigió a los establos.

—¡Hola, madrugadora! —exclamó, al verla de espaldas, preparando el material con el que curaría a sus pacientes y la correspondiente medicación para cada uno—. He pensado que necesitarías combustible para afrontar la…

Cerró la boca al ver los ojos enrojecidos e hinchados de su amiga. Dejó las tazas en la mesa pegada a la pared y la abrazó.

—¿Qué pasa, Karen?

—Finn se ha ido.

—¿Habéis tenido una pelea?

Su amiga buscó un pañuelo en el bolsillo de su pantalón, se sonó la nariz y negó con la cabeza.

—Vuelve a Australia. Neo lo ha llevado antes de amanecer a Francistown.

La fotógrafa acercó un par de rústicas banquetas con asiento de enea, le ofreció una y ella se acomodó en otra a su lado, alargando la mano para hacerse con un rollo de papel absorbente y tenderle un trozo limpio. Cualquier idea previa de prepararla para su próxima marcha, se había esfumado de su cabeza.

—¿Ha pasado algo en su casa?

—Su padre y su hermano han tenido un accidente muy grave. Ambos han muerto y su madre lo ha llamado esta noche para que volviese.

—¡Oh, cuánto lo siento, Karen!

—Así de jodida es la vida a veces.

Jen sabía que su amiga era demasiado empática como para que ese conato de amargura durase mucho.

—No tardará en volver —aseveró.

—Esta vez no volverá. Su hermano se iba a hacer cargo de la empresa familiar, puesto que el padre quería retirarse, pero sus repentinas muertes le obligarán a dirigirla él.

—Puede hacerlo la madre.

Karen negó y se secó los ojos de nuevo.

—Entonces, ve tú a Australia. No hay nada que te retenga aquí y en aquel continente hay bichos a patadas también.

Su amiga le dedicó una sonrisa triste.

—No lo entiendes, Jen. No cambiaría esto por nada del mundo, ni siquiera por él. Este es mi hogar, por elección.

No, Jen no lo entendía, y Karen lo vio en su expresión.

—Sabía que un día se iría, lo que ocurre es que ha sido demasiado precipitado. —Amagó otro esbozo de sonrisa.

—Esto requiere una borrachera memorable, ¿Qué dices? — La fotógrafa le pasó el brazo por los hombros y le limpió la cara con otro trozo de papel absorbente—. Seguro que alguien se puede encargar de tus animales durante un día.

—Lo dejamos para la noche. Hoy tengo mucho trabajo.

—Pues me quedo contigo y te ayudo.

—¡Ni hablar, no quiero tenerte por aquí vomitando cada vez que haga una cura! Ve a darle la lata a otro.

Volvió al comedor con las dos tazas de café llenas. Sbusiso, que acababa de entrar en busca de los que le acompañarían ese día, se sirvió algo de desayunar.

—¿Has visto a Gary? —le preguntó ella.

—Está haciendo gestiones para contratar a otro guía. Yo ocuparé su lugar hoy, ¿vienes con nosotros?

—No, gracias, hoy me quedaré con Karen.

El negro asintió. Ya debían conocer todos la apresurada partida de Finn y que Karen estaría disgustada.

Después de que los guías se marchasen, se quedó vagando por el campamento, sin saber qué hacer. De vez en cuando, se asomaba a los establos, tratando de no molestar a los trabajadores, solo para asegurarse de que la veterinaria estaba más serena.

Al final, la interceptó la esposa de Gahtii, Njeri, que la puso a trabajar en el huerto, a su lado, mientras le hablaba de sus hijos y

nietos, de su esposo, de algunos más del campamento y hasta de gente a la que no conocía. Solo interrumpía su soliloquio para observar la labor de la fotógrafa y hacerle alguna sugerencia.

Jen no se explicaba qué podía fallar en el proceso de arrancar malas hierbas, pero resultaba que tenía su técnica.

En todo caso, como la mujer no esperaba conversación, se abstrajo en sus pensamientos. Tendría que llamar a Neo para posponer la escapada al resort, porque Karen necesitaba un rato de chicas. Bastantes veces le había fallado; esta no sería una de ellas.

En el descanso para el almuerzo, Jen aprovechó para llevarle un bocadillo a su amiga y despejarse de la verborrea de la masái, que era simpática y agradable, aunque resultaba cansina al cabo de un rato, como le habían advertido.

Karen se encontraba algo más animada y, mientras estaban comiendo, espantando las moscas del pan, hasta se permitió reírse de ella porque casi se come una.

—No sé cómo podéis vivir así —rezongó, dejando los restos de su bocadillo a un lado.

—Cuando te comes la primera, las demás terminan formando parte del aporte de proteínas diario —rio la veterinaria—. No me has contado qué tal con Gary, o con Neo. O con los dos. Chica, ¡eres una acaparadora!

—He quedado con Neo esta noche en el hotel…

—¿Y Gary?

—Gary no es para mí, aunque supongo que Neo tampoco. Esta es la vida que les gusta a ellos. Y a ti. Pero yo no podría…

Karen le dio un abrazo, sin dejarla terminar. Al final, ambas necesitaban un empujón emocional.

—Me alegro mucho de haber venido a verte —dijo Jen.

—Y yo de que hayas conocido mi casa de lona —rio la veterinaria, intentando restarle gravedad al momento y apoyando la cabeza en el hombro de su amiga.

No entendía cómo se le había pasado por la cabeza que podría emparejarlos a ella y a Gary. Jen nunca se acostumbraría a vivir allí, por mucho esfuerzo que hiciera para adaptarse, y sacar a Gary de África sería condenarlo a la tristeza.

Neo llamó a Jen en ese momento por teléfono.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? —le preguntó.

La fotógrafa podía imaginar, por el tono de Neo, que estaba sonriendo y echó una mirada de reojo a Karen.

—Me temo que habrá que cambiar de planes. Esta noche me proponía emborrachar a una amiga.

La veterinaria, que seguía con la cabeza apoyada en su hombro, le dio un codazo y gritó para que el guía la oyese:

—Ni caso, Neo. No va a cambiar de planes, te lo aseguro.

Escuchó al hombre reír y se alejó para darles intimidad, no sin antes advertir a su amiga, señalándola con el dedo.

—¿Qué tal si paso a buscarte en un par de horas? —dijo él.

Ella miró su reloj y calculó que con toda la tarde por delante y por mucho que se entretuvieran, podrían estar de vuelta al ocaso. Así tendría cotilleo con Karen entre copa y copa.

La espera se le hizo larga. Su amiga volvió al trabajo y ella se dedicó a quitarse la tierra de las uñas.

Estuvo tentada de llamar a Neo y cancelar el encuentro en más de una ocasión. ¿Y si él se hacía una idea equivocada de esa relación esporádica? No obstante, pesó más la idea de pasar unas horas en un lugar en el que hubiera una puerta que cerrar tras de sí, donde pudiera darse un baño caliente y dispusiera de una potente conexión de wifi.

—Me ha dicho Carol que vas al hotel —le dijo Gary, sorprendiéndola—. ¿Te llevo?

—Me extraña que tengas tiempo para hacer de taxista.

—Tengo algo que decirte. Parece que últimamente las circunstancias se alían para impedirnos hablar.

Ella dudó. ¿De verdad quería que un hombre que le gustaba tanto como para desear acostarse con él, la llevase a su cita con otro con el que se iba a acostar?

—He quedado con Neo en el hotel.

—Eso es cosa vuestra. Mi proposición sigue en pie.

—De acuerdo —accedió Jen.

El trayecto era corto, así que cualquier cosa que tuviera que decirle, reproches incluidos, sería breve. Con ello contaba.

—¿Recuerdas que te dije que debías hablar con la Interpol? —preguntó él cuando salieron del campamento.

—Tengo buena memoria.

—Bien, pues no es que debas, es que tienes que hacerlo.

Gary llevaba buena velocidad y el viento arremolinaba el cabello corto de Jen en torno a sus ojos.

—¿Cómo que tengo?

—El agente de la Interpol, con el que me encontraba cuando ocurrió lo de Aram, te espera en el hotel.

Jen se giró para mirarle mientras aparcaba.

—¡Eres un cabrón, Gary! —dijo, apeándose malhumorada.

Él bajó del coche, la alcanzó cerca de la entrada y la detuvo, sujetándola por el brazo.

—Oye, escucha… Yo no lo llamé; te encontró él y se presentó aquí. Solo quiere hablar, ya sabe que tú no mataste a Aram.

—Suéltame o me pondré a gritar.

—Piénsalo, Jen. Si él quisiera detenerte, hubiera ido al campamento con la policía y estarías en un calabozo.

—Y tú te ofreciste a traerme para no alborotar la paz de tu campamento, ¿no?

—Me ofrecí a traerte para que nadie más supiera que la Interpol te buscaba. Es un asunto que solo te concierne a ti.

Jen entró en la recepción, caminando a largas zancadas. Estaba enfadada y solo quería terminar cuanto antes, porque sentía de nuevo la necesidad de huir. Aunque, si el hombre de la Interpol se encontraba en la nómina del hermano de Aram y había conseguido encontrarla en aquel lugar remoto del mundo, en pocos podría ocultarse. Con dinero y contactos, se podía localizar a cualquier persona en cualquier parte.

Gary entró con Jen en el ascensor y ella escribió un mensaje a Neo para decirle que tardaría un rato. Poco después, su acompañante llamaba a la puerta de un hombre con el que no deseaba hablar, aunque no tenía otro remedio.

—Señorita Wolften, es usted muy escurridiza —la saludó Bastian Chirac—. Haga el favor de pasar.

Detuvo a Gary cuando pretendía entrar en la habitación.

—Es mejor que ella y yo hablemos en privado, Gary.

El guía se mordió el labio y miró a Jen, que le daba la espalda. Si ella hubiese dicho algo, habría insistido en quedarse, pero parecía estar de acuerdo en que sobraba.

—Estaré en el bar —claudicó.

En recepción, se cruzó con Manuel Da Silva, que le hizo un gesto de saludo con la cabeza al que no respondió. El satélite del coronel Mugabe, de origen angoleño, le repelía. Sus ojos brillaban de forma sobrenatural, como si calculara cuánto daño podía hacer a una persona hasta doblegar su voluntad o creyera que su pertenencia a la especie humana era solo una circunstancia desafortunada. Ningún depredador desprendía semejante tufo a maldad.

La fotógrafa se quedó a solas con el agente de la Interpol, que la escudriñaba sin disimulo, y tomó asiento delante de una mesita redonda, creyendo que el día no podía estropearse más.

De haber sospechado hasta qué punto podía torcerse, nunca hubiera salido de la habitación de Chirac.

31

Gante (Bélgica)

Las nubes plomizas amenazaban con precipitarse sobre la ciudad y el ambiente olía a humedad, a pesar de que aún no había caído ni una gota.

Jen, absorta en sus pensamientos, miraba por la ventana la pequeña plaza donde se alzaba la oficina de turismo, antigua Lonja de pescado de Gante. La gente caminaba presurosa, intuyendo que se mojarían antes de llegar a sus casas.

Suspiró, añorando los colores de África, que Karen le había descrito con gran acierto la primera vez que estuvo en el continente y que ella había tenido ocasión de disfrutar en más de una ocasión. Allí, la misma vida parecía cobrar color.

La ciudad gris que contemplaba desde esa ventana, se le antojaba mustia, sin brillo; lo contrario a la explosión de energía que destilaban Nairobi o el Delta del Okavango.

Chirac le puso la mano con delicadeza en el hombro, cuidando de no rozar su herida.

—¿Estás lista?

—En realidad, no.

—Parece que has pasado mala noche. Si necesitas un analgésico más potente, podemos pedirlo.

La fotógrafa no había dormido mal por el dolor de la herida, sino por otro interior, que solo el tiempo curaría.

Después de dos semanas, las pesadillas la acechaban cuando el sueño se apoderaba de ella. Y lo peor es que no se disipaban al despertar, porque no eran pesadillas, sino recuerdos.

Se giró, quitándose la mano del francés de encima. Los dos hombres que los acompañaban en la habitación, estaban sentados

en sendas sillas, con sus ordenadores y aparatos de escucha y rastreo preparados. La miraban, aguardando.

—¡Venga, vamos! —exclamó ella, animosa.

Cogió el móvil preparado y marcó el número de Narek Sarkissian. Saltó un buzón de voz y dejó un mensaje:

—Soy Jen e imagino que sabes por qué te llamo: quieres esos diamantes y yo pienso intercambiarlos por dinero. Sé que te hacen falta, así que no es negociable, o tendrás que comprarlos a algún colega de tu gremio. Llámame para hablar de los detalles.

Su voz firme no reflejaba el miedo que sentía. Hendrix, el que había matado a Aram y había ido a por ella, solo era uno de sus sicarios. El dinero compraba muchos y Jen desconfiaba de la protección de la Interpol. Estar tan cerca de los Sarkissian la hacía sentirse vulnerable.

—Acaba de escuchar el mensaje —dijo uno de los hombres.

—Te llamará —aseguró Chirac—. Hemos cortado sus principales líneas de suministro ilegal y para cumplir con sus clientes necesitará esos diamantes y muchos más.

—Que no pedirá a sus competidores —apostilló otro.

—Cada familia anda metida en sus propias batallas, no se pondrán en posición de perder sus guerras para apoyar a otro. Los comerciantes en bruto carecen de excedentes: lo que compran, lo venden, como si fuera material perecedero —respondió Chirac—. Con eso contamos.

«Ya», pensó Jen, «porque no tienes idea de hasta dónde pueden llegar sus tentáculos».

Aram le había contado los entresijos de los negocios familiares, que eran un más sofisticados que los usados por las mafias: el dinero y la extorsión doblegaban más voluntades que la violencia y ella no terminaba de fiarse de ese pequeño equipo de tres personas. Con que solo uno de ellos se hubiera dejado sobornar, el plan de acusar a Narek de contrabando estaría tan comprometido como su seguridad.

El timbre de su móvil casi la hace saltar.

—Jenell, ¡qué sorpresa tener noticias tuyas!

—Supongo que esperabas nuevas de tu esbirro.

—Suenas resentida —dijo Narek.

—Y tú suenas desesperado.

Jen hizo caso omiso a la mirada de alarma de Chirac. Él tenía sus planes, pero no la conocía, e ignoraba cómo se comportaría en semejantes circunstancias. Si se mostraba demasiado sumisa o complaciente, Narek no se fiaría. La primera vez que la llamó fue para amenazarla, poco después de que sus esbirros matasen a Aram, y ella lo había desafiado, aun sabiendo que no podía permitírselo. Lo sensato hubiera sido enviarle los diamantes y huir, confiando en que se conformara con su silencio.

Pero eso ya no tenía remedio, como no lo tenía lo ocurrido en Botsuana, aunque lo último intentaría compensarlo. Por eso estaba en Gante, después de retractarse de la negativa rotunda que le había dado a Chirac en su primera conversación. El francés seguía subestimando a Narek y Jen sabía que ese exceso de confianza podía costarles caro.

Antes de que Narek la llamase, en Colonia, quiso creer que a Hendrix se le había ido la mano con el encargo de su jefe. Luego cayó en la cuenta de que el armenio estaba furioso con su hermano por robarle y era muy capaz de haber encargado su muerte, con diamantes o sin ellos. De hecho, estarían en su poder de no haber acudido ella a la cita con Aram.

—Dime, tengo curiosidad —dijo el armenio—. ¿Por qué crees que te los voy a comprar si los puedo conseguir gratis?

—Hasta ahora, te ha funcionado bastante mal la fuerza bruta.

—Cuestión de tiempo.

—De tiempo del que careces, según tengo entendido. Yo también he husmeado un poco y sé que has pedido un aplazamiento a tu comprador, que esperaba tener los diamantes hace más de un mes. ¿Te acuerdas cuando fuimos a cenar a tu casa? Te vanagloriabas de tu reputación y de que en los negocios contaba más la palabra que el dinero. Me pregunto qué pensará ese comprador de tu palabra ahora. Puede que se canse de esperar y cancele el trato. Eso jodería mucho tu reputación.

—Sabes que tarde o temprano te encontraré.

—Lo sé. De hecho, sé muchas cosas, Narek. Tengo el móvil de tu hermano, con todas las notas de su investigación sobre los negocios familiares. Siempre lo subestimaste, pero créeme si te digo que era un investigador excepcional. Y hay detalles que le encantaría tener a la policía.

—Cabrona… —exclamó entre dientes Sarkissian.

Chirac llamó la atención de Jen, pidiéndole calma.

—Pero eso no está a la venta. Es mi seguro de vida.

—Aún no has mencionado un precio.

—Veo que te interesa…

—Estamos negociando, ¿no?

—No, tú me estás amenazando. No has dejado de hacerlo y por eso acabo de subir el precio un millón más. Quiero tres.

Narek Sarkissian se quedó en silencio unos segundos y luego soltó una risotada.

—¿Estás loca?

—Piénsalo. Un día de estos volveré a llamarte desde otro teléfono y ya me contarás. Yo no tengo prisa.

—¡Espera!

Jen cortó la llamada.

Ambos técnicos alzaron los pulgares para indicar que estaba todo grabado y que habían localizado el móvil de Narek en Fráncfort, como indicaban sus últimas transacciones.

El comerciante estaba pidiendo favores fuera del ámbito de Amberes, donde ese mes de incumplimiento con su comprador le había costado mucho más que dinero: su nombre empezaba a estar en entredicho porque los rumores corrían.

Los únicos que hubieran podido suministrarle la cantidad de quilates que le faltaban para completar el pedido de su comprador eran sus competidores en Amberes y todos se negaron. Llevaban muchos años soportando la soberbia de la familia y parecía adecuado suministrarles una cura de humildad.

Había intentado comprar directamente a las minas, obteniendo negativas de sus representantes, porque tenían tratos con otros comerciantes, y no desatenderían sus compromisos previos para

proveer a un comprador puntual, por mucho margen de beneficio que obtuvieran en el negocio.

—Habíamos quedado en mantener una conversación civilizada —le reprochó Chirac—. Si le damos tiempo para encontrar los diamantes que necesita, ya no le harás falta.

—Cederá. Tiene dinero de sobra, lo que le falta son esos diamantes en bruto.

—Pareces muy segura.

—¿Crees que habrá ofrecido su precio real a los comerciantes de Amberes que podían ayudarle? Te aseguro que tres millones es calderilla para él: pagaría el triple si pudiera salir de semejante atolladero hoy mismo.

—En estos momentos, está llamando a Nueva York —dijo uno de los técnicos.

—¿Podemos escucharlo? —preguntó el francés.

—No he conseguido acceder a las comunicaciones cifradas.

Su respuesta provocó un rictus de contrariedad en Chirac.

—Te aseguro que estará pendiente, responderá a mi llamada y accederá a las condiciones que le he dado —dijo Jen.

—Estamos suponiendo mucho. La familia tiene una fortuna considerable, no necesitarían trabajar en varias generaciones.

Jen sonrió de medio lado.

—Aún no has entendido que esto no trata de dinero, sino de poder e influencia. Hay mucha gente en el mundo con gran cantidad de dinero y sin ninguna relevancia. Sarkissian quiere liderar el gremio de Amberes como presidente de la bolsa de diamantes, el más influyente del mundo en el sector. Lleva intentándolo toda su vida, siendo derrotado una y otra vez por la comunidad judía jasídica, cuyas raíces en el gremio son muy profundas.

—Sé todo eso, Jen. Llevo tres años siguiendo los diamantes que entran de contrabando en Europa.

—Perdona si dudo que conozcas la importancia que el mercado tiene a nivel mundial. Es verdad que ha perdido fuelle frente a mercados internacionales, pero sigue siendo un referente en el comercio de diamantes. De hecho, hasta la comunidad india dedicada al negocio, se trasladó aquí, cuando podían haberse

dedicado a ello en su país. Para las empresas mineras también es más prestigioso negociar con comerciantes con sede en Amberes que en Nueva Delhi.

—Para no interesarte el tema, como dijiste en Botsuana, sabes mucho —dijo el francés.

—He tenido tiempo de sobra para leer todo lo que Aram dejó en notas y artículos en su móvil. Y para indagar un poco en la red.

Además de lo que le había contado Chirac, los días previos, mientras el equipo del francés ultimaba los detalles, se dedicó a ocupar la mente para mantener a raya los remordimientos.

—¡Venga, vamos a comer algo! —exclamó Chirac.

La fotógrafa negó con la cabeza.

—Subo a mi habitación, tengo que hacer una llamada.

En realidad, tenía que hacer dos, y ninguna fácil.

Empezó con la que más le importaba: Karen le había escrito muchos mensajes, preocupada por no recibir contestación a sus llamadas. A Jen le constaba que Chirac había hablado con ella, pero era hora de dar la cara.

—¿Karen?

—¡Jen! —percibió el alivio en la voz de su amiga—. ¿Te encuentras bien, tesoro?

—Lo siento mucho, Karen —murmuró, sin poder evitar un sollozo que tenía atravesado en el pecho desde hacía días.

—Nadie te culpa por lo ocurrido. Fue un accidente.

Notó que su amiga intentaba contener las lágrimas también. Durante un minuto, ambas guardaron silencio, sabiendo que si continuaban, les fallaría la voz y terminarían llorando.

32

Gante (Bélgica)

A pesar de los esfuerzos de su amiga, a la que prometió llamar en unos días, Jen no se sintió mejor. En cambio, la breve charla le había dado más alicientes para seguir adelante con su idea paralela. Puede que terminase siendo otro error, pero si salía bien, la recompensa merecería la pena y, si se torcía, solo ella lo pagaría.

Con ese propósito, volvió a contactar con Nathaniel Klemperer, el amigo de Aram, con el que había hablado el día anterior, para hacerle una propuesta tan rocambolesca que no le hubiese extrañado que le colgase el teléfono.

Los Klemperer también eran comerciantes de diamantes en Amberes, pero Narek les preparó una encerrona comercial que no pudieron superar. Su empresa permanecía en pie, aunque jamás recuperaría el brillo de décadas atrás.

Aram y Nath Klemperer forjaron una amistad que no logró empañar la competitividad entre sus respectivas familias, a pesar de las barreras culturales y religiosas.

Nath pertenecía a una familia judía, con un arraigo de siglos en la ciudad y en el negocio de los diamantes. Aram era, en comparación, un recién llegado. Su familia llevaba afincada en Amberes solo ochenta años. Se hicieron amigos y conservaron su amistad a pesar de la oposición de sus respectivos progenitores, que no lo aprobaban ni consentían.

Ninguno de los dos estaba interesado en el negocio familiar y se marcharon a estudiar fuera.

El pequeño de los Klemperer era un economista astuto, que había construido su vida en Italia y, aunque su intención era no regresar a Amberes, lo hizo para ayudar a su familia.

Cuando Aram se lo presentó, Jen vio en él a un hombre resolutivo, no a un delincuente, a pesar de su relación con el narcotráfico. Había asumido la responsabilidad de cargar a sus espaldas la parte de un negocio deplorable para que los suyos siguiesen disfrutando de respetabilidad.

Nath era inteligente y consecuente: sabía cuál era su lugar y no se disculpaba por hacer lo que hacía.

Jen se puso en contacto con el viejo amigo de Aram porque se fiaba de él y porque sabía que el narcotraficante estaría interesado en perjudicar a los Sarkissian. Quizá Narek pudiese comprar a mucha gente, pero no a Nath.

—Va a aceptar el trato —dijo.

—¿Estás segura? —preguntó Nath—. Puedo ocuparme de él en cualquier momento, no necesito excusas. Mi madre, que era la escrupulosa de la familia, cambió de opinión cuando supo que había mandado matar a su propio hermano.

—Vamos a hacer las cosas bien para los dos. Tú consigues ponerle en ridículo y hundir su carrera y yo obtengo lo mío.

—No me creo que solo quieras dinero… Sabrá que es cosa tuya e irá a por ti —dijo Nath.

—Ese es mi problema, ¿no?

El antiguo amigo de Aram calló la réplica que tenía en la recámara. Cierto, Jen no se había puesto en contacto con él por miedo, sino porque tenía otro plan en mente. Narek nunca pisaría una cárcel porque para eso tenía a personas relevantes compradas y a abogados competentes.

—Es demasiado listo para intentarlo en persona —dijo él.

—Lo sé y lidiaré con eso cuando se presente. Lo que me interesa es saber si tendrás a tu gente dispuesta.

—Ya están en Gante y no te perderán de vista.

—Lo que no tienen que perder de vista son los diamantes y el dinero —dijo ella.

—Descuida, no contrato a descerebrados. Pero insisto en que correrás peligro. Narek saldrá sin cargos de esto e irá a por ti.

—Me he enfrentado a una familia de leones, creo que podré sobrevivir a cualquier matón que me envíe.

En realidad, eso no era cierto. Había superado la prueba a un gran coste y creía que las bolas curvas que le enviase Narek solo podría devolverlas arrebatándole lo más preciado para él: su reputación en Amberes y en el negocio de los diamantes. Después de eso, tendría que salir corriendo y ocultarse el resto de su vida, aunque lo daría por bien empleado si lograba salir ilesa de aquella aventura en la que no se había embarcado por voluntad propia.

Nath le proporcionó un número para comunicarse con su hombre de Gante y ella se lo agradeció. Tenía que confiar en desconocidos porque se hallaba en territorio inexplorado y de la justicia esperaba poco. Había demasiados intereses económicos en juego para que un fiscal, cualquiera que fuese su nacionalidad, decidiera procesar a Sarkissian.

Y Chirac no era consciente, o no lo parecía.

Habló brevemente con el hombre, que se identificó como Wouters y fijaron una cita para esa misma noche, a una hora en la que los agentes de la Interpol estarían dormidos.

Wouters, puntual, llamó a la puerta de su habitación con los nudillos y ella le hizo pasar con rapidez. El hotel era pequeño, contaba con solo cuatro alturas y tenía cinco habitaciones por planta. Se trataba de un edificio antiguo reformado, que conservaba altos techos, decorados con pinturas al fresco algo desvaídas. Los propietarios actuales debieron pensar que, aparte de que restaurarlas costaría un riñón, así parecían más auténticas y se notaba menos su falta de continuidad, por la división de habitaciones.

Durante una hora, sentados delante de una mesita redonda para el desayuno, hablaron de lo que Jen necesitaba. Mantuvieron un tono bajo por la hora y por discreción. En teoría, ella se alojaba sola en el hotel y no quería que algún empleado nocturno se fuera de la lengua y Chirac se enterase de su visita nocturna.

—Solo me hace falta saber cuándo y dónde —dijo él.

Quizá por dedicarse Nath al negocio de los estupefacientes, Jen se había formado una idea equivocada y esperaba encontrarse con un tipo malencarado, de los que cualquiera con instinto de conservación se mantendría a distancia. Wouters parecía el típico

oficinista que terminaba su jornada laboral y acudía a cenar en familia. Tenía el cabello rubio y muy fino, usaba gafas de montura metálica y poseía una constitución delgada, casi delicada.

Ella no lo imaginaba inmerso en el peligroso mundo del tráfico de drogas y se preguntó si Nath había entendido lo que quería hacer. Se jugaba demasiado.

—A eso aún no puedo responderte, pero debería ocurrir en un par de días, tres a lo sumo —le dijo a Wouters—. Será en un lugar público, vigilado por la policía y la Interpol.

Él le restó importancia con un gesto.

—¿Puedo saber qué planeas?

Wouters se levantó, dando la charla por zanjada, aunque no antes de contestar:

—No tienes por qué saberlo, aunque aún debo meditarlo.

—Perdona —dijo ella a su espalda—, esto me concierne, yo también puedo ir a la cárcel.

—Eso es cosa tuya. Yo me atendré a mis órdenes y solo espero una llamada para que me informes del día, hora y lugar del encuentro con Sarkissian.

Salió y cerró la puerta a su espalda sin hacer ruido.

33

Gante (Bélgica)

Jenell Wolften no era una mujer temerosa. De hecho, era bastante temeraria, por eso Aram y ella habían congeniado. Ambos eran capaces de llegar al límite para hacer su trabajo.

No obstante, esa mañana Jen estaba nerviosa.

Había vuelto a hablar con Narek, haciendo gala de la misma sangre fría y osadía usadas en sus anteriores conversaciones, sin darle tregua y haciéndole saber que era ella la que tenía la sartén por el mango, porque estaba al tanto de sus dificultades para ultimar el trato con sus clientes.

Las peticiones de calma de Chirac la desquiciaban. Con Narek solo se podía tratar poniéndose a su mismo nivel de agresividad y si el francés no quería entenderlo es porque aún era tan iluso como para creer que el armenio llegaría a sentarse en un juzgado.

A Jen le maravillaba que hubiese logrado encontrarla en África y que, sin embargo, fuese tan ciego para creer que el arresto de Sarkissian terminaría en una celda.

—En realidad, encontrarte fue un tiro de azar que salió bien —le dijo, cuando Jen le preguntó cómo la había encontrado en la fundación del delta del Okavango—. Hyun y tú no teníais relación alguna, excepto porque él investigaba el tráfico de marfil, como Aram hizo en su momento.

—Y seguiste a Hyun.

—Al principio, no lo pensé. Lo dejé ir porque estaba claro que solo había presenciado la caída de Aram, como Gary y yo. Dio la casualidad de que todos estábamos allí en ese momento.

—Ya. Pero él desapareció.

—Dejando su maleta, cierto —asintió el francés—. Todos pensamos que se había asustado al ver caer a alguien desde las

alturas, lo que era normal. Pero lo que ya no fue normal es que no diese señales de vida más tarde. Lo lógico es que hubiera vuelto a por su equipaje y a declarar, como cualquier persona.

—Perdona, pero no cualquiera —objetó ella—. Igual que en Estados Unidos, en Europa hemos desarrollado una gran paranoia contra los extranjeros. ¿Durante cuántos días lo interrogasteis?

—Eso no es cosa mía. Mi labor con la policía de otros países es de asesoramiento.

—Igual que haces ahora, ¿no? —preguntó ella con ironía—. Lo quieres todo bien atado antes de avisar a la policía local.

Chirac elevó una ceja.

—Esto lo estoy llevando con la policía local.

—Ya.

Aquel «ya» contenía una gran dosis de incredulidad, que el francés decidió pasar por alto.

—Cuando Hyun no dio señales de vida, encargué un seguimiento y vimos que se registró en un hotel esa madrugada. Hubiese enviado a alguien a pedirle que se acercara a la estación de policía más cercana, pero resulta que el hombre encargado de revisar las imágenes del hotel se aburría y dejó el vídeo corriendo al triple de velocidad, por si acaso. Y cuál no fue su sorpresa cuando te vio entrar en el mismo hotel varias horas después.

—Vaya, el Gran Hermano vigila —ironizó Jen.

—A él mejor, porque conservaba su teléfono. Tú, en cambio, te deshiciste del tuyo.

—Pues me fue de un pelo, porque estábamos a punto de coger un avión cuando lo llamaste.

—No se me ocurrió que querrías salir por Ámsterdam, en lugar de hacerlo desde Colonia. Estuviste rápida.

—Odio ser previsible.

—Eso suponía. El caso es que yo quería dejarlo libre enseguida porque imaginaba que habríais quedado en algún sitio, pero la policía tenía que hacerle las mismas preguntas una y otra vez, esperando contradicciones o respuestas distintas. Perdimos mucho tiempo, pero al fin os encontrasteis en Nairobi. Tardamos un poco en dar con el piloto que os llevó a Francistown y luego solo tuve que

atar un par de cosas más, como que la veterinaria titular de la fundación de Gary Brand era tu mejor amiga. Lo demás vino rodado. Te hubiese perdido de no ser por él, porque no volviste a usar una tarjeta ni a pasar un control de aduanas de ningún país.

Jen chasqueó la lengua.

—Ya sabía que cargar con Hyun me traería problemas.

—Soy meticuloso en mis investigaciones.

—Puede, pero gracias a ti, el sicario de Narek me encontró.

—Eso también se está investigando.

—Disculpa mi escepticismo, pero reconoce que no fuiste cuidadoso porque eso me costó…

Ella calló. El coste de que Chirac la hubiese encontrado era insignificante, comparado con el daño provocado por ella misma al huir de Hendrix.

—Se está investigando, Jen —dijo el francés—. Parece que la información salió de nuestra sede en Colonia.

—Te dije que Narek tiene mano en muchos sitios.

—Daremos con esa persona y tendrá su castigo.

Palabrería era todo lo que la fotógrafa escuchaba. Chirac parecía no concebir que las personas eran igual de corruptas en cualquier lugar del mundo. Daba igual si se dedicaban a la venta de pollos en Beijing, a la bolsa en París o a hacer cumplir la ley en México. Solo había que dar con la recompensa adecuada, ya fuera dinero, información o notoriedad.

Pero eso ya estaba hecho y no tenía remedio.

Lo que alteraba a Jen era lo que iba a suceder a media mañana en una plaza muy concurrida de Gante, en la que se vería cara a cara por segunda vez con Narek Sarkissian.

Fingía no temerle, pero le tenía miedo porque era de esas personas incapaces de darse por vencidas. De los que se ahogarían en su propia sangre y te escupirían en la boca, esperando que te envenenases con ella. Necesitaba diamantes, pero tenía dinero como para aburrir y si se había enterado de la encerrona preparada por la policía, con ayuda de la Interpol, las cosas podían ponerse feas para ella.

A media hora de la entrevista, Narek volvió a ponerse en contacto con Jen para cambiar de lugar.

—Tranquila —dijo Chirac, nos adaptaremos.

Ella fue al baño y le comunicó el cambio de planes a Wouters, que refunfuñó, pero dijo que estaría preparado.

Sarkissian era tan desconfiado como Jen, pero ella no dejaría que llevase más las riendas porque se jugaba su vida con ese trato.

La plaza Korenmark era amplia y tenía varias terrazas donde los ciudadanos disfrutaban de las pocas treguas que las nubes daban a esa parte del país, tan prolija en lluvias y en cielos grises.

Por el centro de la plaza, una vía principal, pasaban dos líneas de tranvía, además del tráfico habitual de reparto y bicicletas, que ya no tenían un carril específico porque estaban integradas en el ambiente, como en muchas otras ciudades, en las que eran más habituales que los vehículos a motor. De hecho, delante de la cercana iglesia de San Nicolás, había un gran aparcamiento para ellas.

Jen podía verlo desde la terraza donde se encontraba. Y podía ver muchas más terrazas alrededor, ocupadas por empleados con prisas, por amas de casa ociosas y por hombres de negocios inmersos en sus móviles y ordenadores.

Llevaba su bolso en bandolera pegado al cuerpo, y no había tocado la taza de té que un camarero acababa de ponerle delante.

No vio llegar a Narek. Debía estar dentro del establecimiento, aguardándola. Traía un maletín en cada mano y la expresión del que tiene todo bajo control.

—Me alegro de verte con vida aún.

Se sentó delante de Jen sin pedir permiso.

—¿Vamos a hacer negocios o a decir tonterías? Porque eso es bastante hipócrita, teniendo en cuenta que enviaste a por mí al mismo que mató a tu hermano.

Narek depositó los maletines a su lado y puso ambas manos sobre la mesa.

—¿Llevas micrófono, Jenell?

—¿Y tú?

—¿Para qué lo querría?

—¿Para qué lo querría yo? —contestó ella.

Narek tenía unas espesas cejas, que usaba para dar contexto a sus preguntas. Ahora, elevó ambas.

—Los dos estamos fuera de la ley, tal cual lo veo… Yo no te voy a decir qué llevo en el maletín y tú no vas a decirme qué llevas en el bolso. Hay confianza, ¿no? Casi somos familia.

—Por suerte en este caso, casi no es el número ganador —espetó Jen con desagrado—. Quiero ver la pasta.

El comerciante sonrió de medio lado.

—Primero quiero comprobar la mercancía. A ver si piensas que voy a conformarme con tu palabra —dijo él, abriendo uno de los maletines para extraer un aparato del tamaño de una caja de zapatos, que colocó sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Qué desea…?

—¡Largo! —él espantó al camarero con un gesto. Estaba centrado en Jen y en la conversación, y no quería interrupciones.

La fotógrafa conocía la función del aparato que Narek acababa de depositar sobre la mesa. Se trataba de un analizador para descubrir su pureza. El espectrómetro de masa le proporcionaría datos sobre la pureza de cada piedra, la viabilidad para el corte y un valor aproximado en el mercado, una vez pulido.

—Te dejo que examines cinco, Narek —advirtió ella—. No vamos a estar aquí todo el día, así que escoge.

Le tendió la bolsa con los diamantes en bruto y él metió la mano para sacar uno como si se dispusiera a extraer el número de un sorteo. Ni siquiera intentó disimular, sino que observó el mineral desde todos los ángulos antes de introducirlo en el aparato, cerrarlo y pulsar un botón.

A simple vista, los diamantes en bruto se asemejaban a trozos informes de cristal opaco. Para convertirlos en artículos de lujo, deseados por aquellos que podían permitírselo y por los que no podían, tenían que pasar por un proceso para cortarlos, aprovechando su forma, y pulirlos para embellecerlos, sacando a relucir todas sus aristas.

Los minerales tenían buen tamaño y de cada uno se podían sacar gemas de dos quilates como mínimo.

Jen se había asegurado de ello, en sus consultas en varias páginas de internet. Pocos tenían formas complejas que harían inviable el corte para gemas de menos de un quilate.

Narek realizó la misma operación con cuatro piedras más, escogidas al azar de la bolsa y se recostó en el respaldo del asiento, suspirando ruidosamente.

—De acuerdo. Dos millones.

—Tres, Narek —contestó Jen, sonriendo de medio lado.

—No valen tres millones.

—Si no has traído tres millones, me largo ahora mismo y se los ofrezco a cualquiera de tus competidores. Tengo entendido que estarían encantados de pagar dos, con los que me conformaría, para verte humillado del todo y fuera del distrito de los diamantes.

Él enrojeció de rabia y se inclinó hacia adelante sobre la mesa para decirle en voz baja:

—Tengo más hombres como Hendrix, y mejor preparados que él. Esto no solo te costará la vida, sino mucho sufrimiento antes de que la pierdas. Me cargaré a tu amiga africana y arrasaré ese agujero inmundo en el que cuida animales. Te lo prometo.

—Eres un jodido psicópata, Narek.

—Y tú una ilusa, si crees que vas a disfrutar de esto. —Puso uno de los maletines sobre la mesa, con tanta violencia que volcó la taza de té de Jen.

Ella miró alrededor porque el gesto brusco había llamado la atención de varios clientes, que los miraban.

—Tú sí que sabes lo que es la discreción… —comentó.

—Aquí hay tres millones. Dame la bolsa o te la arrancaré, junto con las manos, y me llevaré todo.

—Y en dos minutos serías viral en las redes sociales. ¿Por qué crees que quería un encuentro público, idiota?

—Comprueba la pasta, quiero largarme.

Jen abrió el maletín unos centímetros. Se encontraba lleno de fajos de billetes de cien euros. Por supuesto, no podía ponerse a contarlos allí, por lo que lo cerró y puso la bolsa de diamantes en bruto sobre él.

—Ve a salvar lo que queda de tu culo —le dijo a Narek.

El comerciante cogió la bolsa y la introdujo en el otro maletín, en el que había traído el espectrómetro portátil. Se levantó y le lanzó una última amenaza:

—Recuerda que voy a joder cada aspecto de tu vida. Si eres lista, te suicidarás antes de que mis hombres te encuentren.

Dos agentes de las fuerzas especiales de la policía belga, pertrechados para un asalto, lo tumbaron en el suelo y le esposaron las manos a la espalda. Jen ni los había visto acercarse.

Ella sufrió la misma suerte, sin siquiera haber llegado a levantarse de su silla.

Muchos clientes salieron corriendo, pero otros se quedaron, grabando la detención.

Varios coches de policía, con las luces de emergencia puestas acudieron para acordonar la zona y espantar a los curiosos, que seguían grabando y cuchicheando sobre la detención.

Un furgón con la sirena aullante se detuvo sobre las vías del tranvía y los agentes que habían detenido a Narek lo llevaron casi en volandas a su interior, junto con las pruebas. El detenido, los dos maletines, la bolsa de diamantes y los agentes desaparecieron dentro, y el conductor arrancó de inmediato.

Chirac, que había presenciado el encuentro desde una furgoneta de reparto, situada al otro lado de la calle, se acercó a toda prisa a Jen. La policía lo tenía grabado todo, pero le había prometido a la fotógrafa que no la llevarían a la comisaría con Narek.

—Si tengo que ir detenida para cumplir las expectativas, lo aceptaré, pero asegúrate de que nos pongan en coches distintos. No quiero verlo más de lo necesario —le pidió el día anterior.

El francés dijo que lo arreglaría y cumplió, porque los agentes que la levantaron, con las manos esposadas a la espalda, la metieron en el asiento trasero de uno de los coches policiales.

—Voy detrás de ti, tranquila —exclamó Chirac.

Ella no estaba preocupada por eso, sino por lo que vendría después de salir de la comisaría.

Había asumido que la aventura le costaría algo más que el bochorno de verse esposada en público. Aunque el francés le prometió que solo Sarkissian saldría en prensa y se omitiría su

nombre, no había forma de controlar lo que los ciudadanos subieran a sus redes sociales.

Era seguro que perdería su trabajo y que los galeristas habituales no la llamarían para montar exposiciones, pero había galerías en todo el mundo y solo vivía en Colonia por su trabajo, además de por Aram, cuando estaban juntos. Libre de ataduras, pensaría en mudarse a cualquier otro lugar.

—Te invito a un café, si me dices en qué estás pensando.

Chirac la sorprendió, entrando en la sala de interrogatorios sin hacer ruido, o es que Jen no se enteró porque se encontraba sumida en sus pensamientos. Llevaba una hora allí y nadie se había acercado siquiera a ofrecerle agua.

—¿Cuándo podré marcharme?

—Ya puedes. Pero tómate un café conmigo —le dijo el francés, sentándose en una de las sillas, al otro lado de la mesa, y alargándole un vaso de cartón con café humeante.

—Imagino que tendrás mucho trabajo interrogando a Narek Sarkissian. Yo quiero largarme de aquí.

El francés torció el gesto.

—Sarkissian ha desaparecido —dijo.

—¿Qué? ¿En qué coño estáis pensando? —gritó ella, levantándose de la silla, fingiendo sorpresa e indignación.

—Tranquila, aparecerá.

—¡Y una mierda tranquila! Te dije que había que llevar esto en secreto porque tiene mucho dinero y más contactos. Yo me largo. Llámame si necesitas algo, porque no pienso quedarme aquí, a la espera de que envíe a alguien a cortarme el cuello.

34

Amberes (Bélgica)

Chirac cumplió su parte. Durante los días precedentes, se dedicó a convencer a jefes de policía belgas y alemanes de que Jen era una aliada necesaria para capturar a Sarkissian. Si insistían en presentar cargos contra ella, perderían la oportunidad de destapar un escándalo que sacudiría a la comunidad mundial del diamante.

Así pues, tras un par de horas en las que firmó su declaración, aceptando quedarse en el país en espera de testificar en el juicio, Jen abandonó las dependencias policiales.

Cuando subió a un taxi que la aguardaba en la puerta, conducido por Wouters, la noticia de la detención de un reputado comerciante de diamantes saltó a la prensa digital.

La detención llevaba en las redes desde que ocurrió, pero el comunicado, junto con unas buenas fotografías, se hizo público en ese momento, así como la preocupación de la policía al descubrir el furgón que trasladaba a Narek y las pruebas, asaltado y con los agentes inconscientes.

—¿Ha ido bien? —le preguntó Jen al chófer, cuando arrancó y se internó en el tráfico de una vía principal.

Por toda contestación, Wouters sacó su móvil, marcó un número y le pasó el aparato.

—¿Jen?

—Nath, Wouters no me dice nada. ¿Ha ido todo bien?

—Mis hombres son profesionales. Narek, los diamantes y el dinero están a punto de llegar a Amberes.

—Narek tendría que estar en una sala de interrogatorios…

—Lo hablamos cara a cara, ¿te parece?

—Si me voy de aquí, el agente de la Interpol va a sospechar.

—Chirac ya sospecha —dijo Nath.

—No le he dado motivos.

—Se los has dado cuando la noticia, que tenía que haber filtrado la policía, está ya en todos los medios de comunicación.

—¿Por qué te has adelantado?

—Porque la noticia no hubiera salido de la oficina de prensa de la policía belga. En esa plaza no solo había policía, estaba la gente de Narek, esperando para intervenir. Al ser interceptados, han recurrido al plan de contingencia: la familia ha ordenado que no se filtre a la prensa y que se contacte con el ministro de interior para exonerar a Narek de cualquier cargo, alegando que había ido a hacer un trato por diamantes legítimos.

—Los diamantes legítimos no se venden en cafeterías…

—Los diamantes en bruto carecen de dueño. Veámonos y hablemos de todo esto.

Jen devolvió el móvil a Wouters y se arrellanó en el asiento trasero, confiando en que Nath fuese tan íntegro como Aram pensaba, porque ahora ella estaba en sus manos.

El conductor no volvió a abrir la boca hasta que llegaron, una hora después, a Amberes y la dejó en casa de Klemperer, que la esperaba en la entrada.

—Gracias, Wouters, buen trabajo —dijo Nath a su hombre, que asintió con la cabeza, sin salir del taxi.

—Señor Klemperer, le dije que me hacía cargo de…

—Lo sé y lo tengo en cuenta. Espera aquí.

Jen recordaba la casa de Nath de cuando Aram y ella fueron a visitarle. Tenía un aspecto austero por fuera, que la decoración interior desmentía: los colores primarios saltaban a la vista, así como las líneas rectas. Era el hogar de alguien con gustos personales, que necesitaba tenerlo todo en orden.

—Pasa, Jen. ¡Bienvenida de nuevo! Mi familia se encuentra fuera, pero creo que podremos arreglarnos solos.

Recordó que la otra vez su familia también se encontraba ausente, y ella sospechaba que tenía que haber desavenencias entre el matrimonio si ella y los niños vivían en otro sitio. Aunque eran temas personales en los que prefería no ahondar y, en todo caso, tampoco le importaban.

—He preparado una cena temprana, por si tenías hambre.

Se sentaron en la cocina, delante de una mesa que contenía muchos recipientes de comida que no había cocinado él. Ni siquiera se había molestado en sacarlos de los envases que le había proporcionado el restaurante.

—Vamos al grano, Nath, he tenido un día duro.

—Por eso debes recuperar fuerzas —contestó él, sirviéndole vino blanco frío en una copa—. Debería bastarte con saber que Narek no es una amenaza para ti y que nuestro trato sigue vigente.

—Quiero conocer los detalles de lo que ha pasado esta mañana en la plaza.

—¿Para qué? Ha salido bien, ¿no?

—Simple curiosidad —dijo ella, sirviéndose carne en salsa y añadiendo arroz basmati, aromatizado con hierbas y cítricos.

—Wouters llevaba su propio equipo y habían trazado un plan, sabiendo que la zona estaría vigilada por la policía belga —contestó él, eligiendo con cuidado los trozos de pollo frito que contenía uno de los recipientes—. Se han encargado de neutralizar a todos los hombres de Narek. Muchos, por si te lo preguntas.

—No me cabe duda. Llevaba tres millones de euros encima.

—Mientras, se encargaron de dejar fuera de juego al conductor del furgón que tenía que llevarse a Narek y las pruebas. Por eso Wouters insistió en que debías ir en otro vehículo. Si no estabas en el mismo, no podían sospechar de ti cuando todo se esfumara.

—Bien, entiendo que el conductor era uno de tus hombres, pero estará grabado en algún sitio…

—Las cámaras son muy puñeteras. Se estropean con facilidad, así que nadie sabe que alguien suplantó al conductor porque lo encontraron al volante, tan sedado como a los agentes que escoltaban a Narek.

—¿Y dónde está? —preguntó ella.

—Sufriendo por verse en la prensa como un traficante. Lo está pasando francamente mal y creo que le falta esto para tomar una decisión drástica. ¿Acaso importa dónde y cómo? —Nath escogió algunas láminas de zanahoria para llevarse a la boca y sonrió—. Los Sarkissian no han podido silenciar a la prensa, y tienen sus casas y

el negocio asediados por los medios de comunicación. Se les ha ido de las manos y ahora tienen muchos más problemas que buscar a los culpables.

—¿Y si terminan asociándote a…?

—Sé cuidar de mí mismo y tú deberías estar contenta de haberte quitado la amenaza que pesaba sobre ti.

No solo sobre ella. Narek hubiera sido capaz de cumplir su amenaza contra Karen, por lo que se alegraba de que Nath lo tuviese aislado en algún sitio. Y si era del todo sincera, esperaba que estuviera sufriendo mucho.

—Me importa poco lo que hagas con él. Un hombre capaz de matar a su propio hermano, merece poca compasión y yo no tengo ninguna que ofrecerle —dijo.

Klemperer la señaló con el tenedor.

—Esa es la actitud.

—Ahora, tendríamos que hablar de negocios.

La fotógrafa temía ese momento. Nath tenía en su poder a Narek, los diamantes y el dinero. Le resultaría fácil darle la patada.

—Mi palabra es válida, si es lo que temes —dijo él, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Lo es?

La sonrisa del traficante podía ser tranquilizadora o tener connotaciones negativas para ella.

—Soy narcotraficante, lo peor de lo peor de la sociedad —dijo él —, pero nunca le doy la espalda a mis amigos. Tú has confiado en mí porque Aram lo hacía y yo lo valoro.

Jen aguardó una continuación, porque Nath no había terminado de exponer lo que quería decir.

—Si Aram te trajo a mi casa es porque confiaba en ti, por eso también te confió los diamantes robados. No pareces una mujer necesitada de dinero, más bien pareces una con una cuenta pendiente que quiere satisfacer.

Ella no le interrumpió, quería saber hasta dónde llegaría.

—Deseas a Narek fuera de circulación para que no sea una amenaza contra las personas a las que quieres y contra ti misma. Lo sé porque he escuchado las grabaciones de la policía en la terraza.

Sarkissian no es el único con relaciones y dinero para pagar a la gente adecuada. Por esa parte, ya no tienes que preocuparte.

—Estaba dispuesta a encargarme en persona.

—Pues ya no tienes necesidad. En cuanto al dinero y los diamantes, también está todo controlado. Según lo acordado, me quedo con los diamantes, en pago por mi intervención en este asunto, y el dinero será blanqueado para que puedas disponer de él a tu conveniencia.

—Los tres millones íntegros —recalcó Jen—. Nada de porcentajes por blanqueo.

—Sin porcentajes. Puedo permitirme correr con los gastos del blanqueo y te pondré en contacto con un gabinete gestor para que ingresen el dinero donde quieras. Eso es cosa tuya.

Nath se levantó, sacó sendas tarrinas de helado del congelador, le alargó una y chocó la suya en un brindis informal.

—Solo espero que si te retiras a las Barbados a escribir tus memorias, te olvides de mencionarme.

35

Delta del Okavango (Botsuana)

La fotógrafa se quedó a dormir en casa de Nath.

Estaba tan cansada que prescindió de los somníferos, creyendo que, por una noche, descansaría sin el acoso de las pesadillas que la visitaban cada vez que cerraba los ojos.

En la oscuridad del dormitorio, pensó en una excusa para ofrecerle a Chirac por su desaparición, puesto que tenía intención de madrugar y volver a Gante a primera hora. No obstante, su mente tomó los derroteros que no debía muy pronto y la pesadilla empezó sin haberse dormido siquiera, porque, en realidad, no se trataba de una pesadilla, sino de un recuerdo doloroso.

*****

Seguía en África, en el resort donde había esperado tener un momento de intimidad con Neo, que se convirtió en una conversación obligada con un agente de la Interpol. De esa forma, se enteró de algunos aspectos de lo ocurrido en Colonia que desconocía.

—Aram y yo trabajábamos juntos. Él tenía mucha información de su familia y de los tratos turbios que manejaban, que era lo que yo investigaba. Tenía conocimiento puntual del último alijo de diamantes ilegales, con pelos y señales, gracias a los investigadores sobre el terreno que se encontraban infiltrados en las minas de aquí. Sabía cuándo y dónde se entregarían…

—¿Y por qué se los llevó?

—No sé qué se le pasó por la cabeza para llevárselos —respondió Chirac—, pero se cargó el operativo de seguimiento que teníamos montado para llegar al receptor final, que era su hermano. Su locura nos costó meses de trabajo e investigación.

—Vale, especular sobre eso ya no sirve de nada.

—No. Lo que sí sirve es que Sarkissian cree que te entregó los diamantes a ti. Y yo también.

Después de un tira y afloja verbal, Jen se vio en la necesidad de darle la razón. Tampoco entendía el proceder de Aram, a no ser que no se fiara del todo de Chirac, así que más le valía ser precavida en todo lo tocante a los diamantes.

—Narek Sarkissian está convencido de que escondiste sus diamantes y se encuentra en una situación comprometida y, por lo tanto, es vulnerable. ¡Ayúdame a detenerlo!

Jen lo meditó. Quería a Sarkissian en una celda por lo de Aram, pero aún no deseaba irse del delta. Tenía un asunto pendiente y una amiga que necesitaba compañía.

—Te ayudaré con todo eso, pero dame tiempo —le dijo al agente —. Lo necesito para despedirme en condiciones.

El agente lo entendió y quedaron en marcharse juntos en tres días, porque Chirac no se iría sin ella.

—Genial, seguro que lo pasas bien participando en algunos safaris —dijo Jen, dando la charla por terminada—. Imagino que no andarás muy lejos, pero yo ahora tengo asuntos que tratar.

Sus asuntos consistían en echarle la bronca a Gary por la encerrona y luego acudir a su cita con Neo, porque ese día los planetas parecían haberse alineado para estropearle la jornada.

Si hubiese imaginado cuán aliados estaban los planetas para amargarle la vida, no hubiera salido de la habitación del agente.

Acababa de ver a Gary, sentado en una banqueta del bar, dándole la espalda, cuando chocó con un hombre al que no hubiera deseado volver a ver en su vida: Hendrix, el asesino de Aram, que la sujetó de la muñeca en una presa dolorosa.

—¿Creías que te habías deshecho de mí? —le dijo, exhibiendo una sonrisa taimada.

—Si no me sueltas, gritaré.

Él aflojó el agarre y aseveró:

—Voy armado, camina delante de mí hasta la salida o dejo seco a tu amigo y te arrastro de los pelos, aunque tengamos que irnos de aquí a tiros. Te aseguro que…

Ella no esperó a que terminase la amenaza, le dio un rodillazo en la entrepierna y se giró, para correr hacia la salida del hotel, sin disculparse con las personas a las que arrolló en su huida.

Su corazón superaba el ritmo de sus piernas, porque no dudaba de que Hendrix la seguiría. Lo único que se le ocurrió fue coger el coche de Gary y llegar al campamento para pedir auxilio. Allí todos disponían de armas.

Ya había observado que nadie se molestaba en quitar las llaves del contacto de los vehículos y esperaba que el sicario de Sarkissian tardara un poco en descubrirlo, ya que en su estado de nervios, no dejaba de cometer errores: se le caló el Land Rover dos veces y en vez de seguir el camino central, porque iba a tanta velocidad que casi se mete de lleno en una zona de maleza alta, se desvió por uno que quedaba a la derecha. Cuando se disponía a dar la vuelta, vio los faros detrás y no tuvo más remedio que continuar.

Nunca había conducido un vehículo como aquel y se le antojó demasiado lento, a pesar de que tenía el pedal del acelerador apretado hasta el fondo. El coche que la seguía, acortaba distancias poco a poco y tuvo que aminorar para no perder el camino de tierra apisonada. Si caía por algún desnivel del terreno… Prefería no pensarlo. Creía a Hendrix muy capaz de torturarla para sacarle el paradero de los diamantes y luego la mataría.

Los faros del coche perseguidor la cegaban y apartó el retrovisor. No sabía si el camino la llevaría a alguna población, porque su sentido de la orientación era nulo en ese lugar.

Rebuscó en su bolso el móvil y se disponía a llamar a Neo para pedirle ayuda, pero lo pensó mejor: llevaba el coche de Gary y todos disponían de GPS, él podría enviar a la policía. Ni siquiera sabía si había llegado a pulsar el botón de llamada, porque un golpe en la trasera del Land Rover la hizo soltar el teléfono con un grito entre asustado e histérico.

Le dolía la pierna de mantener el acelerador apretado, los brazos de sujetar el volante y su visión borrosa le indicó que estaba llorando. Se limpió las lágrimas de un manotazo, cuando un nuevo golpe le arrancó una maldición. Cada vez que el otro coche golpeaba el suyo, le hacía perder estabilidad.

De repente, vio por delante una manada de búfalos cafre, a punto de cruzar el camino y se obligó a no aminorar la velocidad, aunque corría el riesgo de chocar con ellos. Casi cerró los ojos al pasar a toda velocidad por el hueco que quedó entre los animales de cabeza y el grupo que los seguía.

Los faros del coche no le permitieron saber cuán grande era la manada, pero eso detendría a Hendrix un momento. Escuchó el claxon airado del otro coche, que no había conseguido superar la barrera impuesta por la manada. ¡Ojala la emprendieran con él!

Al alejarse, sin llevar la luz del otro vehículo a la espalda, se relajó un tanto y pudo oír lejana la voz de Gary.

—¿Jen, estás ahí? No te oigo.

Valoró detenerse un momento y recuperar el móvil, caído en algún lugar del suelo. No veía más que un leve resplandor debajo del asiento del copiloto, pero lo descartó de inmediato. Era más importante alejarse de Hendrix.

—¡Gary, me persigue un hombre y no sé dónde estoy! —gritó, esperando que la oyera—. Llama a alguien, por favor…

—… coche has cogido?

Jen apenas lo oía por el ruido del motor.

—Llevo tu coche —gritó.

Colocó el retrovisor para vigilar su espalda.

—… radio.

—¡No te oigo!

—Enciende la radio. El botón iluminado de la derecha.

Lo localizó en un segundo y lo pulsó.

—Ya. Ahora ¿qué hago?

—…minutos.

—¡No sé qué dices!

—Jen, serénate.

La voz de Gary salía ahora por la radio y suspiró. Podía escucharle. Debía estar usando la que llevaba siempre prendida en la cinturilla del pantalón.

—Voy a localizarte por el GPS de mi coche e iré a buscarte.

—Me alcanzará antes…

—Jen, no puedo oírte. Coge el micrófono y mantén el botón pulsado cuando quieras hablar.

Ella se arriesgó a aminorar la velocidad para seguir sus instrucciones. Temblaba tanto que apenas conseguía mantener el vehículo recto.

—¡Es uno de los hombres de Colonia. Me persigue. Creo que lo he dejado atrás, pero no sé por cuánto tiempo. Quiere matarme!

Gary había corrido hasta el mostrador de recepción y cogió el primer ordenador que vio. Neo, que bajaba las escaleras a toda velocidad porque había escuchado la radio, sintonizada en la frecuencia del campamento, se acercó.

—De acuerdo, tengo tus coordenadas, Jen. Modera la velocidad, vas derecha…

Jen creyó, por su respiración forzada, que estaba corriendo.

—Vamos detrás de ti.

—Decías que voy derecha…

—Si continúas, entrarás en el territorio de la familia de leones que vimos el otro día.

A ella se le cortó el aliento. ¿Tan lejos había llegado?

—Ve despacio, no te detengas por nada y, sobre todo, no salgas del vehículo.

Las instrucciones, lejos de tranquilizarla, la tensaron en mayor medida, aunque ni punto de comparación con lo que sintió al ver los faros en el retrovisor.

—¡Vuelve a estar detrás de mí! —gritó.

—Deja que avise a gente que puede estar por la zona para detectar a furtivos. Conserva la calma.

Ya, era muy fácil decir eso cuando no había nadie persiguiéndole por un lugar desconocido en plena noche. Aceleró, aun sabiendo que Hendrix la alcanzaría en breve.

De nuevo, tenía ganas de llorar de frustración.

El sicario la alcanzó y volvió a darle un golpe por detrás, obligándola a sujetar el volante con mayor fuerza, para que el coche no se saliera del camino. Pronto, Hendrix cambió de táctica: quería obligarla a detenerse a toda costa, e hizo un amago de adelantarla por la derecha, para golpearla desde otro ángulo.

Jen perdió por un momento el control del vehículo y se salió del camino, reduciendo la velocidad por inercia. Hendrix aprovechó para colocarse a su lado y empujarla una vez más, con un volantazo seco. Ella frenó, pero no antes de que el vehículo girase sobre sí mismo y cayese en un meandro seco del delta, de casi dos metros de profundidad. Se golpeó la cabeza contra el volante y, cuando abrió los ojos, solo podía ver la negrura por delante, puesto que su motor se había detenido. A la derecha, a la altura de sus ojos, venía el camino, una capa de tierra yerma sobre la que se detuvo el coche del sicario.

Los faros la deslumbraban, aunque escuchó la puerta del vehículo de Hendrix abriéndose. Ella buscó la llave para arrancar el suyo, pero fue imposible, la batería no hacía contacto.

—Jen, ¿me oyes?

En realidad no oía nada. Tenía todos los sentidos centrados en los pies calzados con mocasines de Hendrix, que se acercaba con la pistola apuntando en su dirección, dejando escapar una risita entre dientes, como si le divirtiera la situación.

—Pues ya está. Fin del trayecto —dijo el sicario—. ¿Prefieres salir por tu propio pie o te saco de los pelos?

—Jen, te alcanzaremos en cinco minutos. Pase lo que pase, no salgas del coche —dijo Gary por radio, puesto que esta disponía de su propia batería.

Eso si lo escuchó y tentada estuvo de coger el micrófono, pero ¿qué iba a decir?

Un rugido cercano la sobrecogió. Había sonado alto y amenazador. De pronto, Hendrix, cuya silueta podía ver recortada contra la luz de los faros de su coche, cayó bajo la embestida de un enorme león que salió de la nada. La pistola se le escapó de la mano y fue a caer a apenas un metro de Jen, que no dejó pasar la ocasión. Alargó la mano y la cogió, mientras escuchaba un gemido del sicario, que terminó con un crujido sordo al romperle el animal el cuello con sus fuertes mandíbulas.

Percibió entonces otros rugidos alrededor que le pusieron el vello de punta. Unas patas se pasearon por delante de sus ojos y trató de

cerrar la ventanilla de su lado, como si aquello fuera a crear una barrera entre los leones y ella. No lo consiguió.

Sintió unas patas pesadas sobre el techo y que una ventana trasera estallaba. Jen temblaba y hubiese querido gritar, de haber podido. Los rugidos se multiplicaron y creyó que dos leones junto a su ventanilla se peleaban, quizá compitiendo por llegar a ella. Estaba tan asustada, que la amenaza de Hendrix parecía un juego de niños en comparación. Levantó el arma con manos temblorosas, sin saber hacia dónde apuntar.

Solo podía ver con claridad a los leones que se encontraban a su lado, gruñéndose, rugiendo de una forma aterradora, que retumbaba en el entorno, ensordeciéndola. Disparó dos veces, esperando espantarlos, pero no funcionó porque continuaron su disputa y uno rodó hasta su ventanilla, tapándola con su enorme corpachón. Solo podía ver patas, pelo, polvo y sangre.

Por encima y por detrás del coche parecía haber más y disparó varias veces en todas direcciones, a ciegas porque no veía nada. Había entrado en pánico y cuando una zarpa le desgarró el brazo, ni siquiera sintió el dolor. Disparó hasta que el cargador se vació y aun así intentó seguir disparando, sin darse cuenta de que ella no disparaba, sino que lo hacían desde fuera.

36

Francistown (Botsuana)

Hyun se quedó en el hotel que le había buscado Mugabe porque era discreto y céntrico. Los establecimientos más caros ofrecían mejor servicio, pero también atraían miradas indiscretas.

Crear una identidad de cero nunca era fácil. Había que inventarse una vida, un personaje, un historial creíble y no salirse del guion. Hyun tenía todo pensado, aunque las prisas del coronel le pusieron en un aprieto y tuvo que continuar usando su nombre real, lo cual era un inconveniente.

Los infiltrados de Mugabe habían hecho correr la voz de que era un comprador de marfil serio y enseguida empezó a recibir llamadas. Ninguna interesante, por cierto.

Hubiese querido hacer las cosas mejor, documentarse sobre la zona, la sociedad, la lengua y las costumbres, mientras se hacía con una nueva identidad, aunque ya no había remedio.

Se conformaba con resultar creíble, porque nadie esperaría semejantes conocimientos de un extranjero, pero tener nociones básicas suponía una gran diferencia entre meter la pata a la primera de cambio o llegar a buen puerto.

Durante los primeros días, recibió muchas ofertas privadas, de personas que tenían unos pocos kilos en su poder. Cazadores ilegales, supuso. Rechazó todas, en espera de que alguien que dispusiera de una cantidad razonable contactara con él. Había dejado caer aquí y allá que pagaba el 10% más que cualquier comprador porque tenía prisa en llevarse gran cantidad de marfil en varios contenedores desde El Cabo.

Por cuestiones administrativas, era más fácil sacar mercancías desde Sudáfrica que desde Mozambique, y el traslado en camión apenas aumentaba sus costes. Lo que callaba era que en Ciudad del

Cabo, el puerto estaba libre de la presencia china. Había quedado escarmentado con las tríadas en Hong Kong y deseaba evitar a toda costa cualquier contacto con ellos, por si acaso.

China encubría su colonización mundial a base de negocios legales, acaparando recursos despreciados por los que deseaban un enriquecimiento rápido. En el caso de África, el capital chino financiaba, gestionaba u operaba en un total de setenta y ocho puertos, con la excusa de la pesca. Sus tratados con las autoridades se aseguraban de eliminar a competidores. Con la logística pesquera acaparada, proporcionando puestos de trabajo y crecimiento, era cuestión de tiempo implantar su economía y política militar.

En los puertos clave, invertían en astilleros y en ampliaciones para buques contenedores, que tenían rutas marítimas abiertas hacia cualquier puerto mundial. Así, la economía portuaria, paso a paso, quedaba en manos del control estatal de China, que regulaba importaciones y exportaciones.

Esa forma sutil de colonialismo, nada tenía que ver con el de las potencias europeas de siglos atrás y, en cambio, resultaba mucho más efectiva y lucrativa.

Las tríadas, por su parte, aprovechaban el puente tendido para realizar sus propios negocios, sobornando a las personas adecuadas y esquilmando otro tipo de recursos más lucrativos.

A sus veintiséis años recién cumplidos, Hyun tenía pocas cosas en su vida claras. No obstante, era capaz de entender que se estaba metiendo en un mundo desconocido para él y por eso, aunque sabía que no le caía bien, seguía en contacto con Gary Brand.

—¿El coronel te ha dado el visto bueno para meterte en eso? —le preguntó el sudafricano.

—Puedo ayudar a descubrir la identidad de «Motsomi».

—Me parece genial, tío, pero ten cuidado, su gente dispone de muchas armas y es peligrosa.

—Es algo que el coronel debería haber hecho hace mucho para descubrir al hombre que se esconde tras el apodo.

—Si el coronel Mugabe no lo ha hecho es porque resulta muy fácil hacer desaparecer un cuerpo por aquí. Te recomendaría mucha mano izquierda y que te hagas el tonto.

A Hyun le fastidiaba bastante que Gary le recomendase prudencia. No se metía en esas aventuras de forma alocada. Se limitaba a un papel para obtener información.

Cuando, tres semanas después recibió la llamada de Mandla, un zulú orgulloso con raíces en Sudáfrica, algo de lo que se enteró en su primera cita del día siguiente, estaba harto de la espera. Creyó que se trataba de otro desharrapado, jugándose la vida por vender directamente lo que pertenecía a «Motsomi », que, sin duda, le había proporcionado el arma y la munición que usaba.

En el continente circulaban millones de armas ilegales, pero no todos podían permitírselas. Ni siquiera los que contaban con visión a largo plazo, porque la familia tenía que comer a diario.

—Pagas mucho por el marfil —le dijo el hombre con el que se encontró a unas manzanas de su hotel.

Se citaron en un bar, cuyo letrero de neón hubiera sido más adecuado para un club de destape, que para uno que solo servía copas y quizá algo de hachís a los parroquianos, por el olor que imperaba en el ambiente.

—Tengo buenos clientes que pagan más.

—¿Y por qué crees que no voy a pedirte un precio superior, después de lo que me acabas de decir?

El inglés de Mandla era perfecto. Se notaba que era su lengua materna o, al menos, la que llevaba usando muchos años.

—Porque yo vivo de ese margen de beneficio. Si tengo que compartirlo contigo, prefiero hacer negocios con otro.

—Mi familia lleva matando elefantes desde que existen —replicó el africano—. ¿Cuánto lleva la tuya comprando colmillos?

—Desde hace cinco. Soy el primero que se dedica a esto.

—Desciendo de zulúes sudafricanos. De raza pura. ¿De qué familia desciendes tú?

—¿Eso importa?

Hyun se dio cuenta de que su pregunta estaba fuera de lugar. Si el zulú lo había preguntado era porque en algunas culturas la procedencia era motivo de orgullo y una seña de identidad tan válida como un documento de identidad.

—Mi familia es coreana. No somos chinos, solo comerciamos con ellos.

—Nosotros comerciamos directamente con chinos, ¿por qué pagas más y tu margen de beneficios es mayor?

Si al asiático se le había ocurrido que su interlocutor era un lerdo, esa pregunta le sacó de dudas.

—Porque los chinos llevan años engañándoos.

Mandla se deshizo de sus gafas de sol, absurdas dentro de un local, excepto para llamar la atención, y sonrió.

—Me gustas, Hyun.

Por supuesto, no le gustaba, lo que le encantaba era la idea de llevarse más por la misma mercancía.

—Entonces, ¿te parece si hablamos de negocios serios?

—Hablemos.

A Mandla le gustó la propuesta. Suponía embolsarse un extra con el que no contaba.

—No me sirve nada inferior a media tonelada —le advirtió el coreano —. Mis compradores necesitan remontar el daño que hizo la prohibición de la importación de marfil.

—Sabes que las tríadas compran todo lo que les vendamos. Tienen puertos propios y sus exportaciones están aseguradas.

—Ya. ¿Y cuánto os pagan las tríadas? Ellos obtienen todos los beneficios, porque sus clientes son sus esclavos. Yo solo trabajo con comercios libres de su extorsión. Pagan un precio elevado y son mucho más fiables a largo plazo.

El negro volvió a ponerse las gafas de sol, sin dejar de sonreír. Se levantó de su asiento y le tendió la mano.

—Eres un chino raro, pero me gustas —repitió, antes de irse.

Hyun no estaba seguro de lo que acababa de ocurrir. Ese hombre no parecía uno que dispusiera de la cantidad de marfil que le había pedido. Su aspecto era tan vulgar como una cama deshecha: vestía pantalones desgastados y una camisa sudada de varios días, aunque eso podían ser solo apariencias. Por otra parte, parecía demasiado seguro de sí mismo. Quizá conviniera seguirle el juego.

El asiático se quedó sentado a la mesa. No había tocado su bebida y dudaba entre tomársela o irse, cuando levantó la vista y se

dio cuenta de que un muchacho de no más de dieciocho años, seguía mirándole, como cuando entró en el local.

Su piel era tan oscura que casi se fundía con el rincón donde se apostaba, con una botella de cerveza en la mano, lejos de las luces de la barra. Hyun levantó el vaso hacia él. Si se trataba de uno de los hombres que el coronel había puesto para vigilarle, quería que supiera que lo había descubierto.

El negro sonrió y sus dientes destellaron en la oscuridad de su posición, aumentada su luminosidad por las luces ultravioleta diseminadas en puntos equidistantes del local.

Hyun pagó y se marchó sin volver a mirarlo. No obstante, al día siguiente regresó al mismo local.

Esa sonrisa se le había quedado grabada en la memoria hasta el punto de construir a su alrededor un físico acorde. Hyun entendía de sonrisas y la que le había dedicado no era de las que se lanzaban por simpatía. Ya fuera un hombre del coronel Mugabe o de «Motsomi», quería volver a sentir en su entrepierna el cosquilleo que le produjo la noche anterior.

Para decepción suya, el hombre no volvió a aparecer por el local. El coreano se quedó un buen rato y se tomó varias copas, sin dejar de mirar alrededor con disimulo.

En su cabeza, mantenía una lucha feroz. Un paso como ese supondría el primero del fin de su relación con Marc. Aunque, en realidad, él la había dado por perdida antes de empezar la investigación actual. Un día descubrió que prefería estar en cualquier lugar del mundo en vez de regresar a casa, porque no se sentía preparado para mantener una relación a largo plazo, a la que solo accedió para contentar a su pareja, que necesitaba esa estabilidad.

A la salida del local, el negro le interceptó, deteniéndole con una enorme mano en su brazo.

—Tengo la impresión de que me buscabas… —dijo, en un inglés perfecto.

El asiático se giró. El negro le sacaba una cabeza de altura y tenía el doble de su complexión. Era ancho, alto y tan guapo como le había parecido el día anterior.

—Y tú me esperabas —contestó.

—Sígueme.

El negro caminó varias manzanas por delante de él y pudo observar y admirar su espalda, su trasero y sus largas piernas. De repente, se internó en un callejón sin iluminación y cuando llegó a su altura, lo cogió por la nuca para besarle sin delicadeza ninguna, lamiendo sus labios, mordiéndolos y haciéndole gemir de deseo.

—Baja —el muchacho de color le puso la mano en el hombro para subrayar su orden, y Hyun se arrodilló.

El miembro de su amante circunstancial estuvo fuera de sus pantalones en un segundo. Se asemejaba al dueño: era grande, negro, lustroso y tan preparado como él.

Lo tomó con la boca con una delicadeza que su propietario no quería porque le sostuvo la cabeza para introducirlo en su garganta, sin hacer caso de las arcadas del asiático.

Cuando se cansó, cogió a Hyun de los hombros, lo alzó y le hizo girarse para que se apoyara en la pared. Le bajó los pantalones y la ropa interior y tanteó entre sus glúteos.

—Despacio… —pidió Hyun.

El otro le puso la mano en la boca para pedirle silencio, flexionó las rodillas y lo penetró de un solo empellón. El grito de Hyun fue sofocado por la manaza que le tenía amordazado. Sin lubricante de ningún tipo y con tanta violencia, sintió que le había desgarrado las entrañas.

—Shhhh, te va a gustar…

La mano libre buscó su miembro, erecto, a pesar de las circunstancias, y el asiático se dejó llevar.

Esa noche Hyun descubrió que dolor y placer podían coexistir y que la experiencia había resultado de lo más excitante. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto del sexo y ni siquiera le importó que el negro, del que no sabía ni su nombre, tras eyacular en su interior, desapareciera con la misma celeridad con la que había aparecido. El asiático se quedó unos minutos en el mismo lugar, con el corazón retumbando en el interior de su pecho, tratando de recuperar la respiración y cierta compostura

Rio para sus adentros mientras se recolocaba la ropa y se encaminaba, con cierta dificultad, hacia su hotel.

Lo único que lamentaba era que su habitación no dispusiera de baño privado para darse una larga ducha y recrearse en el momento disfrutado en una compañía inesperada.

Era la primera vez en su vida que le ocurría algo así. Acostumbraba a ser fiel a sus parejas, puesto que esperaba la misma consideración por su parte.

Y, aunque no le agradaría romper su relación a distancia, tendría que hablar pronto con Marc porque era hora.

37

Francistown (Botsuana)

Hyun sabía que lo vigilaban, aunque le sorprendió comprobar que habían registrado sus pertenencias del hotel.

Si un ladrón hubiese irrumpido en su habitación, se habría llevado su ordenador y su segundo teléfono, por lo menos. Sin embargo, no faltaba nada. Y hubiera seguido ignorándolo si no se hubiese sentado delante del ordenador para comprobar el correo recibido del coronel Mugabe, al que le pidió ayuda con sus contactos en la policía para saber si tenían fichado a Mandla.

Él jamás dejaba su ordenador encendido y cuando abrió la tapa, lo estaba, con la página de inicio pidiéndole la clave.

Así pues, había llamado la atención de la persona adecuada, aunque la experiencia le sirvió para no dejarse los aparatos electrónicos en la habitación.

El correo de Mugabe era para pedirle que lo llamase. Por lo visto, no tenía paciencia para sentarse a escribir.

—Mandla es un nombre común, si no tienes un apellido que lo acompañe, es absurdo molestar al jefe de policía para hacer esa búsqueda de antecedentes —le dijo.

—¿Y la fotografía que le hice?

—Muy mal ángulo y demasiado oscura. Nosotros no tenemos la tecnología adecuada.

Mugabe parecía enfadado, como si le estuviera haciendo perder el tiempo, así que no insistió.

Trabajar solo le hacía dependiente de la buena voluntad de otras personas, que tenían sus propios trabajos, intereses y responsabilidades. Sin embargo, Hyun había confiado en que una fotografía, que había tomado con mucho disimulo y corriendo un gran riesgo, sirviera para identificar al sujeto. El coronel había

presumido de conocer a todos los traficantes de cierto nivel que operaban en su territorio, excepto a «Motsomi», por supuesto.

Quizá no los conocía a todos, o Mandla no se movía en los círculos en los que quería penetrar.

Se marchó a otro local, que los hombres infiltrados del coronel le habían indicado, para intentar captar la atención del mayor cazador furtivo. Y mientras tomaba una cerveza fresca, recordó que Gary Brand le dijo que conocía al hombre de la Interpol que presenció su interrogatorio en Colonia. Tal vez tuviese su teléfono. Por probar, no perdía nada.

Al levantar la vista, sus ojos se cruzaron con los de Manuel Da Silva. Aunque no sabía su nombre, cada vez que había ido a ver al coronel a su oficina, el hombre estaba por las cercanías, como un pájaro de mal agüero, refugiándose en las sombras, igual que ahora. Desde luego, si Mugabe lo había enviado a vigilarle, no podía haber estado menos acertado. Excepto los hombres de negocios que se movían por el centro de la ciudad, nadie más llevaba traje completo, con corbata incluida.

Se desentendió de él, volviendo a centrarse en su línea de pensamientos, que pasaba por contactar con Gary para pedirle que le proporcionara el número del agente de la Interpol. Aunque estuviera dedicado al tráfico de diamantes, quizá pudiese ayudarle con un reconocimiento. Al fin y al cabo, Hyun colaboraba para a erradicar otro tipo de tráfico.

Aguardó un rato porque sabía que, durante el día, Gary solía estar de safari. La hora de la cena sería buen momento para abordarlo sin suponer una molestia.

—Hyun, no voy a poder deshacerme de ti jamás, ¿verdad? —contestó Gary al teléfono, medio en broma—. ¿Ya te has cansado de la gran ciudad?

—Me encantaría ir a pasear contigo entre elefantes otra vez, pero te llamo por algo menos emocionante.

Le explicó lo que pretendía y el guía chasqueó la lengua.

—Ese amigo tuyo *hacker* sabrá que te juegas la vida, ¿no?

—Descuida. No sabe para qué es, y ahora solo el coronel y tú conocéis mis intenciones. Pero me hace falta comprobar que el

personaje con el que me he reunido no es un cuentista, por eso me haría falta un reconocimiento facial.

Gary resopló.

—Justo el día que te fuiste llegó Chirac. Es una pena, porque seguro que te hubiera facilitado algún contacto aquí.

—Lo de es una pena supongo que será porque ya se ha ido.

—Sí. Hace semanas.

—¿Y crees que le importará si le llamo para pedirle consejo sobre un tema?

—Buen intento, periodista —rio Gary—. Yo le llamaré y si quiere ponerse en contacto contigo, le proporcionaré tu número.

—Era por ganar tiempo —rio también Hyun.

—Karen te manda recuerdos y que cuando quieras se acerca con la avioneta a recogerte.

—Dile que le agradezco el gesto, pero me encanta conducir.

Oyó la alegre risa de la mujer, que debía haber escuchado esa parte de la conversación.

—¿Y Jen? ¿Ya se la ha comido algún león o sobrevive?

De repente, al otro lado de la línea cesaron las risas y Gary tardó unos segundos de más en responder:

—Jen se fue con el agente Chirac.

—¿Detenida?

—No. Volvió a casa.

Hyun resopló de alivio.

—Entonces es que ya han aclarado lo de la muerte de Aram Sarkissian. Me alegro.

—Vale, Hyun. Llamaré a Chirac esta misma noche y ya tendrás noticias suyas.

El periodista se quedó con la impresión de que había metido la pata, pero no quiso preguntar porque suponía que se trataba de algo personal.

Se recolocó la bolsa donde llevaba el portátil, pagó y salió a las calles vacías de una ciudad poco noctámbula.

—El casino, dos discotecas que abren el fin de semana y un puñado de bares, casi todos en el centro —le dijo el camarero del

restaurante, al que acudía a cenar todas las noches, cuando le preguntó por la oferta de ocio nocturno.

El asiático terminó su comida y decidió ir al hotel, aunque no sin antes pasar por el local donde había tenido lugar el encuentro sexual que todavía le hacía cosquillear la entrepierna.

Por supuesto, su ligue no estaba, por lo que dejó la copa a medias y se fue a dormir.

Durante dos días, se aburrió de lo lindo. Nadie, ni siquiera los curiosos del principio, habían llamado a su teléfono. Seguía sin noticias del agente de la Interpol y tampoco sabía nada de Mandla. Se encontraba en un punto muerto.

Insistir en los bares que frecuentaban los hombres de "Motsomi» hubiera sido sospechoso, e insistir a Gary sobre lo de la Interpol, o enviarle directamente la foto de Mandla, por si lo reconocía, serviría solo para cabrearlo.

Puesto que Jen se encontraba en Europa, se le ocurrió otra idea: Karen era buena amiga de Gary y seguro que no le importaría mostrarle la foto, por si lo reconocía. Al fin y al cabo, el jefe del campamento también conocía a muchos furtivos.

En vez de llamarla, le escribió, para no tener que ofrecerle demasiadas explicaciones, rogándole contestación.

Empezaba a sentirse frustrado porque no obtenía respuestas de nadie, cuando Mandla le abordó de nuevo, mientras se encontraba delante de su cena.

—No sabes escoger sitios para comer, hombre —le dijo, tomando asiento y metiendo un dedo en la salsa de su guiso de cabra para probarlo.

—Gracias —contestó Hyun, dejando el tenedor a un lado. Acababa de perder el apetito.

—Llevamos unos días observándote y nos preguntamos por qué no estás en el mejor hotel de la ciudad y comes en su restaurante. Según dices, te lo puedes permitir.

—Me gusta pasar desapercibido. Sobre todo cuando estoy haciendo negocios importantes. Aquí es ilegal vender marfil y en China es ilegal pasarlo de contrabando, entenderás que no quiera observadores controlando mis idas y venidas.

—Y, sin embargo, has estado en algunos bares tanteando.

—Porque tú y yo no llegamos a un acuerdo. No puedo esperar eternamente a que te decidas. Tengo clientes.

—Te dije que me gustabas —comentó Mandla, guardándose las gafas de sol en el bolsillo de una camisa distinta a la de la vez anterior, aunque tan sudada como aquella.

—Eso no es un trato.

El negro chasqueó la lengua, restándole importancia a un detalle tan nimio y ladeó la cabeza.

—Podremos llegar a uno que nos beneficiará a los dos.

—Te escucho.

—Vámonos de aquí.

Hyun imitó a su acompañante y se levantó. Con un poco de suerte, le llevaría al almacén donde estaba el marfil. Eso sería un paso en la buena dirección.

Dejó el importe de la cena en la mesa y siguió a Mandla.

—Sube.

El todoterreno era nuevo. De un lustroso color marrón chocolate, que requeriría de mucha agua para quitarle el polvo de los caminos de tierra, abundantes en el país.

Salieron de la ciudad a toda velocidad. A esas horas había poca gente en la calle y ninguna patrulla pendiente de la velocidad de los vehículos. De repente, Mandla dio un volantazo y se apartó de la carretera de asfalto, internándose en otra de tierra, en la que paró a doscientos metros. La única luz visible era la de los faros del coche y la del salpicadero.

Mandla se giró en el asiento.

—¿Tienes un jefe? —le preguntó.

—No. Yo mismo gestiono el negocio. Compro y vendo. Soy un intermediario.

—Yo sí que tengo jefe —confesó el negro, sin necesidad—. Y es un jefe poco razonable.

—¿A qué te refieres?

—A que prefiere hacer negocio con los chinos.

—Ponme en contacto con él. Le convenceré.

La negación de la cabeza de Mandla, que ya no le miraba, le dio una idea a Hyun de la jugada de su acompañante.

—Yo te venderé el marfil. Ajustamos precio y los dos saldremos beneficiados.

El asiático fingió pensarlo. Al final, la codicia de Mandla había podido con su lealtad, pero eso no le convenía.

—Te dije cuánto quería. No soy comprador de baratijas.

—Quinientos kilos, lo sé. Puedo conseguirlos.

—¿Y luego?—indagó Hyun, esperando que el otro desistiera—. Pretendo crear una relación duradera

—«Motsomi», tiene más marfil en su almacén del que tienen los gobiernos en los suyos. Ni él mismo lo sabe. A su modo de ver, son mercancías amontonadas, no se ocupa de eso.

—Quiero ver ese almacén. Saber que de verdad dispones de esos colmillos.

—Lo prepararé para que no haya vigilantes e irás encapuchado para no conocer su ubicación.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Te buscaré mañana.

Hyun se conformaría. Imaginaba que Mandla querría hacer su negocio y desaparecer, pero él podía dejar su teléfono en un lugar oculto en su habitación para que rastreara el secundario, que había ocultado debajo de su asiento, en el coche del traficante.

Eso le proporcionaría la ubicación del almacén y Mugabe podría poner vigilancia. Quizá no llegase a «Motsomi», pero sabría dónde se encontraba el corazón de su negocio.

Su compañero arrancó y dio un giro brusco para volver por donde habían llegado. Lo dejó en la puerta del restaurante, ya cerrado, y volvió a su hotel con el estómago vacío y la cabeza llena.

Por la mañana, le sorprendió una llamada que ya no esperaba. El agente Chirac saludó con cortesía y frialdad.

—No hablo con periodistas —dijo, después de presentarse.

Hyun prefirió ignorar el comentario. Si no hubiese querido llamarle, no lo habría hecho.

—Prometo que su nombre no saldrá a relucir en ningún momento. Solo me interesa el tema del tráfico de marfil. Ya sé que

usted está en otras cosas, pero quizá sepa si alguien de su organización se ocupa de eso en Botsuana.

—Según tengo entendido, puesto que cuando Gary Brand me llamó indagué un poco, en Botsuana no existen investigaciones por tráfico de marfil. Las lleva el departamento de vida animal, dirigido por militares, y no nos han pedido ayuda.

—Lo sé. El coronel Mugabe me está asesorando, pero les falta tecnología punta.

—¿A qué se refiere?

—Estoy en contacto con un vendedor de marfil y solo conozco su nombre, procedencia y poco más —dijo Hyun—. Pero le hice una foto, que el coronel no reconoció, y carecen de reconocimiento facial para sus sospechosos.

—Pásemela. Es probable que no encuentre nada, pero se puede probar, por si acaso. Aunque tengo que advertirle que nuestras bases de datos son de personas fichadas en los países en los que la Interpol tiene presencia.

—Se la acabo de mandar, agente, y le agradecería que, tanto si hay alguna coincidencia como si no, me dijese algo.

—La he recibido. No es muy buena, pero lo intentaremos.

Hyun se lo agradeció, antes de finalizar la llamada, que enlazó casi de inmediato con otra para el coronel Mugabe, informándole del encuentro de la noche anterior con Mandla.

—¿Dijo que hoy le llevaría al almacén de «Motsomi»? —preguntó el militar con interés.

—Podremos conocer su ubicación —asintió Hyun—. Y no envíe a nadie a seguirnos, Mandla podría darse cuenta.

—Entonces, ¿cómo vamos a saber su ubicación?

El asiático le explicó su idea. Si al día siguiente Mandla lo registraba antes de ir al almacén, no llevaría ningún móvil encima.

—Tengo que reconocer que posees recursos e inventiva —le felicitó el militar—. Espero que mañana me digas algo. Estoy deseando encontrar a ese cabrón.

—Descuide, sus hombres tendrán trabajo.

Ese día se permitió comer en el KFC del centro, echar una siesta en el hotel y salir a la caída de la tarde, con el fresco.

No pasó por el bar en el que había conocido al muchacho con el que tuvo un tórrido encuentro, pero él le localizó.

—Me has buscado —le dijo.

—Y tú me has encontrado —replicó Hyun.

Volvió a dejarse llevar de la mano hasta un callejón en penumbra, en el que su amante de piel oscura lo colocó de cara a la pared e intentó desabrocharle el cinturón.

Centrado en ayudarle en la operación, Hyun notó un escozor en el cuello y se llevó la mano allí, aunque ya no hubo forma de contener el torrente de sangre que se le escapaba con cada latido.

El corte había sido profundo, ni una ambulancia apostada en la esquina del callejón hubiera podido salvarle la vida.

Tercera parte

38

Delta del Okavango (Botsuana)

—Tengo la impresión de haberme quedado estancado en el tiempo —dijo Gary, suspirando y recostándose en su silla de campaña, que crujió sospechosamente—. Si tuviese que hacer un examen de lo ocurrido este último mes, suspendería. Es como si hubiese estado solo en el mundo.

Se encontraban en el porche de la veterinaria, contemplando las estrellas y oliendo a repelente de mosquitos. A punto de terminar la temporada, estos parecían más deseosos que nunca de una buena vena que perforar.

—¡Muchas gracias por la parte que me toca! —Karen le soltó un manotazo.

—Sabes que valoro mucho tu amistad, pero entendería que quisieras renunciar y marcharte a Australia con Finn.

—Entiendes mejor a los animales que a las personas… Él tiene su vida allí y la mía está aquí. No hay ateos en las trincheras y hace años que escogí esta para librar mis batallas.

—¿En ningún momento contemplaste la posibilidad de que lo vuestro fuera algo duradero?

—De verdad que te quiero mucho, Gary, pero pareces una vieja solterona casamentera.

—Debe ser que me estoy haciendo viejo.

Ella sabía que no se trataba de la edad, sino de la tristeza que arrastraba desde la pérdida de Abila, que solo se curaría con el tiempo y recordando que el campamento lo necesitaba.

—Deberías pensar en jubilarte —dijo ella, jocosamente.

—Debería… —asintió él.

—Lo que deberías es espabilar ya, la fundación necesita al Gary resolutivo y optimista.

—Como bien has dicho: entiendo mejor a los animales que a las personas, ellos son consecuentes con su naturaleza, mientras que nosotros…

—Nosotros también. Todos tenemos nuestro carácter y cometemos errores. No se nos puede juzgar por eso.

Gary se giró para mirarla.

—¿Lo dices por Jen?

Ella percibió su tensión y alargó una mano para posarla sobre la de su amigo.

—Nunca la he culpado, Karen. Pero tienes que entender que para mí resultó un trago muy amargo.

—Sé que la muerte de Abila te dolió más que a nadie.

Karen recordaba con absoluta claridad los primeros días que había pasado en la fundación. A la caída de la tarde, la leona rondaba el campamento, rugiendo para llamar la atención del guía.

Alguien le explicó que, después de que Gary la dejara en un punto lejano del delta, donde había una familia de leones en expansión, ella volvió a la zona que le era familiar y a reclamar al guía, que era su amigo. Era muy lista y no se paseaba entre las viviendas, las tiendas y los establos para no crear confusión, sobre todo entre los animales que se encontraban en proceso de curación.

El guía salía a su encuentro y era habitual verlos paseando al atardecer por los alrededores, o jugando a acecharse mutuamente, aun sabiendo cuál sería el desenlace.

La veterinaria se enamoró más de África en ese momento, y también se enamoró del curtido hombre que paseaba con una leona al crepúsculo, sus siluetas recortadas contra los últimos estertores del día, como si fueran los únicos seres libres del mundo.

Gary le presentó a Abila una de esas tardes.

—¿Quieres conocerla? —le preguntó, al verla mirar hacia el horizonte, donde Abila rugía, reclamando su presencia.

Ella no lo pensó y él le contó su historia.

—La encontré porque vigilaba a la manada. Unos machos jóvenes acechaban al líder, que era algo mayor, sin atreverse a atacar, pero era cuestión de tiempo. En esas contiendas, los vencedores suelen matar a los cachorros de su adversario para que

las hembras vuelvan a estar disponibles. Si están amamantando, no pueden preñarlas.

Todo eso la veterinaria lo sabía, pero debía ser maravilloso observarlo de primera mano. Y también espantoso cuando ocurría una desgracia, pero la vida era así, y esas leyes animales tenían como fin la preservación de las especies.

Como todos los del campamento, se prendó de la leona, que desprendía una vitalidad impresionante, pero que se cuidaba de dosificar su fuerza cuando estaba con los que le habían salvado la vida. Karen se dejó olisquear y marcar con su olor, y lo hizo de buen grado. Siempre recordaría esa experiencia.

Poco tiempo después, la leona dejó de aparecer a diario; lo hacía solo de vez en cuando y Gary le confió la razón:

—Tiene una familia nueva y está preñada —le dijo.

—Eso es bueno para ella.

—Lo es. Por suerte, no ha perdido su instinto y, aunque me encanta que venga a verme, prefiero que viva entre los suyos.

Así que Abila tenía relación con todos los del campamento, aunque Gary era su favorito y la noche del percance de Jen, Karen se asustó al notarlo tan alterado cuando pidió ayuda.

Ella no sabía qué había ocurrido, pero cogió un todoterreno del campamento y salió a toda prisa hacia la posición que indicaba el GPS del coche del guía.

Muchos coches de militares y guías se encontraban rodeando el lugar cuando ella llegó y la estampa no podía ser más desoladora: había mucha sangre empapando la tierra alrededor del cuerpo de Abila y de un desconocido, con el cuello destrozado. Cerca del coche del guía, se encontraba el macho de la manada, derribado en el suelo, pero solo dormido.

Los guías debían estar preparados para solventar cualquier situación de peligro y, en casos extremos, podían abatir a un animal ante la situación límite de tener que escoger entre ellos y una vida humana. Carecían de permisos para usar tranquilizantes, pero Gary insistía en que los del campamento los llevasen, aun a riesgo de perder su licencia si las autoridades advertían la transgresión. En

esos casos, había que recurrir a un veterinario de inmediato, que eran los únicos que podían administrarlos con seguridad.

Karen preparaba las dosis para los dardos tranquilizantes con extremo cuidado. La única sustancia que les impedía llevar era carfentanilo, adecuado para dormir elefantes, pero en extremo peligrosa para los hombres. Un accidente con otras sustancias podía revertirse y tratarse, con el carfentanilo era una condena a muerte.

A la luz inclemente de los faros de los coches que se habían reunido alrededor, Karen vio que la leona no solo tenía abiertos los flancos a zarpazos, también podía observarse una herida de bala a la altura del pulmón.

—Estaba viva cuando he llegado, Karen —gimió Gary, sentado al lado de la leona.

La veterinaria se agachó a su lado y le pasó el brazo sobre los hombros, sin saber qué decir para atenuar su congoja. Se repetía a sí misma, constantemente, que no debía encariñarse con los animales que rescataban, pero no conseguía guardar las distancias.

Sbusiso se acercó a los dos y se puso en cuclillas.

—Ha llegado la policía, deberíamos explicar qué ha pasado.

—¿Te ocupas? —le pidió Karen, viendo que Gary era incapaz de reaccionar.

—Querrán interrogar a Jen —dijo el negro.

—¿A Jen? ¿Por qué? —preguntó la veterinaria.

—Jen estaba en mi coche —dijo Gary, dirigiendo la mirada al cadáver—. Huía de ese hombre.

—¿Dónde está Jen ahora?

—Neo se la ha llevado al hotel, necesitaba un médico —contestó Sbusiso.

—¿Es grave? —preguntó ella con un hilo de voz.

—No lo sé. —el hombre parecía preocupado—. Había mucha sangre en su brazo para distinguir la herida.

—Gary…

—Ve con ella. Yo estaré bien.

Karen se levantó, cogió a Sbusiso del brazo y lo llevó a varios metros de donde se encontraba Gary.

—No lo pierdas de vista y llámame si hay novedades. Ocúpate de la policía y explícale lo ocurrido a Mugabe cuando llegue. Imagino que ya estará sobre aviso, al tratarse del ataque de un animal. Pero, sobre todo, no dejes que Gary se vaya solo.

El hombre asintió con gravedad y ella subió al coche en el que había llegado y se lanzó a toda velocidad hacia el hotel.

El médico estaba atendiendo a Jen por los desgarros a la altura del bíceps. Dado el estado en el que llegó, le proporcionaron un sedante fuerte y tenía las pupilas dilatadas.

—Jen, cariño, no pasa nada —le dijo en un susurro.

Pero sí que pasaba. Tenía surcos profundos en el brazo, que el médico cosía con la mayor celeridad posible, después de haberle inyectado anestesia superficial. Su ayudante limpiaba la sangre y ponía antiséptico en las heridas con los ojos abiertos como platos. Nunca había visto heridas como esas.

La veterinaria acercó una silla al otro lado de la cama en el que no trabajaban los sanitarios y le cogió la mano.

—Estás bien, cariño —le dijo.

—Me he equivocado de camino —murmuró Jen.

—¿Qué?

En lugar de contestar, la fotógrafa se durmió. Karen miró al médico y él asintió.

—Es lo mejor —dijo—. Las heridas son profundas y, pese a la anestesia, le dolerá mucho. Además, tengo que ponerle varias inyecciones para prevenir cualquier infección subyacente.

—¿No sería mejor trasladarla a un hospital?

—No es necesario. Según he podido ver, las zarpas solo han desgarrado músculo. Le quedarán unas feas cicatrices, pero no le mermarán la movilidad del brazo.

Karen suspiró de alivio. Era un daño menor, en comparación con lo que podía haber ocurrido. Se quedó junto a su amiga, que seguía profundamente dormida y envió a Neo, que paseaba nervioso, al campamento, para que pusiera a todos en conocimiento de lo ocurrido. Solo pretendía darle algo que hacer porque cuando Jen se despertase, le convendría un ambiente sereno.

Sbusiso llamó con suavidad a la puerta poco antes de amanecer, despertándola de un inquieto duermevela.

—¿Cómo está? —susurró el hombre, que tenía el rostro ceniciento de cansancio y tensión.

—Un zarpazo limpio, solo le quedarán cicatrices. ¿Sabes qué ocurrió? Cuéntamelo.

—Salgamos para no despertarla —propuso él.

En el pasillo, con la puerta entornada, elevaron un poco la voz, por eso Jen, que se había despertado con la llegada del hombre, pudo escuchar su conversación y se enteró de la magnitud de lo que había provocado.

—Bose y yo estábamos patrullando cerca, donde se habían localizado rastros de vehículos sospechosos. Entonces, Gary avisó por radio para que localizásemos la posición por GPS de su coche y acudiésemos con urgencia.

—También lo escuché y me acerqué porque sonaba asustado —asintió Karen.

—Llegamos un minuto antes que Gary y Neo, creyendo que unos furtivos le habían tendido una trampa, y enseguida nos dimos cuenta de que la emergencia era otra. Jen gritaba en el interior del coche, hundido en un desnivel del terreno, disparando a ciegas con un revólver vacío. Abila estaba muy mal herida, ese otro hombre muerto y los leones acechaban a tu amiga. Disparamos al aire para espantarlos, pero el macho estaba obcecado y tuvimos que dormirlo. Ya lo hemos trasladado para dejar la zona despejada y que la policía y el coronel puedan investigar.

La veterinaria se pasó la mano por los ojos.

—Neo rompió el parabrisas del coche, sacó a Jen y la trajo aquí. Yo me quedé con Gary, porque se encontraba en shock.

—¿Y el otro hombre? ¿Sabéis quién era? —preguntó.

—Según Gary, alguien que intentó matar a tu amiga en Europa y la siguió hasta aquí. En la huida, parece que la embistió con su coche hasta hacerla meterse en esa grieta. Suponemos que no sabía que se encontraba en el territorio de la manada de leones porque se apeó sin tomar precauciones.

—¿El macho le atacó?

Sbusiso asintió.

—Tenía las fauces ensangrentadas, aunque no llegó a morder a Abila. Le bastó con las garras, aunque el peor daño se lo causó el revólver.

La veterinaria se llevó las manos a la boca.

—¿Jen…?

El otro volvió a asentir.

—Según parece, debía ser el revolver del hombre, que salió disparado de sus manos cuando el macho lo embistió por detrás, derribándolo. Puede que cayera cerca de Jen y ella lo cogiera para defenderse. La trayectoria indica que el disparo no lo realizó él.

Karen ahogó un sollozo, y Sbusiso la abrazó.

—Fue un accidente, Karen. Ella estaba muy asustada y no pudo darse cuenta de que Abila la estaba defendiendo del macho, como hubiera hecho con uno de sus cachorros.

Jen, en la habitación, se giró del lado del brazo bueno, intentando reprimir sus propios sollozos, sin lograrlo.

Cuando su amiga volvió a entrar, se dio cuenta de que había escuchado su conversación con Sbusiso.

—¿He matado a Abila? —afirmó, más que preguntó.

—Ha sido un accidente.

Su amiga la envolvió en un abrazo reconfortante y quiso obligarla a tomar otro de los calmantes, pero ella se negó. Quería tener la cabeza despejada para decidir.

—Hay un hombre en el hotel con el que quiero hablar. ¿Puedes ir a buscarlo? —le dijo, al cabo de un rato.

—¿Qué hombre?

—Un agente de la Interpol con el que me entrevisté ayer.

—¿Por lo de los diamantes? —preguntó la veterinaria.

—Ve a buscarlo, por favor.

—Deberías dormir un poco. El médico pasará a ver la herida esta misma mañana.

Jen fue inflexible y, al cabo de una hora, después de aceptar la proposición de Chirac, tenían planeado el viaje de vuelta.

Karen no quería despedirse de su amiga tan pronto, pero se avino a recoger sus pertenencias y llevárselas al hotel. Neo los

recogería en la pista habilitada a un lado del resort para trasladarlos a Francistown.

La fotógrafa salió huyendo de Botsuana como había salido huyendo de Colonia. Entonces lo hizo para salvar su vida, ahora por que no soportaría mirar a Gary a los ojos y ver el dolor que ella misma le había causado. De Neo se despidió con un simple ademán porque no sabía qué decir.

—¡Llámame cuando quieras aprender a silbar! —dijo él.

A Karen también le hubiese gustado olvidar ese día, pero era un deseo que tardaría en cumplirse, así que cogió la botella que Gary le alargaba y dio un trago.

—¡Dios, qué asco! —exclamó—. Ya que vienes a tenerme despierta hasta altas horas de la noche, contemplando las estrellas para hacerte compañía, podías comprar un whisky decente.

—Es lo único que me queda del último viaje a la ciudad, y porque me lo regaló Mugabe, que es un tacaño.

—Así que aguardabas la ocasión para que alguien te ayudase a terminarlo. No sé si sentirme ofendida o irme a dormir.

—Diez minutos más, luego nos vamos los dos a la cama.

—No te entiendo, Gary. Duermes poco por tus guardias contra los furtivos y cuando no tienes guardia, tampoco descansas porque te parece mejor idea mirar las estrellas, atiborrándote de whisky malo y compadeciéndote de ti mismo.

—Cuando logre entenderme, nos sentaremos en este mismo porche y te lo contaré.

—¿Y crees que eso ocurrirá antes de que transcurran otros cuatro años? ¿O antes de que alguno de esos furtivos tenga la suficiente puntería como para pegarte un tiro?

Él aceptó la botella de sus manos.

—¿Solo han pasado cuatro años desde que llegaste?

—¡¿Solo?! —se escandalizó Karen.

—Me parece que llevas aquí desde siempre…

—No sé si tomármelo a mal.

—No lo hagas. Ya nadie concebiría este campamento sin ti.

—Pues me alegro, porque pienso quedarme. Y respondiendo a tus inquietudes casamenteras: lo de Finn se acabó, pero eso no

quiere decir que renuncie a encontrar a mi media naranja.

—Si es una proposición…

—Cuando quiera proponerte algo, lo sabrás, no tendrás que interpretarlo.

39

Delta del Okavango (Botsuana)

—¿Alguien al noroeste del cuadrante 38? —preguntó Gary por radio, mientras sus clientes comían un bocadillo en la parte de atrás del vehículo de safari.

—Estamos al norte —contestó uno de los hombres del coronel—. Podemos llegar en quince minutos. ¿Has oído algo?

—Negativo. Hay buitres sobrevolando. Se ven desde lejos.

—Avisaremos de cualquier novedad. Cambio y corto.

Gahtii le echó una ojeada interrogante.

—No creo —respondió Gary a su muda pregunta—. Hubiésemos oído los disparos desde el campamento.

Las contundentes armas de los furtivos, excepto las de los creativos como los de la ballesta, se escuchaban desde muy lejos. Los buitres se encontraban a solo diez kilómetros del campamento. Hubieran oído un disparo en cualquier momento del día, por muy ajetreado que fuera.

El masái le pasó una botella de agua, haciendo una mueca al alargar el brazo.

—¿El hombro? —le preguntó Gary.

—Un tirón.

—No deberías cargar peso. Deja que lo hagan los demás.

—Llevo más años acarreando peso de los que tú tienes.

—Precisamente por eso. Es hora de que te relevemos. Ocúpate de tus abalorios y tus cosas, que al final tu mujer viene a reñirme a mí por darte demasiado trabajo.

Gahtii se giró para reírse, fuera de la vista de los turistas, demasiado excitados para enterarse de nada.

—Señores —dijo Gary, al cabo del tiempo estipulado de parada—. Terminen sus bocadillos antes de que Reina y sus hijos metan la

cabeza por las ventanas para quitarles los restos de las manos. Nos vamos.

La familia de jirafas se había acercado con curiosidad. No se hubiesen comido los restos de bocadillos porque eran vegetarianas, pero esa broma siempre inquietaba un poco a los turistas. Ver a los animales era una cosa, pero tenerlos encima los ponía nerviosos. Excepto a los que eran tan estúpidos que querían tocarlo todo, como si aquellas majestuosas criaturas fueran peluches. Con esos había que tener cuidado e identificarlos pronto para quitarles las ganas, antes de que el festivo día de safari se convirtiera en una pesadilla de gritos y carreras para buscar un médico.

—Gary, ¿estás trabajando? —preguntó el hombre del coronel Mugabe, con el que había hablado de los buitres.

—Afirmativo.

—Te llamo al móvil.

Las noticias no eran lo que esperaba de ninguna forma y el masái le interrogó con la mirada. Gary negó, no era momento de explicarle lo que acababa de saber: que habían encontrado dos cuerpos humanos en mal estado, debido a la acción de los carroñeros. Los buitres esperaban su turno.

El resto de la visita se le hizo eterno. Tenía un mal pálpito que no podía explicar y pedía actualización cada cierto tiempo por radio, sabiendo que no se la proporcionarían por estar rodeado de turistas, que podían escuchar y asustarse.

En cuanto los invitados quedaron en el hotel, cogió su coche, reparado de los desperfectos del accidente de Jen, y Gahtii y él se dirigieron al lugar donde habían encontrado los cadáveres.

Parte de sus rostros ya no existían y sus entrañas se encontraban desparramadas por los alrededores, pero pudo reconocer al joven periodista asiático. El otro cuerpo era de un negro alto y fornido, vestido con un traje barato y camisa de raso amarillo, ahora deslustrada por la sangre y el polvo.

Gahtii se inclinó sobre los cuerpos.

—No han muerto aquí, los han trasladado. Mira las rodadas. Son de un todoterreno grande. El asiático ha muerto degollado y el

negro de un tiro en la nuca. Los han destripado para atraer a las alimañas —dijo.

—Apártese, por favor —le pidió un policía al masái.

—¿Cuánto crees que llevan muertos? —le preguntó Gary a Gahtii, en voz baja.

—No menos de un día. Las hienas han olido la putrefacción y los buitres solo esperaban su turno. Pero mira, el cadáver del negro tiene sangre en las manos.

—Puede que hiriese a su agresor. —Nada más decirlo, negó con la cabeza—. Si le dispararon en la nuca, no lo vio venir.

El masái estuvo de acuerdo.

—Si tuviera que hacer suposiciones, diría que él mató a Hyun y el que se lo encargó le cerró la boca.

—Y los trajeron a los dos aquí… —dijo Gary, pensativo—. ¿Por qué tan cerca del campamento? Cualquiera con algo de seso sabría que veríamos a los buitres y reconoceríamos a Hyun.

—Puede tratarse de un aviso —propuso Gahtii.

—¿Sobre qué? Es de conocimiento general que nos dedicamos a combatir a los furtivos.

El masái se encogió de hombros, pero le señaló con disimulo unas huellas en la tierra, idénticas a las que ya conocían.

—Vámonos, esto ya no es cosa nuestra —dijo Gary.

Cuando estuvieron en el coche, el guía le interrogó sobre las huellas en privado. Gahtii era el mejor rastreador que conocía, capaz de seguir el rastro de una oruga en un árbol.

—Son del mismo tipo, sin duda —dijo el masái—. Y van demasiados incidentes como para considerarlo un hecho fortuito.

—Que esto quede entre nosotros.

—Descuida. Pero habrá que tomar medidas pronto, por la seguridad del campamento. Son demasiadas coincidencias para seguir pensando que lo son. Estamos en el punto de mira de alguien.

—Nos ocuparemos la próxima semana, cuando el grueso del turismo haya pasado y se reduzca el trabajo.

En el campamento, Gary fue a cambiarse la ropa sudada a su tienda y aprovechó para llamar al coronel. Por mucho que quisiera

aparentar indiferencia, la muerte del periodista le había perturbado y se recriminaba no haberlo disuadido de quedarse en la zona.

—Tenía entendido que usted y Hyun trabajaban juntos —le dijo, con cierta acritud. No esperaba que el asiático llegase muy lejos en su investigación, pero tampoco que terminase asesinado en la ciudad—. ¿Puedo saber qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado de qué?

—Creía que sus hombres lo tenían al tanto de cualquier incidencia ocurrida en el delta.

—Y lo estoy. Me han informado de un par de muertes, pero no tienen que ver con la acción de animales, así que no me conciernen. La policía se ocupará.

—Uno de los muertos trabajaba con usted, coronel. Se trata de Hyun, el periodista.

La interjección de Mugabe pareció poco espontánea.

—¿Lo has reconocido?

—No le estaría llamando, de lo contrario.

—Ese muchacho tenía muchos pájaros en la cabeza y se juntaba con malas compañías.

—¿A qué se refiere con malas compañías? —indagó Gary—. Que yo sepa, investigaba el tráfico de marfil, de ahí no puede salir ninguna buena compañía.

—Me refiero a otras compañías: muchachos jóvenes dedicados a la prostitución. No me gusta juzgar, pero Hyun tenía sus gustos y distaban mucho de ser refinados en cuanto a sus relaciones.

—¿Y eso qué tiene que ver con su investigación?

—Nada, que yo sepa. Pero le tenía vigilado porque cualquier percance me costaría dar muchas explicaciones, como es el caso.

—¿Y qué encontró en esas vigilancias a las que lo sometía?

Mugabe aspiró el humo del puro que tenía entre los labios, lo soltó con un resoplido y respondió con aspereza:

—Esto se parece mucho a un interrogatorio, muchacho, y te diré lo que le dije a él cuando llegó: mi trabajo no era cubrirle las espaldas. Carezco de personal suficiente y él parecía más interesado en cierto joven, que en cualquier indagación sobre el marfil.

—Me consta que seguía con su investigación, porque me llamó hace poco para hacerme una consulta.

—¿Una consulta sobre qué? —inquirió Mugabe.

—Quería el contacto de un conocido de la Interpol.

—¿Se lo proporcionaste?

—No. Hablé con el agente Chirac y le di el teléfono de Hyun, por si quería llamarlo. Luego no he vuelto a saber más.

El coronel chascó la lengua con disgusto.

—Ese muchacho atolondrado… —refunfuñó—. Consiguió una fotografía mala de un supuesto traficante y pretendía que la policía la pasara por su base de datos, ¡como si estuviésemos en una serie de televisión! Le dije que con una foto oscura, tomada en mala posición y con un nombre corriente, que podía ser inventado, poco se podía hacer.

—O puede que haya terminado muerto porque se acercó demasiado a descubrir algo… —sugirió Gary.

—O que esa mala compañía, con la que se le vio un par de veces, quisiera extorsionarle. Ha ocurrido antes.

Mugabe le había mentido muchas veces, pero era la primera vez que intentaba justificarse. Puede que se sintiera culpable de la muerte de Hyun, por no haberle vigilado más de cerca.

—¿Insinúa que su muerte no tiene que ver con el tráfico de marfil, sino con su supuesta promiscuidad?

—No insinúo nada, muchacho, no es mi estilo. Digo que cuando intentas pasar por un comprador de marfil serio, no vas teniendo encuentros sexuales en callejones, porque no sabes quién te ha podido enviar un regalo envenenado.

—¿Y quién cree que pudo enviarle ese regalo?

—Los chinos de las tríadas, sin ir más lejos.

—Y «Motsomi »…

—No. A él le hubiera interesado un negocio en el que ganaría mucho más que con los chinos —objetó el coronel Mugabe.

—A no ser que supiera que se trataba de una trampa.

El silencio al otro lado de la línea se hizo incómodo.

—Dice que lo tenía vigilado. ¿Sus hombres no le informaron de que lo habían matado?

—No me gusta lo que sugieres, pero te voy a decir por qué mis hombres dejaron de vigilarlo, para disipar esas dudas que te corroen: hay un grupo muy activo de furtivos en la frontera con Camerún y me vi obligado a desviar a todos los hombres posibles a la zona. Quizá el periodista pudiera tomarse todo el tiempo del mundo para hacer su trabajo; el mío, en cambio, requiere de respuesta rápida y contundente.

—Ni sugiero ni insinúo nada, coronel. Hyun sabía que se metía en un asunto peligroso, solo espero que la policía encuentre a los culpables de su asesinato.

—Eso esperamos todos, muchacho.

Gary no quedó conforme con las explicaciones del coronel Mugabe. Su vigilancia había dejado mucho que desear y, aunque a él mismo no le caía bien el asiático, tampoco le había deseado un final tan lamentable.

Era evidente que al hacer correr la voz de que compraba marfil en grandes cantidades, había llamado la atención de personas con escasos escrúpulos. Conocía poco a Hyun, pero era joven y le faltaban las tablas de Aram Sarkissian. Él nunca se hubiera metido a ciegas en la boca del lobo; era mucho más cuidadoso.

Aunque, pensándolo bien, ambos habían terminado muertos de igual forma violenta, señal inequívoca de que su trabajo no estaba exento de peligros.

Salió de su tienda y caminó a largas zancadas, atravesando el campamento, hasta una de las casas de ladrillo amarillo, a cuya puerta llamó con los nudillos.

—Gahtii, ¿me cubres la guardia esta noche? De diez a una.

—Claro. ¿Hay algún problema?

—Espero que no.

—¿Qué vas a hacer? —indagó el masái.

—Me voy a dar una vuelta por la ciudad.

—¿Por el periodista?

—Por curiosidad.

—Ten cuidado.

Gary se dirigió al aeródromo en el que se encontraban las dos avionetas de la fundación. Una era pequeña, con capacidad para

piloto, acompañante y dos personas más o, en su defecto, para el transporte de mercancías. Era la que él solía usar, puesto que no transportaba a los clientes del resort. La que los llevaba tenía capacidad para ocho plazas, sin contar con piloto y copiloto.

Hacía años que había relegado esa labor a otros habitantes del campamento porque no podía abarcar todo.

—¿Un paseo nocturno? —le preguntó Neo, que estaba repostando la avioneta grande.

—¿Te apuntas?

—Te acompaño si me das unos minutos para lavarme las manos. Apesto a combustible.

—Apresúrate.

Sus prisas tenían razón de ser: de camino al aeródromo, habló por teléfono con el jefe de policía de Francistown. Se conocían de algunas redadas contra furtivos que se habían llevado a cabo en la ciudad y accedió a entrevistarse con él durante la cena, ya que se trataba de una consulta privada.

El campamento se abastecía de productos frescos una vez a la semana en Maun, pagando el exceso de los comerciantes que, acostumbrados a trabajar con los hoteles de la zona, inflaban los precios de forma escandalosa. Lo no perecedero, sin embargo, lo traían las avionetas cuando tenían que realizar viajes a Francistown para recoger turistas o realizar algún tipo de gestión.

La economía del campamento era algo que traía de cabeza a Gary. Durante la época alta se encontraban saturados de trabajo y aun así nunca había superávit en la cuenta.

—¿Me llevas o te llevo? —preguntó Neo.

—Tú pilotas, yo miraré las estrellas —respondió, sonriendo.

Cuando alcanzaron el techo de vuelo, Neo estabilizó el aparato, manteniéndose atento. De noche, estaba prohibido volar sin el control de tráfico aéreo, pero las autoridades hacían la vista gorda con las avionetas o tendrían que multar a todos los resort y campamentos de la zona, con la mala prensa que acarrearía.

Los pilotos de avionetas de la zona habían desarrollado su propio código para evitar situaciones peligrosas, y funcionaba, puesto que

el último accidente registrado ocurrió siete años atrás y se debió a un fallo mecánico.

—Vale, ¿y ahora me vas a contar qué pasa? Este año se han sumado a los problemas normales ciertos elementos fuera de control. Hay muertos, tío. Jen casi no sale viva y el chaval ese, el periodista… —Negó con la cabeza.

—No nos hemos sentado a hablar desde que llegaste y es culpa mía. Este año parece que todo se ha confabulado para obligarnos a desmontar el campamento.

—Algo me ha contado mi padre, pero no quiere que me vaya preocupado. Aunque ya lo estoy, así que te escucho. Tenemos tiempo de sobra hasta Francistown.

—Sabes que había un cuidador de animales, especialista en traslados, que traficaba con diamantes, ¿no?

—Lo sé.

—Pues ahí empezó todo.

Durante el resto del viaje, Gary le contó a su amigo lo ocurrido esos meses, desde su viaje a Colonia.

40

Delta del Okavango (Botsuana)

Neo decidió prolongar sus vacaciones tras escuchar a su amigo, aunque no le dijo nada hasta después de cenar con el jefe de policía de Francistown.

—¿Seguro? No quisiera que tuvieras problemas por…

—Esta también es mi casa.

—Tenía preparado a Gunnar para sustituirte —dijo Gary.

—Pues contrátalo igual hasta el fin de la temporada. Tiene acreditación para las zonas en las que puedes entrar tú, y ahora necesitas tiempo —contestó Neo.

—Es un gasto extra.

—Que se puede costear con un par de safaris nocturnos. El resort está deseando que los ampliemos y yo puedo ocuparme.

—Son un asco.

—Lo sé. Pero si consigo que mi padre me acompañe, resolveremos algunos temas de comunicación que tenemos pendientes. Sigue sin comprender que esté trabajando en Europa, cuando aquí hay empresas suficientes.

—Sbusiso quiere lo mejor para Botsuana.

—Y yo sé qué es lo mejor para mí. Sabes que amo esto, de lo contrario no volvería todos los años, pero tengo mi vida allí.

—Jamás cuestionaría tus razones, Neo. Cada uno sigue su camino, aunque me alegro de verte cada vez que regresas.

A la vuelta, pilotaba Gary.

Cualquiera hubiera pensado que el viaje podía haberse solventado con una conversación telefónica, pero no era el caso. Allí daban mucha importancia a la comunicación cara a cara, sobre todo cuando se trataba de hablar con cargos importantes de la administración: nadie estaba libre de cierta vanidad. Se podían hacer

encargos por teléfono o pedir citas, sin embargo, tratar un asunto de calado debía hacerse en persona para que el receptor de la petición se sintiera importante y valorado.

Gary le contó a Neo lo del hombre de la Interpol infiltrado.

—Su información me obligó a plantearme algunos asuntos desde otra perspectiva, y el conjunto cada vez tenía peor pinta.

—¿Implicaciones políticas? —le interrumpió Neo.

Su amigo meneó la cabeza, afirmando.

De la política estatal solo le interesaba la parte que le tocaba más de cerca: la vida animal de los parques protegidos, las reservas de caza y los cambios que pudieran afectar al ecosistema singular de la zona. Cada cargo nuevo deseaba marcar su impronta nada más acceder al poder, sin valorar los riesgos ni las repercusiones.

—Cuando el compañero de Chirac puso sobre la mesa la presunta culpabilidad del ministro, supe que se acercaba una época de cambios, que podían ser para mejor, pero también para peor —continuó Gary.

—Entiendo. Depende de las ambiciones que tenga el nuevo ocupante del sillón, si es que llega a demostrarse la culpabilidad del ministro y hay una destitución.

—Si el candidato resulta tener menos escrúpulos que ganas de ocupar el puesto, puede que se acerque a la postura de los granjeros sobre la ampliación de las cuotas en los cotos de caza.

—Los votos son votos. Arañar unos cuántos, contentando a los granjeros y a los operadores de caza, sería una buena jugada, y justificable, alegando mejoras para el país —asintió Neo, y añadió con ironía—. Igual que nos vendieron la cesión de parte de la extracción de diamantes a empresas extranjeras para mejorar la economía. Solo que no especificaron qué economía se vería saneada.

El país era el mayor productor del mundo de diamantes por valor y todo lo que salía del sector se invertía en infraestructuras, educación y salud. Aunque las minas eran de propiedad estatal, la compra de acciones de la mayor empresa dedicada al sector, De Beers, y su habilidad en la extracción y colocación en el mercado de

los diamantes en bruto o tallados, transformaron las minas en un negocio compartido.

Botsuana, además de importantes yacimientos de oro, níquel, cobre y carbón, albergaba la mayor población de elefantes de África, con más de 130.000 ejemplares. Desde que en 2019, el gobierno levantó la prohibición de la caza de trofeos, argumentando que la creciente población de elefantes estaba causando conflictos con las comunidades locales y afectando los cultivos, las cuotas se habían convertido en motivo de especulación.

La caza se regulaba por un sistema de permisos y cuotas, asignadas por el gobierno a operadores de caza, para garantizar que no afectase negativamente a la población de elefantes. Parte de los ingresos generados debían destinarse a las comunidades locales y a la conservación de la vida silvestre. Pero como en todo, siempre se encontraba una brecha legal para saltarse algún paso, por lo que las comunidades nunca recibían el total de las compensaciones y las empresas que compraban las cuotas jamás declaraban la totalidad de sus ingresos.

El costo de la licencia para cazar un elefante en 2019, se estableció en aproximadamente unos 1.850 dólares por cada una de las 72 licencias de caza, que podía parecer poco en el mundo occidental, pero que al cambio en pulas, la moneda nacional, resultaba una pequeña fortuna. Además de la tarifa de la licencia, se debían considerar otros gastos adicionales no menos ominosos, como los honorarios de los operadores de caza, alojamiento, transporte y servicios de guías profesionales, aparte de las dietas pertinentes. En total, una expedición de caza del elefante podía costar en ese momento, entre treinta y cuarenta y cinco mil dólares.

Que Gary supiera, en la actualidad el precio se había triplicado, aunque el gobierno seguía percibiendo la misma remuneración por cuota. El turismo de caza mayor estaba restringido a una élite económica y tampoco convenía indagar demasiado, mientras la afluencia del turismo de safari fotográfico siguiera aumentando.

Para sorpresa de nadie, los operadores de caza que compraban las licencias de caza mayor eran extranjeros, enriqueciéndose a

costa de África, igual que los que se llevaban los minerales, el crudo y la abundancia de un continente rico, lleno de gente pobre.

—Me extraña que entonces no hicieras nada —dijo Neo, y aclaró —. Cuando supiste lo del ministro.

—No hice nada porque al día siguiente…

Su amigo lo sabía: la muerte de Abila, de la que aún no se había recuperado. Quizá nunca lo consiguiera del todo porque la leona y él parecían haber constituido su propio núcleo familiar, aparte del que cada uno tenía con su comunidad habitual. De hecho, Gary se jugó la vida por un cachorro perdido de Abila el año anterior, igual que la leona se había jugado la suya, y la había perdido, tratando de salvar a la que creía la familia del guía.

Las leonas se separaban de la manada para dar a luz y Abila tuvo tres cachorros, a los que mantenía escondidos, a salvo. Presentarlos a la familia antes de que tuvieran mes y medio o dos meses, y pudieran moverse con soltura, era como condenarlos a muerte, porque estaban indefensos y los machos más jóvenes podían considerarlos futuros rivales. Pero mantener a los cachorros a salvo y salir en busca de comida, también era un riesgo. Los pequeños, cuando tenían capacidad para moverse solos, salían a explorar y, a veces, se perdían.

Eso es lo que ocurrió con los de Abila.

Los pequeños machos acudieron a la llamada de la madre, pero la joven hembra, más curiosa y osada, estaba en un pequeño lío: se había cruzado en el camino de una manada de elefantes, asustando a uno de los más jóvenes y causando cierto alboroto. Podía haber quedado en una simple anécdota, pero la matriarca detectó el olor a león y actuó según su instinto protector.

Gary, que dirigía un safari, se dio cuenta de que algo ocurría cuando escuchó el rugido de llamada de Abila y el trompeteo irritado de un elefante. Dejó al grupo a cargo de Gahtii y se lanzó a la carrera, rodeando a la familia de elefantes.

Reconoció a la pequeña de Abila, que se encontraba junto a un árbol inmóvil, escondida entre la alta hierba, y a la matriarca de la familia de elefantes, muy alterada, arrancando con sus colmillos la corteza de algunos árboles cercanos, desgajando ramas, e

intentando ahuyentar por todos los medios disuasorios a su alcance, a la cachorra, que estaba paralizada.

Cuando la matriarca retrocedió, Gary se giró para espantar a la pequeña leona y llegó Abila. La elefanta se alteró más, aunque el guía no cedió terreno, abriendo los brazos y mirando a la paquiderma de frente, consciente, por el rápido movimiento de sus orejas, que estaba perdiendo la paciencia y tendría que apartarse o le aplastaría en la próxima embestida.

La leona cogió a su cría por el cuello y se la llevó.

Gahtii tocó el claxon del vehículo, desconcentrando a la matriarca en su avance, haciéndola girarse para ver de dónde procedía la molestia, y Gary se tumbó entre un grupo de matas frondosas, al lado del camino. Se mantuvo inmóvil durante un rato que se le hizo eterno, reptando al abrigo de las acacias cercanas cuando pudo, hasta que la elefanta desistió y siguió a su manada.

Fue la primera vez que el masái, que le conocía desde niño y le había visto hacer muchas locuras, lo recibió en el jeep con un pescozón, como si fuese un crío.

—Si vuelves a hacer algo tan estúpido, te empujo yo mismo entre las patas de los elefantes.

—Esa era la cría de Abila…

—Y eso una matriarca enfadada. Podía haberos aplastado a los dos para proteger a su manada.

Por una vez, Gahtii salió de su papel de estoico masái entre los turistas, que estaban encantados, creyendo que aquello formaba parte del safari. Estaba muy enfadado con él y lo estuvo durante los días posteriores.

—Puede que esa cría no sobreviva —le dijo—. Sabes que muchos leones pequeños no lo hacen.

—Esta sí, será una líder, como su madre.

Gahtii meneó la cabeza y suspiró.

—No eres más listo que la naturaleza.

Gary no podía replicar a eso. La naturaleza hacía su selección natural y él se había interpuesto en ese caso porque quería a Abila, pero no estaría siempre para proteger a sus crías. Lo sabía muy bien porque lo había visto muchas veces.

Había transcurrido un mes desde aquello cuando pasó por el territorio de la familia de leones y le alegró ver a Abila con sus tres pequeños. Habían crecido y la familia los había adoptado. Eso quería decir que, al ser parte de la manada, todas las leonas los cuidarían como si fuesen sus cachorros.

Las leonas, además, forjaban fuertes lazos sobre todo con las pequeñas. Los machos, tarde o temprano seguirían su camino, pero las hembras se quedaban, formando parte de la familia, por lo que el vínculo entre ellas trascendía su infancia.

Una leona sola, como fue Abila en su momento, solo podía integrarse en una manada nueva. El macho recién llegado se encargaba de proteger el territorio y las hembras de cazar. Cada metro ganado de un terreno ocupado requería de violentos enfrentamientos, y solo un macho fuerte y joven podía superarlo. Secundado por hembras decididas a defender a su naciente familia, las luchas podían ser sangrientas, pero ninguno se daría por vencido hasta que la limitación del territorio quedase clara o todos los miembros de la nueva manada estuviesen muertos.

Así era la vida salvaje. Y Gary Brand lo sabía.

—Vale, y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Neo.

—Si te quedas, vas a tener que sustituirme.

Su amigo le miró, con expresión incrédula.

—¿Crees que colará si me pinto la cara de blanco?

—Creo que colará si los clientes terminan satisfechos. Tú haces los safaris muy amenos, y estarán pendientes de Gahtii, más que de ti. Se quedan atontados observándole, aunque no haga nada. Y no hace nada, excepto posar.

Ambos rieron porque era cierto y también porque el masái disfrutaba siendo el centro de atención.

—Este año ya hemos paseado a los accionistas del resort y a los clientes más «sensibles» al color de la piel.

—Contrata a Gunnar y te acompaño a Francistown. En plan guardaespaldas —sugirió Neo, risueño.

Su amigo le miró y ambos prorrumpieron en carcajadas. Desde que eran niños, Gary era el que había sacado a Neo de los problemas en los que se metían. Cierto que también era él el que

insistía en que hacer esto o lo otro sería buena idea. Provocaba los líos, pero cargaba con las culpas.

Gary, que se preciaba de contar con muy buenos amigos, hubiese confiado su vida a Neo.

Lo había hecho desde siempre, porque eran amigos de verdad, de los que crecen juntos y conocen cada recoveco del alma del otro, la aceptan como es y la valoran en su justa medida. Por eso había empezado a acompañar a su familia al delta y se quedó prendado del entorno cambiante del desierto del Kalahari, yermo la mayor parte del año y exuberante cuando llegaba el agua.

Eso estaba fuera del alcance de cámaras fotográficas, había que vivirlo y sentirlo.

—Un par de días. No necesitaré más —dijo Gary.

41

Delta del Okavango (Botsuana)

Las previsiones en ese lado del mundo rara vez se cumplían. Gary lo sabía tan bien como sabía que el sol devolvería los colores a la tierra cuando se alzara en el horizonte.

El safari nocturno era el último programado de la temporada que él dirigiría, aunque ya había hablado con la dirección del hotel para realizar dos extra, y poder pagar los honorarios del guía nuevo hasta el final de temporada, calculada en dos semanas más.

Podían haberlo alargado, evitando las zonas donde ya se veían los primeros síntomas del desierto en el que volvería a transformarse el delta en un corto periodo, pero todos los del campamento se encontraban cansados por las intensas jornadas, que empezaban al amanecer y, a veces, terminaban de madrugada.

Ese año, él tenía más ganas de acabar que nadie; habían ocurrido muchas cosas y necesitaba tiempo para pensar en ellas.

—Gary, evita el paso del norte —le indicó Gahtii—. Algunos guías han tenido problemas con Inaka.

—¿Lleva muchas crías? —preguntó, porque la matriarca solía ser una hembra tranquila.

—Seis machos y tres hembras y, por su reacción, se diría que han tenido dificultades.

—¿Vuelven a Chobe?

El masái asintió.

—Daremos un rodeo, quiero tener la fiesta en paz esta noche.

Gahtii le palmeó el hombro y se retiró a su casa de ladrillo, de la que salía el canturreo de su esposa, terminando la cena en su hornillo de leña. Casi todas las casas disponían de una cocina de gas, pero a ella le gustaba ir a por leña, encender el fuego y cocinar de forma tradicional.

—Prefiero que se me queme la casa a que explote —decía a todo el que quería escucharla; y a los que no, también.

Gary sospechaba que no deseaba renunciar del todo a sus orígenes, y lo entendía. Los masái eran un pueblo orgulloso de sus tradiciones y el matrimonio se había visto desterrado de su poblado, sin posibilidad de volver ni integrarse en otro.

Revisó sus armas y se disponía a subir al vehículo, cuando la veterinaria se acercó.

—Lista para pasar la noche en medio de ninguna parte, señor —Karen se cuadró como un militar, llevándose la mano a la sien en una parodia de saludo.

—¿Te apuntas al safari nocturno? —se extrañó él.

—Seré mejor compañía que esa botella que has guardado en el coche hace un momento.

—¿Por qué pensáis todos que tenéis que protegerme? No me voy a convertir en un alcohólico.

—Eso dicen los futuros alcohólicos. Pero yo no quiero acompañarte para impedir que bebas; quiero acompañarte, sin más. Si no te apetece, solo tienes que decirlo.

—No se me ocurre mejor compañía.

—Es lo que imaginaba —contestó ella, con satisfacción. Luego, dio una palmadita en su mochila—. Llevo pijama y cepillo de dientes, podemos irnos cuando quieras.

—Diré que carguen una tienda más.

—¿Para qué? El capó es bastante grande para los dos.

Gary elevó una ceja y Karen alzó las manos, riendo.

—Tranquilo, intentaré no abalanzarme sobre ti esta vez.

El guía enrojeció, haciéndola reír.

—Entonces no estaba preparado —se disculpó.

—Y yo desconocía tu norma de no liarte con ninguna mujer del campamento. No pasa nada.

—Anda, sube, nos estarán esperando en el hotel —dijo.

Se encontraban cerca de las instalaciones del resort, cuando él contestó al comentario de Karen:

—Por cierto, no sé de dónde has sacado que tengo reglas sobre mis relaciones.

—Desde que estoy en el campamento, jamás has tenido nada con ninguna mujer de la fundación, aunque sí con alguna turista y con empleadas del hotel, por lo que imaginé que sería una regla para salvaguardar la convivencia en paz.

Él rio por lo bajo.

—Profundizas poco en tus cotilleos —dijo.

—Es que prefiero no juzgar a las personas por la impresión que otros tienen de ellas.

—Pero sacas conclusiones sin disponer de toda la información. Y te falta la esencial.

Karen, en lugar de preguntar, saludó con la mano al otro guía que, junto a los empleados del hotel, se había encargado de montar el campamento donde pasarían la noche.

—¿Todo bien? —le preguntó Gary a su compañero.

—Los demás se han quedado terminando los preparativos y montando el perímetro.

—Pues vamos, falta poco para que caiga la tarde y hoy quiero terminar pronto.

Se centró en su trabajo. Detuvo el vehículo en un lugar en el que la puesta de sol saldría perfecta hasta para el más torpe de los fotógrafos, contó alguna anécdota, vieron algunos animales a contraluz, preparándose para la noche y cuando cayó la oscuridad, algo que ocurría con mucha rapidez en esas latitudes, estaban ya en el campamento nocturno.

Los empleados del hotel habían cenado antes de su llegada, tras preparar las mesas alrededor de la hoguera. Mientras organizaban el refrigerio nocturno para los clientes, Gary fue a comprobar el perímetro. Otros guías eran menos puntillosos con el tema de la seguridad, pero él no se la jugaba. Los animales eran curiosos y las reacciones de los turistas, impredecibles, creando momentos de peligro innecesarios.

Los clientes se retiraron a sus tiendas para descansar antes de la cena, que se serviría en unos minutos, o acudieron al inodoro químico portátil, instalado en una tienda individual, algo alejada del campamento para procurar intimidad.

Cada una de las tres parejas participantes en ese safari, una de ellas acompañada de dos hijos adolescentes, se sentaron en las mesas escogidas. En la sobrante, tomaron asiento los guías y Karen. Se encontraban cerca para poder charlar, pero lo suficientemente alejados unos de los otros para mantener una conversación privada, si lo deseaban. Gary lo prefería. Hacía muchos años que se había cansado de las mismas preguntas y la mejor estrategia para evitarlas era poner música durante la cena.

—¿Es una nueva técnica para evitar que se atraganten si oyen algún rugido? —le preguntó Karen, sonriente.

—Es la nueva técnica para que no me pregunten por cualquier ruido fuera del campamento. Y si pudiese, tendría la música puesta toda la noche.

—Te estás volviendo antisocial.

—Yo lo entiendo —dijo el otro guía, en el mismo tono bajo usado por los otros dos, para que no escuchasen en las mesas cercanas—. La última vez había un tipo insomne, saliendo de su tienda cada diez minutos en busca del vigilante, para preguntar por una rama quebrada, el murmullo sospechoso del aire meciendo la hierba alta, por el peligro real que corrían, por las medidas previstas si se colaba algún animal salvaje entre las tiendas…

—Eso no pasaría si les explicaseis que ningún animal traspasará el perímetro —sugirió la veterinaria.

—El safari perdería toda la gracia —dijo Gary—. Parte del encanto es que crean que una familia de leones va a pasearse por el campamento durante la noche. Estoy seguro de que algunos vuelven a casa y cuentan a sus amigos que ocurrió, y la sangre fría de la que hicieron gala, que salvó a toda la expedición.

Puso los ojos en blanco y Karen le dio un manotazo.

—Antisocial y cínico. Vas a mejor, no sé si debería recetarte unas vacaciones urgentes o una cita con un psicólogo.

—Puede que necesite vacaciones después de esta temporada tan confusa. Estaba pensando en visitar a mis padres en el parque Kruger, ¿te apuntarías?

Ella compuso una expresión sorprendida.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? Les caíste bien la última vez que estuvieron aquí y serán felices si pueden enseñarte el parque; están tan orgullosos como si ellos mismos lo hubiesen creado de la nada.

—Tienen su mérito. Su empresa dedica los ingresos a la rehabilitación de la vida salvaje. Tú has copiado su modelo, solo que lo has convertido en una fundación para no pagar impuestos.

—Eres una listilla… —dijo Gary.

—Y tú tienes mucha suerte. Ojalá mis padres tuviesen tanto interés en mí como el que tienen en sus propiedades y en su dinero.

—Me hacéis sentir como un bicho raro: los míos se dedican a la venta de propiedades inmobiliarias en la capital. Más normales no pueden ser —terció el otro guía, haciéndoles reír.

La cena terminó y los invitados, remisos a acostarse tan temprano, esperaban instrucciones. Karen le hizo una seña a Gary, que no se había dado cuenta de que era el centro de atención.

—Aquí no hay televisión ni entretenimientos nocturnos, nos regimos por el sol —dijo él en voz alta—. Hay que ir a dormir temprano porque nos levantaremos al amanecer.

Uno de los empleados del hotel quitó la música y el silencio nocturno se llenó de ruidos de insectos y animales, enfrascados en sus cazas y quehaceres.

Los invitados se retiraron poco a poco, demorándose en la contemplación del cielo nocturno. Los adolescentes, en cambio, estaban deseosos de entrar en sus tiendas y sustraerse al escrutinio de los adultos y al entorno al que los había arrastrado.

—Chicos, yo me retiro también —dijo el otro guía, ahogando un bostezo con el dorso de la mano—. Si necesitas algo, Gary, dame una voz.

—Descansa, me quedaré por aquí fuera.

Gary echó algunas ramas más a la hoguera para que el fuego aguantase la noche entera y se cercioró de que todos, invitados y trabajadores, se habían retirado, excepto Karen, que estaba ya encima del capó del vehículo y se quitaba las botas.

—La tienda del guía tiene otro catre, deberías ir a descansar.

—Me quedo contigo, si no te molesta. Y si te molesta, te vas tú al catre —dijo ella, lanzando un suspiro de placer al deshacerse de los

calcetines, que dejó a un lado—. Jo, ¡qué gustazo esto de descalzarse por fin!

Una de las primeras cosas que había aprendido de África era que el calzado importaba, y la forma de llevarlo también. Se necesitaban botas resistentes y llevar los bajos del pantalón metidos en las cañas del calzado para prevenir invasiones de insectos curiosos.

Con las altas temperaturas de las que gozaban en esa época del año, resultaba un placer terminar el día descalzándose y quitándose la camisa de manga larga.

El guía puso el pie en la rueda delantera y se aupó al capó, su cama de los safaris nocturnos por elección. Si quería mantenerse sentado, usaba el parabrisas de respaldo y si deseaba dormir, solo tenía que deslizarse hacia abajo para quedar horizontal. No era mucho más incómodo que los catres de campaña y sentía predilección por dormir bajo las estrellas.

—Retomando el hilo de lo que hablábamos antes —dijo—. Me sorprendiste y entonces estaba un poco… Confuso. Durante dos años, Muana y yo fuimos pareja. Es la hija de Gahtii, que se fue a Gaborone porque necesitaba espacio. Nos queríamos, pero teníamos intereses opuestos.

Karen escuchaba, sin decir nada.

—Tiempo después, Bose y yo tuvimos algo, que terminó pronto porque ella se descubrió a sí misma cuando conoció a una mujer de la que se enamoró y que hoy es su pareja. Mi aprecio hacia ella sigue vigente y creo que es una de las mejores guías que tenemos. Ojalá los hoteles fueran más abiertos al respecto, porque se están perdiendo a una guía excepcional.

—No sabía nada de eso.

—Te dije que necesitabas profundizar más en los chismorreos del campamento. Cuando apareciste, seguía dolido por la ruptura con Muana y lo de Bose era reciente. Me quedé paralizado porque temía repetir errores.

—¿Sabes por qué te besé la primera vez que vine contigo a una safari nocturno?

—¿Porque te sentías sola? —indagó él.

—Eres tonto, Gary. Te besé porque me gustabas y sigues gustándome. Y me equivoqué queriendo emparejarte con Jen porque lo hice por razones egoístas.

—Estabas con Finn.

—Estaba. Por eso creí que si tenías pareja también, dejaría de desear besarte cada vez que te encontrabas cerca. Y si tu pareja era mi mejor amiga, nunca volvería a mirarte igual.

La veterinaria tragó saliva. Se lo había callado porque no quería estropear la amistad que tenían y ahora temía haberse equivocado al exponerse de aquella forma, porque Gary seguía mirando al frente, silencioso.

—Me enamoré de ti en cuanto llegaste al campamento —confesó él, a su vez, cuando encontró las palabras adecuadas—. Pero no quería espantarte. Las relaciones entre empleador y empleada se pueden malinterpretar y no quería eso. Eras una buena veterinaria y la fundación te necesitaba. Una relación personal hubiese sido contraproducente.

Karen, sin girarse a mirarle, esbozó una sonrisa. Se encontraban recostados contra el parabrisas del vehículo, contemplando las estrellas y las nubes que amenazaban con cubrirlas, aunque sin llegar a formar la tormenta esperada. En esa época, la regla general meteorológica era la amenaza improductiva. Podía amanecer un día nuboso, pero terminaba despejándose a lo largo de la jornada.

—Entonces ¿qué? ¿Vas a intentar besarme o tengo que tomar la iniciativa de nuevo? Porque eso te restaría puntos…

Antes de acabar, tenía la boca de Gary sobre la suya, dulce al principio, indagadora después y candente luego.

Lo separó, poniéndole ambas manos en el pecho.

—Vamos poco a poco, ¿te parece?

En realidad, Karen quería más, pero se sentía algo insegura porque sus sentimientos eran profundos y, así como siempre supo que lo suyo con Finn terminaría en algún momento, no estaba preparada para asumir una decepción con Gary.

—Iremos a tu ritmo —contestó él, volviendo a apoyarse en el parabrisas del Jeep y cogiendo su mano—. Pero no me impidas besarte, aunque estemos en el campamento.

Ante semejantes novedades, que le complacían en lo más profundo de su ser, Karen olvidó a Jen y la petición de Hyun de días atrás, que tenía intención de compartir con Gary esa noche. Descubrir los sentimientos del guía había eclipsado cualquier otra preocupación de su mente.

Karen durmió en el capó del vehículo con Gary, aunque él durmió menos. Ella se había acurrucado en el hueco de su hombro y sentía el cosquilleo de su respiración en el cuello, que le enervaba. Deseaba, más que nada en el mundo, acariciarla y ser acariciado por ella, besarla, hacerle el amor despacio … Pero eso tendría que esperar y él lo sabía, lo aceptaba y lo comprendía. No hacía tanto que había deseado acostarse con su mejor amiga.

Jen y él se atraían, aunque nunca hubieran llegado a nada más que algún encuentro sexual, e incluso eso quedó aparcado cuando supo que ella y Neo tenían algo. Quería demasiado a su amigo para jugarse la relación de toda una vida por una mujer que le atraía, pero a la que no amaba.

El teléfono lo sacó de sus pensamientos. Era Chirac de nuevo y, una vez más, lo desvió al buzón de voz. El tema de los diamantes le importaba poco, se conformaba con saber que nadie más usaría a sus animales para traficar.

42

Delta del Okavango (Botsuana)

Regresaron del safari nocturno a la hora del desayuno. Karen se fue a la ducha y él se acostó en su catre para dormir un par de horas, después de despedirse de ella con un beso.

Por una vez, se durmió con algo más en la cabeza que las preocupaciones. Los cuatro últimos años, la veterinaria había estado en sus pensamientos; ahora que podían estar juntos, quería hacerlo bien para no perder a la amiga y cómplice que había sido ella todo ese tiempo. Necesitaba seguir contando con su confianza y cruda sinceridad, porque de lo contrario no sería Karen.

Poco antes de que sonase la alarma, le despertó una nueva llamada de Chirac y decidió contestar. Había evitado hablar con él un mes, y quizá su insistencia se debiera a que tenía buenas noticias. Estaría bien dar el tema de los diamantes por zanjado.

—¿Sabes algo de Jen? —le preguntó el agente.

—¿Yo? Tú eres el que estabas con ella.

—Se ha esfumado.

—Bueno, si lo que me preguntas es si sé dónde está, pues no tengo ni idea. No hemos vuelto a hablar desde que se marchó.

—¿Y su amiga?

—Tendrás que preguntarle a Karen. Yo no tengo ni idea.

El agente soltó un suspiro audible.

—¿Cuál es el problema, Bastian? —preguntó Gary.

—Que me parece que ha jugado conmigo. Ha desaparecido después de que lo hicieran también los diamantes, el dinero y el hermano de Aram, tras su detención.

—¿En serio que lo detuvisteis y se os escapó?

—Creo que había filtraciones en la policía.

Gary chasqueó la lengua.

—Perdona, pero me parece una chapuza.

—No puedo estar encima de todos.

—Pues siento no poder ayudarte… Por cierto, tú quizá puedas ayudarme a mí. Creo que Hyun te envió la foto de un traficante de marfil y me gustaría verla para cerciorarme de que no es alguno de los conocidos en la zona. Si el coronel Mugabe no lo reconoció, puede que yo tampoco, pero…

Dejó la frase en suspenso. Era poco probable que pudiera reconocerlo, pero su cara se le quedaría grabada y lo identificaría si llegaba a cruzarse con él.

—Una pena lo del chaval. Me enteré —dijo el francés.

—Estaba metido en asuntos peligrosos, por eso quiero la foto que te envió. Puede que ese sujeto sea el responsable.

—Descuida, en un momento te la envío, ahora estoy a punto de entrar en una reunión.

—De acuerdo. ¡Que vaya bien!

—No lo espero. Con la operación fracasada, es probable que me den una patada en el culo.

Gary no pudo animarle. Sus jefes no serían benévolos porque la prensa no lo sería, y la opinión general pesaba más que los servicios prestados durante años.

Según lo prometido, dos horas después, el francés le envió la foto tomada por Hyun. En un texto aparte, le recordaba que no se encontró al sujeto en la base de datos de la Interpol. La instantánea estaba borrosa y se había tomado en un local con escasa luz. El 50% de los hombres de Francistown podían coincidir en el conjunto de lo que se percibía. Gary tampoco pudo reconocerlo.

Se dirigió a las duchas y luego al comedor a por un café, que pensaba tomarse en los establos, aunque Karen se lo había prohibido expresamente tiempo atrás.

—O traes café para todos o te lo tomas en el comedor, no vengas a darnos envidia —le había dicho.

Cargó con una bandeja llena de tazas y se dirigió al establo más cercano, ofreciendo la bebida a los que trabajaban limpiando los cubículos, a los que realizaban las pequeñas curas que no necesitaban de supervisión, y a Karen, a la que encontró

suministrando medicación por vía intravenosa a una cebra muy enferma. Sbusiso acariciaba al animal, tumbado encima de la paja fresca, hablándole en setsuana para tranquilizarlo.

Karen se levantó y se quitó los guantes, antes de acercarse a Gary con una sonrisa algo triste.

—No va a llegar al fin de semana —dijo en voz baja, como si el animal pudiera entenderla.

—Lo siento —murmuró Gary.

—Necesitaré un beso para superarlo, no me basta con el café, aunque me gusta que te acuerdes.

El guía sonrió. Karen solía ser clara, tanto para expresar lo que le gustaba, como lo que no.

—¿Tienes el día libre? —le preguntó poco después.

—Me voy a la ciudad. ¿Necesitas algo de allí?

—A ti. Sbusiso se encargará de los animales a partir de las siete y yo me iré al resort a darme un baño en condiciones y a dormir a pierna suelta, a no ser que vengas a despertarme.

—¿Me estás proponiendo algo?

Ella alzó una ceja.

—Si quieres, te lo deletreo.

Gary rio.

—¿A las siete? —preguntó.

—No, a las siete iré yo y necesitaré un ratito para mí. Tú tienes una cita a partir de las ocho. Si vienes antes, no te abriré; si vienes mucho más tarde, es posible que no te abra porque estaré inconsciente. Tengo tanto sueño que no sé si estamos manteniendo esta conversación o me he quedado dormida y la estoy soñando.

—Eso te pasa por ir a safaris nocturnos —dijo él, rodeándole la cintura con un brazo.

—Me han devuelto una semilla y tenía que plantarla.

Ante la expresión interrogante del guía, ella negó.

—Déjalo, no lo entenderías.

Él se despidió de Sbusiso y Karen le acompañó a la puerta, poniéndose de puntillas para besarlo.

—El día se me va a hacer eterno —dijo Gary.

—Con ello cuento —contestó la veterinaria, guiñándole el ojo con picardía—. Por cierto, recuérdame luego que tengo que enviarte algo o se me olvidará de nuevo.

—¿Qué es?

—Algo que me mandó Hyun para ti antes de…

—¿Y por qué te lo envió a ti? Tenía mi número.

—Seguro que le gruñiste.

—No demasiado, solo le advertí que mi paciencia era limitada y que si quería suicidarse, no necesitaba compañía.

Ella negó con la cabeza, aunque entendía la postura del guía. Meterse en según qué asuntos en aquella parte del mundo solo acarreaba problemas y situaciones peligrosas. Cuando se enteró de la muerte del periodista, recordó su encargo, pero ese mismo día recibieron dos animales que requerían cuidados y se le olvidó. El teléfono no era una prioridad para ella, lo consultaba una vez al día, si es que se acordaba y no estaba demasiado cansada.

Neo salió al encuentro de Gary, saludando a Karen con la mano para despedirse de ella. Omae, desde la puerta de su casa, le lanzó una mirada aviesa, dio media vuelta y cerró de un portazo.

—¿Qué pasa con Omae? —preguntó Neo, que se había fijado en la reacción de la mujer.

—Espero que nada. Se me insinuó una noche y desde que la rechacé no me habla.

—Ya. Puede que no hable contigo, pero lo hace con todo el que quiera escucharla. Mi madre y Njeri han tenido que intervenir más de una vez para decirle que si no está contenta, que se vaya.

—No quiero que se vaya por una tontería. Sus hijos…

—No eres responsable de ellos, Gary. Su madre lo es. Que no correspondas a sus sentimientos no le da derecho a criticarte.

—Tendré que hablar con ella a la vuelta.

—Y no es por meter el dedo en la llaga, pero me ha parecido que su reacción ha surgido de veros a Karen y a ti…

—Eres un chismoso, Neo.

Su amigo rio.

—Por cierto, ¿sabes que anoche se escucharon disparos? —le preguntó, llevando el timón hacia sí para hacer ascender la avioneta,

cuando llegaron casi al límite de la pista despejada.

—Lo oí por radio. Granjeros otra vez, ¿no? —indagó Gary.

—Granjeros —confirmó su amigo—. Hirieron a uno de los machos de la familia de Tantila y hubo que rematarlo.

—A veces, tengo ganas de largarme de aquí y olvidarme de todo —exclamó Gary, con desánimo.

—Por suerte, se te pasa pronto.

—Se me pasa por egoísmo. Quiero disfrutar de este pedacito de paraíso antes de que la civilización lo engulla. Y no falta tanto para eso. Una fuga de crudo, accidental o provocada, y la contaminación del agua del Okavango provocará la muerte de mucha fauna y el abandono del resto.

—No entiendo por qué el gobierno renovó la licencia a esa petrolera, sabiendo el daño que puede causar en todo el delta.

—Por lo de siempre: los recursos del subsuelo son más lucrativos que unos puñados de turistas fotografiando animales —gruñó Gary, observando el mensaje entrante en su móvil.

Se trataba del que le había prometido Karen, que le obligó a soltar un jadeo de sorpresa y olvidar su conversación con Neo.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó su amigo.

Gary se llevó la mano a la cara para frotársela, como si pudiera despejar sus pensamientos de esa forma.

—¡Joder que si pasa! Esta foto lo cambia todo… —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Neo, echándole un vistazo.

—El cuñado del coronel Mugabe.

—¿Y?

—Que Hyun le envió la fotografía a Mugabe para ver si era algún traficante conocido. Ante su negativa, pidió ayuda a un conocido de la Interpol.

—¿El que se fue con Jen? —preguntó su amigo.

—Sí, Chirac. El caso es que yo se la pedí a él, por si reconocía al traficante y me envió otra.

—¿Por qué el periodista enviaría fotos distin…? —Neo calló de repente, comprendiendo—. ¡Joder!

—Eso digo yo: ¡Joder! Hyun quería saber si yo podía reconocer al traficante, pero como me encontraba algo molesto con él, prefirió

enviársela a Karen para que me la enseñase, y ella se olvidó, hasta hace un rato.

Neo miró a su amigo, alarmado.

—Y Jen está con Chirac en Europa —dijo.

—Ya no. Por lo visto, ella ha desaparecido. Chirac me llamó para saber si conocía su paradero.

El negro corrigió el rumbo para enfilar la pista, tras obtener permiso para aterrizar de la torre de control aéreo.

—A mí me da vueltas la cabeza —dijo—. ¿Sugieres es que el tráfico de diamantes y el de marfil están orquestados por el coronel Mugabe, y que Chirac era su socio en Europa?

—No lo sé, Neo. Aterriza y vamos a salir de dudas.

—¿Cómo?

—Buscando al cuñado de Mugabe.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—Yo no, pero el jefe de policía lo sabrá.

Neo paró los motores, después de aparcar la avioneta a la sombra de un hangar.

—¿Y si está en el ajo?

—Pronto nos enteraremos —contestó Gary—. Llama a Karen, que intente ponerse en contacto con Jen y le diga que se mantenga alejada de Chirac. No le dejes mensaje en el buzón de voz, insiste hasta que conteste.

—Vale, eso está hecho.

Por su parte, Gary llamó a Sbusiso.

—¿Tienes a Gahtii cerca?

—Está volviendo del hotel. ¿Va todo bien?

—Va todo fatal, pero no es el momento de explicártelo. Cerciórate de que todos se queden en el campamento cuando regresen de los safaris. No vamos a hacer guardias nocturnas.

—¿Y si hay aviso de algún animal herido? —preguntó Sbusiso, sabiendo que Karen no se conformaría.

Gary juró por lo bajo, contrariado, porque él también sabía que ella querría intervenir.

—Te llevas a varios hombres armados y que Gahtii rastree la zona. A la mínima sospecha de emboscada, os retiráis.

Ya no se fiaba de las intenciones de Mugabe y tenía presentes las huellas recurrentes de botas que le señaló el masái. No eran las botas resistentes, pero ligeras, que usaban los guías, ni estaban al alcance de la economía de los furtivos. Coincidían con las del uniforme de los militares, fuertes y pesadas.

Lo sabía desde hacía tiempo, pero no quería creerlo porque trabajaban a diario con los hombres de Mugabe. Suponer que se trataba de paramilitares, era más fácil de digerir que la idea de haber facilitado la labor a los mismos que los estaban cazando.

El infiltrado en las minas dijo que varios hombres del coronel estaban implicados en el traslado de diamantes. ¿Por qué no en todo lo demás, si se lo ordenaba su jefe y ganaban un dinero extra?

Incluso el propio Mugabe le había dicho tiempo atrás que nadie, ni siquiera su campamento, se libraba de la larga sombra de la corrupción y la política.

Hijo de puta.

43

Francistown (Botsuana)

Antes de hablar con el jefe de policía, decidió asegurarse de su imparcialidad en el asunto y solo se le ocurrió una forma de hacerlo: ponerse en contacto con Obed Kabelo, al que Chirac le había presentado como agente de la Interpol. Habían intercambiado números de teléfono para que el guía prestase declaración ante la policía, llegado el momento. El problema, sin embargo, era el mismo: ¿podía confiar en él o sería tan corrupto como Chirac?

—¡Qué sorpresa! —dijo el agente Kabelo.

—Me encuentro en Francistown, ¿hay alguna forma de poder vernos hoy?

—Ahora estoy trabajando, pero me tomaré el día libre a partir de la comida. ¿Seguirás por la ciudad?

—Sí, dime dónde.

—Te mandaré ubicación y hora, ¿de acuerdo?

Gary lo estaba, se lo dijo y cortó la comunicación.

—¿Y qué hacemos mientras? —preguntó Neo.

—Algo que olvidé consultar en su momento.

El gestor los recibió con amabilidad y sin tardanza.

Buscó los datos que le pidió Gary y se los entregó.

—Su oficina hace una labor impecable, pero para futuras contrataciones, consúlteme con antelación.

—¿Ocurrió algo con ese empleado? Doherty disponía de buenas referencias y una recomendación expresa del coronel Mugabe, con el que usted mismo colabora.

—No ocurrió nada —Gary le restó importancia para no preocupar al hombre—. Quiero implicarme más en las contrataciones para escoger a los candidatos. Es importante para la armonía del campamento. Y dígame, ¿cómo andamos de fondos este año?

El gestor suspiró.

—Me temo que seguimos arañando números, señor Brand.

—Entonces, nada nuevo.

—Algo sí hay, pero hubiese querido gestionarlo por mi cuenta para no darle más quebraderos de cabeza.

—Ha vuelto a surgir lo de la licencia, supongo.

—Así es. Me encargué de indagar y parece que alguien está presionando para que revoquen los permisos de la fundación, en favor de un orfanato especializado en exportaciones.

Minutos después, tras agradecer al gestor su ayuda, Neo y él se encontraban en la calle.

—Por si quedaban dudas sobre la contratación de Doherty… —comentó su amigo, y Gary asintió.

—Marfil y diamantes. No me lo explico. Mugabe no es un hombre de gustos refinados, vive en una casita sencilla y lleva el coche de servicio. Nunca le he visto con uno suyo.

—Puede que tenga una cuenta multimillonaria en un paraíso fiscal —sugirió Neo.

—En ese caso, ¿por qué continúa trabajando tantas horas y viviendo de forma tan sencilla? No me cuadra. La gente que roba lo hace para vivir mejor o conseguir lujos fuera de su alcance. Para quedarse igual, no merece la pena el riesgo.

—Quizá el ministro se lleva la mayor parte de las ganancias.

El agente Kabelo envió en ese momento la ubicación de un motel, un número de habitación y una hora.

—Tenemos un rato, vamos a comer algo —dijo Gary.

Cuando llegó la hora de la cita, cogieron un taxi que los dejó a varios cientos de metros del motel.

—Tú te quedas fuera —le dijo Gary a su amigo—. Mantendré la radio encendida para que puedas escuchar la conversación por un canal privado. Si algo se complica, cuento contigo.

Neo asintió y revisó con disimulo el arma corta que llevaba en una funda de la cinturilla de su pantalón, oculta bajo la camisa.

—Al final, me necesitas de guardaespaldas —dijo, sonriente.

—Si está metido en el tráfico de diamantes…

—Debería ir contigo, por si acaso.

—No. Puede que él tampoco haya venido solo. Mantente vigilante y avísame si ves algo sospechoso.

El motel se encontraba a las afueras de la población, en una zona muy transitada, puesto que ofrecía alojamiento modesto y barato. Los clientes eran granjeros y pequeños comerciantes, que tenían que trasladarse a la capital del norte para formalizar documentación o asuntos legales.

Kabelo le recibió con una sonrisa. Estaba relajado o era un actor de primera.

—Me alegro de verte. Pasa y disculpa las molestias, pero aún debo fingirme trabajador de las minas. ¿Quieres un refresco frío? Es todo lo que he encontrado de camino aquí.

—No, gracias. He tenido que venir a hacer unas gestiones y me preguntaba si había concluido la investigación. No he encontrado noticias al respecto.

—Hubo alguna complicación que aún no se ha solucionado —contestó Kabelo, negando con la cabeza, disgustado.

—Chirac no me dijo nada al respecto.

El agente se enderezó en su asiento.

—¿Sigues en contacto con él? —preguntó.

—Hemos hablado esta misma mañana, ¿por qué?

Kabelo lo miró, evaluando hasta dónde podía contarle.

—¿Sobre qué habéis hablado?

—Me preguntó sobre el paradero de Jenell Wolften.

—¿Y? —le instó el agente.

—No tengo ni idea, le remití a la veterinaria del campamento, que es su mejor amiga. Me consta que han estado en contacto, pero dudo que le diga nada, aunque lo supiera. Si Jen no le contesta es porque no quiere —dijo Gary—. Oye, sea lo que sea, dime qué ha pasado. Me he enterado de cosas poco tranquilizadoras y también busco respuestas.

—Chirac ya no está en la Interpol.

—Me ha dicho que tenía una reunión sobre eso.

—Lo dudo, porque lo echaron —aseveró Kabelo—. Mintió sobre la operación en Colonia y sobre la más reciente en Gante. Ambas formaban parte de la misma trama de tráfico de diamantes. Actuó

de mediador con la policía alemana y belga sin el conocimiento de la Interpol y se metió en nuestra investigación sin permiso. No sé qué pensaba ganar, pero ahora está en busca y captura.

Gary se quedó perplejo.

—Yo sé qué pensaba ganar —dijo al fin—. Debía ir, como todos los demás, detrás de los diamantes que Aram Sarkissian robó a su hermano y le entregó a Jen.

Kabelo asintió despacio.

—Supo manejarnos para enterarse de todo lo posible. De hecho, él fue el que hizo peligrar nuestra misión aquí, por eso se ha alargado más de lo esperado. Puso sobre aviso a algunas personas de nuestra investigación y algunas pruebas han volado.

—¿Las pruebas contra el ministro? —preguntó el guía.

—¿Contra qué ministro?

—Chirac me dijo que el cabecilla del tráfico era el ministro de Medio Ambiente, que por eso no podía advertir al coronel Mugabe —Gary se golpeó la frente—. ¡Joder, qué gilipollas he sido!

—Chirac supo moverlo todo con acierto. Todavía se está investigando, pero recriminarse no merece la pena, tampoco nosotros comprobamos su legitimidad; llevaba credenciales válidas y creímos en su palabra.

—¿Te importaría contarme tu versión? —le preguntó Gary—. Por si acaso me mintió en algo más. He averiguado lo de Mugabe porque el periodista al que mataron hace poco tuvo el buen criterio de pedir una segunda opinión.

Hablaron durante más de una hora.

—¿Trabajas con la policía de aquí? ¿Hay alguno en el que pueda confiar?

—Trabajamos con un grupo muy reducido, con el jefe de policía de Francistown a la cabeza. Puedes confiar en él, no es corrupto y tiene interés en que todo esto salga a la luz. La única pega es que necesita que le presten atención —contestó el agente.

—Lo sé, anoche vine solo para cenar con él.

—Pues está al tanto de toda la investigación, pero te pedirá que continúes tu relación con el coronel como hasta ahora, porque tenemos objetivos de mayor calado a los que conviene mantener

tranquilos. La bola se ha hecho muy grande y traerá consecuencias políticas y económicas para el país entero.

—Tengo la impresión de que mi relación con el coronel se ha deteriorado. Creo que sospecha. Dejar el cuerpo del periodista tan cerca de mi campamento suena a advertencia y solo pudo hacerlo alguien que nos relacionara.

Cuanto más pensaba en ello, más factible le parecía.

—Bien, no quisiera meterme en vuestro trabajo, pero si sucede algún percance más con alguien del campamento, iré a por él y tendréis que espabilar —le advirtió el guía.

Ya no se trataba solo de Hyun, las emboscadas sufridas durante los meses pasados se habían saldado con dos muertos y varios heridos de diversa gravedad. Como bien señaló Gahtii, en la mayoría de esas emboscadas había huellas de botas pesadas y ahora Gary no paraba de sacar conclusiones sobre esa información. Mugabe le había repetido en numerosas ocasiones que convenía, para el negocio, exportar más animales. Por supuesto, dejaba implícito que el negocio sería para la fundación, pero ahora no le cabía duda de que hablaba de «su» propio negocio.

Si el coronel no conseguía echar a la fundación legalmente, lo haría por la fuerza. Al guía ya le cuadraba más su interés y podía conectarlo con los «encontronazos» de su gente con supuestos furtivos, que no se debían a la mala suerte de que ocurrieran durante sus guardias, sino a que los militares de Mugabe conocían su situación en todo momento.

—Creo que en una semana podremos tener la operación coordinada con la policía de la capital y la de Francistown. Al que menos cargos podemos achacar es, precisamente, al coronel Mugabe. Ha sabido desviar la atención hacia el titular del ministerio y hacia sus hombres.

—Eso, en cuanto al tráfico de diamantes.

—Y según dices, del tráfico de marfil también. A todos los efectos, el gobierno ha metido al zorro en el gallinero. Que vaya disfrazado con plumas solo lo hace más peligroso. —El agente se levantó, dando por terminada la entrevista—. Lo siento, pero tengo

que regresar. Mi jefe, que es uno de los que será detenido, parece que se huele algo y no quiero salirme de mi rutina habitual.

—Una semana. —Le recordó Gary, estrechándole la mano.

—Ten cuidado, esta gente es peligrosa.

Neo caminó detrás de él, observando por si alguien seguía a su amigo. Cuando se cercioró de que cada persona que pasaba iba a lo suyo, se colocó a su altura.

—¡Vaya puto lío!

—Esperemos tenerlo resuelto pronto —murmuró Gary—. Esta próxima semana, solo saldremos de la fundación lo necesario. Nada de excursiones al resort y el camión llevará tres hombres armados para ir a buscar alimentos a Maun.

—Hasta el momento, solo hemos tenido enfrentamientos mientras hacíamos guardia contra los furtivos. ¿No crees que es una medida exagerada?

—Como le he dicho al agente de la Interpol, me temo que Mugabe sospecha y si es el responsable, como creo, puede que lo más sensato fuese desalojar a los que no sean indispensables.

—Me estás empezando a preocupar.

—Yo ya estoy muy preocupado.

Antes de coger un taxi, Gary llamó al jefe de policía.

—Se me olvidó hacerle una pregunta anoche —le dijo, después de identificarse.

—Pregunte, joven. Estoy disfrutando de un café y tengo tiempo para atenderle.

—No sé si conoce al cuñado del coronel Mugabe, Mandla…

—Mandla Sachale —asintió el otro.

—Tendría que ponerme en contacto con él y no quiero molestar al coronel con eso.

—Pues, hijo, a no ser que sepa usar una ouija… Falleció hace varios días en un accidente de tráfico muy aparatoso.

Gary no lo esperaba, aunque tampoco le extrañó. Quizá Mandla quiso hacer su propio negocio y Mugabe, que seguía de cerca a Hyun, se enteró. Además, el muy imbécil se había dejado fotografiar. Ante semejante torpeza, el guía se preguntaba cómo había podido mantenerse tanto tiempo fuera de la cárcel.

—Una última cuestión, si no le importa.

—Dispare, joven.

—¿El fallecido tenía antecedentes?

—Los tenía. Se revisaron a raíz del accidente. Tenía antecedentes de la policía sudafricana por algún hurto, que le llevó a un centro de menores y más tarde, siendo adulto, dos cargos de caza furtiva. Estuvo cinco años en la cárcel.

—Así que sus antecedentes aparecerían en una búsqueda de la Interpol, ¿no es eso?

—Por supuesto.

Gary lo imaginaba, solo quería cerciorarse.

El guía le agradeció la información y, de vuelta al aeropuerto, llamó a Karen para pedirle que abandonase su idea de ir al resort en los próximos días.

—Espero que tengas buenas razones —gruñó ella.

—Tengo razones, aunque no son buenas. Luego te cuento porque salimos en breve.

—Ya piloto yo y tú me vas contando todo eso que te ronda la cabeza, que es mucho, por tu cara —dijo Neo.

No había transcurrido ni media hora cuando el motor empezó a fallar, se paró y cayeron.

44

Amberes (Bélgica)

—Quédate. Tengo un apartamento vacío en una zona tranquila de la ciudad —dijo Nathaniel Klemperer.

—Debería haber vuelto a Gante —contestó Jen—. Hubiese podido explicar mi desaparición unas horas, pero tanto tiempo… Lo único que me falta es perder la confianza de Chirac.

—Mi insistencia para que te quedases tenía su razón de ser: el agente de la Interpol que te convenció para detener a Narek no es la persona que crees.

—¿Te lo dijo Narek?

Klemperer se recostó en su silla, pensando en cuánta información le convenía compartir con ella. Jen lo percibió y se inclinó sobre la mesa, frunciendo el ceño.

—Oye, eso me interesa y no me importa si se lo has sacado a Narek arrancándole los dientes. Por mí, como si lo tiras al mar con una bolsa de ladrillos atada a los pies.

—Has visto muchas películas; tengo entendido que mis hombres son más creativos —respondió Nath con una sonrisa.

—Cuéntame lo que sabes de Chirac —le pidió ella, sin querer alejarse del tema que les ocupaba.

—Bien, a ver por dónde empiezo… Habrás supuesto que desde que Narek jodió a mi familia, nunca he dejado de tenerlo en mi punto de mira. No tanto como para que se convirtiese en una obsesión, pero quería conocer sus trapicheos. Solo por si acaso llegaba el día en que pudiera devolverle el favor.

—No lo veo tan descabellado.

Jen decía la verdad. Cualquier persona en sus cabales hubiera hecho lo mismo en su lugar.

—Wouters se encargaba de seguir sus negocios, para que yo me despreocupara. Así, cuando me llamaste, él se ofreció de inmediato para resolver el asunto, porque sabía de la relación «laboral» entre Chirac, el agente de la Interpol, y Narek.

—Podía haberme avisado…

—Si te hubiera avisado de que Chirac era corrupto, ¿qué hubieras hecho tú?

Jen asintió, comprendiendo su razonamiento. Ella se hubiese encarado con el agente y estaría detenida, o huyendo de nuevo y Narek seguiría pisándole los talones.

—En mi trabajo hay que tomar decisiones arriesgadas y yo tomé esa por ti. Con los mejores resultados, tengo que añadir. —Se ufanó Nath—. Narek está fuera de la circulación y Chirac, que pretendía quedarse con esos diamantes, se puso al descubierto al fracasar la operación policial.

—¿Cómo que se puso al descubierto?

—La policía belga realizó el seguimiento del caso con la oficina de la Interpol y descubrieron que Chirac carecía de autorización para todo lo que hizo. Mientras investigan su implicación, lo han suspendido y, en vez de volver a París a dar explicaciones a sus superiores, ha huido.

—Pero no me explico… Podía haberse llevado los diamantes en cualquier momento cuando se los entregué.

—Pero lo cierto es que nunca se los entregaste.

Jen afirmó. Era cierto. Siempre estuvieron los otros dos agentes cerca cuando se los puso en las manos para que los guardase en una caja fuerte. De hecho, había sido su condición.

—Nunca terminaste de fiarte de él —aseveró Nath.

—Porque Aram me repitió muchas veces que Narek tenía pagados a policía, periodistas y políticos. No me fiaba de él porque no me fiaba de nadie en este asunto.

—Excepto de mí.

—Yo te busqué, y no las tenía todas conmigo.

—Espero haber conseguido tu confianza y reitero la invitación a que te quedes en el apartamento. Te convendría seguir fuera de circulación una temporada y dejar que la policía se encargue de

buscar a Chirac, porque él parece que te está buscando a ti. No creas que ha renunciado a los diamantes.

—De verdad, ¡no sé qué ven en esas putas piedras! Solo traen complicaciones.

—Ven la ilusión de una vida mejor, aunque la realidad es que suelen cambiar vidas, pero para peor.

Ella resopló, estaba harta de los diamantes.

—Vale, me quedaré en tu apartamento y me dedicaré a conocer bien la ciudad.

—Me alegro.

El apartamento disponía de todas las comodidades y se encontraba en un buen barrio, además de discreto. Jen se preguntó si Nath lo usaría para llevar a sus citas extramatrimoniales, pero como no era asunto suyo, se olvidó.

Paseaba por algunos lugares céntricos, aunque siempre evitando la zona de los diamantes. No quería encontrarse con la familia de Aram ni por casualidad; había tenido suficiente de ellos.

No obstante, eran otros ojos los que la observaban, unos que registraban sus entradas, salidas y hasta las tiendas que visitaba.

Bastian Chirac ya no pertenecería a la Interpol, pero se había codeado, a lo largo de los años, con policías de varios países del oeste de Europa y tenía amigos entre ellos. Y si no amigos en el amplio sentido de la palabra, agentes que le debían algún favor. Era el momento de cobrarlos porque de aquella aventura no pensaba marcharse con las manos vacías.

Como especialista en diamantes, había llevado numerosos casos, hasta que intervino un contrabando de los Sarkissian y el comerciante le ofreció un trato interesante. Desde entonces, confiscaba los diamantes de otros, pero nunca más los suyos. Lo consideraba un intercambio de favores, no un delito. Él no había escrito las reglas, solo jugaba.

Y se metió mucho en las negociaciones del tráfico de Sarkissian, conocía todo el proceso que seguían esos minerales en bruto, desde que salían de las minas hasta que llegaban, ocultos en los animales salvajes exportados, o camuflados en sus receptáculos.

Al cabo del tiempo, se dio cuenta de que seguía trabajando por una miseria, e ideó su propia jugada, que Aram Sarkissian se encargó de fastidiarle cuando robó los diamantes.

Se había acercado a él por sugerencia de Narek, para seguir de cerca la investigación de su hermano, pero jamás imaginó que Aram fuera a hacer algo tan estúpido como robar los diamantes que él mismo pensaba llevarse. Chirac había planeado ocuparse de vigilar la entrega y matar a los enviados del comerciante para quedarse con ellos. Sin testigos y sin un delito que poder denunciar, tenía que haber sido un trabajo fácil.

Entonces, los acontecimientos le obligaron a cambiar de planes y vio en Gary Brand, jefe del cuidador de animales y que parecía vigilarle también, a un testigo para legitimar su presencia en la zona. Desde entonces, todo se había torcido, excepto su voluntad de conseguir esas piedras. Las necesitaba, se las había ganado y le compensarían de la pérdida del trabajo.

Revisó cámaras de tráfico sin descanso esos días, hasta que encontró la grabación del taxi que recogió a Jen a la salida de la comisaría de Gante. El fotograma se tomó desde un paso elevado a medio camino entre Gante y Amberes, y la reconoció enseguida.

Así que el próximo paso había sido trasladarse a la ciudad de los diamantes y cobrarse favores allí.

Perdió peso y unas profundas ojeras se instalaron bajo sus ojos enrojecidos, pero siguió su rastro hasta el apartamento donde vivía sola, propiedad del hijo de una familia de comerciantes de diamantes, reconvertido en traficante de droga.

Después de una semana, aprendió sus costumbres y se presentó en su puerta. Ella nunca ponía la cadena de seguridad cuando abría, y ese día tampoco.

Mientras una avioneta caía del cielo en África, Jen experimentó una explosión en su cabeza, al impactar contra la puerta que Chirac empujó con todas sus fuerzas.

45

Delta del Okavango (Botsuana)

Karen escribió un mensaje a Gary, en broma, preguntando si se habían perdido. Creía que debían haberse demorado en la ciudad, porque las horas transcurrían y la avioneta no llegaba.

Dejó pasar una hora más y la falta de contestación dejó de parecerle divertida, por lo que acudió a ver a Sbusiso.

—¿Sabes algo de Gary y de Neo?

—Estaban de vuelta, creo.

—¿Hace cuánto?

—Cuatro horas, por lo menos.

Sbusiso acababa de caer en la cuenta de lo que pretendía la veterinaria con esa pregunta y cogió su teléfono para llamar a Neo.

—Tiene línea, pero no contesta —dijo, al cabo de unos minutos, con la preocupación reflejada en las arrugas de su frente.

—Tampoco puedo hablar con Gary por teléfono ni por radio. No contestan. —Karen intentaba mantener la angustia a raya, aunque le estaba costando horrores.

—De acuerdo —dijo Sbusiso—. Vamos a calmarnos. Gahtii y yo nos ocuparemos.

—¿Cómo?

—Tenemos su posición por la baliza de seguimiento y hay otra avioneta —dijo, y cogió a Karen de los hombros—. Escucha, nadie tiene más interés que yo en encontrarlos. Daremos con ellos.

A pesar de su falta de soltura en vuelo, ella misma hubiera pilotado. Solo quería saber qué había pasado porque la falta de noticias la estaba matando.

—¡Tengo las coordenadas exactas! —dijo uno de los guías, que no vivía en el campamento, pero que llevaba años repitiendo la

experiencia porque se encontraba a gusto—. Llevan en el mismo punto varias horas.

—Envíalas a mi teléfono —exclamó Sbusiso.

El botsuano, un dechado de calma normalmente, corrió hacia la avioneta que quedaba en el hangar del campamento. Sentía un nudo en la garganta, porque todo hacía suponer que su hijo Neo y Gary habían tenido un accidente.

Sbusiso no solía pilotar, si podía evitarlo y no por falta de habilidad ni confianza, sino porque se sentía más seguro en tierra. No obstante, en esa ocasión se puso a los mandos de la avioneta destinada al traslado de turistas sin dudarlo y sin esperar a nadie.

Subió, comprobó los mandos, el combustible y se dirigió a la pista, sin fijarse en quién estaba con él.

La avioneta que llevaba a Neo y Gary se había estrellado en una zona cercana a las salinas, un lugar llano y despejado.

Karen, en uno de los asientos de atrás, tenía las entrañas comprimidas, como si un puño las estuviera estrujando. Quería ser optimista, imaginando una avería sin importancia que les hubiera obligado a un aterrizaje de emergencia, pero su falta de comunicación le ponía los pelos de punta. Ambos disponían de móviles vía satélite y radios.

—¡Ahí! —exclamó Karen, percibiendo un brillo metálico a través de la ventanilla.

—Es maquinaria para la extracción salina —dijo Gahtii, sentado en el lugar del copiloto.

Sbusiso trazaba cirulos sobre la zona, cada vez más cerrados.

—Esa sí es la avioneta —aseveró el masái, señalando un punto a cien metros de la salina mayor—. ¿Podrás aterrizar?

—En la carretera.

A medida que descendían, vieron que la avioneta de Gary y Neo había intentado hacer lo mismo, aunque debieron perder el control porque se habían salido de la franja de asfalto, y el accidentado terreno se encargó de destruir el tren de aterrizaje, partir un ala y abrir el ligero fuselaje, dejando objetos y asientos desparramados sobre el suelo pedregoso.

Casi antes de que la avioneta se detuviera a un lado de la carretera, para franquear la circulación de vehículos, Karen y el masái salieron corriendo. La veterinaria se detuvo, horrorizada al ver sangre debajo de la cabina vacía. Gahtii, que tenía la cabeza más fría y estaba acostumbrado a seguir rastros, dirigió su mirada al ala desprendida, desde donde Gary les hacía señas.

Se encontraba dolorido, pero ileso. Neo, en cambio, al aplastarse parte del morro del aparato, había recibido el impacto del mando del timón en el pecho y tenía un aparatoso corte en el cuero cabelludo, del que manaba abundante sangre. Su amigo lo había arrastrado a la sombra del ala, en previsión de que el combustible de la avioneta se prendiera, y le había vendado la cabeza con su camisa, que se encontraba ensangrentada.

Karen abrazó a Gary menos tiempo del que hubiera deseado, dado el alivio que sintió al verlo con vida, y enseguida se arrodilló para atender a Neo.

Sbusiso, que se había unido a ellos, se acuclilló al lado de la veterinaria y retiró la camisa de Gary para ver el corte.

—Esto solo necesita sutura —dijo—. ¿Tú notas algo?

—Puede que tenga alguna costilla rota —contestó Karen, viendo los rictus de dolor de Neo cuando le palpaba el pecho—. Hay que llevarlo a un hospital.

—No tengo nada roto, soy demasiado duro —dijo Neo—. Y si me lleváis a un hospital, me escaparé. Solo ha sido el golpe.

—Puedo hacerle una radiografía en el campamento —dijo Karen a Sbusiso—. Si hay rotura, lo llevaremos al hospital.

—Me he roto costillas antes; no están rotas —aseveró Neo.

—Me quedaría más tranquilo… —protestó Sbusiso.

—De verdad, papá. Estoy machacado, pero bien.

—Tu madre nos va a matar a los dos —refunfuñó su padre que, no obstante y ayudado por el masái, hicieron de muletas para acompañar a Neo hasta la avioneta que los había traído.

Karen cogió a Gary por la cintura.

—Apóyate en mí, no vayas de tipo duro o te rompo una costilla para que te dejes cuidar.

—¡No pienso morirme ahora que te tengo en el bote!

—Idiota, ¡estaba asustada! —dijo, abrazándose a él.

—Ni un accidente aéreo me impediría estar contigo.

—¡A buenas horas te sale la vena romántica!

—Mejor tarde que nunca, ¿no?

La veterinaria rio, más de alivio que por la conversación.

Obligaron a un camión a echarse a un lado de la carretera mientras despegaban y el masái levantó una mano, disculpándose con el conductor.

—¿Están todos en el campamento? —preguntó Gary.

—Están —contestó Gahtii—, pero había cierto desconcierto y creo que alguien quería marcharse. No he podido enterarme porque hemos salido corriendo. Bose se ha quedado a cargo.

—Se lo explicaré a todos, porque es importante que entiendan la situación complicada en la que nos encontramos.

—Vuestro accidente ha sido provocado, ¿verdad? —preguntó Sbusiso—. ¿Mugabe?

—El puto Mugabe —confirmó Neo.

—Estate quieto, o te voy a hacer daño —le riñó la veterinaria, rodeándole la cabeza con una venda—. Necesitas cuatro o cinco puntos en esta herida.

—Cuéntanos qué ha pasado en la ciudad —le pidió el masái a Gary—. El coronel ha debido sentirse muy amenazado para llegar a este extremo.

Gahtii llevaba tiempo llamando su atención sobre la cantidad de furtivos que se llevaban trofeos sin encontrar demasiada resistencia y sobre las emboscadas, que no tenían nada de fortuitas. Gary les contó, a grandes rasgos, sus conversaciones con el gestor, con Kabelo y con el jefe de policía.

—Le he dado a la Interpol una semana de plazo. Si entonces no toman medidas contra Mugabe, lo haré yo.

—Careces de pruebas —objetó Sbusiso.

—Carezco de pruebas para encarcelarle, pero tengo las suficientes para saber que es culpable de las muertes ocurridas entre los nuestros, y para sospechar que puede ir a peor si no consigue revocar el permiso de la fundación.

—Igual convendría hablar primero con Tumelo.

Tumelo era pariente de Sbusiso y sargento a las órdenes de Mugabe. Llevaba encabezando las partidas de caza contra furtivos tantos años como su superior, y conocía la zona del Okavango mejor que la palma de su mano.

—Ahora mismo no sé de quién fiarme, Gahtii.

—No está metido en lo que quiera que tenga entre manos Mugabe. Es más, lleva tiempo sospechando de sus actuaciones. Lo hemos hablado en numerosas ocasiones cuando viene a visitar a la familia al campamento.

Percibió cierto reproche en el tono de su amigo. Era cierto que el masái le había advertido sobre que el coronel se estaba aprovechando del celo de los guías que componían el cuerpo de voluntarios, y que Tumelo estaba al tanto de ciertos negocios paralelos de algunos de sus compañeros militares, pero Gary nunca había querido prestar oídos a habladurías.

—¿Qué es eso? —Gahtii señaló la carretera, donde se veía un penacho de humo negro.

Sbusiso hizo descender más la avioneta, que ya volaba por debajo de los mil pies habituales, puesto que tenían previsto aterrizar enseguida.

—¡Son nuestros vehículos! —exclamó Gary.

Su voz alarmada intranquilizó a los demás: después de lo que acababan de hablar, esperaban cualquier cosa, y ninguna buena.

46

Delta del Okavango (Botsuana)

—Dame tu radio —pidió Gary al masái.

Pasó al canal del campamento y llamó a Bose. En lugar de la guía, fue la esposa de Sbusiso, Letke, la que contestó.

—Gary, ¿estáis bien? ¿Neo está bien?

—Afirmativo. Vas a verlo tú misma porque estamos llegando. Observamos humo en la carretera, ¿qué pasa?

—Parece un ataque de furtivos —respondió Letke.

Los ocupantes de la avioneta intercambiaron miradas.

—Aterrizaremos en un par de minutos.

—Os estaré esperando.

Letke se encontraba a pie de pista cuando su esposo apagó los motores del aparato.

—¡Me has asustado! —dijo la mujer, dándole un manotazo a su hijo y después abrazándolo. Neo no se quejó.

—¿Qué ha pasado en la carretera, Letke?

—Omae se empeñó en marcharse con sus hijos y Bose le dijo que no podía salir nadie del campamento. Ella contestó que no hacía falta que la llevasen, que podían llegar andando a Maun.

—¿Bose la dejó irse? —preguntó Gary.

—Bose se vio obligada a llevarlos. Y poco después se escucharon disparos. Salió el camión con hombres armados, pero aún no hay noticias de lo ocurrido.

Gary corrió hasta el campamento, seguido de Gahtii y subieron en su Land Rover para acercarse al lugar del accidente, que, desde luego, había tenido poco de accidente. Desde lejos se podía ver que habían acribillado el vehículo por el lado del copiloto.

Se cruzaron con un jeep que volvía al campamento. El conductor aminoró la velocidad para que pudieran ver que, en la parte trasera,

se encontraba echada Bose, ensangrentada, pero viva.

—¡Sbusiso está en la avioneta, llevadla al hospital! —gritó Gary al conductor, que volvió a acelerar.

Alrededor del todoterreno acribillado, montaban guardia seis personas, aunque ya había poco que proteger.

En el asiento del copiloto se encontraba Omae, con varios orificios de bala. Lo peor, sin embargo, estaba en la parte de atrás. Sus hijos habían corrido idéntica suerte.

El silencio alrededor del vehículo daba la medida del horror que sentían todos por lo ocurrido.

Los voluntarios se arriesgaban a enfrentarse con furtivos, pero iban armados y se encontraban sobre aviso. Esto, sin embargo, había sido una ejecución.

Al lugar se estaban acercando patrullas de Mugabe, al enterarse por radio del ataque, y Gary tuvo que recurrir todo su autocontrol para no sacar el rifle y desalojarlos a tiros. Esa era la respuesta desmedida del coronel a sus sospechas. Estaba decidido a echarlos a cualquier precio, incluso al de matar a mujeres y niños.

Tumelo, que se encontraba entre los primeros en llegar, se lo confirmó en privado.

—No hace ni dos horas nos ha asignado zonas lejanas a vuestro campamento —le dijo—. He creído que tramaba algo y mis cinco patrulleros y yo nos hemos venido, pero estábamos demasiado al norte. Mientras, he intentado hablar contigo por teléfono y por radio y Bose me ha dicho que ella se encontraba a cargo, así que le he avisado. ¿Por qué habrá salido?

—Por acompañar a la mujer y a los niños —rezongó Gary.

Gahtii se había movido por el perímetro y les hizo señas para que se unieran a él.

—Las mismas huellas —dijo.

—Tumelo, ¿puedes ver las localizaciones de todos los guardias del delta en el GPS? —le preguntó Gary.

—De todos no. Solo de los de mi equipo, por eso sé que puedo fiarme de ellos. Pero tengo cierta idea de cuál es el grupo problemático porque los dirige Da Silva y nunca hacen vigilancias en una zona. Al menos, nadie los ha visto.

—¿Da Silva dirige un equipo? —se extrañó el guía.

—Cuando no está en la ciudad, fingiendo ser alguien importante. En el fondo, solo es un mercenario que trabaja para el mejor postor y si está aquí es porque Mugabe debe pagarle muy bien.

—¿Sabes qué hombres forman parte de ese grupo?

—Te daré un listado, aunque me juego lo que quieras a que si pudiésemos hacernos con sus localizaciones de GPS, nos diría que han estado aquí hoy.

—Quizá aparezcan, fingiendo preocupación —terció Gahtii.

—Puede. Aunque sí os voy a decir quiénes van a aparecer seguro: el coronel y Da Silva. Y volvería a jugarme algo a que este llega vestido con el uniforme.

—Volvamos al campamento, esto hay que arreglarlo ya —dijo Gary—. Ven con nosotros, Tumelo.

—De acuerdo, pero dejaré a mis hombres aquí hasta que llegue la policía. Llévate a tu gente para evitar más problemas.

—¿Y la semana de gracia que le diste al agente de la Interpol? —preguntó el masái.

—Acaba de caducar.

47

Amberes (Bélgica)

Conmocionada como estaba, dolorida y con la vista nublada por su propia sangre, que manaba del corte de su frente, fue incapaz de evitar que el agente de la Interpol la arrastrase al interior del apartamento, cogiéndola por el cuello de la camisa.

—¿En qué momento te di la impresión de que podrías burlarme sin sufrir consecuencias?

Ella se revolvió hasta que pudo soltarse del agarre. Entonces, Chirac la atrapó por el pelo y continuó arrastrándola hasta dejarla en medio del salón.

—Te has venido arriba con demasiada facilidad. No parecías tan resuelta en África.

Jen se retiró la sangre de los ojos con una mano temblorosa. Le asustaba la recién descubierta agresividad de Chirac.

—Imagino que estás aquí porque el traficante de droga te ha comprado los diamantes. Me vale, porque yo quiero el dinero.

Sin esperar una contestación, le dio una patada en el estómago, obligándola a doblarse sobre sí misma, buscando protegerse e intentando que el aire llegara a sus pulmones.

—¡Ahora, perra!

La fotógrafa, dolorida pero enfadada, se revolvió en el suelo.

—¿Me crees tan tonta como para tener aquí tal cantidad en efectivo? —dijo, aguantando las ganas de vomitar.

—No lo esperaba, así que vas a transferirlo de inmediato a la cuenta que te voy a dar…

—¿Quién te dice que sigue en mi poder?

—Nadie se deshace de tres millones. Ni siquiera tú, aunque tus padres te paguen todos los caprichos.

—No tienes ni idea, no me conoces…

Chirac se inclinó y le dio una bofetada.

—Si me obligas, te haré daño.

—Pues ya puedes empezar. No vas a ver los diamantes y no vas a ver el dinero. No lo tengo, así que difícilmente podría transferírtelo, aunque quisiera. Y que conste que no quiero.

Un nuevo revés del francés la aturdió otra vez.

Desde que Aram le había puesto los diamantes en las manos, todo su mundo estaba patas arriba. Jamás había confiado en que la Interpol pudiese sacarla del lío, porque hubiese sido como esperar que un vaso de agua sofocase el incendio de un almacén de productos químicos. Por eso había recurrido a Klemperer. Él era el equivalente a una brigada de bomberos especializada en productos tóxicos. Por una parte, podía sacar de la circulación los diamantes; por otra, se encargaría de quitarle de encima a Sarkissian. Con lo que no había contado era con la persistencia del francés.

Mareada aún y con un velo de sangre pegando sus pestañas, alzó la cabeza para mirarle a la cara. No recordaba que la hubiese levantado para sentarla en una silla de asiento mullido. La frente seguía palpitándole como una muela cariada.

—Oye, me gustaría ayudarte —le dijo, esperando abrir una línea de comunicación, porque ni en sueños era rival para él, y menos en ese estado. Carecía de cualquier defensa física, así que necesitaba inmiscuirlo en su realidad.

—Puede que pienses que soy tonto y lo merezco; no lo vi venir —silabeó él—. Primero tu novio y luego tú.

—Mis padres tienen dinero y me dan lo que les pido.

—Soy paciente y creo que hasta bastante sensato, pero no soy idiota, así que deja de jugar conmigo.

—Te lo digo de verdad. No tengo ese dinero, pero puedo conseguir otro tanto en poco tiempo.

Jen creía que llevaba buen camino. Estaban hablando y quizá pudiera convencerlo de que sus padres le pagarían.

Un ruido en la escalera llamó la atención de ambos.

—Relájate. No va a venir nadie en mi ayuda.

Chirac se acercó a la puerta y escuchó durante un minuto. Luego, volvió a su lado.

—Quiero la pasta, me da igual cómo la consigas.

—De acuerdo. Deja que me limpie esta herida y…

Al intentar levantarse, el francés la sentó de un empujón.

—Te vas a quedar ahí hasta que yo diga. Te equivocas si piensas que soy tan ingenuo para creerme tus patrañas.

—Solo intento ayudarte.

—No tienes que ayudarme, tienes que darme lo que es mío.

Ella no se atrevió a replicar. Chirac se alteraba de nuevo y no le convenía porque volvería a agredirla.

—¿Sabes qué creo? —continuó él—. Creo que Aram siempre tuvo intención de darle los diamantes a Klemperer para compensar a su familia, y que cuando te los entregó, lo hizo con la condición de que fueses tú la que se los diese si algo salía mal.

—Eso no…

—¡Cállate! Eres una mentirosa. ¡Pero sé que tienes el dinero! A Klemperer no le hace falta.

—Deja que…

La falsa calma de Chirac se acabó en ese momento, la empujó hacia atrás con violencia. Ella cayó de espaldas al suelo, con silla incluida, golpeándose la parte posterior de la cabeza. Ni siquiera soltó un grito porque la maniobra fue tan rápida que la sorprendió, además de haberle robado todo el aire de los pulmones.

Chirac se agachó a su lado y colocó la rodilla en su estómago, le sujetó el brazo y empezó a retorcerlo.

—Quiero ese dinero. Sé que lo tienes.

—¡No tengo una mierda, sádico de los cojones!

—Te romperé un brazo y luego el otro.

—¡Vete a…!

El giro brusco la cogió desprevenida y el fogonazo de dolor fue tan intenso cuando el brazo se le fracturó, que se desmayó, así que no pudo ver la continuación.

Siguiendo órdenes, aunque también obedeciendo a la atracción irracional que sentía por la fotógrafa, Wouters velaba por su seguridad, y cuando vio a Chirac accediendo al edificio, supo que había llegado el momento para el que se había preparado.

El ruido procedente de la escalera lo había hecho él adrede, esperando que el antiguo agente de la Interpol saliera del apartamento para investigar su procedencia. Como eso no ocurrió, se decantó por el plan alternativo. Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta del apartamento contiguo, que compartía piso con el de Klemperer, para sorprender al agresor.

El hombre era un profesional y había tenido en cuenta cualquier contingencia, por suerte para Jen. Saltó desde la terraza del otro apartamento a la del que ocupaba la fotógrafa sin hacer el más mínimo ruido y abrió la puerta cristalera, que él mismo se ocupó de que no pudiera cerrarse del todo.

No llegó a tiempo para evitar que Chirac le rompiera el brazo a la mujer, pero el antiguo agente ya no pudo hacer nada más. Wouters, una sombra a la espalda del ex agente de la Interpol, ni siquiera intentó detenerle. Al ver el daño que le había causado a la fotógrafa, la furia se había apoderado de él, por lo que le sujetó la cabeza con ambas manos y, de un tirón seco, le partió las vértebras.

Lo dejó caer de lado y se inclinó sobre Jen.

Enseguida, llamó por teléfono y la cogió en brazos, con cuidado de mantener su brazo herido en el regazo de la mujer. Mejor que siguiera desmayada hasta el hospital porque, cuando despertara, el dolor de la fractura en espiral sería insoportable.

Otro hombre de Klemperer esperaba ya en la puerta de los apartamentos, al volante de un amplio coche. Wouters depositó a Jen en el asiento trasero con cuidado y salieron a toda velocidad, esquivando el intenso tráfico de vehículos particulares, bicicletas y transporte público.

48

Delta del Okavango (Botsuana)

Caía la noche cuando el coronel llegó en su avioneta. Según dijo, él y Da Silva se habían demorado en Maun para interesarse por la herida. En opinión del guía, el coronel solo se había detenido en Maun para recoger al mercenario que, como acertadamente creyó Tumelo, apareció en uniforme. Quizá nunca pudiera probar su intervención en el asesinato de Omae y sus hijos, pero en su interior tenía la total certeza, así como la seguridad de conocer al autor de la orden.

De la ciudad llegaron buenas noticias, proporcionadas por la pareja de Bose: la guía se encontraba fuera de peligro, aunque tardaría en recuperarse de las tres heridas de bala. Dos de ellas habían traspasado a Omae antes de impactar en su cuerpo, por lo que los daños eran menores. La tercera, sin embargo, no encontró resistencia y le perforó el pulmón. Por suerte, el campamento se encontraba cerca y Karen la atendió hasta que la evacuaron al hospital.

—Muchacho, siento mucho lo que le ha ocurrido a tu gente. Mujeres y niños… —El coronel negó con la cabeza como si no pudiera creerlo—. No sé si los furtivos tienen algún límite.

Gahtii le dio un toquecito en el brazo a Gary. Debía contenerse porque no era el único que quería saltarle al cuello.

—Es horroroso —contestó el interpelado, refrenando la ansiedad que sentía—. No entiendo este ataque.

—Y tú estás vivo de milagro, según me han dicho.

—Neo y yo estamos bien porque él es un buen piloto y cuando vio que el motor fallaba, descendió planeando.

—Sabes que cualquier cosa que podamos hacer, aquí estamos. Mis hombres están montando guardia y rastreando las

inmediaciones. Seguiremos cualquier pista y ayudaremos a la policía.

—Se lo agradezco, coronel. Por favor, quédese a cenar. Sus hombres y usted son bienvenidos.

—No quisiéramos molestar…

—No es una molestia.

—Solo me quedaré yo, y Da Silva montará guardia alrededor del campamento. En cuanto a mis hombres, prefiero tener a todos desplegados, buscando a los responsables.

—Pase al comedor, es casi hora de la cena.

—Le acompaño, coronel —dijo Sbusiso, precediéndole al interior de la sencilla construcción.

—Ten paciencia, Gary —le recomendó el masái—. Todos tenemos razones para querer matarlo y nos estamos comportando. Si sospecha, se marchará.

Gahtii, con la sabiduría proporcionada por la edad, se veía en la necesidad de refrenar al más joven. No solo estaba en juego la supervivencia de la fundación, el coronel había demostrado esa misma tarde que la erradicaría, cualquiera que fuera el precio, y en el campamento había muchas mujeres y niños.

Tumelo, que había abandonado el campamento después de la charla mantenida con Gahtii y Gary, avisó por radio de disparos escuchados en el corazón del delta.

El coronel cogió la radio y dio instrucciones a los hombres.

—Patrullad la zona toda la noche. Quiero que investiguéis cualquier ruido y disparéis a todo lo que se mueva.

—Puede que sean nuestros atacantes —sugirió Sbusiso.

—Puede, y los cogeremos —aseveró Mugabe.

Karen, que había aguardado con paciencia a estar a solas, se echó en brazos de Gary.

—Siento mucho lo de Omae y los niños.

El la silenció con un beso. Estar con ella era lo único bueno que le había ocurrido ese día.

—Tendrías que haberte ido a Maun —le dijo él.

—Soy veterinaria, Gary. Bose está en buenas manos y yo no pinto nada en Maun. ¿Me cuentas qué pasa? Porque aquí pasa algo… Gahtii, Sbusiso y tú no dejáis de intercambiar miradas.

—Karen, es mejor que permanezcas al margen. Te contaré lo que ocurre cuando…

—Así que ahora pretendes dosificarme la realidad a tu antojo —exclamó ella, molesta—. ¿Qué derecho crees que tienes? También vivo aquí y puedo decidir por mí misma.

—Lo sé. Solo pretendo evitarte…

—Mira, Gary, te quiero, pero no creas que eso te da derecho a decidir lo que yo haga o deje de hacer.

Él la cogió de la mano y tiró de ella hasta llegar a la colina en la que Neo había cenado con Jen. Allí nadie podía oírlos.

Le contó todo lo que había descubierto esos últimos días y la resolución que habían tomado Tumelo, Gahtii y él. Sbusiso, por lo que sabía, estaba de acuerdo.

—¿Te escandaliza? —le preguntó.

Karen negó con la cabeza.

—Quiere terminar con la fundación. Hoy habéis sido vosotros, mañana puede tocarnos a cualquiera y no sabemos si saldremos bien librados —respondió—. Es tu fundación, pero no solo es tuya, es la de todos. Todos estamos aquí por nuestras razones y pelearemos por seguir aquí. Lo que hagáis estará bien hecho, si es para defender nuestro hogar.

Gary la atrajo hacia sí para abrazarla con fuerza. Karen tenía razón, era el hogar de todos y la amenaza no solo iba dirigida contra él. Cerca de setenta personas trabajaban mano a mano por una razón: preservar el entorno, cuidar a los animales enfermos o heridos y vivir en paz con la naturaleza. Mugabe quería quitarles todo eso y él no lo permitiría.

—Pero no voy a irme. También soy parte de esto —terminó Karen —. Y cuando tengamos tiempo, te contaré ciertas novedades positivas que nos incumben a todos.

—Me lo puedes contar ahora.

Ella negó, dirigiendo la vista hacia De Silva, que miraba en su dirección sin disimulo.

—¡Puto salvaje! —exclamó Gary.

—¿Qué…?

—¡Gary! —le llamó el coronel desde la puerta del comedor.

—Vamos a cenar —dijo él, cogiéndola de la cintura para descender juntos de la colina, ignorando al sicario del coronel, que se encontraba en su camino.

—Gary, muchacho —le llamó el coronel Mugabe—. Uniros a nosotros para la cena.

Tumelo llegó al campamento poco después. Gary había invitado al coronel a quedarse a pasar la noche y el sargento llamó a la tienda que ocupaba su superior, dando golpes con el tacón de su bota en el suelo de madera del porche.

—Señor, soy Tumelo, tengo novedades.

—Pasa, hombre, no dormía.

—Sospecho que los furtivos siguen nuestra frecuencia de radio, por eso nos han esquivado. Me permito sugerir una nueva.

—¿Te refieres a los bárbaros de esta tarde?

—A esos, señor. Y quizá a los que hemos oído al norte. Parecen escapar de los controles que hemos puesto y eso solo pueden hacerlo si nos escuchan.

El coronel, sentado en el catre, pareció pensarlo.

—Pasaremos al canal de emergencia —dijo, al fin.

—De acuerdo, avisaré a todas las patrullas.

—¿Algún problema? —preguntó Gary, saliendo de su tienda al oír las voces.

—Medidas excepcionales para cazar a furtivos esquivos —respondió el coronel, emergiendo de su tienda, descalzo.

—Supongo que todos lo son.

La respuesta, provocó un suspiro cansado en el coronel.

—¿No puedes dormir?

—Me he acostumbrado a las guardias nocturnas y acostarme antes de la medianoche es una pérdida de tiempo.

—Me parece que tenemos una charla pendiente y yo estoy deseando fumarme un puro. Deja que me calce: pasearemos y hablaremos con tranquilidad.

Cinco minutos después, ambos salían del campamento, con sus radios prendidas al cinturón, por si había novedades.

Caminaron en silencio, dejando que su vista se acostumbrase a la falta de luz. La brasa del cigarro puro del coronel, iluminaba el rostro

del hombre cada vez que aspiraba y Gary podía percibir el acre olor del tabaco, tan ajeno a los aromas del entorno.

—Te preguntas cómo, ¿a que sí?

—¿Cómo, qué?

El coronel soltó una bocanada de humo.

—A ver, hijo, ambos sabemos de qué hablo. Sé que has estado indagando después del asesinato del periodista y has llegado a tus propias conclusiones. No te culpo, eso me pasa por trabajar con gente sin seso.

Chasqueó la lengua, contrariado y escupió una hebra de tabaco entre las hierbas.

—Mi cuñado, Mandla… Le saqué de un apuro económico, le di trabajo con la condición de que mantuviera un perfil bajo para poder criar a sus hijos sin estrecheces, pero, en fin... Los tontos creen que los demás también lo son y él vio una oportunidad de enriquecerse por su cuenta.

Gary continuó en silencio.

—El periodista fue espabilado al ofrecer más dinero del que pagan las tríadas por el marfil. Mandla picó e intentó robar el producto de «Motsomi».

—Usted es «Motsomi» —dijo Gary, por fin.

—Para nada, muchacho. «Motsomi» es un concepto, una leyenda. Fantasía solo. Nadie lo conoce, nadie sabe quién es, pero tiene una infraestructura montada y, por lo tanto, existe.

Cuando Sbusiso vio salir a Tumelo de la tienda del coronel, avisó a los que se encontraban despiertos a esas horas, y se reunieron tras el montículo en el que Gary había hablado con Karen horas antes, desde el que podían escuchar, sin interferencias, la conversación de los dos hombres a través del canal de radio acordado.

—Casi me interesa más el por qué que el cómo, coronel. ¿En qué momento pasó de proteger a los elefantes a darles caza? ¿Qué cambió para verse con derecho a facilitar armas a los furtivos?

—¿Por qué crees? —preguntó a su vez el coronel—. La respuesta es fácil: los elefantes son un obstáculo para un país moderno, adecuado a los del primer mundo. Desde que se prohibió el tráfico

de marfil, su población se ha incrementado y cargan con todo: vallas, verjas, arrasan sembrados, poblados… Tenemos mucho terreno para sembrar, pero ninguna garantía de que la migración de una familia de elefantes no arrase las cosechas.

—¿Matar elefantes es la respuesta a su pretensión de hacer del país un ejemplo de modernidad?

—Es solo el principio. Los elefantes nos proporcionan un medio económico para promover nuestras ideas y, a la vez, eliminamos un obstáculo para convertirnos en una sociedad relevante.

—¿Sus ideas? ¿Las de quiénes? —indagó Gary.

—Las de los que queremos una Botsuana competitiva en otros campos que no sean el turismo fotográfico. Tenemos una riqueza inmensa en el subsuelo, que está desaprovechada porque se encuentra en zonas protegidas.

—¿Petróleo? —espetó el guía, despectivo—. Creía que su misión era proteger la vida salvaje, aunque entiendo que sus socios tienen otras ideas en mente. Quizá enriquecerse con todo lo que hay por encima y por debajo de la tierra.

El coronel se detuvo, se sacó el puro de la boca y expulsó el humo en forma de gruesa línea. Parecía algo alterado.

—Tú eres sudafricano, no puedes entender las pretensiones de nuestro país.

—No es la mentalidad de todos los ciudadanos de Botsuana, eso lo sé. La gran mayoría quiere a sus animales, sus hábitats y la sensación de ser especiales. ¿Qué pasaría si levantasen un país plagado de industria? Se perdería el paraíso en la Tierra que somos ahora y ¿para qué? Las mejoras económicas nunca repercuten en los más necesitados, sino en los que menos lo necesitan.

—Has escogido una profesión acorde a tu forma de pensar. Aunque entiendo que seas un romántico, muchacho.

—¿Y usted se cree pragmático? Yo lo llamaría oportunista. ¿Cuánto gana con el marfil? ¿Y con los diamantes?

—Esas ganancias no son para mi disfrute. Son para una Botsuana moderna.

—¿Y en los folletos de su Botsuana moderna va a incluir un muro honorífico por todos los que ha matado para conseguirla? —

preguntó Gary—. Sus socios son los que se están beneficiando de la sangre que mancha sus manos.

El coronel le puso una mano en el hombro.

—Ya sé que crees que haces una gran labor manteniendo a setenta personas en tu fundación, pero lo cierto es que estás desperdiciando oportunidades.

Gary se sacudió la mano del hombre.

—Si quisiera hacer negocios, estaría en otro lugar, ¿no le parece? ¿Por eso intenta revocar mi licencia?

—No es cosa mía.

—Ya. Sus socios…

—Mira, muchacho. No tienes idea de lo que hay en juego.

—Creo que lo sé —respondió Gary—. Podría haber muerto ayer y la fundación se hubiera disuelto, en beneficio de un nuevo negocio más lucrativo, permitiendo el tráfico masivo de diamantes. Diamantes que están robando a Botsuana para imponer una sociedad que nadie ha pedido. Y para eso, ha tenido que matar a demasiadas personas, Mugabe, ¿ha merecido la pena?

—Tienes una visión muy limitada…

—Sí, claro. Mire en su interior. «Motsomi» es una leyenda sustentada en más mentiras de las que puede justificar. Quizá descubra un día que ha estado trabajando para personas faltas de escrúpulos, que ha matado por ellos. Botsuana posee muchas riquezas, pero lo que cuenta es el conjunto. ¿Merece la pena levantar torres de extracción de crudo a costa del mayor oasis del mundo? Imagine un horizonte sin elefantes, una sabana sin leones y cientos de kilómetros sin vida, sin manadas que acudan a los pastos nuevos porque no habrá pastos, ni familias para llenarlos de crías… Eso es lo que quiere sacrificar para construir ciudades grises, sin color definido porque estará oculto bajo el humo de tubos de escape y contaminación de la industria, con gente demasiado ajetreada para detenerse a ver un atardecer.

—Adoro mi tierra, no pienses lo contrario. Y podemos tener todo eso, muchacho. Solo que los animales estarían en reservas.

—No insulte mi inteligencia. Sabe que es imposible meter a las familias de elefantes en reservas, y que las de leones no tendrían

espacio suficiente. La Naturaleza creó sus hábitats a conciencia, proporcionando un equilibrio que nosotros rompemos. Puede que hoy haya fallado intentando matarme y que mañana pueda lograrlo, pero siempre habrá gente, mucha, que piense como yo.

—Tu accidente no fue cosa mía.

—Bueno, si así se queda tranquilo… El accidente no fue fortuito: revisamos las avionetas hasta la saciedad. Su nivel de combustible, motor y chasis. Solo otra vez me he visto obligado a hacer un aterrizaje de emergencia.

—Repito que no ha sido cosa mía. Aunque no lo creas, te aprecio y lo de intentar revocar los permisos a la fundación obedece a una causa mayor. Si fuese por mí…

El coronel dejó caer la colilla de su puro al suelo de tierra y la aplastó con la punta de su bota. Estaba claro que no deseaba debatir más tiempo ninguno de los temas sacados a colación.

—Volvamos a dormir —dijo—. Puede que mañana podamos seguir hablando y lleguemos a algún acuerdo.

Gary lo dudaba, pero silenció la radio que llevaba en la cintura, esperando que todos hubieran escuchado la conversación por el canal restringido.

—Kabelo, ¿lo has oído? —preguntó Gary por teléfono al agente de la Interpol.

—Y lo tengo grabado, pero no creo que sirva como prueba. No ha admitido que haya ordenado esas muertes, solo ha expuesto sus ideas políticas sobre el futuro del país. Eso no es delito.

49

Delta del Okavango (Botsuana)

Karen sabía qué quería y quería a Gary libre, por lo que esa noche le hizo una proposición que el guía no pudo rechazar. Ya en la habitación del resort, le desnudó despacio, recreándose en su cuerpo, besando cada centímetro de su piel despojada de ropa.

—Pensaba que querías ir despacio —murmuró él.

—¿Te parece que voy muy rápido?

—¡Qué va! Llevas el mejor ritmo para sacarme de quicio.

Ella soltó una risita y se puso a su espalda, besando las antiguas cicatrices de batallas perdidas a causa de la osadía juvenil y las provocadas por algunos animales que solo se defendían. Rozó los hematomas que empezaban a formarse tras el accidente y que en unas horas se pondrían verdaderamente feos. Los besó también, poniendo especial cuidado en no hacerle daño.

Le rodeó la esbelta cintura con los brazos, desabrochando su cinturón a tientas, abriendo su pantalón y descubriendo, bajo su ropa interior, una erección notable.

—Parece que te gusta.

Él suspiró por toda contestación. Dio un respingo cuando sintió la mano femenina acariciando con delicadeza su miembro y protestó con un monosílabo ante el súbito abandono del contacto.

—Calla, Gary, protestas mucho —dijo Karen, volviendo a colocarse delante de él y empujándolo a la cama.

—Odio permanecer ocioso.

—Cállate —repitió ella, descalzándole sin prisa.

Se incorporó para besarle el pecho, trazando un camino sinuoso con la lengua hasta su ombligo, mientras le bajaba los pantalones. Rozó su miembro a través de la ropa interior con la mejilla y se

deshizo de la última prenda, mordiendo el elástico con los dientes, tirando hacia abajo despacio, disfrutando con su reacción.

—Imagina que soy tu *geisha* por unos minutos y deja que te desnude; ya llegará tu momento.

—Karen… —gimió él.

—Si continúas hablando, me detengo.

Ante la amenaza, Gary se mantuvo callado, demasiado ocupado sintiendo las caricias de la mujer a la que llevaba mucho tiempo amando en silencio. Cada roce, cada contacto de su piel con los labios de ella, con las yemas de sus dedos, con su cabello suelto, le hacía vibrar de emoción y deseo.

La veterinaria, que todavía no se había desprendido de una sola prenda, sentía, a su vez, el incendio interior entre sus piernas. Se recomendó calma; habría tiempo para satisfacer su propio deseo. Y esperaba que años para poder seguir descubriéndose mutuamente, porque Gary no era Finn. Gary era el hombre imperfecto que siempre se había mantenido a su lado, se sintiese contenta o triste, el que reía con ella o la abrazaba para compartir su dolor, el que le enseñaba los rincones más especiales del delta como un orgulloso padre, esperando su reacción.

Karen, en ese momento, había olvidado hasta la breve conversación que mantuvo con Sbusiso y Gahtii, poco después de escuchar la confesión del coronel Mugabe por la radio.

—Para preservar la fundación, convendría mantener a Gary fuera de esto —dijo el masái.

Tumelo llegó en ese momento y estuvo de acuerdo.

—Sus preguntas no han pasado desapercibidas en la ciudad, ya lo habéis oído. En unas horas, muchos ojos mirarán en dirección al campamento, y a Gary en particular —dijo.

—Puedo llevármelo a un lugar en el que habrá muchos testigos. De hecho, antes de que ocurriera todo esto, teníamos intención de encontrarnos allí —aportó la veterinaria.

—En el hotel —adivinó el masái.

—Llévatelo —asintió Sbusiso—. Y asegúrate de que no vuelva antes de media mañana.

—Os advierto que se enfadará cuando se entere de que hemos actuado a sus espaldas —dijo ella.

—Ya se le pasará —contestó Gahtii.

—Mugabe nos ha traicionado a todos —añadió Tumelo—. Mis hombres le hubiesen apuñalado cuando se han enterado.

—Muchos tenemos derecho a esa satisfacción, pero dejaremos que los más afectados hagan justicia —apostilló Sbusiso.

La veterinaria lo miró interrogante y él negó con la cabeza.

—Ya te enterarás.

Karen ya no pensaba en esa conversación, abandonada entre los brazos de Gary, que le acababa de corresponder, desnudándola y acariciando su cuerpo, de manera tan erótica que se abandonó a un primer orgasmo, sin más estímulo que los dedos de él rozando sus pechos, su vientre y el interior de sus muslos.

Él se tumbó a su lado y la abrazó, besándole con mimo la frente, los párpados, las mejillas y, por fin, sus labios temblorosos.

—No han sido unos malos preliminares —dijo ella, riendo.

—¿Una ducha antes de meternos en faena?

—Más vale, debemos oler fatal.

—Tú hueles muy bien. —Gary metió la nariz entre su hombro y su cuello, provocándole un escalofrío placentero.

—Y tú hueles a testosterona. Muy apetecible, pero voy a desearte igual si hueles a jabón.

Por segunda noche consecutiva, durmieron poco y él se despertó antes de amanecer, por costumbre.

A la suave claridad que se colaba por la ventana, contempló el rostro de Karen. Tenía la cabeza apoyada en la almohada, y permanecía vuelta hacia él. Le sujetó la mano, pequeña entre la suya, que permanecía sobre su pecho, donde había terminado antes de dormirse. No vio ni una sombra de preocupación en sus facciones, perfectas, a su modo de ver. Le retiró un mechón de pelo, que quería meterse en sus labios entreabiertos, y volvió a sentir el deseo cosquilleando en su entrepierna.

—Duerme, Sbusiso se encargará de todo —murmuró ella con voz ronca y sin abrir los ojos.

—Dormiría si no estuvieras desnuda a mi lado.

—Vas a morir de consunción, entonces, porque pienso despertarme así todos los días.

Gary sonrió.

—¿En tu tienda o en la mía?

—En cualquiera. Pero cuando termine la temporada, quiero una casita con una cama tan grande como esta —contestó Karen, pegándose a él, con los ojos cargados de sueño y una sonrisa prometedora—. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Demuéstramelo —dijo ella, cogiéndole la mano y metiéndola entre sus piernas.

Karen insistió en tomar un desayuno tardío en la cafetería antes de volver al campamento.

—No hay prisa, avisé de mis intenciones de raptarte y Gahtii y Sbusiso estuvieron de acuerdo en que te vendría bien descansar.

—¿Esta es tu forma de hacerme descansar después de sufrir un accidente aéreo?

—¿Tienes quejas?

Él no las tenía. Karen le hacía olvidar todas las preocupaciones y, por una vez, le haría caso. Pidió desayuno para alimentar a una población entera y se comió la mayor parte.

—¿Qué? —preguntó, ante el ceño fruncido de ella—. Quizá muera de consunción, pero no de hambre.

Eso la hizo reír.

La visita al hotel, aparte de las satisfactorias cuestiones personales, había cumplido su propósito de proporcionar a Gary una coartada, por si era necesaria. Esperaba que los demás se hubiesen encargado de cumplir su parte.

—¿Se puede saber dónde está todo el mundo? —preguntó él, a su regreso al campamento.

Letke, la esposa de Sbusiso se acercó.

—Parece que ha ocurrido algo en la senda del norte.

—¿Alguno de los nuestros? —indagó él, con un hilo de voz.

—Los nuestros están allí, y también la gente del coronel Mugabe —respondió ella—. Solo hay una víctima.

—¡Letke, habla ya!

Al igual que su esposo, Letke parecía no tener prisa para explicarse, como si dispusieran de tiempo suficiente.

—El coronel Mugabe. Por lo visto, se bajó del vehículo…

El guía frunció el ceño y cayó en la cuenta de lo que quería decir la mujer.

—Inaka —murmuró, refiriéndose a la matriarca contra la que Gahtii le había advertido dos días atrás.

—Eso parece. Creí que lo habrías escuchado por radio y estarías de camino.

Él recordó que había dejado la radio en la frecuencia que usaron la noche anterior, para que los interesados escuchasen la confesión del coronel Mugabe. En el hotel la había apagado y esa mañana, al levantarse, tenía otras cosas en la cabeza como para recordar cambiar al canal del campamento.

La esposa de Sbusiso se alejó con un cesto lleno de verduras del huerto, un poco mustias, y Gary miró a Karen.

—Lo sabías, ¿verdad?

—Y tú deberías saberlo: aquí hay mucha gente que te quiere. Aunque si te preguntas por lo de anoche entre tú y yo, te diré que fue muy sincero, porque yo también te quiero.

Él la abrazó un instante.

—Tengo que irme —dijo.

—Vale, pero mantén la cabeza fría. Gahtii, Sbusiso y Tumelo también estaban protegiendo lo suyo, lo que les importa. Si te han dejado al margen es para evitar que las sospechas recaigan sobre ti y, por ende, sobre la fundación.

—Lo sé. Los socios de Mugabe presionaban a la administración para que nos retirase el permiso, alegando la precariedad de nuestra economía.

—Pues eso ya no va a ser un problema.

Gary la miró, interrogante.

—Te lo contaré luego. Vete.

El guía no tenía demasiadas ganas de comprobar el resultado de la lucha desigual entre un elefante de varias toneladas contra un humano de noventa kilos. Había sido testigo más de una vez.

Los furtivos que desconocían su rapidez y la contundencia de su ataque, y se aventuraban a abatir a uno con un calibre pequeño, terminaban sujetos por su trompa y lanzados con violencia contra los árboles o el suelo, donde eran pisoteados hasta que solo quedaba de ellos una masa sangrante pegada a la tierra.

Un elefante enfadado era un animal temible y no envidiaba los últimos minutos del coronel, sabiendo lo que le esperaba.

Se guio por la posición del coche de Sbusiso para llegar al lugar en el que se habían congregado varias personas, además de los hombres del campamento. A la llamada de alerta, habían acudido, además de la policía de Maun, algunos guías que se encontraban por las cercanías.

Por encima de la fragancia del pasto, que empezaba a secarse por falta de humedad, persistía el olor, desagradable e indefinible, del interior de un cuerpo y el del vómito, que solía acompañar semejantes escenarios. De hecho, en ese momento uno de los policías se alejó y vació su estómago al pie de una acacia. El gesto, provocó las arcadas del guía novato de un *lodge* cercano, que apenas pudo dar un par de pasos antes de que el desayuno decidiera abandonar su cuerpo.

Todos tenían el estómago revuelto, por muy curtidos que estuviesen en esas lides.

Sbusiso salió a su encuentro.

—Habría que irse. Inaka y su manada se han marchado, pero puede aparecer un macho en cualquier momento —le dijo.

—¿Has puesto a alguien de guardia?

—En los cuatro puntos hay gente de Tumelo vigilante y alguien ha ido a buscar palas para llevarse el cuerpo del coronel en una bolsa para cadáveres.

—De acuerdo. Pues vamos a dispersar a la gente, aquí no pueden hacer nada y solo faltaba otro accidente.

Subrayó la última palabra y Sbusiso asintió.

—Nadie lo querría.

—Por cierto, ¿y Da Silva? —preguntó Gary, extrañado.

—El coronel le ordenó que se quedase en el campamento —dijo Sbusiso, y añadió irónico—: para nuestra protección.

Gary se acercó al capitán de policía, que se había vuelto de espaldas al amasijo de carne y huesos, y lo saludó.

—Acabo de enterarme, capitán. ¿Qué ha pasado?

—Por lo visto, los hombres del coronel habían escuchado disparos al oeste y cuando se encontraban por aquí, han oído más disparos procedentes del otro lado del camino. El coronel ha insistido en comprobarlo en persona y se ha topado con una matriarca, que lo ha percibido como una amenaza. Seguramente ella estaría nerviosa también por los disparos.

El guía asintió como si estuviera de acuerdo, pero era por el reconocimiento de la estrategia usada por Tumelo, Sbusiso y Gahtii. No dudaba de que el masái había seguido la pista de la manada, enfureciendo a la ya sensible Inaka. Lo demás, cabía imaginarlo porque el coronel se jactaba de su sangre fría en las situaciones adversas y le gustaba presumir de control. Pero claro, ¿qué control podía esgrimir nadie ante una elefanta enfadada?

—Una desgracia, pero con los animales ya se sabe.

—A Tumelo, el hombre que le acompañaba, le ha dado el tiempo justo para alejarse con el coche. No ha podido hacer nada.

—Nadie hubiese podido hacer nada.

—Excepto matar a la elefanta —dijo el policía.

—Usted no ha visto nunca un elefante a la carga, ¿verdad? —Gary estaba seguro. En Maun la policía se ocupaba de delitos de otro tipo, aunque tenían que acudir cuando había una muerte en el delta —. Tumelo ha tenido suerte de salir bien librado. Solo los furtivos llevan calibres capaces de abatir a un elefante de un solo disparo. Ni los guardias del coronel ni los guías disponemos de ellos.

El capitán se llevó el dorso de la mano a la nariz, como si le hubiera asaltado el olor de nuevo, o lo hubiera recordado. Gary pensó que más le valía retirarse al coche mientras sus hombres recogían el cuerpo del coronel, o terminaría vomitando.

—Debería decir a su gente que dispersen a esta gente y ustedes tendrían que apresurarse. Los machos de la manada no estarán lejos, tienen el olfato muy fino, son inteligentes para interpretar lo ocurrido y si consideran que la amenaza sigue vigente...

Dejó la frase incompleta adrede.

—Tendremos que hablar con todos los que han acudido al aviso de emergencia.

—Estaremos en el campamento de la fundación, capitán.

—Está bien. Váyanse —dijo, buscando el móvil en el bolsillo trasero del pantalón para meter prisa a sus hombres. La advertencia del guía le había hecho tomar conciencia del peligro.

Gary hizo señas a Sbusiso y buscó la radio en su cinturón para ponerla en la frecuencia que usaban en la fundación. Quería asegurarse de que todo iba bien, porque no le gustaba que Da Silva se hubiera quedado. No se fiaba de él.

—Volvemos al campamento —anunció, seguro de que Tumelo y Gahtii se unirían pronto a ellos.

Quería explicaciones, pero no tantas como sus amigos suponían, porque Karen tenía razón: Mugabe los había usado a todos y ente todos habían solucionado el problema.

50

Amberes (Bélgica)

Jen despertó en un hospital, atontada y viendo doble, como si hubiera cogido la mayor borrachera de su vida.

Tenía el brazo escayolado y apoyado en una almohada para mantenerlo elevado, le dolía la cabeza y su boca estaba tan seca como si se hubiese paseado dos días por un desierto.

—¿Quieres agua?

No podía enfocar a la persona que le había preguntado, pero reconoció la voz de Wouters. Intentó contestar y no pudo, así que meneó la cabeza en gesto afirmativo.

—Con calma, puede que sufras una conmoción.

Jen no tenía conmoción cerebral, recordó al instante todo lo ocurrido con Chirac, aunque le hubiera gustado olvidarlo, en especial el crujido de su brazo al… Solo de pensarlo se le ponía el vello de punta. Después de eso, no recordaba nada, pero la presencia del hombre de Klemperer le daba una idea bastante aproximada de que continuaba viva porque había llegado a tiempo.

Bebió el agua de una pajita y volvió a recostar la cabeza en la almohada con un suspiro.

Wouters no volvió a hablar y ella se limitó a permanecer en el plácido duermevela que le proporcionaban los fármacos, suministrados por vía intravenosa.

Algunos días después, se despejó del todo. Los apósitos en la cabeza eran incómodos, pero no sentía dolor y el brazo… Bueno, tenía una fea rotura, según le dijo el médico que la visitaba a diario, aunque nada que no se curase con el tiempo.

Cuando le dieron el alta hospitalaria, Wouters la llevó a otro apartamento de menor tamaño y en un barrio de las afueras.

—¿Este también es de tu jefe? —le preguntó.

—Aquí estarás bien. Hay servicio para cubrir tus necesidades diarias hasta que te recuperes del todo y un médico vendrá a verte todas las semanas, para cerciorarse de que evolucionas bien.

—¿Por qué se preocupa Klemperer? Esto ya no es cosa suya.

—Yo hago lo que me ordena.

Esa afirmación parecía una frase de relleno porque Wouters, además, no se quedó cerca, se quedó en el apartamento. Solo le daba intimidad en el baño y en su dormitorio.

A Jen le parecía algo exagerado, aunque, por lo demás, el hombre era callado e intentaba pasar lo más desapercibido posible.

Al cabo de dos semanas, sin embargo, la fotógrafa se había hecho cierta idea de que su guardaespaldas tenía un interés en ella que trascendía su trabajo. Cada vez que levantaba la mirada, se encontraba con la suya; daba igual si estaba poniendo la secadora, cocinando, leyendo o viendo la televisión. Resultaba agobiante.

—Es preferible que no salgas aún. Dime qué necesitas y enviaré a alguien a buscarlo —le dijo, al día siguiente de llegar.

—Solo necesito darme un paseo y tomar el aire.

—Espera unos días para asegurarnos.

Los días se convirtieron en semanas, y el escrutinio del hombre, sin llegar a ser ofensivo, se hizo insistente. Jen tenía la sensación de que la vigilaba como un dragón vigilaba sus joyas. Ponía pegas para dejarla salir del apartamento y, a medida que pasaban los días, restringió cualquier contacto con otras personas.

La fotógrafa dejó de sentirse segura en la única compañía de Wouters, de forma que llamó a Nath desde su dormitorio, donde el guardaespaldas no entraba nunca, para darle las gracias por su hospitalidad y decirle que se iría al día siguiente a su casa.

—¿No estás cómoda? —preguntó él.

—Tengo mis razones.

Además de sentirse prisionera, la invadía una extraña inquietud, que tenía su origen en la compañía forzosa y las extremas restricciones que le imponía. Llegó a prohibirle abandonar su dormitorio cuando venían a limpiar el apartamento, y a detenerla cuando acudía a abrir la puerta para recoger la comida de los

pedidos a domicilio. Como intentar hablar con él era tan productivo como hacerlo con una pared, decidió largarse.

—Es por precaución —le explicó Nath.

—Tomaré mis propias precauciones, gracias.

Quizá Chirac le hubiera parecido más inofensivo de lo que resultó, pero Wouters no entraba en esa categoría y su celo estaba tomando forma de secuestro.

—El señor Klemperer vendrá esta tarde —le dijo él, al cabo de un par de horas.

—Estupendo, a ver si me levanta el castigo y puedo salir de aquí para pasear, aunque sea.

Nathaniel Klemperer llegó acompañado por tres hombres, antes de la hora prevista, lo que arrancó un rictus de desagrado en Wouters. No obstante, el empleado mantuvo la boca cerrada, recogió su abrigo y lo colgó en una percha de la entrada.

—Jen… —dijo Nath, avanzando hacia ella con las manos por delante para coger la suya sana, la que no permanecía en cabestrillo —. ¿Cómo estás? Te veo un poco pálida.

—Me siento encerrada.

—¿Por qué? Puedes salir a pasear, de compras…

Ella lanzó una mirada de soslayo a Wouters y Nath pareció comprenderlo porque se dirigió a él:

—¿Nos dejas un momento? Quiero comentar con Jen un par de asuntos en privado.

—Por supuesto, señor Klemperer.

Cuando la puerta del salón se cerró detrás del guardaespaldas, él la miró, interrogante.

—Quiero volver a mi casa —dijo ella.

—Lo imagino, solo quería asegurarme de que los Sarkissian habían perdido el interés en ti. Y eso ocurrirá pronto porque tienen que preparar varias auditorías, ordenadas por distintos jueces, atendiendo a diez denuncias apoyadas con pruebas sólidas.

—¿Ha sido cosa tuya?

—De Narek; hablaba por los codos.

A Jen no le pasó desapercibido el uso del pasado para referirse al hermano de Aram.

—Quiero irme porque Wouters me pone nerviosa. No me quita los ojos de encima y yo necesito poder moverme a mi antojo.

El narcotraficante frunció el ceño.

—Creí que te sentías más segura teniéndolo cerca.

Lo cierto es que Wouters le había dicho que ella prefería tenerlo en el apartamento y él le creyó. ¿Por qué iba a mentirle?

—Le agradezco mucho… Sé que podría estar muerta si no hubiera intervenido, pero necesito estar sola y salir.

—No imaginaba que llevabas sin salir desde…

Nath suspiró, se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

—Vamos a tomar un café a la calle —le dijo.

—Dame un minuto para que pueda ponerme unos zapatos.

Jen salió disparada hacia el dormitorio. Estaba deseosa de pisar la calle y de hablar con libertad. Sentía que en ese apartamento estaba demasiado controlada.

—Wouters, espera aquí con mis guardaespaldas. Jen y yo vamos a tomar un café en la plaza.

Klemperer no le dio otra opción más que la de asentir. Él era su jefe y no consentiría una negativa.

No se detuvieron en la plaza, que se encontraba frente al edificio de apartamentos. Caminaron por la calle, se desviaron hacia una vía principal y luego por la siguiente. Jen había necesitado salir, retomar algo de normalidad.

—Llévatelo, por favor —le pidió a Nath.

—En este momento está saliendo del apartamento —dijo él—. No volverá a incomodarte.

—Es… No sé… Demasiado protector.

—Lo sé. Lo sabía antes de venir a verte. Le encomendé tu protección a otro equipo y él se negó a retirarse, alegando que había confianza entre vosotros. Desconozco la razón de su forma de actuar: quizá se enamoró, pero se mostraba tan protector contigo que daba grima. Aunque en ningún momento se me ocurrió que te tuviera secuestrada. Siento mucho no haber estado pendiente.

Ella aceptó sentarse en una terraza a tomar un café.

—Me conformo con estar sola, de verdad —dijo.

—Estarás sola en el apartamento y podrás ir y venir a tu aire.

—¿Por qué haces esto? No me debes nada —preguntó ella—. Hicimos un trato y tú cumpliste tu parte.

—Aram y yo éramos más que amigos. Aunque la vida nos llevó por caminos distintos, siempre pude contar con él. Nunca me juzgó ni me rehuyó, como hicieron otros. Muchos piensan que la vida es más fácil si naces en el seno de una familia adinerada. En nuestro caso, no lo fue.

Jen asintió. Aram le había contado muchas cosas sobre el tema, por eso casi nunca veía a su familia.

—En el negocio de los diamantes, todo es competición, incluso en el entorno familiar. Las esposas tienen que ser perfectas, ejemplares, y los hijos aún más. La presión, a veces, era insoportable. Por suerte, Aram y yo podíamos apoyarnos el uno en el otro y salimos del bache de la adolescencia.

—Pero Aram se fue, mientras que tú…

—Yo volví porque, buena o mala, es mi familia —dijo él, encogiéndose de hombros y con una sonrisa tibia—. De todas formas, yo me dedico a lo mío y ellos a lo suyo. Vivimos en la misma ciudad, pero apenas nos vemos porque son unos hipócritas.

—¿Después de salvarles el culo tienen algo que objetar sobre tus negocios? —se escandalizó Jen.

Nath abrió la mano, con la palma hacia arriba, como diciendo: eso es lo que hay.

—En cuanto a lo que has dicho antes, tienes razón: estamos en paz. No obstante, me gustaría que te quedases hasta que termines de recuperarte del todo.

—¿Hay algo que no me estás contando? ¿Todavía queda alguien buscándome?

—No. Chirac no trabajaba con nadie ni compartió lo que sabía, porque quería los diamantes solo para él.

—Creía merecerlos, después de proteger tanto tiempo el tráfico de Sarkissian. Le vino bien la investigación de Aram, debió pensar que terminaría con la familia en la cárcel y él se vería libre de la asociación. Pero no contó con que Aram actuase por su cuenta, llevándose los diamantes.

—Supongo que quería verificar su procedencia…

—Eso pienso yo también.

—Venga —exclamó el narcotraficante, dando una palmada y levantándose—. Vamos a dar otro paseo.

A su vuelta al apartamento, ahora vacío, Jen suspiró de alivio. La caminata, a buen paso, le había sentado bien y la soledad del apartamento, mejor.

Se disponía a entrar al baño, para llenar la bañera, cuando algo llamó su atención: se trataba de una minúscula gota roja en el dintel de la puerta lacada en blanco, a la altura de su rodilla.

Nath le había asegurado que Wouters no volvería a molestarla y ahora ella tenía la certeza.

Tomó un trocito de papel higiénico, lo humedeció con agua del lavabo, limpió la gota y tiró el papel al inodoro.

No preguntaría a Nath Klemperer por lo ocurrido, igual que no preguntaría por Chirac o por Sarkissian. Se conformaba con saber que ya no serían una amenaza para ella.

Tras darse un largo baño, se envolvió en una toalla, puesto que no podía ponerse el albornoz con el brazo tan abultado, y se sentó con la espalda apoyada en el cabecero de su cama, lanzando ojeadas al teléfono, sin decidirse a hacer la llamada en la que llevaba pensando mucho tiempo.

Por fin, cogió el móvil. Buscó entre sus contactos y poco después escuchó la voz al otro lado.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Neo.

—¿Es buen momento o estás ocupado?

—Convaleciente —replicó el negro—. Nada grave, pero las costillas tardan lo suyo en soldarse.

—¿Qué te ha pasado?

—Un pequeño accidente aéreo y un derechazo certero.

Ella se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación.

—Soy demasiado duro —rio él—. ¿Estás en Colonia?

—No, pero estoy por los alrededores.

—Llevo tiempo queriendo llamarte y si no lo he hecho es porque temía parecer desesperado. Esperaba que tú dieras el paso.

—Pues acabo de darlo. Ahora no puedo viajar, pero ¿qué me dices si voy a verte en un par de semanas?

—Me viene fatal —suspiró Neo.

—¡Ah, bueno, no pasa nada! Llámame cuando…

—Eres una estirada, Jen. Me viene fatal tener que esperar dos semanas porque cogería el coche de inmediato para ir a encontrarme contigo, aunque fuera en Italia. Bueno, a Italia iría en avión. Estoy desesperado por verte, pero soy práctico.

Jen sonrió.

—¿Y si vas arrancando el coche? Estoy en Amberes y no puedo conducir, tengo un brazo roto.

—Eso me lo cuentas en un rato, tardaré algo más de dos horas ¿te parece?

—Te enviaré la dirección.

Llamó a Nath para preguntarle si le parecía bien que tuviese un invitado. Al narcotraficante no le importó, al contrario, se alegraba porque la escuchó animada y le convenía una distracción.

Escribió la dirección en un mensaje de texto, se vistió y aguardó, con impaciencia, paseando de un lado a otro del apartamento, mirando por la ventana y anhelando el tacto de la piel del hombre bajo sus manos, su calor, su sabor y su olor.

Recordar a Neo era revivir los colores brillantes de África en su mente, sus olores intensos a vida salvaje, a tierra calentada por el sol. Y a Gary. Aunque esto último jamás lo diría en voz alta, por muchas y muy buenas razones, pero la más importante era que quería a Karen.

Corrió a la puerta cuando oyó el timbre.

—Hola, tú —dijo Neo, sonriente.

Jen le rodeó el cuello con el brazo sano y lo besó.

—¡Vaya recibimiento! Y yo que solo venía a enseñarte a silbar sin escupir.

51

Delta del Okavango (Botsuana)

Gary tenía razón al no fiarse de las intenciones de Da Silva.

De hecho, este fingía estar a las órdenes del coronel Mugabe, pero debía su lealtad a «Motsomi» que, como muy bien había explicado el militar a Gary, no se trataba de una persona, sino de una asociación, cuyos ideales él mismo había implantado a las personas adecuadas hasta que se convirtió en una realidad.

Da Silva era uno de los impulsores del movimiento «Motsomi», cuyos orígenes se remontaban a su juventud en Angola. Expulsado de su país por sedición, había sembrado las semillas del descontento en Botsuana. Se le daba de maravilla susurrar las ideas adecuadas en los oídos atentos, pero él se consideraba hombre de acción y prefería estar en primera línea, donde podía actuar y comprobar los resultados obtenidos.

Como no era un necio, dejaba que otros tomaran decisiones, sugeridas por él mismo, pero decidió quedarse con el coronel Mugabe, porque en las manos de sus hombres se encontraba sacar adelante el trabajo encubierto. Había que poner especial cuidado en cubrir el rastro de los militares de las acciones agresivas y el coronel era astuto, pero no demasiado listo.

Mugabe tenía escrúpulos para acabar con ciertos focos de resistencia y hasta parecía admirar a algunos personajes que defendían el derecho de los elefantes a secuestrar el progreso de un país. Los tibios intentos del coronel para espantar a la fundación de Gary Brand, habían fracasado; él sería más contundente.

El golpe de efecto de la tarde anterior había calado en el ánimo de la gente del campamento. Ahora faltaba rematarlo.

Llevaba observando el panorama desde la noche anterior. Tomó nota del funcionamiento del campamento, las relaciones y reacciones de su gente, y llegó a una conclusión: además de ser el titular de la fundación, Gary Brand era el pegamento que los mantenía unidos, y era hora de arrancar la tirita.

Pero Da Silva no era un salvaje, se permitiría jugar un poco con él, poniendo a la veterinaria en el tablero. Según había podido ver, mantenían una relación y aún recordaba que la mujer lo había echado de los establos. En otro momento, no le hubiera dado importancia al incidente, pero algunos del campamento habían sido testigos y recordaba las risas contenidas a su costa.

Aprovechó que la mayoría de los hombres del campamento habían respondido a la alarma por el ataque a Mugabe, para entrar en los establos más cercanos, donde se encontraba la veterinaria. Como la vez anterior, su presencia fue acogida con malestar entre los animales y Karen asomó la cabeza.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó, desabrida.

—Tengo que hablar con usted.

Al pasar por uno de los establos, dio un salto, sorprendido por la coz de un animal en la puerta.

—Tranquilo, Calígula, no pasa nada —dijo ella.

El antílope llevaba toda la temporada con ellos porque no mejoraba, debido a su exceso de genio, que le impelía a cocear paredes y puertas, haciendo que se le saltaran los puntos.

—Tranquilos todos, chicos, ya nos vamos.

Karen le señaló a Da Silva la salida, pero él se acercó y la empujó hacia el fondo.

—¿Qué…?

—Cállate —espetó él, abarcándole el cuello con una mano—. ¿Hay alguien más aquí?

Ella negó apenas con la cabeza.

—Bien, me alegro porque vamos a esperar a tu novio y no quiero intromisio…

—Karen, ¿pasa algo? —preguntó Neo desde la entrada.

—Pasa, estamos teniendo una pequeña charla —contestó Da Silva—. Y cierra la puerta detrás de ti, si me haces el favor.

—¿Karen?

—Karen está aquí y estará bien si me haces caso. Díselo.

Da Silva aflojó la presa de su cuello y ella le confirmó que se encontraba bien.

Neo, que se había quedado en el campamento por petición de su padre, cerró la puerta a su espalda. Había visto a Da Silva entrar en el establo y sabía que eso cabrearía a la veterinaria, aunque no había esperado que resultara una amenaza y se había dejado las armas en casa.

—Ven, pasa por aquí. Estaba a punto de decirle a la veterinaria que encendiese la radio para saber cómo van las cosas por ahí fuera y cuánto va a tardar el señor Brand en acompañarnos.

Neo llegó al espacio del fondo, iluminado por fluorescentes, donde Karen tenía lo necesario para tratar a los animales. Da Silva llevaba en la mano un revólver Colt Python de cachas nacaradas con el que apuntaba a la veterinaria.

—Vamos a presentarnos. No tengo el gusto —dijo Neo.

—Por lo que veo, eres el payaso del campamento.

—El mismo, aunque me parece que estás a punto de quitarme el puesto.

El derechazo le impactó en las costillas, machacadas por el accidente del día anterior, y Neo se dobló en dos.

—¡Déjalo! —gritó Karen, que calló ante la amenaza del cañón del revólver en su cara.

—Enciende la radio en vuestra frecuencia habitual —le ordenó él —. Y os quiero callados.

Ella alargó la mano para coger el aparato de radio del soporte donde se estaba cargando y la encendió.

—Volvemos al campamento —decía en ese momento Gary.

—¡Mira qué suerte! —exclamó Da Silva—. Parece que la espera no va a ser larga, después de todo. Tú, ponte junto a ella, quiero teneros a los dos a la vista —le dijo a Neo, que respiraba con dificultad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Karen a Neo.

—Me gustaría que todos los golpes no se centraran en mis costillas. Por lo demás, estoy genial —sonrió él, restándole

importancia, aunque atendiendo a los ojos de su amiga, que le indicaban uno de los aparadores abiertos con varios bisturíes alineados.

—He de reconocer que le habéis echado huevos. Mira que advertí a Mugabe de que esto podía pasar.

—No sé de qué hablas —dijo Karen.

—Os lo habéis cargado. ¿Acaso crees que soy estúpido?

—Creo que eres bastante paranoico. Aquí nos dedicamos a los safaris y a rescatar animales, todo lo demás está en tu cabeza.

Da Silva pidió silencio. Los ruidos de los animales, inquietos dentro de los establos, ya eran distracción suficiente.

—Oye, aquí trabaja más gente —dijo Karen—. Pueden presentarse en cualquier momento.

—Bueno es saberlo. Ve a la entrada, si viene alguien, espero que sepas convencerle para que se marche. Si es que te importa este… ¿cómo has dicho que te llamas, payaso? Bah, déjalo.

Karen se encaminó por el pasillo a la entrada. Se detuvo antes de llegar a la puerta cerrada y permaneció de pie, tensa. Tenía oculto, en la mano ahuecada, un dardo de carfentanilo, que había esperado usar con el mercenario, aunque no se había presentado la ocasión. Ahora Da Silva se encontraba fuera de su alcance.

—¿Hay algún canal que uséis tu novio y tú para mantener conversaciones privadas? —le preguntó Da Silva, elevando la voz para hacerse oír.

—Para eso están los móviles, tarado —contestó Neo en su lugar, ganándose un nuevo derechazo en el mismo lugar que, esta vez, había logrado su objetivo: el intenso dolor le indicó que sus costillas habían cedido a los continuos asedios y las fisuras se habían convertido en roturas.

—¡Déjale en paz! —gritó Karen.

—¡Tú, cállate o le pego un tiro!

Neo, encogido sobre sí mismo y dolorido, aprovechó que la atención de Da Silva estaba centrada en Karen y cogió uno de los bisturíes de la estantería.

—Levanta, joder, vamos a la entrada.

El dolorido Neo escondió el bisturí en la mano con la que se sujetaba el costado dolorido y caminó con dificultad delante del hombre, que tenía el revólver contra su nuca.

En el exterior se escuchó la llegada de varios vehículos pasando cerca de los establos.

—Me parece que tu novio acaba de llegar. Llámalo y dile que venga —dijo Da Silva cuando estuvieron a su lado.

Karen sacó el móvil del bolsillo de la bata.

—Si lo pones sobre aviso de alguna forma, encontrará dos cadáveres como bienvenida.

—Si ve la puerta de los establos cerrada, sospechará.

—Pues peor para él. Llama y pon el altavoz.

—Gary, ¿ha ido bien? —preguntó Karen.

—Todo lo bien que se podía esperar. ¿Estás en el establo? Me ha parecido verlo cerrado.

—Estaba curando a Calígula y ya sabes lo especial que es.

—¿Me paso con unos cafés?

—Para mí no.

—Estaré allí en un minuto.

La veterinaria cortó la comunicación, esperando que Gary hubiera entendido porque ella nunca se perdía un café.

El guía cogió su rifle y se acercó a la carrera a los establos, llamando la atención de Gahtii, Sbusiso y Tumelo, y pidiéndoles silencio con un dedo delante de los labios.

Abrió la puerta de los establos y vio a Da Silva, oculto tras Neo y Karen, que le servían de escudo.

—Pasa, señor Brand —dijo el mercenario—. Te esperábamos desde hace rato.

—¿Qué quieres, Da Silva?

—Que bajes el arma, para empezar.

—Cuando tú bajes la tuya.

—Pero entra, hombre, y cierra la puerta, que nos hará falta un poco de intimidad para tener una conversación que lleva pendiente demasiado tiempo.

Da Silva caminaba hacia atrás por el pasillo central, sujetando a Neo de la camisa, tirando de él, y con su revolver apuntando a Karen

en la cabeza.

—Pensaba que eras ese tipo de personas capaces de dirimir sus diferencias cara a cara, pero veo que necesitas esconderte detrás de una mujer para tomar ventaja —espetó Gary.

—Llevo un revólver y tú un rifle. No estamos igualados. Baja tu arma y yo dejaré de apuntar a tu novia.

Gary dudó unos segundos, pero solo le hizo falta mirar a los ojos muertos de Da Silva para comprender que ninguno de los tres saldría con vida de los establos.

Karen y Neo miraban a Gary, y la veterinaria hizo un gesto imperceptible con la cabeza, que ambos pudieron entender.

Estaban a punto de pasar por el establo de Calígula y ya antes el mercenario se había asustado con la coz en la puerta. Esta vez no fue diferente. Da Silva dio un respingo, que los tres aprovecharon. Karen le clavó el dardo de carfentanilo en un costado, Neo, viendo las estrellas por sus costillas rotas, se giró para hundirle el bisturí en el cuello y Gary disparó su rifle al ver que había espacio entre la veterinaria y su amigo. Da Silva no tuvo ni una oportunidad. Cualquiera de las heridas era mortal.

Gahtii, Sbusiso y Tumelo entraron en los establos, con sus armas preparadas.

—Se acabó —dijo Gary, corriendo hacia Karen para abrazarla—. Neo, ¿estás de una pieza, amigo?

—Qué va, este hijo de puta ha conseguido lo que no consiguió un jodido accidente aéreo: romperme las costillas —respondió el interpelado, inclinado para atenuar el dolor.

Sbusiso se acercó a ayudarle y, visto el panorama, dijo:

—Gahtii, sal y diles que hemos tenido que sacrificar a un animal. Que nadie sepa qué ha pasado aquí. Tumelo, ayuda a Gary. Hay que esconder el cuerpo.

—Trae a Neo —dijo Karen a Sbusiso—. Tengo calmantes y puedo vendarle hasta que llegue al hospital.

Mientras Neo quedaba en manos de la veterinaria, su padre esparció una capa de paja fresca sobre la sangre. Más adelante, durante la jornada, se encargarían de borrar los rastros, porque ese asunto no debía trascender, o todos serían cómplices.

Se movieron con la precisión de los que tienen un objetivo común. El cuerpo de Da Silva quedó en la habitación que usaban para las eutanasias, junto con el de la cebra que Karen había cuidado tanto, pero que no sobrevivió. Ambos serían quemados lejos del campamento, en un lugar adecuado para ello.

Esa misma tarde, Karen recibió una llamada inesperada por muchas razones: la pantalla, en vez de un número de teléfono, contenía un mensaje, «Contesta si conocías a Hyun».

—¿Quién es? —preguntó, indecisa.

—No me conoces, pero puede que te interese algo que me dejó Hyun antes de que lo asesinaran, ya que eres uno de sus últimos contactos y estás en la zona adecuada.

León, el *hacker* al que Hyun consideraba un amigo, llevaba tiempo dándole vueltas, indeciso sobre si compartir aquello. No creía deberle nada al asiático, no obstante, sentía que bien podía hacerle un favor póstumo.

Hyun no le dijo de qué se trataba, solo quería una copia de respaldo, por si la conexión entre sus dos móviles fallaba.

—A ver, te explico a grandes rasgos lo que me pidió y tú haces lo que quieras con la información —dijo León.

—De acuerdo, te escucho.

Gary, que se encontraba a su lado, la interrogó con la mirada y ella negó con la cabeza.

—Parece que Hyun quería hacer el seguimiento de uno de sus móviles con el otro, pero no estaba seguro de que funcionara y me pidió conectarme con el primero. En realidad, no requería trabajo por mi parte, así que accedí y me olvidé, hasta que me enteré de lo que le había pasado.

—¿Seguimiento?

—Localización GPS —aclaró León.

—Entiendo.

—Como digo, cuando me enteré de que lo habían matado, consulté el archivo y los movimientos del teléfono en cuestión. Deduje que se encontraba en un vehículo y me metí en un satélite para observar los distintos puntos a los que se desplazó, hasta que, al día siguiente, se detuvo por completo. Según descubrí, el teléfono

iba en un coche a nombre de un tal Mandla Sachale, que sufrió un accidente mortal ese mismo día.

—¿Mandla Sachale? —preguntó Karen—. No sé quién es.

Gary se acercó más y elevó la barbilla, en muda pregunta. Ella respondió alzando una mano, pidiéndole tiempo porque su interlocutor no había terminado.

—Bien, eso no es lo importante —dijo León—. El recorrido del vehículo se detuvo en el centro de Francistown, en Botsuana. Luego se desplazó a las afueras, imagino que a su domicilio, puesto que la casa estaba a su nombre. Y más adelante se movió a un lugar muy interesante, que tenía que ver con la investigación de Hyun, según deduje, observando durante un par de días.

Karen se encontraba sobre ascuas, pero no quiso interrumpir.

—Se trata de un almacén situado al oeste de la ciudad, a unos cuarenta kilómetros y fuera de la vista de la carretera. Se encuentra custodiado por gente armada y se percibe mucho movimiento de camiones y furgonetas. Es todo lo que puedo decirte.

—¿Me enviarías esas ubicaciones?

—Por supuesto. Acabo de adjuntarte un archivo.

—Gracias, me alegra saber que Hyun tenía buenos amigos.

—No éramos amigos.

El *hacker* cortó la llamada y su número, así como cualquier registro, se borró del teléfono de Karen. Lo único que permaneció en sus archivos fue el documento con una imagen del recorrido del teléfono de Hyun, y las coordenadas.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó Karen, al abrir el archivo.

—Me tienes en tensión, ¿qué pasa? —preguntó Gary.

Ella se lo contó y le mostró la imagen.

—¿Crees que es el almacén donde se guardan los colmillos?

El guía soltó una carcajada.

—¡Qué jodido el periodista!

52

El paraíso (Botsuana)

Los acontecimientos se precipitaron, debido al accidente del coronel Mugabe y a la información precisa sobre el almacén donde se guardaba el marfil, producto de la caza furtiva.

La Interpol coordinó a las fuerzas policiales de Gaborone y Francistown, para detener a un buen número de ciudadanos botsuanos, asociados a «Motsomi». Todos se encontraban en puestos de poder, político y económico, y alimentaban con diamantes de contrabando la maquinaria del descontento. Fundamentaban su asociación en una mejora sustancial del país, con sus propios candidatos para un gobierno modernista y radical, eliminando los obstáculos a cualquier coste.

Los mayores obstáculos eran, sin duda, lo que hacía único a su país: los elefantes. Según ellos, los paquidermos arrasaban granjas, atacando a sus moradores, dispersaban el ganado, atravesaban carreteras, deteniendo el tráfico y causando accidentes. En definitiva, constituían un riesgo y eran imparables.

Ante la reticencia de las autoridades a aumentar la cuota de caza o retenerlos en zonas protegidas, tomaron su propio camino al progreso: esquilmaban diamantes de las minas, los vendían en el mercado negro, compraban armas para abastecer a los furtivos y el marfil que recolectaban se lo adjudicaban, a buen precio, las tríadas chinas. La propia riqueza del país servía para financiar su ideal de nación progresista.

El agente Obed Kabelo había ido al campamento para contarle el desenlace a Gary y agradecer a todos su colaboración.

—He querido venir a decírtelo en persona porque cuando nos encontramos, sin saberlo, me proporcionaste una parte del

rompecabezas —le dijo, delante de una taza de té, elaborado con hojas del arbusto de la miel, de dulzor natural.

—¿Cómo es eso?

—No sé si lo recuerdas, pero tenías tus dudas sobre la culpabilidad del coronel Mugabe. Si no lo hacía para enriquecerse, entonces, ¿para qué? Luego caí en la cuenta de que ni el coronel quería prosperar económicamente, ni ninguno de ellos. Lo que hacían era redireccionar un recurso para acabar con otro.

—Con los elefantes —asintió Gary.

—Y, en realidad, con cualquier animal incapaz de vivir en un parque vallado, reserva, o como quieras llamarlo.

El guía negó, apesadumbrado.

—Lo malo es que esa mentalidad va ganando adeptos. No sé cuánto tiempo más disfrutaremos viéndolos en libertad —dijo.

—Hay mucha gente que deplora esa idea, más de la que imaginas. Puede que un día lleguemos a desarrollar una potente industria, como los países más desarrollados, pero ellos jamás podrán disfrutar de un edén como este, a no ser que vengan de safari. Tienes el trabajo asegurado para unos años aún —dijo el agente de la Interpol, dándole una palmada en el hombro.

—¿Y el almacén? He visto fotografías en los periódicos, pero no se habla del contenido.

—El almacén… —Kabelo resopló, contrariado—. Contenía más colmillos de los que se hayan requisado nunca en toda África oriental. Varios cientos de toneladas.

—Espero que reconozcáis el mérito de Choi Hyun. De no ser por él, nunca lo hubierais encontrado.

—Tengo entendido que el gobierno pretende hacerle un homenaje, en nombre de Botsuana.

—Eso le hubiera gustado —dijo Gary

—Seguro que le hubiera gustado más saber que el almacén quedó reducido a cenizas al día siguiente de su descubrimiento.

—¿Un accidente? —preguntó Gary con ironía.

—De los peores, no quedó ni un solo colmillo intacto.

—Me alegro. Siempre hay despistes y gente que se deja tentar por la recompensa adecuada.

Kabelo se levantó y suspiró. Parecía cansado.

—¿Quieres quedarte esta noche? Mañana la avioneta tiene que ir a Francistown a por víveres y podemos llevarte.

—Te lo agradezco, pero debo volver. Los juicios empezarán pasado mañana y quiero salir para Gaborone en el primer vuelo.

Se despidieron y Kabelo subió al coche prestado del resort, donde la avioneta que trasladaría a los últimos huéspedes, lo devolvería a la ciudad.

—¿Era el hombre de la Interpol? —Karen salió de los establos, secándose las manos en una toalla pequeña.

Él la recibió con un abrazo y un beso.

—Sí. Venía a contarme lo ocurrido desde las detenciones y que el juicio empezará pronto.

—¿Tienes que testificar?

—De momento, no es necesario. Tienen suficientes pruebas y testigos. Si me necesitan, ya me llamarán, aunque lo dudo. Mi relación era con Mugabe y, al estar muerto, ha evitado a la justicia.

—Sus hombres, no.

—Están todos detenidos y Tumelo es al que necesitan para testificar contra ellos. El único que se encuentra en paradero desconocido es Da Silva.

Karen apoyó la cabeza en su pecho y él la abrazó. Ninguno se arrepentía de haber intervenido en el final del mercenario y del coronel. Ambos representaban distintos tipos de amenaza para los animales, para la fundación y las personas que la componían.

—¿Seguimos hablando de camino? —propuso Gary.

—¿De camino a dónde?

—A tomar una cerveza fría en el delta para ver el atardecer.

—Cuando lleguemos, ya estará caliente.

—Pues a tomar una cerveza caliente en el delta.

—¿Qué ha sido del *whisky*? ¿Te estás ablandando?

—He encontrado una forma mejor de relajarme sin joderme el hígado —contestó él, guiñándole un ojo.

—Nunca me habían dicho que soy terapéutica. Me gusta —dijo ella riendo—. ¿Y si ahorramos tiempo y subimos a la colina? Por aquí no hay edificios que nos tapen las vistas.

—Pero hay espectadores que pueden sentirse incómodos por lo que llevo todo el día deseando hacer contigo. —La atrajo hacia sí y la besó de nuevo.

—¿Algo muy perverso?

—Ya improvisaremos sobre la marcha.

Una hora después, estaban en una elevación del terreno, observando el disco del sol en el horizonte, desnudos tras hacer el amor, sentados en una manta y tomando una cerveza caliente sobre el capó del Land Rover.

—Las grandes manadas se retiran —dijo Karen, suspirando.

Siempre sentía nostalgia cuando el Kalahari volvía a quedar seco, hasta la próxima inundación.

—Cada año dura menos la temporada. Me preguntó si estaremos aquí la próxima.

Karen, que se había sentado entre las piernas abiertas de Gary, se recostó en su pecho.

—Estaremos —aseveró.

Él la rodeó con el brazo.

—Ojalá. Si las aguas no vuelven a tiempo, habrá que hacer recortes estrictos. Suponiendo que no nos revoquen la licencia.

—¡Ah, sobre eso…! —exclamó ella—. Ya puedes tachar esas preocupaciones de la lista de problemas posibles.

—¿A qué te refieres?

—Llamé a mi padre que, aparte de ser un gilipollas rico, tiene muchas relaciones. Me explicó los pasos que había dado para hablar con no sé qué embajador, ni con qué ministro de no sé dónde. El caso es que la licencia está a salvo.

Gary la estrechó con más fuerza. La relación de Karen con su familia era, como poco, distante. Tenía que haberle costado un gran esfuerzo pedir el favor a su padre.

—Dale las gracias de mi parte la próxima vez.

—No lo hice por ti solo, Gary. Este es nuestro hogar.

Ella tenía razón.

—En cuanto a los problemas económicos… —continuó la veterinaria—. ¿Recuerdas que Jen me envió una semilla?

—Claro que me acuerdo, igual que recuerdo que cuando fui a Colonia tenía que entregarle una a ella. No sé qué trajín os lleváis con las semillas…

—Ni lo sabrás —rio Karen—. El caso es que con la semilla venía un número de cuenta, que envié ya a tu gestor.

—¿Jen se ha dedicado a hacer recolectas?

Karen chasqueó la lengua.

—Algún día, si te portas, te contaré la historia completa. Por ahora solo tienes que saber que el dinero de esa cuenta proviene de los diamantes que le entregó Aram y que, a su vez, salieron de aquí de contrabando. Esas fueron sus palabras: « Lo que se robó en Botsuana, debería volver para contribuir a su bienestar».

Gary se inclinó sobre su hombro para mirarla a la cara.

—¿Va en serio?

—Muy en serio. Le dije al gestor que esperase un poco para que yo pudiera decírtelo, pero entre unas cosas y otras… Y deja de apretarme tanto, que me vas a romper alguna costilla.

—Es que me acabas de hacer muy feliz.

Ella se giró más para acariciarle la nuca con una mano y besarlo en los labios sin prisa. Luego, volvió a recostarse en su pecho y ambos miraron al horizonte, por donde pasaba una pequeña manada de elefantes, recortados contra la decreciente luz del sol.

—Creía que todas las manadas se habían marchado, en busca de la comida que aquí se ha agotado —dijo Karen.

—Siempre hay alguna familia rezagada, que quiere disfrutar un poco más del paraíso.

—Acostumbras a llamar así a este lugar...

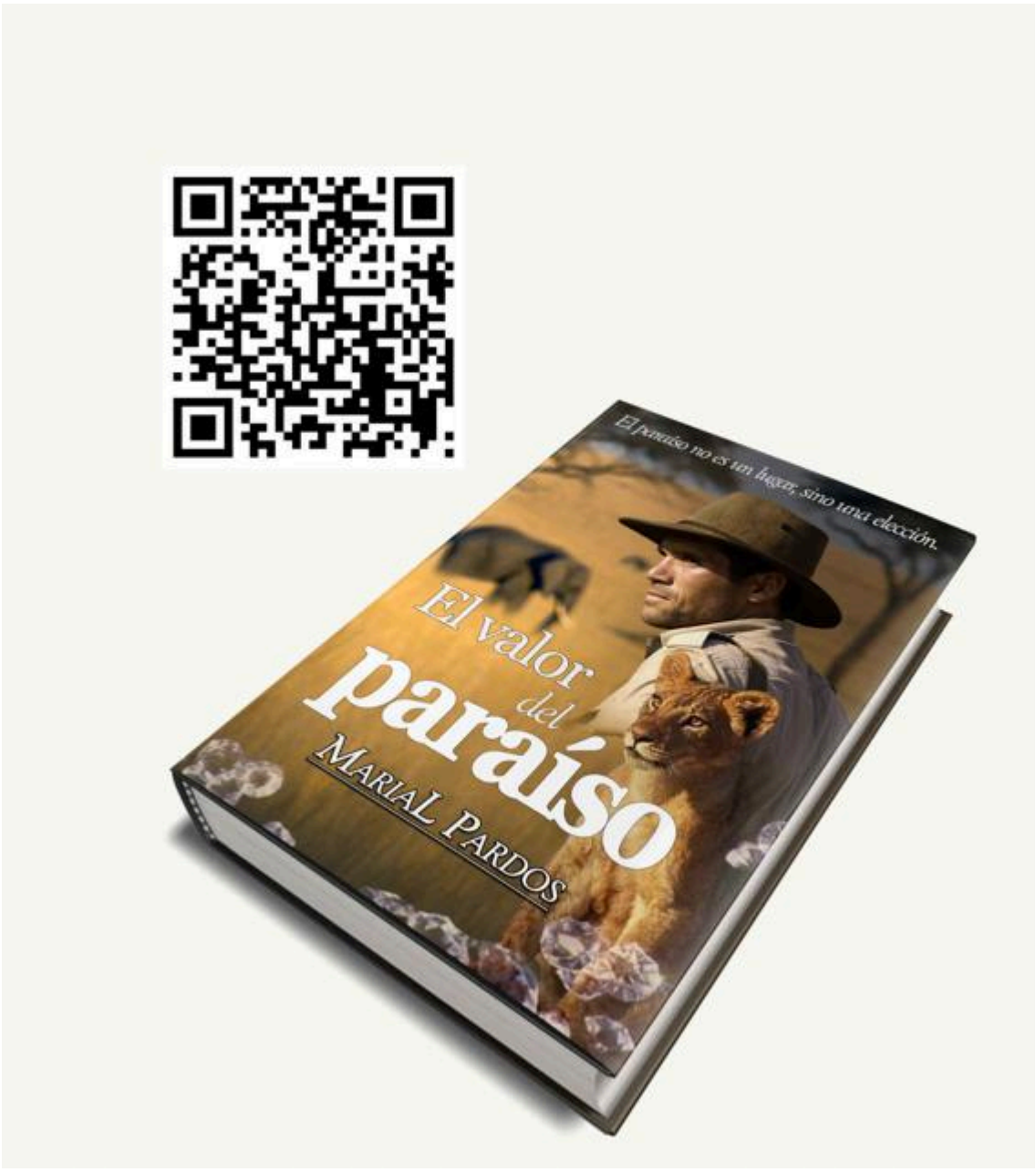
—Porque lo es. El verdadero valor de esta tierra no se esconde bajo el suelo, sino que respira, siente y ama sobre él.

Fin

¿Me ayudas con una reseña?

Si la novela ha sido de tu gusto, te agradecería que escribieras una breve reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!


El paraíso no es un lugar, sino una elección.
El valor del paraíso
Marial Pardos

Agradecimientos ¡Y muchos!

A mis hijos, **Aisha y Pepe,** que siempre están.

La labor de los lectores cero es impagable. Cada uno ha aportado su granito de arena para pulir los detalles y ayudarme a salir de los líos en los que meto a mis personajes:

Marga González Benavides siempre me pregunta sobre las razones de mis personajes, como si yo tuviese algún control sobre ellos. **Andreu Purroy Giribet** se lee mis películas, aportando siempre algún consejo interesante y siempre valorado**. Elena de la Cruz** es mi barómetro particular, certero y fiable. **Esther Sierra F** debe estar hasta las narices de corregirme faltas ortográficas. **Jerónimo Alcaraz** y **Ángela Campillo** han vuelto a repetir lectura cero por tercera vez, haciendo algunas observaciones interesantes sobre la trama, que siempre he tenido en cuenta. A los seis les agradezco de corazón su tiempo y esfuerzo.

A **Sawyer**, el gato de la familia. No es cariñoso y no soy su favorita, pero siempre se echa a dormir cerca de donde estoy escribiendo. El resto del tiempo lo dedica al *parkour* extremo, provocando a las golondrinas de todo el vecindario, y a pedir chuches.

Y a ti, **lector**, porque después de 15 novelas, sigues ahí.

Acerca del autor

MariaL Pardos

MariaL Pardos es aragonesa de nacimiento y de corazón. Lleva más de media vida fuera de su tierra, pero siempre la echa de menos.
Ávida lectora de cualquier género desde que tiene me-moria, un día probó a poner por escrito sus «películas menta-les», dando a luz varias novelas de acción con trasfondo ro-mántico, que han cosechado muy buenas críticas entre sus lectores.

Libros de este autor

Génesers

Latentes

Calles sin almas

Hipoxia

Perder los papeles

Tatuaje blanco

Magia en la sangre

Verano austral

Gali, la loba solitaria

De luz y oscuridad

Juez y parte

Entre sombras y balas

Genes dominantes

Un paso atrás

Malas inversiones

Si deseas ponerte en contacto conmigo:

Correo electrónico: erethcl@gmail.com

Página de Amazon Instagram Facebook



DESDE AQUÍ TAMBIÉN PUEDES ACCEDER A TODAS MIS NOVELAS